



*Cuando
el cárabo
cante*

Soledad Palao

Soledad Palao

“Cuando el Cárábo Cante”

1ª Edición

ISBN: 978-84-09-09465-3

Editado por: Soledad Palao

Miembro de la sociedad de escritores de Madrid.

Socio de CEDRO Num. A23870.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Sin estos colaboradores este libro nunca se hubiera editado.

© 2019 Soledad Palao www.soledadpalao.com

© www.impulsoliterario.com. Agencia de promoción y Marketing para escritores

© www.ibuksdepapel.com. Versión digital.

© www.alexiajorques.com. Diseño de portada.

© Gloria Males. Fotografía.

Colaboradoras: Eguzkiñe Urkiaga, Gemma Olmos y Eloisa Miralles

A Luis Manuel Zorrilla, por seguir abriendo puertas y por estar siempre a mi lado.

“La vida es tan corta, y el oficio de vivir tan difícil, que cuando uno empieza a aprenderlo, hay que morirse.”

Joaquín Sabina

“La memoria del corazón, elimina los malos recuerdos y magnifica los buenos, y gracias a ese artificio, logramos sobrellevar el pasado.”

Gabriel García Márquez

PRÓLOGO I.

Christie, Du Maurier, Highsmith, Higgins Clark, Redondo, Läckberg... y Palao. Después de leer sus anteriores libros: *El secreto que cambió mi vida*, *El laberinto de los sueños* o *La venganza de los inocentes*, y terminar su último libro, *Cuando el cárabo cante*, hay que admitir, por si existía la duda, que estamos ante una de las grandes escritoras españolas, diestra en uno de los géneros considerados más difíciles. No es suficiente con decirlo, sino que me siento en el deber moral y literario de argumentarlo.

Cuando el cárabo cante es un libro con una introducción detallada y agradecida en la que se nos presenta el escenario de la que, sin duda, es una obra inteligentemente tratada, con todos los elementos necesarios para recrearse en su lectura y analizar su intrigante contenido. Según avanza la novela, y empiezan a ocurrir los diferentes hechos que mantienen al lector con la mirada y la mente adheridas al argumento, la autora logra un clima difícil de obtener, y es la atención máxima en cada capítulo, en cada hecho, en las argumentaciones de uno u otro protagonista. En consonancia con la intervención de sus múltiples personajes, la autora, con excelente maestría, se ocupa de que no perdamos el hilo en ningún instante; por otro lado, un rasgo común en sus anteriores títulos. La misión se da por cumplida. Del mismo modo que ocurre con las grandes autoras mencionadas, Soledad Palao es capaz de mantener al lector totalmente entregado, observador y cauto de opinión durante toda la novela. Esto no solo ocurrirá en relación con el personaje central, sino con respecto a la estructura general de la obra, proporcionando continuas alusiones a unos y otros, así como a los hechos que van teniendo lugar. La autora logra que el lector se transforme, por decirlo de una forma simpática, en la figura del cauteloso cárabo, tantas veces citado en la obra, y de tan hondo significado.

De evidente temática social y psicológica, y en el género de misterio y suspense, diríamos ácido, que define gran parte de sus novelas, estamos ante un libro que trata, entre muchos otros aspectos, del significado de las diferencias: de humildad y de soberbia, de miedo e insolencia, de ternura y mordacidad, de amor y de fracaso, del ego y la honestidad. Todo ello, y mucho más que el lector irá descubriendo, queda plasmado en un argumento de apasionante lectura, que revela un contexto social no lejano en nuestro país y cultura, donde la sumisión era el dogma y, la imposición, la norma. En esta atmósfera se ofrece la novela; donde seres de regio linaje, plasmados entre ricas descripciones, esconden sus miserias y terroríficas personalidades; mientras que otros, de intuitivo carácter bondadoso, han de contener sus desgarrados traumas.

En medio de toda esa vorágine de personajes contrastados, la autora muestra a Adelina, tan frágil en un principio, tan desnuda de experiencias y de valores dañinos; pero a la vez, tan nutrida de sueños y voluntades. De su mano, la autora nos adentrará con magna sutileza en la privacidad de una distinguida familia donde nada es lo que parece y, sin embargo, todo está más expuesto de lo que se evidencia.

Para finalizar, agradezco a Soledad Palao y a su buen hacer recreando escenas costumbristas y personalidades ciertamente sugerentes, el haber hecho sentir a este empático lector y escritor dos entrañables reminiscencias. Una de ellas, la cinematográfica satisfacción de evocar durante breves pero grandes momentos a Eva Harrington de *Eva al Desnudo*; o a Manuela de *Todo sobre mi madre*. Y, por otro lado, el poder de devolver a mi mente las intensas vidas de muchas de nuestras abuelas o madres, que debieron servir a adineradas familias a cambio de unas pocas pesetas, comida o cama; no siempre con agrado, pero sí con integridad, incluso, ilusión.

Amigos lectores, ha llegado el momento de adentrarse en *Cuando el cárabo cante...*

Antonio Andújar Castro

Psicólogo general sanitario, profesor y escritor

PRÓLOGO II.

Cuando a uno le encargan hacer algo tan difícil como un prólogo, en lo primero que piensa es en si va a estar a la altura ante tamaña responsabilidad. Al menos eso fue lo que me pasó cuando Soledad me lo propuso. Luego cuando inicias la lectura es el mismo libro, la propia autora en este caso, la que te va proporcionando las palabras para hacerlo. “*Cuando el cárabo cante*” es una de esas novelas a las que te subes en marcha. Soledad Palao consigue meterte en la historia de la manera más natural posible. Haciéndotela llegar al trote, con un ritmo ágil pero dándote tiempo a subirte a ella sin que tengas que mirar atrás para recuperar la senda perdida. Y de ese modo te va llevando a lomos de un burro desde uno de esos pueblos manchegos tan prestos a la literatura hacia una historia llena de olores y sabores que empapa los sentidos del lector. Logra transmitir sensaciones sensitivas con un lenguaje nada pretencioso, desde la sencillez, sin dárselas de escritora. Simplemente demostrando que lo es. Y desde el conocimiento, ya que se nota cuando lees que domina a la perfección el terreno sobre el que escribe. Logra también diferenciar en su narrativa los dos ambientes de la historia mediante descripciones y expresiones que no se pueden dejar al amparo de la imaginación. Maneja el costumbrismo, a mi entender, con la soltura de quien conoce bien su oficio. Dotando de fuerza a sus personajes y llenando los rincones de los lugares recreados de aromas tradicionales y de su saber hacer. A través de Adelina, el personaje principal de la novela, nos muestra la autora esa entrañable España de las películas de Bardem y Berlanga o más concretamente del gran Paco Martínez Soria en cuanto a la adaptación de una persona rural a la gran ciudad. Y recrea aquellos ambientes de las novelas de Cela o Delibes en ciertos tramos. Es un libro argumentalmente muy rico, y con toques de gran narradora. Hay uno en concreto que me gusta especialmente. Adelina llega a la capital desde su pueblo para servir en una casa señorial y

llama a la puerta. En ese momento acaba el capítulo. Eso es llevar al lector de la mano. Descubrimos la casa al mismo tiempo que el personaje y con la misma incertidumbre. Pero no quiero llevar a equívoco al lector. Esta novela no es solo una historia costumbrista. Es una novela muy entretenida y bien trabajada. Un entramado de sucesos inesperados con los que el lector va a disfrutar de manera espontánea, sin haber sido preparado para ello. Sin previo aviso. Soledad Palao va introduciendo elementos que van sorprendiendo uno más que el otro hasta el final. Manejando los tiempos con destreza y envolviéndote en los diferentes climas creados. Mi consejo es que se lea este libro a cucharadas porque es como lo ha escrito la autora. Para mí ha sido como degustar un cocido madrileño en un mesón de carretera. Hecho por el abuelo o la abuela siguiendo una receta familiar que ha ido pasando de generación en generación. En la primera cucharada ya notas su gran sabor, la tradición, el cariño, los productos naturales, pero a cada cucharada nueva vas descubriendo un ingrediente que no esperabas y que le da un sabor tan auténtico como sorprendente. Hasta que en la última ya sabes que no vas a probar ese mismo plato nunca más si no vuelves al lugar donde lo has comido.

Es tan tradicional que incluso los títulos de todos los capítulos son refranes populares. Es un libro en definitiva, en mi opinión tan lleno de personajes y sucesos bien elaborados que bien podría llevarse a la pantalla y convertirse en una célebre serie de televisión. Así que, siéntense a la mesa, colóquense la servilleta y degusten este riquísimo guiso escrito con la paciencia y la sabiduría de quien lleva toda la vida haciéndolo. Lo van a agradecer seguro tanto como yo. Ah, y vigilen al abrir las puertas de la historia. Nunca se sabe que puede haber detrás. Gracias, Soledad, por haberme hecho partícipe de este novelón. Es un auténtico honor.

Jordi Hortelano

Escritor

Índice

CAPÍTULO I.

“En los pueblos del señor hay ley, orden y canción.”

CAPÍTULO II

“Con el tiempo y la paciencia, se adquiere la ciencia”.

CAPÍTULO III

“En el pueblo fino, al pan pán, y al vino vino.”

CAPÍTULO IV

“Donde hay patrón, no manda marinero.”

CAPÍTULO V

“Dime de qué predicas, y te diré de que careces.”

CAPÍTULO VI.

“Más vale pájaro en mano, que ciento volando.”

CAPÍTULO VII.

“Piensa mal, y acertarás.”

CAPÍTULO VIII.

“Jugar y nunca perder, no puede ser.”

CAPÍTULO IX.

“Más vale llegar a tiempo que rondar cien años.”

CAPÍTULO X.

“Los amores encontrados, son los más descarados.”

CAPÍTULO XI.

“Piensa mal y acertarás.”

CAPÍTULO XII.

“Cuando la peste acecha, lo hace por calles estrechas.”

CAPÍTULO XIII.

“Cada maestrillo tiene su librillo.”

CAPÍTULO XIV.

“El novio de la mujer, ha de dejarse querer.”

CAPÍTULO XV.

“Si estás en casa del muerto, has de estarte muy despierto.”

CAPÍTULO XVI.

“El mejor maestro echa un borrón.”

CAPÍTULO XVII.

“En casa de ciego, el tuerto es el rey.”

CAPÍTULO XVIII.

“La práctica, más vale que la gramática.”

CAPÍTULO XIX.

“A mal tiempo, buena cara.”

CAPÍTULO XX.

“La primera impresión es la que cuenta.”

CAPÍTULO XXI.

“Cada oveja con su pareja.”

CAPÍTULO XXII.

“No es oro todo lo que reluce.”

CAPÍTULO XXIII.

“Gallo que no canta, algo tienen en la garganta.”

CAPÍTULO XXIV.

“Se piensa el ladrón, que todos son de su condición.”

CAPÍTULO XXV.

“A buen entendedor, pocas palabras bastan.”

CAPÍTULO XXVI.

“A río revuelto, ganancia de pescadores.”

CAPÍTULO XXVII.

“En todas partes cuecen habas, y en mi casa calderadas.”

CAPÍTULO XXVIII.

“Bicho malo, nunca muere.”

CAPÍTULO XXIX.

“Cada loco con su tema, y cada lobo por su senda.”

CAPÍTULO XXX.

“Al saber o llaman suerte.”

CAPÍTULO XXXI.

“A cada cerdo le llega su san Martín.”

Agradecimientos.

CAPÍTULO I.

“En los pueblos del señor hay ley, orden y canción.”

Adelina Marín García había nacido en una pequeña aldea de Albacete, de esas que andan escondidas entre montañas, cerca del nacimiento del río Mundo, donde las casas eran de adobe y el aire limpio como una patena. Desde que tuvo uso de razón, ordeñaba vacas y cabras, sacaba a las ovejas al monte, y se sentaba a la sombra de cualquier árbol a observar el precioso paisaje de su pueblo, donde el horizonte era claro y limpio, y las aves volaban sin impedimento alguno, dejando que sus ojos se posaran en la lejanía, donde se respiraba el aire nítido del parque natural de Calares y llegaba el eco que emitían las montañas de la sierra de Alcaraz.

Cerraba los ojos escuchando el zureo de las palomas y se apoyaba en el tronco del árbol que diariamente la arropaba con su sombra, dejando que su imaginación volara hacia aquellos países lejanos que debían de existir, porque así lo decía su padre y porque así lo refería el señor cura en el sermón de los domingos. Conocía por referencia que existían humanos de piel oscura y otros con los ojos casi cerrados, denominados achinados, porque venían de un lugar llamado China y grandes ciudades donde la gente campaba por su cuenta, con enormes tiendas donde se podía abastecer de objetos deseados y de lindas telas para elaborar vestidos, cintas para el pelo y zapatos, en lugar de alpargatas. Tan solo una vez, cuando era muy chica, su padre la llevó a Albacete a visitar a un doctor para que curara a su hermano las paperas, que a punto estuvieron de hacerle abandonar este mundo, porque el curandero del pueblo no supo refrenar la fiebre del Gabrielillo, que estuvo más de tres días ardiendo y delirando, diciendo que los buitres venían a buscarle. Ella le ponía agua fresca del pozo por todo el cuerpo, y ni aun así le bajó la calentura. Le venían a la mente los sollozos de su madre rogando a la Virgen de los Dolores, de la que era muy devota, que curara al niño; bajito, muy bajito, para que no la escucharan los republicanos; que habían prohibido los rezos y hasta el rosario, que lo tenían que rezar a escondidas, en la cueva en la que estaba oculto el sustento con el que se alimentaban, y dónde a veces, había estado escondido el señor cura, al que los vecinos tuvieron oculto, llevándole de cueva en cueva

durante toda la guerra, según contaba su padre a la hora de las comidas, que era cuando se le soltaba la lengua.

Soñadora, locuaz, y al límite de ensoñaciones, siempre llevaba a la espalda una mochila cargada de ilusiones que su fantasía transformaba siempre en largos viajes y conocimientos de mundos diferentes, anhelando salir algún día de aquella zona, a pesar de la adoración que sentía por ella, dado el afán de cultura que siempre había llevado prendido en el alma.

Sus largos paseos por el monte a los que le obligaban las ovejas, la llevaron a conocer casi todas las grutas de la zona. Cuando era niña se refugiaba en ellas para desahogar el calor que acechaba esas tierras en verano. El agua fresca calaba las rocas hasta formar lagos internos que solo conocían los lugareños, y aprovechaba para echar una siesta y dejar a las ovejas a cargo de Trasto y Tragón; sus dos perros pastores; buenos y cariñosos, fieles y obedientes. Bien sabía que con ellos podía estar tranquila, por eso su padre le permitía subir a los montes, porque sabía que llevaba buena compañía, sin dudar que la defenderían con sus vidas si algo le sucediese.

Tenía conocimiento de que alguna de las grutas estaba habitada por los que el cabo de la guardia civil denominaba como “*renegados*”, que no eran otros que los perdedores de la guerra, que aunque habían pasado muchos años todavía llevaban el miedo pegado al cuerpo. Aquellos que habían defendido a los republicanos, y a los que seguían buscando para tomar represalias, que no serían otras que las de encarcelarlos o fusilarlos en la tapia del cementerio, como ella vio hacer desde el refugio de la gruta a unos señores muy repeinados que bajaron de un coche negro y mataron al pobre Martín, el marido de la señora Patro, al que siempre se había tenido por buena persona, y que según contaba su padre tuvo la mala suerte de que le denunciara Adolfo; el de la tienda de abastos, porque le debía dinero. Mucho no tardaron en ir a arrestarle los de la Benemérita, y mucho no tardó el pobre hombre en abandonar este mundo a manos de ese señorito bien vestido y bien peinado. No habría de olvidarse de su cara y, aunque el grupo era de tres o cuatro, siempre recordaría el semblante del que disparó. Guapo y bien plantado, pero que debía de tener el alma negra como el tizón, para así, de cualquier manera, sin sentir mal alguno, matar de tres disparos al pobre Martín, que hasta los guardias civiles que habían llevado le dijeron que no lo hiciera, que con la cárcel bastaba, pero aquel hombre no estaba dispuesto a dejarle con vida,

como si con él fuera y se lo pidiera el alma. Varios días estuvieron por el pueblo aquellos hombres que parecían una calcomanía, vestidos iguales, con gabardina clara y zapatos bien lustrosos. Los acogió Rosa, la mujer del alcalde, porque su casa era la más grande del pueblo y para hacerles los honores. Eso decía su padre, algo así como hacerles la pelota, pues debían ser gente destacada del Movimiento —que ella asociaba a gente que se movía— pero después de propinarle su padre un cachete y llamarla bruta, le dijo que eran los ganadores de la guerra y que ellos estaban para servirles, no fuera que los llevaran a la cárcel. Desde entonces, cada vez que paseaba por el pueblo, les hacía una reverencia a las autoridades, no fuera a dar con sus huesos en la trena. En esos días tuvieron que esconder al ganado, y hasta las gallinas, que las llevó a la gruta con más miedo que vergüenza. Por un lado se las podían confiscar los señores repeinados, y por otro se las podían quitar los maquis que andaban escondidos por la sierra. Entre sus hermanos Rafael y Antoñito se ocuparon de las ovejas, que no imaginaba ella dónde las metieron, ni dónde se metieron ellos, pero lo cierto es que nada más irse los señores engominados, aparecieron por el bosque santiguándose acobardados, porque decían haber visto a Saturnina la Puerca acompañada de la Santa Compañía, y en las tres noches que durmieron al raso, la escucharon llorar y gritar a la Puerca.

Saturnina la Puerca, según relataban los lugareños vivió en el pueblo hace más de trescientos años, y por lo visto quedó preñada de uno de los señoritos, y contaban que cuando fueron a pedirle cuentas, negó tan siquiera conocerla, dejando a la pobre Saturnina preñada y sin ningún alma que se hiciera cargo del hijo que llevaba dentro. El padre, para matar la vergüenza a la que le sometió el pueblo, echó a su hija a la calle, sin más compañía que una cerda; bien para que la vendiera en la feria o para que le hiciera matanza y saciara el hambre. De nada valieron los ruegos de su madre y sus hermanos, ni la lástima que causaba a las vecinas. Su padre, totalmente empecinado, la abandonó en el bosque, reiterando que si volvía, la tiraría al pozo. Muy mal lo tuvo que pasar la pobre Saturnina, porque todavía andaba quejándose con la única compañía de la puerca. Muchos eran los aldeanos que habían escuchado sus lamentos, y contaban que había noches en las que se paseaba entre los árboles con la Santa Compañía. En el pueblo decían que el señor cura debería hacerla santa, para que dejara de una vez de lamentarse, pero don Ramón contestaba que todo eran paparruchadas de viejas y calumnias, y que Dios iba a tenerlo en cuenta a la hora que abandonaran este mundo.

Todo eso y más contaba su padre a la hora de las comidas, momento en el que hablaba, pues en las demás horas del día no despegaba la boca, y lo hacía bajito, por si escuchaban los fachas, que así es como llamaba a los ganadores de aquella guerra, que le habían obligado muchas noches a apagar las velas y a conformarse con la comida que daba la tierra, la carne del ganado y los huevos de las gallinas, y andar siempre escondiendo a los pobres animales en las grutas, pues los militares del frente venían cada pocos días a hacer recuento de comida y a llevarse lo que podían. “Malditos” los llamaba su madre, además de echarles la culpa de las muertes de la pobre gente que había sucumbido bajo los obuses en el pueblo.

Adelina Marín siempre presumía de ese apellido tan marinero, aunque sus ojos jamás hubieran visto el mar, ni sus pies se hubieran hundido en la arena. Su padre andaba siempre muy orgulloso de sus antecesores gallegos que, según decía su madre, debían de ser muy del pasado, porque jamás había escuchado a su familia política nombrar el porte marinero del que tanto presumía su marido.

Adelina era guapa, atractiva, no demasiado alta y de carnes prietas y en su sitio. Más lista que el hambre, había sido la tercera de diez hermanos, que ni la escasez, el frío, ni la amenaza de la guadaña, que tanto había asomado por aquellas tierras, tuvo a bien llevarse al otro mundo. Su padre siempre decía que su madre era la mejor vaca lechera del pueblo, pues no sólo había amamantado a los diez hijos con los que Dios les había bendecido, sino que había sacado adelante a cuanto chiquillo asomaba por la puerta, bien porque el parto se hubiera llevado a la madre, porque su leche fuera de mala calidad, o porque llevara dentro el mal de ojo con el que le hubiera castigado Saturnina la Puerca.

Adelina fue creciendo, con estampa grácil y espigada, heredada de su madre, y con unos ojos grandes y rasgados, centelleantes y de un color violeta nunca visto en el pueblo, con lo que las comadres emitiendo su veredicto sagrado, habían llegado a decir que la pobre Adelina no era hija del que se decía su padre. Éste, haciendo caso omiso a los chismes del pueblo, cuando alguno le señalaba con el dedo, se limitaba a obsequiarle con un garrotazo en la cabeza, dejando a más de uno tonto de por vida. Al enterarse las alcahuetas del genio que se gastaba el padre de Adelina, se limitaron a contar que aquellos ojos violáceos habían sido heredados de la madre de su bisabuela,

nacida en San Juan de Alcaraz.

Adelina ordeñaba vacas, descabezaba y desplumaba pollos para la olla, araba los campos, aviaba la casa en cuanto escuchaba la voz de su madre, metía en el barreño a sus hermanos pequeños quitándoles con estropajo la roña almacenada, echaba piezas a las sábanas e iba de allá para acá acudiendo a cuanta voz la reclamaba solicitando su ayuda.

Intuitiva, lista y sagaz, cuando cumplió los catorce años y sabiendo todo lo que podría saber en los campos donde habitaba, pensó que había llegado el momento de ampliar su horizonte. Aquellos lugares, su aldea, los animales, su familia, y hasta el nacimiento del río Mundo se le quedaban pequeños. Al notar su madre la inquietud que le rondaba a su hija y con el permiso de su marido, decidió llevar a Adelina con ella a pedir consejo al cura, don Ramón, persona instruida, de buen saber y buen talante. Cuando el sacerdote se dio por enterado de la congoja que acometía a Adelina, sugirió que el mejor remedio sería enseñarla a leer y a escribir, para que los pensamientos almacenados en su cabeza pudieran salir de allí al conocer otros mundos y otras culturas. Puestas así las cosas, Adelina acudió diariamente a la escuela del pueblo, donde la maestra, al notar su desasosiego, se entregó en cuerpo y alma a la tarea encomendada, enseñando a Adelina a leer, sumar y restar en más o menos tres meses. La maestra, ante el interés de la muchacha, le prestó un libro llamado *Los Miserables*, escrito por un tal Víctor Hugo, que hacía las delicias nocturnas de Adelina, tanto, que alguna mañana había visto amanecer dejando que aquellas frases maravillosas se colaran en su mente alimentando su alma, con lo que se enteró de que existían otros mundos fuera de su pueblo, otras mentes y otras personas, a cuyo conocimiento ella estaba destinada.

Nadie iba a quitarle de la cabeza la ilusión que la embargaba por ilustrarse con conocimientos que en su pueblo se quedaban pequeños. Había leído dos veces todos los libros prestados por la maestra, y era imposible conseguir más, puesto que la única biblioteca conocida se encontraba en Albacete. Ya no se conformaba con la *Enciclopedia Práctica* de Antonio Fernández de período elemental, ni con las de los grados siguientes, ni con la *Enciclopedia Álvarez*, ni con los cuadernos de dos rayas en los que había plasmado todas las letras y palabras que conocía. Se sabía de memoria el mapamundi con todos sus países y capitales, y las montañas y ríos que invadían la península ibérica y sus islas. Conocía el catecismo, la Biblia y la

formación del espíritu nacional, pero su cabeza soñaba con más. Aquello que conocía era un minúsculo grano de arena para lo que le faltaba por aprender. Sus ansias de saber requerían otro mundo, otras personas y otras costumbres. Su ostracismo le llevaba a sublevarse y ser beligerante e incapaz de quedarse dormida en aquella aldea que ya le había mostrado todo lo que le podía ofrecer.

Cuando hubo llegado a esa conclusión, sentada entre sus nueve hermanos, con su padre presidiendo la mesa, sin pensarlo dos veces, se dirigió a su progenitor solicitando permiso para abandonar la tierras que la habían visto nacer, aludiendo a su inquietud por conocer mundos y a su preparación en la escuela.

Su padre, a través del bueno de don Ramón, supo de una familia de posibles, buena y honrada, necesitada de una criada con buenas referencias.

Cosió dos vestidos nuevos para hacer su entrada en la capital, y su madre rescató del baúl de sus pertenencias de juventud dos peines de carey, una toquilla de buena lana y una mantilla bordada por ella, con grandes flores de colores. Su padre le aplicó un buen pegamento a las suelas de los dos únicos pares de zapatos que poseía y en un mes, Adelina, acompañada de un petate con sus cuatro cosas y con lágrimas en los ojos, se despidió de su madre y sus hermanos y montó detrás de su padre en la mula *Juliana*, en la que tantas veces se había subido, dando vueltas seguida del trillo, y se dirigieron al único pueblo de la zona donde paraba la camioneta que la llevaría hasta Albacete, donde la esperaba el primo Mariano para llevarla a su casa a hacer noche y acompañarla al día siguiente a la parada de la camioneta en la que llegaría a Madrid.

Con 19 años recién cumplidos, muchas ilusiones y un mareo de espanto, se encontró Adelina en los Madriles, con su petate y una nota donde llevaba apuntada la dirección de los señoritos que con tan buena fe y cariño cristiano habían decidido acogerla para realizar las labores de su insigne casa.

Cuando los ojos de Adelina presenciaron aquella marabunta de personas que marchaba por las calles sin mirarse unas a otras, ni darse siquiera los buenos días, aquellos automóviles que recorrían las calles rápidos como el rayo, y aquellos edificios suntuosos, creyó estar viviendo un sueño. Y qué decir cuando vio por primera vez la fuente de *La Cibeles*, con aquellos

chorros de agua que ella se preguntaba constantemente de dónde salían, y cómo el alcalde se permitía aquel dispendio, regando a una señora de piedra en lugar de guardar el agua para abastecer las tierras. Cada escena era nueva para ella, y en su cabeza no entraban esos glamurosos vestidos con los que se paseaban las señoras, con aquellos tacones y aquellos colores, luciendo sombreros y parejas del brazo y de la mano, de unas maneras que a ella le ponían la cara colorada, pensando si en la capital se conocía la decencia. Se preguntaba cómo la economía de esas gentes les permitía llevar un perro enganchado a una correa como si de un niño se tratase, cuando en su pueblo, si algún perro se acercaba a su casa, su padre le obsequiaba con una patada e incluso, cuando su humor andaba descabellado, hasta le premiaba el día con una pedrada, hasta que el pobre animalillo salía de allí lloriqueando dolorido.

Cuando bajó de la camioneta, preguntando a unos y a otros, y haciendo caso a su buena cabeza, logró llegar la dirección que llevaba anotada, recreándose en el camino y dejando que sus ojos se posaran en aquellos grandes edificios y en los bares, que en Madrid llamaban cafeterías, desde donde salía el aroma a bollos recién hechos y a café, no al puchero con el que su madre regalaba a su padre después de las comidas.

¡Qué distinto era todo en la capital! En aquel momento pensó si no se habría equivocado con la decisión tomada y si estaría preparada para desenvolverse en aquella ciudad con personas tan diferentes, con ese sonido callejero que hacía que le dolieran los oídos. El ruido de los coches y el silbato que esos señores con un gorro blanco hacían sonar sin parar y que se preguntaba ella, cómo eran tan arriesgados al estar siempre en medio de las calles, sin miedo a que les atropellara alguno de los automóviles o autobuses que pasaban continuamente. Tiendas de ropa, lecherías, ultramarinos, zapaterías, librerías, unos bares donde se preparaban comidas que ella no había visto jamás. El único bar que habían recorrido sus ojos fue en Albacete, donde su padre la llevó de niña, cuando uno de sus hermanos enfermó de paperas. Y, que ella recuerde, su padre se tomó un vaso de vino y ella uno de agua.

Adelina se detuvo delante de aquella casa que parecía un palacio, miró alrededor preguntándose si no se habría equivocado de dirección, incluso preguntó a una de aquellas personas que paseaban por aquella calle,

mostrando el papel donde don Ramón le había apuntado las señas, si aquel era el lugar indicado.

Los árboles y plantas que adornaban el jardín, casi tapaban por completo la insigne vivienda. Un seto perfectamente recortado, con una valla de hierro, rodeaba aquel precioso vergel, y una inmensa puerta delantera con dibujos de rosas y flor de lis se mostraba ante ella cerrada a cal y canto. Se dio cuenta de que a mano derecha, había un timbre y una campana que se puso a tocar desesperada por si nadie se había percatado de su presencia y, al final, tuviera que quedarse como una tonta allí delante sin saber qué hacer. Sacó la estampita de la Virgen de los Dolores, patrona de su pueblo, que su madre había metido en su bolsillo, haciéndole prometer que jamás se separaría de ella. Le dio un beso y rogó que la acompañara en tan difíciles momentos. Del petate sacó una botellita de agua bendita, con la que se roció el pelo para protegerse del mal del ojo que hubiera podido echarle la dichosa Saturnina, y esperó a que alguien tuviera a bien salir a buscarla.

CAPÍTULO II

“Con el tiempo y la paciencia, se adquiere la ciencia”.

Ni dos minutos tardó en salir a la puerta una criada, vestida con un precioso uniforme negro con cuello de puntillas y un delantal blanco con cofia a juego.

—¿Eres la nueva criada?

—Sí señora, para servirla.

La criada no pudo reprimir una carcajada.

—No es a mí a quien debes servir, muchacha, sino a los señores. Ven conmigo.

—Muchas gracias señora, se lo agradezco mucho.

—No me llames señora, eso guárdalo para la dueña de la casa. Me llamo Luciana, y no me llames de usted, que soy una criada como tú.

—Muchas gracias.

Después de atravesar el precioso jardín, Luciana bordeó la gran casona hasta llegar a la puerta de servicio, situada unos metros más allá.

—Has entrado por la puerta principal, nosotras lo tenemos prohibido, aquélla es la entrada de servicio —le comentó Luciana señalando otra puerta más pequeña y menos adornada- Como verás, está en la parte lateral del edificio y lleva directamente al acceso de la servidumbre.

Adelina se quedó admirada al contemplar aquel jardín perfectamente cuidado, con arriates repletos de flores y setos de boj cortados a la misma altura. Unos preciosos árboles que jamás había visto cubrían un cenador de hierro forjado, amueblado con una preciosa mesa y unas sillas haciendo juego. Una fuente de piedra mostraba en el centro una escultura de mujer que sujetaba una cesta con peces, de cuyas bocas manaban unos surtidores de agua que iban a caer a un lago repleto de pececillos de colores. El sonido del agua, junto a la brisa y el sonido que producían las hojas de los árboles, le recordaron el

murmullo del agua que se formaba en las grutas que visitaba cuando era niña, y aquello le hizo sentirse más tranquila. Por un momento se imaginó sentada en aquellas preciosas sillas blancas, con aquellos cojines de rayas azules, escuchando el sonido del agua y leyendo el libro de *Los Miserables* por quinta vez.

Pensó cómo Dios permitía tanto derroche y tanto gasto de agua, y se acordó de los campos secos de su pueblo y de la falta que le hacía el líquido elemento a su padre, que se desesperaba implorando la lluvia a la Virgen, y que rara vez caía por aquellos lares, y seguidamente apretó la estampita de la Virgen de los Dolores para que los dueños de aquella opulenta casa fueran perdonados.

La entrada de servicio se comunicaba directamente con la cocina. Grande y espaciosa, dotada de unos aparatos que jamás había visto, pero que, seguramente, estarían destinados a facilitar las labores de cocina.

En una mesa de madera, con un precioso mantel blanco de piqué decorado con rosas amarillas, sentada en un lugar que después se enteró denominaban office, se recostaba una señora de unos sesenta años vestida con un uniforme distinto al de Luciana, decorado con rayas azules y negras y que cubría un largo delantal gris. Un pañuelo blanco, que ataba por detrás del cuello, le cubría la cabeza, dejando asomar sobre la frente algunos mechones de pelo blanco y, con aquellos ojos tan azules, pensó que se trataba de una persona bondadosa, aunque tendría que esperar y aprender a evitar aquella costumbre suya de intentar detectar el carácter de cada persona sólo con ver su físico.

—¡Vaya, por fin! ¿A quién tenemos aquí?

—Es la nueva criada, señora Josefa —refirió Luciana.

—Y bien, muchacha ¿Te ha comido la lengua el gato? ¿Qué tal el viaje?

—Algo mareada, señora, mucho jaleo hay en esta capital, acostumbrada al silencio de mi pueblo.

—Es que esta capital es Madrid, muchacha, la capital de España. ¡Qué cosas tiene esta chica! Tendrás hambre, deja tus cosas ahí encima y siéntate, que te voy a preparar unos huevos con un poco de pisto que sobró de la cena.

—Agradecida, señora.

—Deja de llamarme señora, con Josefa basta.

—Lo que usted mande, señora.

—¡Madre santa del alma! Muchas horas nos va a llevar poner al tanto a la muchacha de las costumbres de la casa, Luciana.

—No se piense eso, señora, que soy lista y aprendo rápido.

—Eso lo comprobaremos mañana, Luciana te pondrá al tanto de tus quehaceres en la casa. A las siete estarás aseada y con el uniforme puesto. Te dirigirás a la cocina y Luciana o Joaquina te indicarán lo que tienes que hacer. Después de que desayunen los señores harás un alto para bajar aquí nuevamente y hacerlo tú con el servicio, las comidas las solemos hacer todos juntos, siempre que se pueda, claro. Después del almuerzo tendrás un rato para ti, y cuando los señores hayan cenado, nosotros nos volveremos a reunir para cenar juntos y establecer las labores del día siguiente, siempre y cuando los señores no celebren alguna cena. Librarás los jueves por la tarde y un domingo por la tarde cada quince días. Tendrás un permiso al año que cogerás poniéndote de acuerdo con los demás. ¿Lo has entendido?

—Sí, señora... este pisto quita el hipo, nunca había comido algo tan rico.

—Pues si eso te ha sabido rico ¡Vamos a ver lo que opinas de esta tarta de manzana!

—Qué buena es usted, señora, es la primera vez que pruebo una tarta, en mi casa había que conformarse con las frutas caídas de los árboles. Hmmm, a gloria me está sabiendo, Dios se lo pagará, señora.

—¡Madre santa! ¿Qué vamos a hacer con esta muchacha?

—Pues ya ve, señora Josefa, tendremos que ponerla al día, es la primera vez que sale de su pueblo, la pobre.

—Bueno, no has de preocuparte, ya le cogerás el tranquilo a todo esto, ahora ve a tu habitación, la compartirás con Luciana. Duerme bien, y mañana será otro día.

—Adiós, señora, hasta mañana, Dios la guarde.

De una salita colindante a la cocina salían unas escaleras que Luciana

comenzó a bajar. En el sótano, después de recorrer un largo pasillo, se encontraban las habitaciones destinadas al servicio. Dos hermosos baños, uno para los hombres y otro para las mujeres, hacían las delicias de la servidumbre de la casa. La pobre Adelina casi se desmaya al ver la enorme bañera.

—¡Dios santo de mi vida, Luciana! ¿Para qué os sirve esta tina tan grande? En mi casa nos bañamos cada quince días en un barreño de zinc que nos arregla madre con agua caliente revuelta con un jabón, que ella misma prepara mezclándolo con romero y que huele a gloria bendita.

—Mira, Adelina, tienes que acostumbrarte cuanto antes a que esto no es tu pueblo, seguro que hay muchas cosas que jamás habrán visto tus ojos, pero a lo bueno se acostumbra uno rápido, así que fijate bien en todo, para que aprendas su uso. Nada tiene que ver el barreño de tu madre con una bañera. Ya lo probarás y verás lo que se siente al tumbarte en ella con agua calentita, jabón y sales de baño. Y otra cosa, aquí acostumbramos a bañarnos dos veces por semana.

—¡Santo Dios, qué gasto de agua!

—¿La vas a pagar tú? Ya verás qué gusto da sentirte siempre limpia.

—¡Ay, Luciana, qué miedo me está dando todo esto! No sé si voy a ser capaz de hacerme con estas cosas tan modernas, casi que debería volverme al pueblo.

—¿Pero no decías que eras lista y aprendías rápido?

—Eso me decía la maestra, pero no sé yo si ella conocería las modernidades de la capital.

—¡A callar! Mañana verás todo con ojos distintos, es cuestión de un par de días. Anda, entra en la cama, que estarás cansada, y te voy contando algo de las labores de la casa. Esta es tu cama y como verás, hay dos armarios, uno es para ti, dentro verás tres uniformes. Deberás cuidar de que estén siempre limpios, pero para eso hay una buena máquina de lavar en el lavadero, en cuanto lo veas manchado, arreas y lo introduces en la máquina, que ya se encargará la señora Josefa de ponerla en funcionamiento, después la plancha la hacemos por turnos. Los señores desayunan temprano, al señor le gusta

llegar pronto a la clínica. Por si no lo sabías, es uno de los médicos más afamados de Madrid, dicen que emplea una nueva fórmula para evitar los ataques al corazón, que pronto se convertirá en un éxito mundial. A las siete el bufé del desayuno tiene que estar preparado.

—¿El qué?

—El bufé, Adelina, el bufé. Mejor será que lo veas mañana con tus propios ojos, porque si te lo cuento ahora, comenzarás a quejarte sobre los dispendios que se hacen en esta casa. Una vez que terminen dejaremos el comedor limpio. Las señoritas a veces bajan a desayunar y otras hay que subirles el desayuno a la cama.

Mejor será que comience a enumerar a las personas que viven en la casa, con la que más tendrás que bregar será con la señora, Doña Mercedes. Es de carácter cambiante, aunque nunca se muestra agradable, y cuando tiene mal día tira patadas como una mula. En fin, habrá que conformarse con lo que a una le ha tocado vivir. El señor es más amable, jamás le he visto enfadado y con el servicio es bueno y cariñoso. Después están los señoritos: Ignacio, el mayor, está terminando la carrera de medicina, siguiendo los pasos de su padre, que para eso heredará la clínica el día de mañana, aunque ahora está en las milicias universitarias, Santiago creo que comienza el año que viene la universidad, pero por lo visto son las leyes lo que más le tiran, y por eso discute mucho con su padre, que quiere que siga el ejemplo de su hermano, y con toda la razón del mundo, no sé qué va a pintar en esta casa de médicos un abogado, vamos digo yo, que para eso su padre ha estudiado tanto, y sigue, el pobre hombre, que hay noches que se acuesta a las tantas con los ojos coloraos después de leer tanto libraco. Después están las señoritas: Virtudes, la mayor, tiene un carácter endiablado, debe de ser porque su padre la consiente todo, se pasa el día haciéndole mimitos y al señor se le cae la baba, pero bien sabe Dios que es mala como un demonio, envidiosa y malcarada, con todo lo que tiene y nada le falta, que nada más que pide por esa boca, su padre la complace en todo lo que requiere. ¡Vergüenza debería de darle ser tan mala persona y tratar tan mal al servicio!. Callaré, que a veces estoy mejor calladita, ya lo comprobarás por ti misma, ahora, que tú ¡chitón! Como si oyeras llover, que por un oído te entre y por el otro te salga, a lo tuyo, y así vamos todos capeando sus gritos y malos modos. ¡Qué distinta de su hermana pequeña! Charito debe andar por tu edad, ya verás que pronto te coge cariño,

es una buena niña, obediente y hacendosa y ya escucharás cómo toca el piano, que un ángel me parece cuando escucho su música. En fin, sólo me falta contar algo en lo tocante a la madre de la señora, Doña Carmen. Se vino a vivir con su hija cuando quedó viuda, cuentan que su marido fue un gran empresario y una vez fallecido, doña Carmen vendió las empresas y dotó de todo el dinero a su única hija, la señora Mercedes. Por eso dice la señora Josefa que, al juntar las dos fortunas, esta familia es una de las más adineradas de todo Madrid. Ya verás cuando organizan fiestas, eso sí que es lujo, tenemos que contratar más servicio, porque nosotras no podemos con todo. Doña Carmen es bondadosa y siempre tiene una sonrisa y buenas palabras para el servicio y hasta algún regalo que otro nos hace la anciana señora. Dios se lo pagará por ser tan buena persona. Todos los meses organiza una cena de caridad y sus buenas limosnas entrega a la parroquia de don Jacinto, que después él reparte entre los pobres.

Has de tener cuidado con Santiaguito que tiene la mano muy suelta y, como quien no quiere la cosa, cuando te descuidas te arrea un pellizco en el trasero. Ya tendría que andar listo, que éste, a más de una dejará llorando por las esquinas. En fin, Adelina voy a echar un trago de agua, pues ya ando con la boca seca. No temas nada, que nosotras andaremos mañana al quite, no sea que metas la pata: pero todo tiene arreglo en esta vida, todo menos una cosa, bien lo sabe Dios. Ahora voy a apagar la luz, que de tanto hablar se me están cerrando los ojos y mañana el despertador estará tocando a las cinco y media.

Adelina quedó impresionada de que le hubieran dado una habitación tan preciosa. En el pueblo dormía encima de un colchón de paja sobre un somier, con tres de sus hermanas, en una de las dos habitaciones que contaba la vivienda de sus padres, y al entrar en aquel dormitorio casi se le para el corazón. Aquellas camas con colchas de flores que hacían juego con las cortinas, con unos cabeceros de hierro, y una luz en la mesilla que podría utilizar para leer por la noche. Hasta una alfombra entre las dos camas para no posar los pies desnudos en el suelo. Y qué decir del armario, uno para ella sola, aunque cierto era que después de acomodar sus dos vestidos y los dos pares de zapatos, quedaba sitio para un regimiento. La ventana, aunque era baja, dejaba ver la parte trasera del jardín y pensó que sería luminosa. Dos Castaños de indias daban sombra a un precioso banco de madera, a cuyos lados reposaban dos jardineras repletas de margaritas. ¡Cuánto dispendio! ¡Con las que había en su pueblo en el camino de la era, y que ella

acostumbraba a recoger para ponerlas después en un vaso con algo de agua para adornar la mesa!

Le vino a la cabeza la diferencia de clases, de la que tanto le hablaba la maestra del pueblo, y cuánta verdad había en sus palabras. Dios no había sido ecuánime al dotar a unos de mucho y a otros de tan poco. Rememoró a sus nueve hermanos, que no tendrían jamás la oportunidad de conocer otros lugares, ni otros mundos, conformándose con ayudar a su padre a labrar las tierras del amo por unas pocas monedas. Ni tan siquiera tendrían oportunidad los más pequeños de aprender a leer y a escribir. La ignorancia en la que había caído su pueblo se le hacía perpetua. Tan solo los cuatro críos hijos de los terratenientes acudían a la escuela. ¿Qué culpa había tenido ella de ir a caer en una aldea tan pobre? ¿Por qué la familia a la que iba a servir había tenido la suerte de gozar de tanta riqueza y tanto entendimiento? No era justo...nada justo.

Sacó la estampa de la Virgen de los Dolores, la besó y rezo sus oraciones, antes de caer rendida.

Cuando Adelina terminó de ayudar a Luciana y a Joaquina, quien después de recibirla con dos besos, y desearle toda clase de suertes en la casa, inmediatamente se puso a darle órdenes. Al colocar el desayuno, comprendió lo que era un bufé y quedó paralizada. En su vida había visto tantos manjares juntos. Varios bizcochos de distintos sabores, dos bandejas repletas de bollería, panecillos recién horneados, huevos revueltos, salchichas y beicon, tortilla de patata, fuentes con toda clase de embutidos selectos, huevo hilado, frutas variadas, infusiones, café, leche y hasta chocolate caliente, que dispensaba una chocolatera con un grifo. La pobre Adelina se llevaba las manos a la cabeza. ¿Cómo podrían permitir tanto derroche? ¡Con la de gente pobre que andaba por estos mundos de Dios! Se le hacía la boca agua, y qué decir de la fina vajilla de la Cartuja de Sevilla, en tonos azules, ella no sabía lo que significaba eso de la Cartuja, pero se limitaba a repetir lo que decía Joaquina, escuchando atentamente los nombres de las viandas que había en cada bandeja, que ella iba colocando en el bufé. Casi todo le sonaba, pero eso del huevo hilado jamás lo habían visto sus ojos ni sabía para que servía. Si la buena de Luciana no le hubiera contado que la gente bien, lo ponía en la loncha de jamón york, hubiera pensado que era un adorno para la mesa.

A las cuatro de la mañana se tuvo que levantar la señora Josefa para elaborar esa finura de bollerías; con razón se le abría la boca constantemente a la pobre mujer, aunque le dijo Joaquina que había escuchado comentar a la señora que esa misma tarde llegaría otra criada sólo para la cocina.

Luciana la observó de arriba abajo y constató que el uniforme estuviera limpio, le miró las orejas y las uñas y comprobó que las llevara impecables, el pelo estirado debajo de la cofia recogido en un moño. Le puso unos guantes blancos de algodón que comentó debería llevar puestos en todas las comidas de los señores. Después, su labor consistiría en estar más recta que una vela en uno de los lados del comedor y ella en el otro, saludar según fueran bajando los señores a desayunar y cumplir cada orden que le fueran dando.

—¡Ten cuidado con lo que haces Adelina! La mayoría de las veces sólo tenemos que permanecer aquí observando, pero si ves que se acaba lo que haya en cualquiera de las bandejas, rauda y veloz la llevas a la cocina para que la señora Josefa la vuelva a rellenar, y lo mismo tendrás que hacer con la chocolatera, ya me ocuparé yo de servir los cafés y las infusiones en la mesa, y fíjate bien cómo lo hago, que no siempre estaré aquí y tendrás que aprender. Hoy vas a conocer a casi todos los miembros de la familia. Por lo visto nadie ha avisado para que le suban el desayuno a la habitación. Contesta siempre: “Sí señora; sí señorita, o si señorito” y no hables si no te preguntan, y quítate esa cara de susto que nadie te va a comer si sigues mis instrucciones.

Los primeros en bajar fueron los señores: doña Mercedes y don Joaquín, que, antes de tomar asiento, saludaron a Adelina.

—Buenos días Adelina -le dijo el Señor.

—Buenos los tenga usted, señor.

El señor, al escuchar sus palabras, no pudo evitar una sonrisa.

—La señora y yo esperamos que tu estancia en esta casa sea de lo más agradable posible, y no dudes en consultarnos cualquier duda que te surja. Si no te adaptas o estás a disgusto, mi mujer te recibirá con mucho gusto.

—Muchas gracias, señor, que Dios le guarde muchos años.

—Buenos días, Adelina, -le susurró bajito la señora- espero que no tengamos ningún problema contigo, en cuanto terminemos de desayunar, te

espero en mi dormitorio y charlaremos un ratito.

—Sí señora, lo que usted mande.

El señor era alto y sin ser guapo, su cara de buen ver y el pelo canoso, junto con unos ojos grandes y azules, le conferían una gran elegancia. Vestía impecable con un traje azul marino y camisa blanca, y una especie de lacito en el cuello de color azul que ella jamás había visto en los hombres. Aunque sabía que existían las corbatas, de esos lacitos jamás había escuchado hablar, quizá el señor fuera un poco sarasa. ¡Qué cosas se le ocurrían! ¡Si lo fuera no estaría casado! De seguro serían cosas que se estilaban en la capital, aunque desde luego, pensó, no sabía ella cómo no le daba vergüenza al señor andar por ahí vestido como una caja de bombones, sería una de las cosas de las que tendría que informarse. La señora Mercedes era pura elegancia, no era alta, ni guapa, pero de cualquier manera relucía, era simplemente su presencia. Vestía una chaquetilla azul clara abrochada hasta el cuello, que adornaba con un collar de perlas, haciendo juego con los pendientes, una falda plisada azul marino y unos preciosos zapatos de charol negros de medio tacón.

Al momento bajó el resto de la familia, que después de servirse se fueron aposentando cada uno en su sitio, ignorando por completo a Adelina, cosa que ella agradeció, hasta que la madre de la señora, doña Carmen, señaló:

—Tenemos una muchacha nueva.

—Sí, mamá, era necesario. Esta casa da mucho trabajo y era demasiado para Luciana y Joaquina, y hoy mismo llegará otra chica para ayudar a Josefa, que no sé cómo puede con todo.

—Acércate muchacha -ordenó doña Carmen.

—Sí, señora, lo que usted mande.

—Ven que te vea, te observaré mejor de cerca, pues de lejos mis ojos ya poco ven, ni siquiera con los lentes acierto. ¿De dónde has sacado esos ojos tan bonitos? Jamás había visto un color así, si no me equivoco, son violetas.

—Sí, señora, ese color dicen que tengo, y ninguno de mis hermanos lo ha heredado, mi padre dice que en el pueblo se murmura que vienen de algún antepasado, creo que de mi bisabuela, aunque no sé si lo dice por acallar malas lenguas o porque sea cierto.

Nada más escuchar sus palabras, a doña Carmen, al señor y a Charito, se les escapó una carcajada.

—¡Santa María! -susurró doña Mercedes- lo que nos espera con esta muchacha, voy a tener que pulirla, si va a seguir en el servicio. Anda, retírate a tu sitio y en cuanto terminemos subes a mi dormitorio.

—Sí, señora, a mandar.

—¿Pero, de dónde ha salido esta chica?

—De un pueblo de Albacete, señora, que aunque es pequeño, es bonito, está muy cerca de la sierra y se respira muy bien, no como aquí ¡Dios me valga! Que cuando me bajé de la camioneta creí que moría y que tendrían que echarme los responsos.

—¡Pero calla ya, muchacha, que me estás volviendo loca. ¡Luciana! ¿Es que no le has puesto al tanto del decoro de esta casa?

—Sí, señora, sí, pero es que no calla ni debajo del agua.

—¡Ay, que me parto de risa con la paleta esta! cuando se lo cuente a mi pandilla no se lo van a creer, les voy a traer a merendar ¡Ay, se lo van a pasar de cine! -comentó Virtudes.

—¡Eres tonta, Virtudes! -exclamó Charito- ¿Te has pensado que es un mono de circo, o algo así? ¿No te das cuenta de que la pobre es la primera vez que trabaja? Claro que, como a ti todo te da igual, y sólo piensas en ti misma...

Ya salió la defensora de pleitos pobres —susurró Virtudes.

¡Ya está bien! ¿Es que no vamos a poder desayunar en paz? ¡Se acabó la charla! ¡Diez minutos faltan para que parta a la clínica y ni me los dejáis disfrutar tranquilo!

—Tiene razón vuestro padre —dijo la señora— pero tú, Adelina, en cuanto recojas el desayuno vienes a verme.

—A mandar, señora, que para eso estamos.

—¡Válgame Dios! ¡El trabajo que me va a costar pulirla!

A la pobre Luciana un color se le iba y otro se le venía; deseando estaba de que los señores acabasen el desayuno, no fuera que Adelina volviera a soltar alguna de las suyas. Se había hartado de advertirle que no abriera la boca para nada y que se mantuviera más tiesa que un palo, que solamente se moviera si la necesitaban para algo y si se descuida, les cuenta toda su vida y les baila una jota de su pueblo. En cuanto se enterase la señora Josefa seguro que le caía una buena, pero no a Adelina por ser nueva, sino a ella, por no haber sabido ponerla bien al tanto de las costumbres de la casa.

El señorito Ignacio llegaría el próximo fin de semana con permiso de las milicias, pensaba Joaquina mientras ayudaba a sus compañeras a recoger la mesa del desayuno, y a ella, ni el cuerpo ni la cabeza le respondían cuando lo tenía delante, era tan condenadamente guapo, tan amable, tan buena persona... Solamente de pensar que le volvería a ver, le temblaban las carnes. No podía pensar en otra cosa, sólo en él. Sufría por si lo pasaba mal en aquel sitio tan cruel donde, según contaba, le hacían levantarse a las seis de la mañana, y después todo el día al sol haciendo ejercicio, cualquiera sabía los comistrajos que le darían ¡Con lo que ella se preocupaba de que comiera bien cuando estaba en casa! ¡Y la sonrisa de agradecimiento que le echaba cuando le servía la mesa! ¡Que a punto estuvo de caerse la última vez!

La señora Josefa le tenía advertido que soñar con cosas imposibles hace a la gente desdichada. De sobra sabía que no era para ella, pero no podía remediar sentir lo que sentía. Constantemente le rogaba al Altísimo que le quitara aquellas ideas de la cabeza, pero en el amor no se manda, y ese sufrimiento que ella albergaba en silencio la estaba trastocando. Más de un meneo había recibido de la cocinera cuando se quedaba mirándole como una boba. Sin embargo, ella había escuchado que más de una vez algún señorito se había fugado con la criada por el amor que sentía. ¿Por qué no iba ella a tener la misma suerte? Que la santísima Virgen la protegiera, falta le hacía.

Joaquina era una muchacha muy bella, alta y esbelta, con una mirada dulce que siempre alumbraba sus ojos azules, que más pareciera que hubiera nacido en algún país extranjero que en un pueblo de la provincia de Madrid, con su pelo rubio, largo y ondulado, y ese acento tan castizo, que le daba ese aire tan

simpático y señorial con el que acompañaba sus movimientos y su forma de andar y moverse, que a veces parecía que volase en lugar de caminar. Soñadora e inocente, estaba perdidamente enamorada del señorito Ignacio desde el primer día que le vio. Sabía que los romances desiguales solo salían bien en las novelas; sin embargo eso no la impedía soñar con él. La señora Josefa siempre le decía que debía de poner los pies en el suelo, y que si seguía así se le pasaría el arroz y se quedaría para vestir santos. No sabían ellas cómo iban a cambiar los acontecimientos y del modo en el que, a no tardar mucho, se iba a desarrollar su historia de amor.

CAPÍTULO III

“En el pueblo fino, al pan pán, y al vino vino.”

Después de ayudar a recoger el desayuno y comerse por el camino parte de aquellas delicatessen, Adelina subió a la estancia de la señora, admirando las ricas telas con las que estaban forradas las paredes de las escaleras y del piso superior, que comenzaba con una galería repleta de ventanales cubiertos con visillos rematados en ganchillo. Separó uno de ellos y divisó el paisaje que ofrecía el jardín desde aquella altura. Las hojas de los árboles se movían al compás de la suave brisa que acompañaba a Madrid esa mañana, y detrás de la verja pudo apreciar cómo circulaban los automóviles, incluso los autobuses que pasaban por la calle Abascal, donde, a lo largo de sus aceras, paseaba la gente cogida del brazo, una niñera empujando un carrito de bebé, que en ese mismo momento hizo un alto en un quiosco repleto de diarios y revistas de llamativos colores, haciendo las delicias de los viandantes que paraban a echar un ojo a las noticias del día.

Después de llamar a la puerta, tal y como le había advertido Joaquina, escuchó la voz de la señora. Se encontraba recostada en la chaise longue con un libro en la mano. La estancia era bonita y agradable y resultaba de lo más acogedora, no le faltaba detalle: era luminosa y muy bien decorada, en tonos suaves. Se fijó en una fotografía de su boda, se la veía contenta y guapísima con un vestido probablemente de diseño y un ramo de tulipanes blancos. En otra de las fotografías, con marco repujado de plata, se aferraba al brazo de un señor que no conocía. Éste, portaba en la mano una especie de condecoración. Supuso que se trataba de algún amigo de la familia en la recogida de algún premio y sintió curiosidad, le preguntaría a la señora Josefa, le faltaban datos de la familia y tenía que conocerlos.

—Pasa, muchacha.

—Aquí estoy, señora, para lo que guste mandar.

—Acércate, déjame que te vea bien.

Verás, Adelina, hay cosas que deberás aprender, y no me refiero a las

labores de la casa, esas ya te las irán enseñando, me refiero a esa forma de hablar tuya. ¿De dónde eres?

—De un pueblecito muy pequeño, cerca de la sierra de Alcaraz, donde nace el río Mundo. Debería usted conocerlo, señora, es tan bonito... se respira de otra manera, aquí en Madrid solo hay humos. ¡Jesús bendito! Es como si el aire te hiciera daño cuanto entra por el gaznate...

—¡Vale, vale ya, muchacha, me estás volviendo loca! A eso me refería, sólo te he preguntado que dónde has nacido, ¡no hace falta que me cuentes toda tu historia!

De ahora en adelante permanecerás callada, a no ser que te pregunten algo, y procura que la respuesta sea sí o no, y si hay que dar alguna explicación, que sea rápida ¿me has entendido? Y quítate la manía esa de decir a todas horas “a mandar”, te limitas a decir, “sí, señora”. ¡Jesús, que retahíla de palabras suelta esta muchacha!

—No se preocupe, señora. De mi boca no ha de salir palabra alguna, pero es que todo esto es tan distinto que hasta que me aclimate, no daré pie con bola, la mitad de las cosas que hay en esta casa jamás las habían visto mis ojos, y cuando me enteré de que el señor era un médico famoso casi no me lo podía creer. ¡Vivir en la casa de una persona famosa! ¡Pensar que a lo mejor salgo en las revistas! Cuando se enteren en el pueblo no se lo van a creer, señora, se lo digo yo... ¡No se lo van a creer!.

—¡Madre de mi vida! ¡Guíame con esta muchacha! ¡Hazme capaz de domesticarla!

—¡Ay, qué graciosa es usted! ¡Domesticarme, dice, como si fuera una oveja! Pierda cuenta, señora, ya le he dicho que de mi boca no ha de salir palabra alguna.

—¡Márchate, anda! ¡Márchate, que vas a terminar por volverme loca, y dile a Joaquina que me suba una aspirina!

—¡Déjese de mejunjes, señora! La curandera de mi pueblo dice que el dolor de cabeza se quita mojando la frente con cagarruta de cabra disuelta en agua y...

—¡Marchaaaa, marcha de una vez!

—Lo que usted mande, señora, ahora mismo me voy.

— Y reza para que no te despida.

—¡Ya voy, ya voy, no se enfade!

Según iban pasando los días, Adelina se iba aclimatando al ambiente de la casa y cumplía con sus labores como mejor podía. Todavía no sabía distinguir bien aquellas máquinas tan modernas: la secadora, la cafetera, la batidora, un robot de cocina que pelaba las patatas... Todo como en las películas de los americanos que había visto en la televisión que tenían los señores en el salón, bueno, y en cada dormitorio, pero ella no se atrevía ni siquiera a tocarlas a no ser cuando pasaba el paño del polvo. Y qué decir de la aspiradora y la enceradora. El primer día que la señora Josefa le enseñó a usarlas, se negó en redondo, jamás pondría sus manos en esas máquinas del demonio que no sabía de dónde habían salido: quizá fueran obra de Saturnina la Puerca y comenzaran a andar solas para aspirarla o triturarla. Tuvo que soportar las risas de Luciana y Joaquina, pero a ella le daba igual, no estaba dispuesta a dejarse convencer. ¡Que ignorantes! ¡Con el brillo que da un buen chorro de amoniaco con agua bien caliente! Allá ellas con aquellos aparatos tan peligrosos y que hacían tanto ruido, bastante era escuchar pasar los automóviles constantemente, que ni de noche la dejaban descansar. ¡Cómo echaba de menos la paz de su pueblo, el sonido nocturno de los grillos y el claro amanecer de la sierra! Aunque no todo era tan malo, había conocido un montón de lugares que jamás hubiera pensado que existieran, y que, cuando se lo contara a su madre, de seguro no se lo creería.

Una tarde fue con Joaquina a los grandes almacenes Sepu en el Metro. Fueron andando del brazo desde la calle Abascal, donde se encontraba la vivienda de los señores, hasta la estación de Río Rosas, donde descendieron para tomar el vagón que las llevaría hasta la Puerta del Sol. Allí hicieron transbordo hasta la Gran Vía, donde se encontraban los almacenes. ¡Jesús bendito! Se quedó como alelada al ver aquellos trenes que viajaban debajo de la tierra, que seguro que quienes los construyeron habían profanado a los muertos, privándoles de su descanso eterno para poder realizar aquellos agujeros tan grandes. Dos o tres veces tuvo que guiarla Joaquina, porque ella se iba para otro lado. Cuando tocaba girar al túnel de la izquierda ella iba a

la derecha, y cuando tocaba el de la derecha ella iba al contrario y es que no estaba en lo que tenía que estar, sino mirando extasiada a la gente que pasaba, tan segura de sí misma, como si viajar por aquellos túneles, seguramente habitados por las almas de los muertos, fuera cualquier cosa natural. Sacó de su bolso la estampita de la Virgen de los Dolores y la besó varias veces, rogándole no le tuviera en cuenta la profanación que estaban sufriendo las ánimas

—Adelina, por favor ¡Deja ya de santiguarte que nos está mirando todo el mundo!

Mucho tiempo habría de pasar para que ella se acostumbrara a aquella clase de vida. Jamás dejaría de añorar los montes de la sierra de Alcaraz. Ni tan siquiera un águila había visto volar por los cielos en el tiempo que llevaba en la capital. No era de extrañar, morirían con aquellos humos. Segura estaba que toda esa gente que pasaba a su lado sin saludar a nadie, jamás había paseado por el campo, se conformaban con los árboles plantados en las aceras, que crecían entre las bocanadas de tizne y suciedad que reflejaba el contexto de Madrid. El señor alcalde, fuera quien fuese, no debía de salir de su casa y no apreciaba los hollines y vahos que se confundían entre los paseantes y los coches. Los pobres pajarillos que se posaban en las hojas de los árboles lo hacían de forma inconsciente, buscando algo de comida que caía de los aperitivos de las terrazas que ponían los bares, porque eso sí, Madrid tenía más bares y tabernas que personas, y había que ver lo que les gustaba a los madrileños el copeo y la jarana. En la capital nadie se acostaba pronto y aunque madrugaran, no dejaban perder una algazara, ni pensaban en el madrugón que les esperaba a la mañana siguiente. ¿Se adaptaría? No le quedaba más remedio que hacerlo, sin embargo no quería contagiarse de aquellas costumbres insanas que perjudicarían por completo su estancia, ella había llegado a la capital persiguiendo una idea, y debería cumplir su sueño.

Cuando llegaron a los almacenes, Adelina no daba crédito a lo que veían sus ojos: ¡Cuántas cosas! ¡Madre del amor hermoso! ¡Si lo viera su madre! ¿Y en el pueblo? ¿Sabría la gente que existían estos sitios en la capital? De seguro que en cuanto se lo explicara por carta no se lo iban a creer. ¿De dónde sacarían tantas cosas? ¡Qué maravilla! Se compró un vestido encantador, para ponérselo en los días de libranza. Una preciosidad, azul con lunares blancos, de manga corta, de largura justa, muy por debajo de la rodilla y, aunque

Joaquina le había dicho que le bajarán un poco el escote, se negó en redondo. Jamás iba a claudicar y que estuviera en boca de todo el mundo su decencia, no fuera que le pasara como a Saturnina la Puerca. ¿Qué pensaría la gente? ¿Y los vecinos de los señores qué dirían si la vieran por la calle vestida como una pilingui?

Cuando quiso mirar lo que había en los pisos superiores vio como Joaquina se dirigía a una especie de escalones que subían solos, y pretendía que ella echara el pie en uno de ellos, que al llegar arriba desaparecía.

—¡De eso nada! —le dijo— ¡yo por ahí no piso que me come el escalón!

Y de repente Joaquina se echó a reír a carcajada limpia, junto a unos señores que en esos momentos subían por aquellos escalones diabólicos. Joaquina la empujó y Adelina se echó para atrás, y la otra dale que dale para delante y ella que dale para atrás, hasta que Joaquina se quedó parada y le dijo:

—Mira, Adelina si no vas a confiar en mí y no intentas adaptarte a todas las cosas modernas que nunca has visto, más vale que vuelvas a tu pueblo, porque pareces una paleta, y todo el mundo se está riendo de nosotras.

—Está bien —le contestó— te haré caso.

Sacó de nuevo la estampita de la Virgen de los Dolores, la besó, cerró los ojos y se dejó llevar por Joaquina. Al cabo del rato ya le había cogido el tranquilo y mientras su compañera compraba, se dedicó a subir y bajar aquellas escaleras varias veces, como si se tratara de un parque de atracciones, mientras saludaba con la mano a los demás transeúntes, con los que se había cruzado varias veces, sin que ellos se dieran cuenta siquiera del saludo que les dedicaba.

Cuando volvieron a la vivienda de los señores, no tuvo más remedio que contarle a la señora Josefa todo lo que había visto, hasta que escuchó las risas que proferían ella y Luciana. Sin embargo, cuando les mostró el vestido, se hicieron cruces preguntándose cómo había sido capaz de elegir algo tan bonito, hasta que cayeron en la cuenta de que un poco sí habría influido el gusto de Joaquina.

Los días se iban amontonando unos sobre otros, haciendo que sus labores

en la casa fueran cada vez más fluidas y menos resistentes a sus capacidades comprensivas. Ya le había cogido el tranquillo a las máquinas que en un primer momento se negó a usar, dándose cuenta de su utilidad y del ahorro de tiempo que ganaba con su manejo.

La nueva muchacha que acudió a la casa para ayudar a la señora Josefa, era de su misma edad, 19 primaveras cumplirían las dos para el próximo Junio, y con sólo dos días de diferencia. Luisa, que así se llamaba la muchacha, era oriunda de un pueblo de Zaragoza, y venía recomendada por una amiga de la señora Mercedes, donde ya servía una hermana. Hija del pastor de un pequeño pueblecito y de una familia numerosa de siete hermanos, era ella, según contaba, la que se encargaba de la cocina cuando su madre iba al campo a escardar los cebollinos de las tierras del señor de la hacienda. Era graciosa, aunque más bien callada, cosa del buen parecer de la señora, que seguía vigilando a Adelina por los rincones, chistándola a cada momento para que cerrara la boca y dejara de hablar, aludiendo que le levantaba dolor de cabeza. Y como no la dejaban despegar la boca, pensó que debería cantar. Al principio lo hacía bajito para evitar los regaños de la señora de la casa, pero después, en cuanto le cogió el gustillo, voceaba subiendo el tono y provocando la hilaridad de los habitantes de la casa y nuevamente el enojo de doña Mercedes. ¡Jesús bendito! ¿Qué iba a hacer ella tan callada? ¡Si desde que nació no callaba ni debajo del agua!

Se aprendió “*Bésame mucho*” del cantante mejicano Emilio Tuero, que escuchaba en la radio, “*Caminemos*”, canción a la que incluso le ponía voces como había escuchado hacer a los Panchos, y hasta “*Tatuaje*”, la que interpretaba con toda precisión imitando de una manera magnífica a la gran cantante Conchita Piquer. ¡Cómo cantarían de bien que hasta la señora Josefa le aconsejó presentarse a uno de esos concursos noveles de la radio, cosa que por supuesto no haría. ¡Que iban a pensar en el pueblo viéndola convertida en una cabaretera! ¡Con lo que le había advertido don Ramón de los peligros de la capital! Claro que, cuando a la noche se metía entre las sábanas, imaginaba como sería su vida convertida en una gran cantante, viajando hasta las Américas.

La casa andaba revolucionada. A la hora de la comida llegaría de permiso el señorito Ignacio, de las Milicias Universitarias que cumplía en Badajoz. Joaquina no daba una en su sitio. Cada dos minutos sacaba la barra de labios

del delantal, echaba un ojo a la comida, alisaba continuamente la colcha de la habitación del señorito, limpiaba nuevamente su baño, preparó ella misma arroz con leche a la manera de su pueblo, que no pecando de mentirosa, le salía mejor que a la señora Josefa, y se había cambiado dos veces el delantal, que relucía con pulcritud suprema. La señora había encargado a la cocinera un gran menú para homenajear a su hijo, que desde hacía dos meses no venía a casa, aunque ya solamente le quedaba un mes para licenciarse, y poder seguir con sus estudios de medicina.

Canapés variados con distintos vinos y vermut. De primer plato una sopa de marisco que levantaba a un muerto, seguido de unos deliciosos escalopines al roquefort, que eran la comida preferida de Ignacio, para finalizar con tarta de manzana, pasteles de chocolate y crema que había comprado Charito en *Viena Capellanes* y el arroz con leche de Joaquina, que sabía que enloquecía al señorito.

La mesa la vistió Luciana con un gusto exquisito. Incluso la señora envió a Adelina a buscar flores al quiosco central para decorar la mesa, colocándolas sobre el maravilloso mantel de piqué decorado con dibujos holandeses, confeccionado a mano por las monjitas del convento de las Descalzas Reales, religiosas que habían cosido la mayoría de su ajuar.

Ignacio pitó varias veces con la bocina del coche al llegar a la puerta grande. Joaquina, que llevaba desde que se había levantado con el oído puesto en la entrada, salió corriendo como alma que lleva el diablo y abrió la puerta de la verja que llevaba hasta el garaje. Una vez aparcado el coche, Ignacio salió al exterior, donde toda la familia se apresuró a recibirle.

—Buenos días, Joaquina. ¿Qué tal las cosas por aquí?

—De maravilla, señorito, y ahora que usted ha llegado mucho mejor.

—Siempre tan amable —dijo Ignacio mientras se dirigía a saludar a su familia. Sin embargo, una vez comenzó a andar, paró, volvió la cabeza y le dijo:

—Cada día estás más bella.

Joaquina creyó morirse. Si en ese momento Dios la llamara no le hubiera importado con tal de escuchar lo que acababa de oír de la boca del señorito.

Era la primera vez que le decía algo así. Ciertamente que le había pillado alguna vez mirándola fijamente y volvía la cabeza cuando sabía que ella se había dado cuenta. Siempre había sido muy amable y educado con ella, pero lo que le había dicho, no era comparable con nada de lo que le hubiera pasado en su vida.

Después de saludar a su familia, Ignacio se cambió de ropa y se acicaló: un pantalón de algodón azul marino, conjuntado con un polo blanco con los bordes del cuello y las mangas del mismo tono que el pantalón: su pelo castaño claro, engominado y peinado hacia atrás, según marcaban los cánones de la moda. Era un hombre guapo y sumamente atractivo, de carácter noble y sosegado; amaba el estudio, la medicina era su vida y no podía prescindir de la belleza, se sensibilizaba ante todo lo bello: una pintura, un edificio, un paisaje, el colorido y sobre todo, sus ojos se fijaban en todo lo natural. La belleza natural, para él, era un arte: una bella mujer, un bonito color de ojos. No podía resistirse a lo delicado, incluso a lo majestuoso, siempre que tuviera tendencia a lo innato e inherente. Era un gran amante de los museos, del cinematógrafo, de los musicales y un lector empedernido. Por eso estaba deseando acabar las Milicias, allí todo era monótono y aburrido, un lugar donde los universitarios pasaban por el trámite de hacer un servicio militar dividido en periodos veraniegos.

Tocaba perfectamente el piano, el violín y controlaba bien la guitarra. Era un gran melómano y gran aficionado al arte flamenco, y escuchaba con tesón a Caracol, a Pepe Mairena y al Niño de Almadén, tratando de estudiar sus maravillosos acordes, falsetes y subidas de voz. Su madre decía que las Milicias le estaban convirtiendo en un patán, sin embargo, esa afirmación estaba muy lejos de la realidad, la fealdad no entraba en su vida. Por eso quería ser cirujano, para recomponer las partes desbaratadas del cuerpo humano y convertirlas en válidas, restableciendo en lo posible, su estructura original.

Ya en la Gran Guerra se comenzaron a utilizar técnicas de cirugía reconstructiva: labios partidos, narices rotas y miembros destrozados. Los cirujanos de aquella época recomponían como podían, pero los tiempos estaban cambiando y habían mejorado notablemente las técnicas. Todavía no le había dicho a su padre el tipo de especialidad clínica a la que se quería dedicar. Sabía que no le iba a gustar su elección. Él hubiera querido que se

convirtiera en un experto cardiólogo, pero nadie le iba a quitar de la cabeza lo que siempre le había llamado la atención: la absoluta perfección del cuerpo humano: la cirugía estética, y estaba decidido a lograrlo. Había leído técnicas ya probadas, como las mamoplastias y abdominoplastias realizadas por el doctor Joshep y había leído su gran libro, en el que relataba sus experiencias en las rinoplastias realizadas, y era gran admirador de los doctores Montoya y Florez y Arcadio Forero; grandes cirujanos sudamericanos y, aunque disgustara a su padre la decisión tomada, sabía que con el tiempo se adaptaría, incluso innovaría esas técnicas que él pensaba realizar en su propia clínica, aunque todavía las llamaran “operaciones del demonio”, alegando que Dios nos había hecho a cada uno de una manera distinta y que por algo sería, y que si alguna vez esas técnicas infernales triunfaran, seríamos todos como grandes muñecos de esos que venden en las jugueterías que se les dan cuerda y hacen movimientos imitando a Charles Chaplin.

Sintió la voz de su madre y comprendió que seguramente le estaban esperando para comenzar a comer.

Lo primero que hizo fue besar a su abuela, no sabía cómo explicarlo, pero era la persona a la que más echaba de menos cuando permanecía fuera de casa. Quizá fuera su constante ternura, que siempre le conmovía, y esa belleza clásica y elegancia innata de la que estaba impregnada. Su maravilloso pelo blanco, que llevaba recogido en un moño, le recordaba a las deidades griegas, y sus ojos azules, aunque ya algo faltos de expresividad, seguían siendo bellos. Y esa voz fascinante y dulce que siempre recordaba contándole aquellos maravillosos cuentos, sentada en su cama, poco antes de que se quedara dormido, con su mano unida a la de ella.

La tertulia de la comida estuvo entretenida. Como siempre, Virtudes tuvo que dar la nota cambiando siempre de conversación y llevándosela a su terreno, que no era otro que el de la moda, o los cotilleos de sus amigas.

—¿Sabías, mamá, que Pilar se casa?

—Ya era hora, hija, lleva más de diez años de relaciones con Armando.

—Eso no sería noticia, mami, no es con él con el que va a casarse.

—¿Pero qué me dices, Virtuditas?

—Se casa con un militar del que nadie ha oído hablar, veinte años mayor que ella. No es que sea feo, es atractivo, y educado, la verdad, pero ha sido todo tan repentino...

—¿Y no os ha aclarado el asunto?

—Qué va a decir la pobre, si la han obligado sus padres...

—¡Qué cosas tienes, hija, ni que estuviéramos en el siglo pasado! — comentó doña Carmen

—Abuela, los Vargas están arruinados. Por lo visto su padre mandó dos trenes de lentejas a no sé dónde y cogieron el gorgojo, que es un bichito pequeño muy asqueroso y se echó todo a perder, y no sólo eso, sino que por lo visto debían dinero a todo el mundo. Armando es un chico guapo, pero de familia poco adinerada.

—¿Y el militar?

—Pues cuentan que el padre es amigo del padre de ella y ha debido de ser un arreglo de esos entre familias, vamos, como dice la abuela, igualito que en el siglo pasado. Os podréis figurar cómo está la pobre.

—Pobrecita, —comentó Charito— ¿y si no le quiere?

—¡Qué cosas tiene esta niña! —contestó su madre— Pues si no le quiere, que se aguante, no va estar la familia en boca de todo el mundo, debiéndoles dinero a unos y a otros, ya le querrá, con el tiempo todo se arregla.

—Yo no podría.

—Claro que podrías —dijo Virtudes— ¿Qué te has pensado? ¿Qué eso de contigo pan y cebolla funciona? Pues no, niñata, siempre serás una fantástica, no todo es como en las noveluchas esas que lees.

—Déjame en paz, Virtudes, a ti no te importa lo que leo o dejo de leer.

—Mamá, esta niña está cada vez más impertinente.

—¿Es que no vais a respetar siquiera este día? El primer día de permiso de vuestro hermano y no le habéis dejado hablar.

— No pasa nada, papá. Veo que en casa todo sigue igual.

—No las hagas caso —comentó Santiago— Cuéntanos algo de la mili. ¿Qué tal por Badajoz? ¿Hay chicas guapas por allí?

—¡Madre santísima! ¿No hay otro tema del que hablar? ¿No vais a preguntarle qué tal ha llevado las guardias, la comida, los madrugones?

—Es verdad, perdona Ignacio, nos hemos portado como unas tontas —se disculpó Charito.

—¿Qué queréis que os diga? Servir a la Patria es una obligación, pero no es agradable. ¿La comida? Con razón la llaman rancho. Patatas aguadas, con algún trozo de carne. Menos mal que los paquetes de mamá me han solucionado el asunto, y no sólo a mí, cada vez que llegaba un envío me salían amigos por todos lados. A las seis tocan diana y las guardias son mortales, te vas durmiendo por los rincones. Los compañeros agradables, pero la mayoría no sabe ni leer ni escribir. Menos mal que me han dejado en las oficinas, pero el pabellón en el que duermo es para cuarenta ¿os podéis imaginar el olor? Algunos de ellos no saben siquiera lo que es una ducha, les da miedo el agua.

—¿No has hecho ningún amigo?

—Sí, eso sí, un universitario de Barcelona, Mario, está estudiando Caminos, es con el único que se puede hablar sin tener que tirarte de los pelos.

—¿Y las horas libres? ¿No has salido por Badajoz?

—Claro que sí, el barrio histórico es precioso, la alcazaba y la catedral son dignas de verse, la plaza alta, las murallas, el puente de Palma... en fin, no quiero aburriros con mis correrías, ya sabéis lo que me gustan las obras de arte. He aprovechado cada momento libre para observar con detenimiento los monumentos históricos de la ciudad. Visité el Monasterio de Santa Ana, donde estuvo enterrada Ana de Austria, la reina consorte de Felipe II. Su recinto amurallado es el más largo de toda España.

—¡Bueno, vale ya, Ignacio, que pareces un libro de historia! -exclamó Virtudes- lo que quiero que nos cuentes son tus correrías, pero de otro tipo ¿no has salido de copas con amigos?

—Esta niña no cambiará nunca -susurró doña Carmen- menos mal que eres

guapa y tienes buena figura, hija, porque si no, no podríamos encontrarte marido decente.

—El que debería encontrar una novia es él, abuela, que con ese tostonazo de conversación su trabajo le va a costar. Claro que no creo que exista la mujer perfecta que él imagina.

—No digas bobadas, Virtuditas. Es cierto que admiro la belleza, pero también la cultura lo es, la sinceridad, el sosiego, el saber estar...

—Ufff ¡qué aburrido eres, Ignacio!

—Si tú lo dices, lo seré

—¿Y cómo es tu amigo?

—¿Mario? Somos parecidos de carácter, creo que hemos hecho una buena amistad. Cuando acabe la carrera se quiere trasladar a Madrid. El hermano de su padre tiene una constructora de obra civil, y comenzará allí con sus prácticas, ya os lo presentaré.

—Me refiero a si es guapo.

—Pues, ya que lo mencionas, sí, creo que es un hombre guapo. Algo más alto que yo, moreno y ojos grandes y negros, está más bien delgado y tiene un gusto exquisito.

—¡Jesús! Invítale a pasar una temporadita en casa.

—Esta niña no tiene modales, Mercedes. ¿Qué clase de educación le has dado a tu hija? En la mesa y ponerse a hablar de esa manera, ¿es que no existe otro tema? Habría que mandarla una temporadita con las monjas -comentó don Enrique.

Virtudes se calló y siguió comiendo ante la mirada de su padre, que resignado, siguió comentando con Ignacio y Santiago los pormenores de las milicias.

Joaquina seguía en pie, en una esquina del salón, atenta a todo lo que requiriese la familia, en particular a las necesidades de Ignacio, al que no quitaba ojo. Le tenía de frente y pudo observar su mirada un par de veces. Sus ojos azules se le estaban clavando en el alma, y esa voz suave y gentil se le

hacía como un susurro que no se cansaba de escuchar. Era un hombre tan elegante, tan sabio e instruido, versado en cualquier tema de conversación, sensato y prudente... Por un momento cerró los ojos y supo que por mucho que la mirara, jamás le conseguiría, nunca podría compararse a un hombre así, y aunque él se fijara en ella, jamás podrían saltarse la diferencia de clases, tan arraigada en España, y más desde que gobernaba el generalísimo. Si llegara a oídos de los señores cómo su familia ayudó y seguía ayudando al bando republicano, seguro la pondrían de patitas en la calle.

Sumida en aquellos pensamientos, no se dio cuenta de que la bandeja del pan estaba vacía; sin embargo, Adelina se le había adelantado, sin decir ni una sola palabra. Rezaba para que no abriera la boca.

—Hola, ¿así que eres nueva? No te conocía -dijo Ignacio mirando fijamente a Adelina.

—Sí señor, soy nueva, pero ya ve usted que no se me va una, he estado atenta a que no faltara nada, y he escuchado lo que usted ha contado de Badajoz. ¡Lo que daría yo por ver esas murallas! Y el convento ese, que usted ha nombrado pero que ya no me acuerdo de su nombre, donde enterraron a una reina. ¡Qué maravilla! ¡Que bonito debe de ser aquello! Aunque no creo que tenga ese placer, si cada vez que salgo a la calle, me mareo de tanto jaleo que hay por la capital, como para andar viajando. ¡Señor bendito! Creo que no me atrevería.

—¡Joaquina! ¿Qué te tengo dicho? ¿Cuántas veces tengo que deciros que enseñéis a esta chica modales? Como siga así la pongo de patitas en la calle. ¿Has oído muchacha? Me tienes más que harta.

—¡Por Dios, señora, no se ponga usted así! Que la Joaquina no ha tenido culpa, es la emoción de ver al señorito, y de escucharle todas esas cosas que ha contado, que no lo puedo ni de remediar.

Los integrantes de la mesa no pudieron reprimir la carcajada, todos menos doña Mercedes, que no le hacían ni pizca de gracia las salidas de tono de la nueva criada, de la que ni siquiera recordaba el nombre. En buena hora se la recomendó don Jacinto, ¿de dónde la habría sacado? El curita se habría pensado que estaba ella para educar a pueblerinas. Tenía razón Virtuditas cuando decía que era una paleta, una paleta sin educación ninguna. Como Josefa no la enseñara a estar callada, no le iba a quedar más remedio que

despedirla.

—¡Que ocurrencias tiene esta chica! —dijo Ignacio— ¿es así siempre?

—Siempre, Ignacio, me lo paso bomba con ella, es más paleta que un trillo, un día traje a mis amigos a merendar sólo para que la conocieran. ¡No sabes cómo lo pasamos!

—¡Retírate, Adelina! —Ordenó la señora— Será mejor que sigas sola, Joaquina, y que ella sirva la mesa cuando esté preparada; mientras tanto no quiero ni verla.

—No ha de decírmelo dos veces, señora, que he de callarme y me voy ya, que sigan ustedes comiendo en paz.

Según salía escuchó el susurro de la conversación de los señores, que se figuraba la estarían poniendo a caldo. ¿Qué pecado había cometido? ¿Qué pretendían, que se quedara muda? La señora estaba muy enfadada, seguro que la despedía.

¡Virgencita de los Dolores no dejes que lo haga! En adelante trataré de no hablar demasiado, no puedo volver al pueblo, es menester que siga en la capital ¡me quedan tantas cosas por conocer!

Miraba a las señoritas con envidia, habían llevado una vida que a ella le había sido negada, sentía rabia, quizá rencor, no podía negarlo, sólo con una palabra conseguían lo que deseaban y, mientras estudiaban en los mejores colegios, ella labraba la tierra, limpiaba la casa y se ocupaba de sus hermanos. Tuvo que pasar tiempo para que pudiera leer un libro, hasta que llegó a la capital no sabía lo que era un refresco, o un helado, ni tan siquiera un chocolate caliente. No podía permitir que la echaran, volver al pueblo cortaría de cuajo todas sus pretensiones.

Se sentó en la cocina hecha un torbellino de dudas, no volvería a abrir la boca delante de la señora o tendría que regresar al pueblo, que pensándolo bien, quizá fuese lo mejor. No estaba hecha para todos esos modales rocambolescos que se utilizaban en la casa. Parecían vivir en una especie de nebulosa gris parecida a una capilla funeraria, les costaba esbozar siquiera una sonrisa. Si no fuera por Charito o Doña Carmen, aquello parecería un

tamizado lúgubre de normas, sometidas a un régimen autoritario. Varias veces al día sentía esos pellizcos de tristeza que jamás había conocido en su pueblo. Allí no hubiera probado los manjares tan ricos elaborados por la señora Josefa, ni hubiera subido por escaleras mecánicas, ni habría conocido los barrios de Madrid, ni el metro, ni la Cibeles, pero era más feliz...mucho más feliz, aunque en lo más hondo de su mente había un cartelito que le decía: *no puedes volver, no debes hacerlo.*

CAPÍTULO IV

“Donde hay patrón, no manda marinero.”

Con la presencia de Ignacio mejoró el trato de la señora hacia ella, quizá la alegría de su presencia, o disfrutar del hijo mayor al que tanto quería, habían hecho, que su carácter diera un par de vueltas y su sonrisa aflorase a veces; incluso dejó de perseguirla por las habitaciones, vigilando sus labores diarias.

A ella le correspondían los dormitorios de Virtudes y de Charito, que mantenía tan limpios como se queda el alma después de recibir la sagrada forma.

Virtudes dormía en una preciosa cama con unas telas sobre la cabeza a las que llamaban dosel. Era la última moda en las clases altas. La colcha de seda chinesca, en tonos anaranjados, tapaba una cama enorme. Hacía juego con las cortinas, que caían sobre unos visillos blancos y transparentes, que descansaban a lo largo de las ventanas, protegidos por un bandó de la misma tela con dibujos de caras achinadas que lucían diversos peinados. Dos cuadros cubistas decoraban las paredes haciendo un gran contraste con el resto de la decoración que la definía perfectamente: cambiante, como el día que amanecía con sol y terminaba con una tormenta repleta de rayos y centellas.

Sin embargo, la habitación de Charito parecía salida de un cuento de hadas: decorada toda ella en tonos rosáceos y malvas, con ramos de flores naturales en cada repisa, en su mesa de estudio y sobre el maravilloso buró antiguo y restaurado en tonos morados. Le encantaba quedarse en ese dormitorio: se echaba sobre la cama y se sentía la persona más feliz del mundo, imaginando maravillosos paisajes y preciosas leyendas con finales felices. Una vez se atrevió a probarse uno de los preciosos vestidos de Charito, con tan mala suerte que, cuando danzaba sobre la espléndida alfombra mirándose al espejo, entro la señorita. Quedó parada, como si en vez de ella, hubiera sido la señora la que la hubiera sorprendido. Sin embargo, Charito cambió su cara por una espléndida sonrisa, sacó del armario casi todos sus vestidos, y dedicaron las dos horas siguientes a probarse su elegante vestuario.

Sentados en la cocina, todos los miembros del servicio comenzaban a desayunar. Luciana había puesto sobre la mesa lo que había sobrado del desayuno de los señores, que si lo hubieran repartido en el cuartel de señorito Ignacio probablemente habrían alimentado a todo el regimiento. La señora Josefa había preparado un exquisito rabo de toro el día antes, sabía que era uno de los platos preferidos de Ignacio, y elaborado el día anterior cogería bastante más sabor.

Adelina gozaba de aquellos momentos, en los que saboreaba manjares nunca probados por ella y formaban aquella maravillosa tertulia sobre conversaciones divertidas, y a veces de mucha envidia, que le hacían aprender cosas nuevas.

—Joaquina, te estás quedando en los huesos, comentó la cocinera.

—El señorito Ignacio dice que cada día estoy más bella.

—Porque lo eres hija, lo eres. Hermosa por fuera y por dentro, y no hay cosa que me hiciera más infeliz que verte desdichada porque tus ilusiones no se cumplieran, y te estás haciendo muchas, Joaquina, sabiendo que es imposible.

—¡Pero el señorito me encuentra bella, señora Josefa, y me lo dice!

—No te confundas hija: él no te ama, él adora la belleza. Te ve como un hermoso cuadro. Es así desde que era pequeño, le vi nacer y le conozco mejor que su propia madre. Es más bueno que el pan, y está repleto de sentimientos maravillosos, pero a veces puede confundir a los demás. ¿Cómo explicarte? Es como si fuera un ser de otro mundo, se emboba leyendo un libro, escuchando música o mirando un paisaje. Ama la belleza. De pequeño sólo pintaba cosas lindas, no como otros niños, que garabateaban cualquier cosa en sus libretas de bocetos. Él no se conformaba, buscaba la perfección. Deslizaba los lápices en su mano y los acariciaba y hasta que no lograba la culminación no dejaba de romper hojas y hojas de su cartapacio. No quiero que sufras y vas a sufrir, cuanto antes comprendas que no está enamorado de ti, antes dejarás de hacerte ilusiones. Él no puede enamorarse de ti, hija mía.

—¿Y si lo hiciera?

—Jamás podría.

—¿Por qué dice eso, señora Josefa? —preguntó Adelina.

—Cosas mías, a veces hablo demasiado.

Adelina dejó que sus pensamientos se posaran en el señorito Ignacio. ¿Por qué no podría enamorarse de Joaquina? Era una verdadera belleza, cuando salía con ella no solamente los hombres volvían la cabeza para empaparse de su hermosura, sino que llamaba la atención de cuanto viandante pasara por su lado. Reflejaba esplendor por los cuatro costados, aunque no era una belleza llamativa, sino serena, que rebosaba un atractivo repleto de delicadeza hasta en sus movimientos, era innato en ella, no necesitaba de afeites ni ropa como la señorita Virtudes, simplemente con su uniforme de doncella, ella desprendía elegancia y un encanto que hubiera sido capaz de atraer los pinceles del mejor pintor. Quizá la señora Josefa se equivocaba en sus apreciaciones, aunque era una mujer sabia e inteligente, a lo mejor por lo que le había deparado la vida.

La señora Josefa cumpliría ese mismo mes 55 años y, según contaba, había nacido en Reverte, un pequeño pueblo de Murcia, una aldea que subsistía gracias al ganado, sobre todo a las ovejas, y al cultivo de cebada, avena, trigo y algunos almendros. En su pueblo no sabían lo que eran la electricidad y el agua potable, y recordaba cómo su padre cargaba en la burra cuatro cántaros y, cada dos días, hacía tres kilómetros de ida y otros tantos de vuelta para abastecer de agua a su familia. Se alumbraban con candelas de carburo y las pocas gentes que albergaba el pueblo vivían muy unidas. Los inviernos eran largos y mucha la necesidad, por lo que nunca se podía saber lo que se podría necesitar de los vecinos. En una casa abandonada se encontraba la escuela, que ocupaba a unos treinta niños, no sólo del pueblo, sino que acudían de los parajes vecinos de Cuesta Romero, del pantano de Valdeinfierno y los de Selvarejo. Cada familia suministraba, por turnos, el agua y la leña que se necesitaba en el aula, y así fueron saliendo adelante, aunque según las últimas noticias provenientes de las misivas que recibía de una prima suya que todavía residía en el pueblo, casi todos los mozos se exiliaban a Francia, donde, según contaban los que habían marchado, el trabajo caía de los árboles y vivían casi como lo hacían los ricos de Lorca y de Molina de Segura.

Algún obús que otro cayó en el pueblo durante la guerra, pero según su prima, como allí moraban tan pocos habitantes y el pueblo era tan chiquito, seguro que aquellos aviadores ni sabían que existían.

Hija mayor de cinco hermanos, todos varones, se quedó en la casa a ayudar a su madre, y así fue como aprendió a guisar y a encarrilar cualquier cosa que surgiera en la pequeña morada donde residían. Lo mismo remendaba sábanas que enceraba suelos, o elaboraba unas torrijas que partían el alma. Con 12 años la mandó su madre a servir a la casa de Doña Carmen que la acogió con todo el cariño del mundo.

Ya pasados algunos años, en una de sus tardes libres de domingo, en la verbena de las Vistillas, conoció a Luis, que nada más verla la sacó a bailar. Buen mozo, alto y guapo, con porte señorial y una cultura que la dejaba abobada cada vez que el muchacho abría la boca. En unos cuatro meses se le declaró, diciéndole que era el amor de su vida. Ella, perdidamente enamorada, sin pensárselo dos veces, dio el sí y la vida se convirtió en maravillosa, en fuegos artificiales, en torbellinos de colores, en reflejos de ternura que le encandilaban a cada paso que daba, hasta que su querido Luisito, una tarde, comentó en su casa los amores que sentía por Josefa, y cuando su padre, director de uno de los más afamados diarios de la época le escuchó, no quiso tan siquiera seguir hablando del tema. Hasta doña Carmen tuvo que tomar medidas al escuchar sus sollozos nocturnos y ver como su querida cocinera se iba apagando lentamente por ese sufrimiento de amores que albergaba su corazón.

—Pero muchacha, ¿él te sigue queriendo? le preguntaba la señora.

—Sí, doña Carmen, él me adora, el problema es el padre, que no me acepta.

—¿Y la madre que dice?

—No tiene madre, murió dejándole muy chiquito al cargo de la niñera.

—Será cosa de que hable yo con el padre.

—¿Haría usted eso por mí?

—¿Y cómo no lo voy a hacer, “*alma de cántaro*”? Si te estás quedando como un pajarillo.

Sin embargo, el progenitor de Luis, no quiso ni hablar del asunto, con lo que la señora Josefa y su novio siguieron su relación a escondidas, manteniendo sus amores, siempre dignos, en bancos escondidos del parque del

Retiro, o en los jardines del campo del Moro. Ni el cine ni el teatro se atrevían a pisar, por si le llegaban noticias a aquel hombre sin sentimientos que constantemente les negaba la felicidad. Y cuando Luis tomó la decisión de que escaparan juntos hacia mundos mejores, estalló la guerra civil, que les tuvo separados durante tres años.

Aunque la señora Josefa recibía misivas frecuentes, su energía siguió decayendo, mientras doña Carmen la animaba a que siguiera adelante y alegrara la cara, diciéndole que debería estar contenta. Su novio seguía con vida, que muchas no podían decir lo mismo. Entre lloros, muertes de conocidos, tertulias con las cortinas echadas, cartas de su novio y de su querida prima del pueblo, pasaron aquellos años horribles que tan decadente dejaron España, tantas vidas segaron y múltiples cabezas abatidas por las pérdidas que habían sufrido.

Todo el dolor que había pasado se borró en un momento en cuanto le vio. Apareció una mañana dos semanas después de acabar la guerra y todos los colores le volvieron a la cara. Luisito la envolvió en abrazos y besos y le entregó el anillo que todavía en estos días lleva puesto.

Entre momentos de flaqueza y recuerdos tristes de la guerra, pareció que el padre de su novio comenzó a entrar en razón, diciéndose a sí mismo que después de lo que habían sufrido sus carnes al tener al hijo alejado, no merecía la pena seguir torturándole, por las malas lenguas, y separarle del amor de su vida: ¡si hablaban, que hablasen!

Sin embargo la misma tarde en la que la señora Josefa iba a ser recibida por su familia política, unos hombres altos, con pinta de seres siniestros, y pelo engominado, según corroboró después la portera, llegaron al domicilio de su novio preguntando por su padre:

—¿Don Luis Álvarez de Gandía?

Luisito les hizo pasar, haciéndoles saber que no se encontraba en casa, a lo que aquellos hombres respondieron:

—Pues si no está el padre, bien nos vale el hijo.

Y desde aquel día, nada se supo de Luisito Álvarez de Gandía, con lo que la señora Josefa jamás llegó a conocer a la familia de su novio y perdió al

amor de su vida. Nunca jamás quiso tener relaciones formales con nadie, aunque pretendientes no le faltaron, pero según contaba, por mucho tiempo que pasara, jamás se olvidaría de aquel amor sagrado, con el que fue tan feliz.

Aquella mañana Luciana amaneció algo pachucha, la fiebre le hacía tiritar desde las cuatro de la mañana, hora en la que, al escuchar sus temblores, Adelina se levantó, le tomó la temperatura, y fue a la cocina a por un balde de agua fresca. Mojó un paño y, una vez escurrido, lo extendió sobre la frente de su compañera, como tantas veces había visto hacer a su madre y esperó el amanecer, hasta que avisó a la señora Josefa. Sabía que a las cinco ya estaba en marcha. Ésta le dijo que entre ella y Joaquina se hicieran cargo de sus labores, y avisó a Doña Mercedes para que diera cuenta al señor.

Don Enrique le tomó nuevamente la temperatura, le auscultó pecho y espalda. Le hizo toser y al escuchar aquellos ruidos extraños determinó que Luciana había cogido la gripe, con lo cual encomendó que no se moviera de la cama y que le hicieran sudar para que se desprendieran los miasmas de su cuerpo lo antes posible.

Lo primero que hizo Adelina fue preguntar a doña Mercedes que le avisara en cuanto pudiera limpiar su habitación.

—En una hora marcharé muchacha. A ver lo que haces. ¡Cuidadito con perder algo! ¡Y lo quiero todo más limpio que la patena! ¿No se podía haber encargado Joaquina de mi dormitorio?

—Lo siento señora, pero a ella le ha tocado el salón, el despacho y la salita, que aunque no lo crea, bastante trabajo es ese. Entre limpiar la chimenea y sacar el polvo a todos los cachivaches que guarda el señor, se le irá la mañana, que una no es de hierro señora, mire usted la pobre Luciana, que de seguro le han entrado los males de tanta corriente que hacemos para que entre el aire limpio de impurezas dentro de la casa.

—¡Calla ya, muchacha, que me vuelves loca con tus retahílas! ¡Ya que te ha tocado menos trabajo, saca todas las cajas del camaranchón del armario y quiero verlas ordenadas cuando vuelva!

—Sí, señora, así lo haré.

—Así me gusta, que contestes sólo lo preciso.

Adelina la miraba a los ojos, pensando que la señora jamás había tenido una palabra amable para con ella, aunque se esforzara más de lo normal, aunque la hablara con la sonrisa puesta en los labios, todo daba igual. No es que fuera gastando afabilidad por los rincones, pero con ella era peor, aquella mirada tan fija y penetrante la asustaba, y los ademanes con los que expresaba las órdenes, tan tajantes y drásticas. Era una mujer terriblemente contundente, carente de amabilidad y benevolencia, pareciese que le guardaba rencor a la vida, cuando ésta había sido tan generosa con ella. Tan solo dejaba caer de tarde en tarde alguna sonrisa para Ignacio, o quizá para la señora Josefa, a la que daba las órdenes con una gentileza de la que carecía, y pareciese que el mandato estuviera ensayado.

Virtudes y Charito, ya habían marchado cada una a lo suyo, y después de aviar sus habitaciones, acudió a la de los señores, que sólo había pisado un par de veces y con la cabeza gacha, con lo que casi no conocía su interior.

Le recibieron unas paredes enteladas en seda azul, adornadas con cuadros clásicos, que ella no había visto jamás, pero que según decían había elegido el señorito Ignacio, que era el más entendido en arte de la familia. La cama de matrimonio, rematada con una colcha estampada con dibujos de ramilletes de violetas, y unos cojines enormes que hacían juego con las cortinas de rayas moradas y azules, eran una delicia para los sentidos. Dos canapés pequeños con mesitas delanteras, un sinfonier, el enorme armario y el tocador de la señora en madera envejecida. Aquella habitación parecía una plaza de toros. Una puerta daba acceso al enorme baño. Una bañera blanca con patas doradas, que hacían juego con los grifos la dejó estupefacta, y al otro lado del dormitorio otra puerta. Al abrirla sus ojos se abrieron de par en par al contemplar lo que ella denominó al instante, un milagro. Un vestidor forrado en madera, dónde permanecían colgados todos los vestidos, camisas y faldas de la señora. Diversos estantes con jerseys doblados y barras para colocar los zapatos. Varias sombrereras y cajas apiladas en los altillos. Al fondo, un espejo bordeado de un marco dorado y en un lateral varios cajones pequeños, en dónde, perfectamente colocadas, se hallaban varias joyas impresionantes. Se sentó en un pequeño descalzador y dejó que su mirada resbalara por aquel panorama que a sus ojos era irreal. Su cara hizo una mueca de asombro que distorsionó su boca hasta convertirla en una especie de rictus que cualquier

fotógrafo hubiera pagado por fotografiar.

No sabía por dónde empezar, jamás sus ojos habían admirado tan magnífica opulencia. ¿Cómo se podía vivir con semejante mal humor, siendo poseedora de tantas maravillas? En ese momento pensó que su señora no se merecía todo aquello, habiendo por el mundo tanta buena gente que se conformaría con una décima parte de lo que ella poseía.

Después de abrir las ventanas que daban al jardín principal, sacudió las sábanas de seda color beis, las colocó en el alfeizar y comenzó a sacar brillo a los muebles y a aspirar el suelo, para después fregarlo, limpiar el polvo de cuanto objeto reposaba en cada enser, y cuando observó que todo estaba reluciente, entró en el vestidor, buscó una pequeña escalera y comenzó a bajar las cajas de los camaranchones, para después proceder a ordenarlas.

La curiosidad era más fuerte que su obediencia y destapó cada una ellas, no sólo por las ganas de indagar, sino por colocarlas según el interior de cada una.

Encontró una colección maravillosa de abanicos: solamente uno de ellos habría colmado su felicidad. Todos estaban firmados, aunque ella no entendía porque los habían rubricado. Cajitas de jabones, telas que sacó y volvió a doblar, pañuelos, plumas, tarjetas de felicitación nuevas, papel de carta, sobres de diversos tamaños y montones de cachivaches que ella fue clasificando y colocando cómo mejor sabía.

Sólo quedaban dos: una de ellas contenía cartas distribuidas en pequeños paquetes sujetas con lazos de distintos colores, y la otra estaba llena de fotografías; familiares la mayoría de ellas, de paisajes de mar y de montaña. Muchas de ellas en blanco y negro, y en un rincón de aquella caja, otra más pequeña cerrada con una especie de cordón. ¿Debería abrirla? Sería fácil volver a cerrarla y dejarla igual que la había encontrado. Su curiosidad pudo más que su sentido común. ¡Tenía que abrirla!

En todas ellas, la señora Mercedes sonreía llevando de la mano a varios niños. Ellos la miraban con caras agradables, portando en su mano algún juguete o golosina. En otra, ella misma portaba bebés, algunos parecían recién nacidos, y otros de pocos meses. Sólo en una de ellas, sostenía a un bebe recién nacido, al que miraba con cara de adoración. En el fondo se podía contemplar una ventana abierta, dejando al descubierto una hermosa fuente en

forma de pez gigante, que presidía una plaza rodeada de bonitas viviendas, por cuya fachada iba subiendo la hiedra, dejando al descubierto las ventanas, donde alguien se había encargado de recortarla. Al fondo, en la pared de una de las viviendas que se podían observar a través de la ventana, figuraba un cartel con el nombre de la calle, aunque casi no se distinguían las letras; si su curiosidad fuera en aumento, tendría que emplear una lupa, y aun así quizá no pudiera verlas. Al fondo de las demás fotografías, se divisaba un paisaje montañoso, a veces nevado; en cambio en otras, la montaña aparecía repleta de retazos verdes. Se notaba que las fotografías se habían hecho en diversas estaciones del año, pero siempre en el mismo lugar. En casi todas, los niños la rodeaban con caras sonrientes, como si estuvieran mirando al hada madrina que fuera a convertir sus sueños en realidad; y quizá lo fuera, según comentaba la señora Josefa: doña Mercedes había fomentado hospicios, inclusas y casas cuna con su propio patrimonio, incluso estuvo viajando durante varios años, para informarse de cómo debían dirigirse los establecimientos, que por caridad estaba dispuesta a patrocinar. Le costaba digerir aquello, quizá la bondad la tuviera guardada en el interior y solo la expresase con los niños. No entendía por qué no tenía aquellas fotos puestas en marcos, eran profundamente bellas. La señora quizá no estaba dispuesta a que nadie conociera su lado bueno y le gustara esconder sus buenas acciones: prefería ser la bruja del cuento y dejar a su marido el papel amable que siempre le caracterizaba.

Le dio la vuelta a algunas de ellas, y en todas aparecía el mismo sello: Müller Aufnahme y debajo: Schwangan-Baviera.

Se guardó algunas de ellas y las volvió a cerrar sin colocar, no fuera que la señora se enfadara por fisgonear en sus cosas.

Volvió a abrir la caja de las cartas y posó varias de ellas sobre el delantal de su uniforme, dejando la grande en el suelo. Procedió a sacar una de ellas, eligiendo al azar.

“—*Querida mía:*

Se me hacen tan largas las noche ¿Llegará el momento en que estemos juntos? ¿Por qué no se morirá de una vez? Te quiero demasiado para hacer nada que pudiera ponerte en cualquier aprieto, pero si me dejara llevar, le mataría.

No quiero que vengas hoy, espero a mi hermana, pero mañana podríamos tener el día para nosotros. Espero tu respuesta.

Te quiero, amor.

A.P.”

Y así fue leyendo algunas de ellas. Unas eran de aquel hombre denominado A.P., y otras iban dirigidas a él, y firmadas al igual que las otras por unas iniciales: M.F.

Mercedes Fragoso, así se llamaba la señora. Estuvo a punto de caerse del escabel, en el que se había sentado para leer aquellas cartas. La señora tenía, o había tenido un amante. Ninguna de las misivas iba fechada, tampoco llevaban matasellos, luego no habían sido enviadas por el servicio de correos. ¿Sabría algo la señora Josefa? ¿Tendría que informarla? Si lo hacía sería como confesar su curiosidad.

Quizá su carácter agrio y amargado se debiera al recuerdo de aquellas relaciones. Estaba casada con un hombre al que no quería y no podía gozar de su verdadero amor. Sería impensable que una mujer como ella pudiera abandonar a su marido, le tenía demasiado miedo a las murmuraciones, las personas de su clase le daban demasiada importancia al qué dirán, y la mayoría de las veces, su vida consistía en impresionar a las amistades y a la familia. ¡Cuántas personas de la alta sociedad moraban sumidas en la miseria, y no se desprendían de sus criados ni de su patrimonio porque no podían consentir que se les tratara de simples plebeyos, como si el tiempo hubiera retrocedido varios siglos!

La vida de la señora había sido sumamente ajetreada: entre viajes, la apertura de orfanatos, los hijos, su casa, y los amoríos prohibidos, había vivido una existencia digna de contar en un libro.

Salió del vestidor y un instante antes de cerrar los grandes ventanales, se dio cuenta que un hermoso pájaro había entrado por la ventana, para ir a posarse sobre el cabecero de la cama. Un cárabo con el pecho moteado en distintos tonos de café, daba saltitos y silbaba. De su pico salía una melodía maravillosa que la recordó por un instante a las aves cantoras que escuchaba en su pueblo cuando sacaba a las ovejas a pastar. Quiso cogerlo, pero el pequeño búho se trasladó al sofá. No podía dejarlo allí, la señora sería capaz

de matarlo, intentó echarle hacia la ventana valiéndose de una toalla y lo consiguió. La pequeña rapaz se posó en la parte saliente de la albardilla de la ventana y siguió silbando. Adelina cerró el ventanal y se extrañó al comprobar que el cárabo no marchaba. Quizá su mente la hubiera envuelto en una pequeña alucinación. Los cárabos solo salían de noche, y no silbaban melodías, ni se conocía su existencia en las grandes ciudades. Los escuchaba cantar en su pueblo, desde la cama, incluso a veces los había visto otear el horizonte, valiéndose de los extraños y amplios giros de su cabeza, posados en alguna rama, o en algún saliente. Eran bellos, aunque la belleza del que estaba posado en el alfeizar, era totalmente incomparable, pareciera que hubiera salido de algún bazar, en donde algún artesano se hubiera dedicado a pintar de manchas repletas de tonalidades su suave plumaje. Volvió de nuevo su mirada hacia la ventana y había volado, ya no estaba, quizá la añoranza de su pueblo le estuviera pasando factura, y le empezara a entrar en ella el mal de la locura, como le pasó a Saturnina *la Puerca*. Inmediatamente sacó la estampita de la virgen de los Dolores que siempre llevaba encima y la besó.

Se olvidó del episodio y se dirigió al salón, hora era de poner la mesa, pues no tardarían los señores en llegar a comer.

Ignacio sacó un cigarrillo de su petaca de oro y se sentó en uno de los bancos del parque del Oeste, cercano al monumento de la infanta Isabel, jardines cercanos a la ciudad universitaria, que él visitaba diariamente después de la clase.

Dejó reposar la mirada por el bello paisaje que le ofrecían los Ginkgo Biloba, los álamos blancos, un gran cedro del Himalaya, que había formado un cerco con sus espinos, y las catalpas y los maravillosos magnolios, a los que se accedía desde donde estaba sentado.

Le superaba tanta belleza: hubiera querido tener la mano de un pintor para que le guiase a plasmar en una tela lo que su vista contemplaba en ese momento.

Desde niño sintió la intensidad de la belleza de cuanto le rodeaba. Aprendió a distinguir un buen cuadro de uno malo, la delicadeza que desprenden las palabras de un escritor cuando las plasma en un libro, la fastuosidad que emana de las figuras esculpidas del artista, los tonos

maravillosos que atenazan la adherencia de imágenes en las fotografías y la casi religiosidad de una belleza humana, en la que a veces roza la perfección. Sin querer, sus pensamientos le llevaron hasta la dulce Joaquina. Ella era la representación de la belleza en su máximo exponente, no podía dejar de mirar aquella silueta tan perfecta, ni su rostro hermoso y delicado, ni sus formas al moverse, o al caminar. Si pudiera la amaría, la amaría plenamente; sin embargo se contentaba con mirarla y, a veces, rozarla, dejando que sus ojos se posaran en ella como si no existiese una criatura más perfecta en el mundo.

Siguió percibiendo el paisaje y los aromas que se desprendían de la maravillosa estampa que acudía a sus ojos y pensó en él.

¿Qué estaría haciendo Mario? Ambos terminarían la carrera en pocos meses, una vez finalizaran las milicias ¿Debería llamarle? ¿Quizá aceptara venir a Madrid a pasar la última semana de permiso? ¿Le echaba tanto de menos! ¿Qué difícil destino el suyo! Tan lleno de inquietudes, temiendo enfrentarse a las murmuraciones, a las distensión de una vida marcada por los falsos instigadores que se atrevían a juzgar la vidas ajenas.

Ya volvían a posarse las nebulosas grises que rodeaban sus sentidos, aquel torbellino de dudas, aquel prisma que con sus reflejos le turbaba el alma ¿no era bello lo que sentía? El amor no podía ser sólo blanco y negro, el amor era un cúmulo de latidos que se concentraban en su estómago, haciendo que sus ojos resplandecieran como fuegos artificiales, que cada vez que escuchaba su voz, sentía que le reventaba el alma y sufría...sufría al no poder ser fiel a los sentimientos que resbalaban por todos los poros de su piel. ¿Qué pensaría él? Le odiaría. ¿Sentiría repugnancia si le hiciera partícipe de sus sentimientos? ¿Cómo podría haber pensado alguna vez que Mario sintiera lo mismo? ¿Que formara parte de aquellos amores malinterpretados? O de esa enfermedad que a él le invadía todos sus sentidos. ¿Sería cierto que estaba enfermo? Enfermedad lo denominaban algunos al referirse a lo que él sentía.

Amaba la belleza, a las mujeres bellas, a las que comparaba con un precioso paisaje que le ofrecía la vida, sus cuerpos perfectos, los labios que invitaban al beso; pero no a los de él. Sus besos serían solamente para Mario. Su cabeza era un nido de volteretas que cambiaban de posición entre un día y otro, preguntándose si aquello era un sentimiento pecaminoso, o, por el contrario, era la culminación de su felicidad.

Maricones, así es como denominaban sus compañeros a las personas como él, porque eso es lo que era, un maricón y, cuanto antes lo asimilara sería mejor para él. ¿Qué pensaría su familia? Su madre ante sus amistades ¿y su padre? Jamás le consentiría entrar en la clínica de enterarse. Tendría que conformarse con una existencia triste, repleta de nubes negras y de contrariedades, dispuesto a disfrazar su vida.

Miró hacia la lejanía y rompió a llorar.

CAPÍTULO V

“Dime de qué predicas, y te diré de que careces.”

Doña Mercedes salió de los grandes almacenes acompañada de su amiga Mati. Las dos paseaban cogidas del brazo llevando la otra mano repleta de bolsas.

—Precioso el echarpe, Mati y has hecho bien en comprar los pendientes de Cartier, simplemente maravillosos.

—Los quiero lucir en tu fiesta.

—No se cumplen los cincuenta así como así.

—Y con esa cara sin arruga ninguna y ese cuerpo tan perfecto.

—¡Qué cosas dices, Mati! Me invaden las canas.

—Pero esas se tiñen, boba.

Las dos entonaron una inmensa carcajada que hizo volver la vista a los transeúntes que paseaban por la Gran vía.

Decidieron entrar en la Granja Callao y descansar un rato. Llevaban casi dos horas entrando y saliendo de tiendas, y todavía era algo pronto para que el chófer llegara a recogerlas. En principio habían pensado en tomar un taxi; sin embargo, ¿para que pagaba a Pepe?

—No puedo entretenerme mucho, Mati, ya sabes que mi marido es muy estricto para la hora de las comidas. A las dos y media todos a la mesa y no hay más que hablar, y más ahora que está Ignacio de permiso.

—Qué tonta, no te había preguntado ¿Qué tal lleva el cumplimiento con la Patria?

—Como todos, para que vamos a engañarnos, deseando licenciarse. Y yo también, que quieres que te diga, le echo mucho de menos. De todos mis hijos es el más cariñoso.

—¿Y de amores que tal va?

—Me parece que tenemos una candidata Mati, más que candidata, una pequeña locura, Se trata de Joaquina la doncella, se miran como tortolitos, y lo terrible es que no sólo es ella, sino que mi hijo la mira con adoración. Cierto que es una muchacha preciosa, calladita y educada, pero imagínate si se entera Enrique.

—Deberías de hablar con él, antes de que la cosa llegue a mayores.

—No creo que haya nada más que las miraditas, pero llevas razón, los hombres ya sabes, no son de piedra, no miden las consecuencias y voy a tener que hacer algo al respecto,

—¡Qué injusta es la vida a veces!

—¿A qué viene eso?

—Mercedes, mujer, ya sabes por qué lo digo. Dos chicos jóvenes, guapos, seguramente enamorados, y que no puedan llegar a más. ¿No te parece injusto?

—La vida es injusta, Mati, y yo no he creado las normas. Seríamos la comidilla de todo Madrid y mi marido no estaría dispuesto a tolerarlo.

—¿Y tú?

—No me gusta mucho la idea, pero lo primero es la felicidad de Ignacio, ante eso, nada. Mati, si tuviera que pelearme con el mundo entero por él, lo haría.

—¡Qué madraza estás hecha!

—Anda, paga esto que ya está Pepe en la puerta. Te dejo en casa.

—Te lo agradezco, con lo cargada que voy tendría que esperar un taxi, y a estas horas puede ser un infierno.

Don Enrique llegó puntual como siempre. Se despojó de la chaqueta, aflojó el nudo de la corbata y se lavó las manos, como pulcramente hacía a diario, repitiendo los mismos pasos y los mismos movimientos que como un acto reflejo, interpretaba antes de comer.

A las dos y media en punto se sentó a la mesa, donde le esperaba el resto de la familia. Adelina, de pie como una figura de cera, se situaba a un lado del salón, mientras Joaquina servía la crema de verduras.

—¿Otra vez este puré verde? ¡Qué asco! No me gusta nada.

—¿Vas a darnos la comida como siempre Virtudes, o podremos comer en paz? -comentó don Enrique.

—¡Calla y come, niña! Son vitaminas y a ti precisamente te hacen mucha falta, que cualquier día desapareces ante nuestra vista de lo flaca que estás. Sois una generación de calaveras andantes. En mi época se decía que la mujer tenía que tener dónde agarrarse-comentó doña Carmen.

—Mamá, por favor, no seas tan vulgar.

Una carcajada sonó por parte de los hombres como si el comentario de la abuela no les hubiera desagradado y por el contrario, lo encontrarán totalmente razonable.

—¿Qué has hecho hoy Ignacio? -preguntó su padre.

—Estuve comprando cuerdas para la guitarra y después paseando por el parque del Oeste, lo echaba de menos. Está precioso en esta época del año.

—La primavera siempre es bonita hijo, que se lo digan a los alérgicos, tenemos la clínica repleta de pacientes que piensan que tienen gripe y cuando les cuento que tienen que hacerse unas pruebas, ya sabes: piensan que es algo muy grave.

Es la enfermedad del futuro junto a la depresión, papá.

Sabias palabras hijo. Alejandro dice que hemos equivocado la especialidad, por lo visto se están abriendo más clínicas psiquiátricas que nunca.

—¿Qué tal sigue?

—¿Alejandro? Bien, trabaja muchas horas entre la consulta y las autopsias. Son su vida, ¡lo que trabaja este hombre! Mira que hace años que nos conocemos y se toma mis consejos como si fueran suspiros. Le tengo dicho que además del verano coja unas vacaciones de invierno, ya sabes lo que le

gusta esquiar. Pero hace años que dejó de hacerlo y está entregado todo el día a su laboratorio, analizando las muestras de las disecciones. Por cierto, Mercedes, le he invitado a comer el domingo, vendrá con Alicia.

—¡Jesús bendito! Qué manía esa tuya de invitar a todo el mundo sin avisar.

—Lo acabo de hacer. Es martes, me figuro que hay tiempo de sobra. No te creas que no me he dado cuenta de que no soportas a Alejandro, es más, nunca lo has hecho.

—No digas bobadas, Enrique ¿por qué habría de caerme mal? Es tu colaborador más directo y le conocemos hace muchos años.

—Efectivamente es como de la casa, por eso no tienes por qué comportarte como si celebráramos una fiesta. Además hace más de medio año que no ves a Alicia.

—¿Cómo está?

—Estuvo ayer en la clínica, se acercó a buscarle, habían reservado en Lhardy para cenar.

—Mira...En Lhardy, como los ricos.

—Tú y yo vamos a veces a comer a Lhardy y no somos ricos, ¿ves cómo les tienes manía?

—Ha sido solo un comentario. ¿Y los chicos que tal andan?

—Muy mayores, como los nuestros. Alejandrete termina medicina este año y Alicita comienza filosofía y letras: quiere ser maestra, cómo todas las chicas.

—Te equivocas papá, en cuanto termine el preuniversitario, quiero matricularme en la escuela de periodismo -comentó Charito.

—Eso está bien hija, una periodista en la familia.

—No digas tonterías, Enrique -replicó la señora de la casa- ¿qué clase de estudios son esos? ¿Hay que estudiar algo para poner bobadas en un periódico? ¡Deberías hacer filosofía y letras! Matildita, la hija de mi amiga Mati, ya está en segundo año, pronto terminará la carrera, y como la nena está afiliada a falange, dice mi amiga que Pilar Primo de Rivera, que es íntima de

ellos, le va a echar una mano. Entrará a trabajar en un buen colegio, privado y cristiano ¿no puedes hacer tú lo mismo?

—No mamá, no voy a ser maestra, eso déjasele a Virtudes, seré periodista.

—Pero hija...eso no es carrera, ni es nada.

—Son estudios mamá, me apuntaré a la escuela de periodismo, te guste o no te guste.

—¡Charito! No son maneras de hablar a tu madre.

Está bien...disculpa mamá.

¡Cuánto te queda por aprender, hija mía! Ahora les ha dado por estudiar a las mujeres, para lo que les va a servir... En cuanto encuentren un buen marido, se acabó.

—De eso nada, mamá, ¡no sé por qué va a acabarse! No digo que no me vaya a casar, pero si lo hago, desde luego sabré compaginar las dos cosas.

—Para ti la perra gorda nena, no me voy a poner a discutir contigo, ya te darás cuenta que las cosas no son como parecen, y que lo primero para una mujer debe ser su familia.

—¿Y tú, Virtuditas? Llevas dos años sabáticos ¿Ha pensado ya la princesa a que piensa dedicarse? -susurró Santiaguito.

— Pregúntate lo que vas a hacer tú, idiota y a mí déjame en paz.

—¿Es que esta niña siempre tiene que darnos la comida? Desde luego Mercedes, con esta muchacha te has lucido.

—No, si tendré yo la culpa de su mala educación. ¿No será que la has consentido demasiado?

—¡Tengamos la fiesta en paz! -dijo Ignacio sin mucho ímpetu- Mamá, aprovechando que me dais el turno de palabra, tengo que decirte que mi amigo Mario viene el lunes y pasará una semana con nosotros.

—¡Qué alegría, hijo! ¡Tengo muchas ganas de conocerle! Como hablas tan bien de él...

—¡Yo también! Si es tan guapo como dices, le presentaré a mi pandilla.

—De pandilla nada Virtudes, Mario no es un niño como esos bobinas con los que tú te mueves.

—¡Bueno, bueno, vale, cómo te pones! Ni que fuera el rey de España.

—Ya está bien, niña. En España no tenemos rey. Dios quiera que nos dure mucho el generalísimo, y procura dejar en paz al amigo de tu hermano y no hacerle partícipe de tus tonterías.

Santiaguito frunció el ceño cuando escuchó hablar a su madre de Franco. Sabía que en casa le adoraban. Era lógico, vivían en una clase social alta, ni siquiera se asomaban a lo que se cocía en otros estatus, ni sabían por lo que estaba pasando el proletariado. España era pobre, pobre e inculta. El hijo del pobre seguiría pobre, porque así lo quería el dictador. Los lujos tendrían que seguir perteneciendo a la clase alta, mientras los de abajo disfrutaban de los partidos de fútbol y las corridas de toros con los que los altos mandatarios agasajaban al pueblo, mientras el generalísimo y su esposa recorrían España bajo palio, visitando iglesias y contratando autocares repletos de gente llana, que por unas pesetas y un bocadillo le seguían para aplaudirle en sus discursos.

Dos de sus compañeros de clase estaban detenidos en la dirección general de seguridad desde hacía una semana. Les pillaron en una redada en un café de Chamberí llevando un panfleto sobre los ideales socialistas. Él, se salvó por los pelos, los vio venir, dio la voz de alarma y echó a correr como nunca lo había hecho. ¡Si lo supiera su padre! Mejor no pensarlo. Sin embargo, por mucho que su progenitor se empeñara, él jamás sería médico. Se convertiría en un abogado laboralista, ese era su sueño y, aunque le costara abandonar su casa, lo lograría.

Estaba preparando el Preu. Dos meses faltaban para realizar el examen del que dependía su futuro. Necesitaba un siete y medio, las notas para las universidades habían subido. Eran muchos lo que estudiaban, y hacía falta mano de obra. Cuánto más tontos fueran los obreros, menos pensarían y se contentarían con lo que les dieran, siempre que no les faltara el trabajo. Sus hijos seguirían las enseñanzas de sus padres y vuelta a empezar. En España todo era como una rueda que gira y gira para que el comienzo rozara el final. La descendencia de los ricos tenía derecho a ser rica, a relacionarse entre

ellos, a gozar de los clubes privados, de los partidos de tenis, de montar a caballo, de acudir a las pistas de esquí y a visitar a los modistos de fama. La clase inferior se conformaba con escuchar en la radio los seriales, las corridas de toros y los partidos de fútbol.

Aquello debía cambiar, las nuevas generaciones no iban a consentir lo que estaba ocurriendo en España, un país que no se relacionaba con el exterior y que sólo utilizaban los turistas para tomar el sol de Benidorm, donde llenaban los hoteles con grandes ofertas para los viejecitos ingleses y alemanes, que con el cambio de moneda vivían en nuestro país a cuerpo de rey. El dictador tenía que marcharse, sin embargo, ¿cómo hacer ver la trampa a un pueblo que estaba acostumbrado a vivir de esa forma durante siglos? Un pueblo que no conocía la democracia, que en la mayoría de los casos ni habían escuchado esa palabra, y los que lo habían hecho, no comprendían su significado. Era una palabra totalmente prohibida. Tenían mucho trabajo por delante, Franco era el dueño del ejército y contra ellos era difícil luchar. Las manifestaciones estudiantiles comenzaban a asomar por las plazas y las calles de las principales ciudades de España, aún a costa de los palos que recibían de la policía y las continuas detenciones, en las que los manifestantes detenidos eran una y otra vez interrogados a base de palizas y técnicas de tortura. Él participaba en asambleas, reuniones, conferencias y era miembro de varias agrupaciones donde se designaba el trabajo a seguir y, se consignaban para atraer a la clase obrera a escuchar las reuniones y hacerles partícipes de las ilusiones hacia un futuro mejor. Las huelgas comenzaban a fraguarse en el País Vasco y en Asturias, donde los mineros estaban hartos de sufrir en sus propias carnes la hambruna de sus familias y el peligro al que les llevaba los años de trabajo respirando el polvo del carbón que en la mayoría de los casos afectaba sus pulmones, acabando en silicosis.

Joaquina preparó con esmero la habitación de invitados. Cambió las sábanas que, aún sin usar, se figuró que habrían cogido polvo. Bajó a la lencería y escogió unas blancas de seda, que la señora mandaba traer de Londres, en Madrid eran difíciles de encontrar. Una manta suave de angora y una colcha de invierno en tonos marfil. Dejó abiertas las ventanas y borró todo el polvo que se posaba sobre los muebles. Colocó las perchas en el armario, donde dispuso dos almohadas más y otras dos mantas. Revisó que los cajones del sinfonier

estuvieran vacíos y limpios, al igual que los de la mesilla, comprobó el buen funcionamiento de las luces y volvió a poner las alfombras, que sacudió aporreando con el sacudidor. Cerró la ventana, echó los blancos visillos y dejó caer los cortinones de color beis que recogió con una suave cadena que remataba con una medalla de flor de lis.

Se dirigió a la puerta para observar por última vez que todo estuviera correcto, pero antes de dar el primer paso, casi cae fulminada cuando vio al señorito Ignacio delante de ella.

¿Has elegido tú la colcha?

—¡Sí señorito, es un color neutro que queda bien para hombre.

—Muy bien pensado, Joaquina, tengo que decir que tienes muy buen gusto.

—Gracias señor, con su permiso me retiro para que pueda observarlo tranquilamente, y si ve que hay que cambiar algo, lo haré gustosamente.

Ya saliendo por la puerta, escuchó de nuevo su voz.

—Espera, Joaquina, espera un momento, me gustaría saber tu opinión.

—Lo que usted mande, señorito.

—Deja de llamarme señorito.

—Si no le llamo señorito ¿cómo he de llamarle?

—Ignacio, ese es mi nombre.

—No puedo... no puedo hacer eso, si me escuchara la señora me fulminaría.

A Ignacio se le escapó una sonrisa.

—Está bien, pues hazlo cuando estemos solos.

—No sé si me saldrá, señorito.

—Prueba... Ignacio... Ignacio...

—Sí, Ignacio- susurró ella bajito, sintiendo un calor enorme en las mejillas.

—Mira ese cuadro y dime qué te parece.

Ella se quedó mirando el paisaje plasmado en el lienzo, que decoraba una de las paredes del dormitorio de invitados. Un panorama tan añorado, que le traía los gratos recuerdos de la niñez. El mar, y dos señoras paseando por la playa. No eran de este siglo, una de ellas portaba el sombrero en la mano, y la otra una especie de paraguas. Se mascaba la brisa y los tonos azules del mar.

—Lo que más me llama la atención es la luz que refleja, nunca antes había observado unos tonos blancos que reflectaran tanta luminosidad.

—Además de ser la mujer más bella que conozco, eres inteligente, Joaquina.

—Gracias, señorito, me va a sacar los colores.

—Ya te los he sacado desde que he entrado ¿Crees que no me he dado cuenta? Eres tan maravillosamente perfecta...

Ella creyó morir, le flaqueaban las piernas, y los labios comenzaron a temblarle. Ignacio al observar su gesto se acercó a ella, posó sus dedos bajo de la temblorosa barbilla, la miró fijamente a los ojos, y depositó un beso en sus labios que a ella le supo al mejor manjar del mundo. Después de sentirla, quiso entreabrir su boca, la abrazó, y aquello ya no fue un simple roce, sino que sus labios jugaron con su lengua, mientras con sus manos le acariciaba la espalda. Pasados unos segundos la soltó, la miró de nuevo y salió de la habitación, dejando a la pobre Joaquina sin saber si reír o llorar. Simplemente, cerró los ojos y volvió a sentir aquellas maravillosas caricias que ansiaba durante tanto tiempo.

Casi tambaleante y dejando asomar unas lágrimas, salió del dormitorio y cerró la puerta, sin percatarse de que la señora Mercedes la miraba sonriendo desde la puerta de su habitación.

Ignacio se encerró en su cuarto, se tumbó en la cama y cerrando los ojos, recordó los labios de Joaquina en los suyos, cómo le habían hecho temblar y notar una especie de sacudida eléctrica similar a la que sentía cuando sus manos rozaban sin querer a Mario ¿Qué era él? Un monstruo, eso es lo que era, un ser extraño que no sabía guiar sus sentimientos ¿Era la belleza de ella lo que le había proporcionado aquella sensación, o realmente era lo que sentía

un hombre de verdad cuando tenía tan cerca el cuerpo de una mujer tan bella como Joaquina? En cualquier caso aquello no podía volver a repetirse, no quería herir los sentimientos de la muchacha, ni jugar con ella.

¿Hubiera seguido besándola? No podía negarlo... Si, la hubiera besado hasta hacerle daño y habría jugado con su cuerpo y la hubiera poseído allí mismo, sus instintos de hombre se lo pedían desde que la vio. Desde que aquella belleza se arremolinó en su cabeza y recorría su mente como un torbellino.

¿Qué era aquello? ¿Deseo? ¿Amor? No, no era amor, él estaba totalmente enamorado de Mario, deseaba sus besos, tanto como había deseado los de Joaquina. Se iba a volver loco, quizá tuvieran razón algunos médicos y lo que él padecía era una enfermedad.

Cuando la señora Josefa vio entrar en el office a Joaquina, sólo con mirarla se percató de que algo pasaba.

Se acercó a ella, la miró en el mismo momento que sus lágrimas resbalaban por las mejillas. Tapó su cara con las manos, y dejó que se escucharan los sollozos, aquellos sollozos que le nacían desde el centro del alma.

La cocinera, sin pronunciar una sola palabra, preparó una tila y la dejó en la mesa camilla, en la que a veces se sentaba el servicio a hacer labor en sus ratos de asueto.

—Te escucho niña... Cuando quieras.

—Me ha besado, señora Josefa... me ha besado y ha sido maravilloso.

—Siempre es maravilloso el primer beso, hija mía, siempre, y más en tu caso que estás perdidamente enamorada.

—Al principio fue suave y tierno, pero después, dejó que entrara su lengua en mi boca. Me abrazó, sentía todos los rasgos de su cuerpo y se volvió como loco en su abrazo, me besaba la cara, los ojos, y volvía nuevamente a la boca, hasta que así, de repente, me dejó y se fue.

—Claro que te dejó Joaquina, no tenía más remedio, sus ansias de hombre

se estaban desbordando y de haber seguido, hubierais acabado en la cama. Gracias a Dios que no lo ha permitido, y al señorito, que ha tenido el sentido común de retirarse a tiempo.

Escucha mi niña, sé que es duro lo que voy a decirte, y más ahora después de haber probado sus besos, pero tienes que cortar esto, no puede llegar a más ¿No te das cuenta? Si llega a los señores te pondrán de patitas en la calle. Los hombres son hombres, y sienten distinto que nosotras, ellos se guían por el sentimiento animal con el que Dios les ha creado,

—No la entiendo señora Josefa, no entiendo nada.

—¡Pues que ellos no se enamoran, muchacha! ¡No se enamoran como nosotras! ¡Buscan lo que buscan!

—¿Qué es lo que buscan?

—Nuestro cuerpo, tu virginidad, eso es lo que busca el señorito Ignacio. Y tú eres una niña, una niña que no sabe nada de hombres, y en cuanto te de otros dos besos te vas a entregar a él ¿Y después qué? ¿Qué vas a hacer con la virginidad rota? ¿Y si te deja embarazada? ¿Has pensado en ello? ¿Qué harías? ¿Qué crees? ¿Qué él se iba a hacer cargo? ¿O los señores? Te pondrían de patitas en la calle y tú al cuidado de las hermanitas de la inclusa. Eres una buena niña, muy bella y muy educada. No desperdicies tu vida por él, hija, no lo hagas.

Adelina, portando la bandeja del té que había servido a doña Carmen, se quedó parada en la entrada del office, cuando comenzó a escuchar la conversación. Intuía que Joaquina estaba enamorada del señorito Ignacio, esas miradas de adoración no eran normales, pero la cosa estaba llegando a mayores ¡Pobre Joaquina! Ella tampoco sabía nada de la vida, y mucho menos de los hombres, pero lo que siempre le había dicho su madre es que no se fiara de ninguno, y eso es lo que haría, no fiarse.

CAPÍTULO VI.

“Más vale pájaro en mano, que ciento volando.”

Adelina, lista y sagaz, ya se había hecho con Madrid: dominaba el Metro y las distintas líneas de autobús. Le encantaba pasear por el parque del Retiro, que le costó entender. —Jamás habían disfrutado sus ojos de unos jardines tan enormes y tan bien cuidados. Había paseado en barca por el estanque y algún domingo había pasado la tarde sentada en un banco, leyendo y admirando la belleza de la *Casa de Cristal*. Conocía la casa de fieras, el museo del Prado, algunos de los grandes almacenes que poblaban Madrid... Había comido chocolate con churros en San Ginés y se había abastecido de libros de segunda mano en la Cuesta de Moyano. Había acudido con la señora Josefa a la plaza Mayor e, incluso, había tomado un refresco en las cuevas de Luis Candelas. Sin embargo lo que más le gustaba de Madrid era el cocido madrileño, que la cocinera preparaba como nadie. En su pueblo, su madre elaboraba magníficamente el “ajo arriero” que incluso un día se atrevió a guisar, dejando a todos los comensales con la boca abierta, pero esa sopa de fideos, los garbanzos tiernos y después esa pringada, que ella se comía en un bocadillo hecho con pan tierno recién salido del horno, le habían hecho ganar dos kilos desde que había salido de su pueblo.

Pero ese domingo era especial, al igual que el menú que había dictado la señora elaborar a la cocinera. Estaban invitados a comer: don Alejandro, uno de los médicos más insignes de la clínica del señor y Alicia, su señora. Sabía que, además de trabajar juntos, les unía una amistad de muchos años.

La señora mandó bajar del altillo la vajilla de porcelana de Minton, heredada de su madre, que a su vez le dejó la suya, traída en uno de sus viajes a Londres. A la cristalería fina y los cubiertos de plata, Luisa llevaba sacando brillo más de una hora.

—¿Qué ha preparado, señora Josefa? —preguntó relamiéndose, al sentir su estómago algo vacío.

—Unos canapés para el vermut. Crema de langosta, merluza a la vasca y solomillo de ternera a la plancha acompañado de panaché de verduras.

— Me estoy desmayando...que me desmayoooo...que me desmayoooooo.

—Anda boba, ven, que te doy a probar a ver qué te parece.

—Gloria bendita, eso es lo que me parece todo lo que usted hace, si se enteraran en Casa Lhardy de cómo guisa, la contratarían de cocinera de taberna de alta firma.

—¡Ay, que me troncho! ¿Y ese vocabulario? ¿Y Lhardy?

—Estoy leyendo “La vida es sueño”, de Calderón de la Barca, y se expresan de unas maneras que me dejan estupefacta, y lo del restaurante se lo he escuchado a los señoritos. Debe de ser el mejor de Madrid.

—Uno de los mejores y más afamados, hija, dónde come la alta sociedad, porque también es uno de los más caros.

—Pues esta que está aquí habrá de pisarlo algún día.

—¡Jesús bendito! Si te vieran en tu pueblo, hablando como una marquesa...

—La palabra lo es todo señora Josefa, la palabra y la intuición y, solamente con observar, se intuyen muchas cosas.

—En eso tienes razón muchacha, sólo hay que estar callado y ver lo que se cuece a tu alrededor. Y no me entretengas más, que todavía van a llegar los señores de Piedrahita y no tenemos las cosas hechas. ¡Anda a poner la mesa!

—¿Cómo ha dicho que se llaman esos señores?

—Piedrahita, Alejandro Piedrahita, y su señora, Alicia. Ella no sé cómo se apellida. ¿Por qué tanto interés?

—Tonterías mías, señora Josefa, me sonaba a un apellido de un pastor de mi pueblo.

—Lejos de la realidad, el señor Piedrahita es un médico forense de categoría, colaborador de la policía en casos de asesinatos muy famosos, como el del sereno de la calle de Toledo, y el de la viuda de Mayorazgo. Gracias a él, se encontraron pruebas en los cadáveres que llevaron a buen término las investigaciones. Su padre y su abuelo, médicos también, y creo que alguno de sus antecesores estaban emparentados con Alfonso XIII.

- Una familia de rancio abolengo,
—¿De rancio qué?
—Cosas mías señora Josefa...cosas mías.

Adelina fue hacia el salón dispuesta a poner la mesa, llevando en la cabeza los apellidos que acaba de escuchar en boca de la señora Josefa y que coincidían con la firma de las cartas de amor de la señora Mercedes, A. P: Alejandro Piedrahita. ¿Así que la dueña de la casa y el mejor colaborador del señor fueron amantes? ¿Se habría terminado el idilio? Donde hubo fuego, quedan brasas. Veríamos a ver qué pasaba en la comida, tendría que estar vigilante, y desde luego, en cualquier descuido de la señora, cogería las cartas y las leería una por una. No hay cosa mejor que ser poseedora de secretos: es como guardar un as en la manga. Y el señor en la inopia y, por supuesto, los señoritos no tendrían ni idea de lo que se había traído su madre entre manos con el doctorcito. ¿Cómo lo hicieron? ¿Dónde se enamoraron? ¿En qué lugar se veían? No sabía la fecha en la que comenzó el idilio, tendría que ordenar las cartas por fechas y una vez que lo tuviera organizado, las cogería de tres en tres, por si a la señora le daba por mirar la caja.

Cuando entraron en el salón, una vez que hubieron saludado a la familia, tomaron asiento en los sillones, en los que se procedió a servir las bebidas del aperitivo. Adelina depositó en la mesa de fumador una bandeja de plata, repleta de canapés variados con una pinta exquisita. Tenía que estar pendiente de rellenar la bandeja, al igual que Luciana las bebidas. Joaquina permanecía en la cocina ayudando a la cocinera a colocar con esmero los elaborados aperitivos. La señora Josefa le prohibió entrar en el salón, las miraditas entre ella y el señorito Ignacio eran visibles, y había que ser muy tonto para no darse cuenta de que se atraían, y la muy bobalicona de Joaquina era capaz de desmayarse en medio de la comida.

Cuando Adelina vio entrar a los invitados, sintió una especie de palpito en su interior. Escuchó una especie de silbido y el cárabo que vio en el dormitorio de la señora, el día que encontró las cartas, estaba posado en el alféizar de la ventana emitiendo el mismo sonido. Miró a Luciana y le hizo un gesto para que volviera la cabeza hacia la cristalera y observara al hermoso y extraño pájaro, al que jamás se había visto en el centro de ninguna ciudad. Era

una rapaz que sólo habitaba en el campo. Ella había visto muchas en su pueblo, pero de noche; por el día jamás se dejaban ver; era todo tan sumamente extraño, que quería que Luciana corroborara su visión y dejar de pensar que todo era parte de su imaginación.

Su compañera captó su seña y ladeó la cabeza hacia la ventana. Después la miró y le hizo un gesto como preguntado a qué se refería. Luciana no lo veía, sin embargo el cárabo seguía allí, volteaba la cabeza hasta casi la totalidad de su circunferencia y la miraba con aquellos ojos tan abiertos y expresivos. Le dio un vuelco el corazón. Volvió a preguntar a Luciana con un aspaviento y ella la volvió a mirar como si estuviera loca.

Don Alejandro Piedrahita era un señor sumamente atractivo, con el pelo negro, no demasiado corto, peinado con raya, tenía los ojos claros de un color indefinido que no lograba descifrar desde donde ella se encontraba. Era alto, delgado y bastante guapo para su edad. Algo más joven que el señor. Elegantemente vestido, al igual que su esposa. Rubia, con el pelo corto y cardado de peluquería. Tenía una cara agradable que denotaba empatía, sin embargo no era demasiado alta, y estaba algo metida en carnes, sin la elegancia innata de su marido. Al lado de la señora, parecía la doncella. Doña Mercedes era una mujer, que sin ser excesivamente guapa, denotaba distinción por los cuatro costados. De esas damas que, cuando pasan, las personas se vuelven a mirar sin saber por qué.

Él no podía dejar de mirar a la señora, que para no llamar la atención, mientras tanto, le daba conversación a Alicia.

La señora Mercedes se levantó y con el brazo hizo un gesto dirigiendo a sus invitados a la mesa. Cada plato llevaba una tarjeta incorporada con el nombre de los invitados. A Alicia la sentaron al lado del señor de la casa, presidiendo la mesa, y al señor Piedrahita al de la señora que encabezada el otro lado de la mesa, frente a su marido.

La cordialidad hizo gala durante toda la comida, que fue un éxito; tanto, que la señora Josefa tuvo que salir a los postres a recibir las felicitaciones de los comensales.

Adelina estuvo pendiente durante todo momento, sobre todo de los detalles, miradas y roces del señor Piedrahita a la señora, que fueron bastantes, incluso una de las veces, él quiso tomar la mano de ella por debajo

de la mesa, y al notar su roce, ella la retiró como si, en vez de una caricia, se hubiera tratado de un súbito fuego, que le subió a la cara en un instante.

—¿Te pasa algo querida? —preguntó don Enrique.

—No, ¿Por qué lo dices?

—Estás como un tomate.

—Ya sabes cariño, la edad, pero es de mala educación que un caballero comente esas cosas delante de las señoras.

—No lo haré, pero recuerda que más tarde te examine.

—Pero Mercedes, eres muy joven para pensar en eso.

—Ay, querida Alicia, la edad se desvanece en un suspiro y, cuando menos lo esperas, las mejores cosas de la vida se han esfumado.

—Las cosas bonitas de la vida se desvanecen si uno quiere, Mercedes, hay lugares, momentos, situaciones que no deberían olvidarse.

—Y no se olvidan, Alejandro —respondió Mercedes— Las cosas bonitas son imposibles de olvidar.

—¿Y por qué hay que olvidarlas y no seguir con ellas?

—No sé, a veces pueden ser perjudiciales.

—Las cosas bellas nunca perjudican, mi querida amiga.

—Quizás tengas razón, Alejandro.

—¿Pero de que habláis? —preguntó Alicia— Pareciera que estáis resolviendo un jeroglífico.

—De nada en concreto, querida: de la vida, de los buenos momentos, de las cosas olvidadas. Hay veces que nos quedamos atascados en nuestros recuerdos, cuando deberíamos retomarlos.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, Alejandro —respondió la señora.

—Muy bien, —comentó el señor de la casa— no te preocupes querida, volveremos a ir al cine y al teatro, sabes que he estado muy ocupado con la

clínica y que se lleva todas mis horas, pero te prometo que te prestaré más atención.

Alejandro y Mercedes se miraron y sonrieron.

Así que la señora y el doctorcito iban a retomar sus amoríos. Tendría que estar atenta a las salidas y entradas de doña Mercedes. De momento había tomado de la caja cuatro cartas, que metería dentro de las páginas del libro que estaba leyendo, para que Luciana no se percatara de nada, y comenzaría con su lectura esa misma noche.

Dirigió la vista hacia la ventana, el cábaro ya no estaba. Por los gestos de Luciana, no parecía que lo hubiese visto. ¿Se estaría volviendo loca? Era el mismo del dormitorio de la señora. ¿Qué hacía ese pequeño búho en un territorio que no le correspondía? Y sobre todo ¿de día? Era un animal que sólo se dejaba ver de noche. Lo dejaría estar y no volvería a pensar en ello, aunque no por eso iba a dejar de preguntarle a Luciana. Había visto cómo ella miró hacia la ventana cuando le hizo aquel gesto.

Los señores se sentaron en los sofás para tomar el café que sirvió su compañera, mientras ella iba retirando los servicios de la mesa.

Luisa fregaba los platos y la señora Josefa guardaba en el frigorífico las sobras de las bandejas, que después comería el servicio. Ya estaba puesta la mesa de la cocina y el chofer degustaba un vermut con aceitunas.

—Cada día estás más guapa, Adelina.

—¡Deja en paz a la chica, adulador! Que cuanto antes acabe, antes comemos. Cuando Luciana termine de servir el café y los licores, nos sentamos a la mesa.

—¿Dónde anda Joaquina? —pregunté.

—La he mandado a cortar unas rosas del jardín, y está aprovechando para mirar al cielo y poner esa cara de boba que tiene últimamente para que no la veamos.

—¡Pobre muchacha! —susurré.

—¿A qué viene eso? —preguntó Pepe.

—Cosas mías.

—Sí, cosas tuyas, eso es, cosas tuyas. ¡Anda ligera a terminar de recoger, que nos van a dar las tantas!

—Ya voy, señora Josefa...ya voy.

Mientras los señores disfrutaban la sobremesa, todo el servicio comenzó a comer, que era lo mejor que se hacía en esa casa ¡comer! Exactamente lo mismo que se había servido a los señores, aquellos manjares, nunca degustados por Adelina, que le sabían a gloria bendita.

—¡Para, muchacha, que te vas a atragantar!

—Ay, señora Josefa, está todo tan rico, nunca en mi vida había probado semejantes deliciosidades.

Comentario que hizo reír a todo el servicio, hasta a Joaquina, que andaba todo el día en Babia.

—Ay, las deliciosidades te las voy a dar yo a ti como sigas comiendo así, que te vas a poner como las gochas de mi pueblo. Tienes que tener cuidado con el peso, que muy alta no eres. Menos mal que eres joven y la juventud todo lo puede y todo lo cura, pero recuerda que pasa en suspiro y cuando te quieras dar cuenta tienes mis años y mis kilos -respondió la cocinera, volviendo a hacer reír al personal.

—Muy alta no es, —comentó Pepe— pero tiene unos ojos que quitan el hipo.

—Deja de halagarme tanto, que por el momento no he pensado en casarme, tengo muchas cosas que hacer antes.

—Bueno, mujer, no te pongas así, que tampoco pienso yo en casarme, antes tendríamos que vivir las relaciones de novios.

—¡Jesús, que conversación! —susurró la señora Josefa— No, si de aquí sale un matrimonio.

—Deje que hable, señora Josefa, que por un oído me entra y por el otro me sale. Por cierto Luciana ¿no viste que te hacía señas durante la comida de los

señores?

—Sí, me di cuenta, señalabas a la ventana. No sé a qué te referías ¿Qué querías que mirase?

—Había un cárabo en el alfeizar.

—¿Un qué?

—Un cárabo es un búho pequeño.

—¿En la ventana dices? En la ventana no había nada, miré las dos veces que me hiciste la seña y no vi nada.

—Pues te digo que allí estaba.

—Estaría sólo cuando tú mirabas. Te aseguro que no había nada. Además, ¿qué iba a hacer un pájaro como ese en la ventana? Yo solo los he visto en las revistas o en los libros, y no son aves de ciudad.

—Es tan extraño que no sé lo que haría aquí, y no es la primera vez que lo veo.

—¿Lo has visto más veces? —preguntó la cocinera.

—Ayer mismo, en la ventana del dormitorio de la señora.

—¡Jesús bendito! ¿Estás tomando alguna pastilla?

—No señora, no tomo nada.

—Es que hay algunas que producen alucinaciones, se lo he oído decir a veces al señor.

—No tomo nada, ni siquiera una simple aspirina.

—Pues obsérvate hija, no vaya a ser que te esté pasando alguna cosa en la cabeza. Y con ese comentario se volvieron a escuchar las carcajadas del servicio.

La señora Josefa preparó café, y con él, degustaron los pasteles que habían sobrado de la comida de los señores y que habían traído los invitados de Viena Capellanes.

A los dos días llegó a la casa Mario, el amigo del señorito Ignacio. Era tal y como le había descrito: un muchacho de buenas hechuras, alto y moreno. Quizá su porte fuera algo más desgarrado que el de su amigo, se le podría definir como el clásico estudiante de familia bien. Simpático y dicharachero, al momento de ser presentado a la familia, comenzó a hablarles como si les conociera de toda vida. “*¡Que facilidad de palabra!*” pensó Adelina. “*lo que hacen los estudios, lo que me he perdido y la vida no ha tenido a bien ofrecerme*”. Y con esa tristeza en la cabeza se dirigió a su habitación, la cerró por dentro y abrió la primera de las cartas que había cogido de la caja del vestidor de la señora.

Las había ordenado por fechas, trabajo que había ido haciendo a ratos, en los que no se encontraba doña Mercedes en casa.

La primera estaba datada 17 años antes.

“*Mi queridísima Mercedes:*

Me atrevo a dirigirte estas cuatro letras para decirte algo que llevo muy dentro desde hace tiempo. Debido a nuestra situación, jamás me hubiera atrevido, pero algo me ha hecho soñar o quizá delirar con que estos sentimientos que llevo escondidos desde hace tanto tiempo, fueran correspondidos.

Ayer cuando estuviste en la clínica, en un momento de despiste de Enrique, me atreví a rozar tu mano, y no sé si fue una ilusión momentánea, pero me pareció que no retiraste la tuya, y por un momento pensé que la electricidad que cargó mi cuerpo, la sentías al igual que yo. Quizá esté confundiendo la realidad. Por favor Mercedes, no puedo seguir así por más tiempo, sé que te has dado cuenta de que mis intenciones hacia ti no son solamente las de un amigo. Si te he ofendido entendería que no quisieras saber nada más de mí; sin embargo, si mis sentimientos son correspondidos, por favor te pido que me lo hagas saber.

T.Q... A.P.”

Después de leer aquella declaración de amor, su curiosidad le hizo abrir la primera carta escrita por ella, contestando a la anterior.

“Querido A.

No andas errado en tus elucubraciones, sé que no debería, pero en los sentimientos no se manda. Me siento demasiado mal para seguir escribiendo, la culpabilidad hace mella en mí desde hace tiempo. Te espero en la cafetería del hotel Ritz, mañana a las 12, cerciórate de que mi marido esté ocupado.

M.F.”

CAPÍTULO VII.

“Piensa mal, y acertarás.”

Cerró la ventana y echó las cortinas. La habitación quedó completamente a oscuras, impidiendo que el reflejo de la iluminación nocturna del jardín entrara por la cristalera. Aunque los días de Mayo se estaban terminando, las noches todavía eran frescas, se arremolinó en la suave manta y cerró los ojos. Luciana dormía en la cama de al lado como una bendita. Adelina dejó volar su imaginación hasta aquellas cartas que todavía retenía en su retina. El mejor amigo del señor y doña Mercedes habían tenido una aventura que, según las cartas, había durado varios años. Estaba dispuesta a leerlas todas y grabar en su memoria esa historia de amor que tanto le estaba inquietando. Se preguntaba por qué había acabado. Si el señor los hubiera descubierto, seguro que le habría echado de la clínica y habría terminado con la amistad que los unía. La contestación se la darían las últimas misivas, pero quería leerlas en el orden que había establecido, no quería pasar nada por alto. Qué fácil le resultaba todo a la clase alta, hasta esconder una relación clandestina durante años, el dinero lo podía todo.

Cuando le contaba a su madre en sus cartas los manjares, las ropas y los enseres que gastaban en la casa, creía que la estaba engañando. Jamás había conocido esa diferencia de clases, ese derroche y ese gasto, a veces innecesario. Sería por la educación tan austera que había recibido, pero su malestar llegaba hasta la indignación y la rabia al pensar en lo que unos recibían y otros no, y que por haberse criado en lugares tan remotos, el destino fuera tan complicado con algunas personas... Ella había sido feliz, había tenido unos padres y unos hermanos maravillosos a los que nunca olvidaría. No podría ignorar jamás las montañas de su tierra, las excursiones con sus hermanos hasta el nacimiento del río Mundo, donde se escondían hasta que se iban los turistas, para jugar a ver quién de ellos era el que resultaba más mojado. Algún catarro que otro le había costado a su madre curar. Siempre retendría en su mente las hojas caídas del otoño, que ella recogía y coleccionaba, para después mirar en los libros de la profesora que la enseñó a leer y escribir a que árboles pertenecían. Los cantos de los pájaros y sobre

todo el ulular nocturno del cárabo, esa pequeña rapaz que se le había metido en la mente de tal manera, que se había negado a abandonarla en su viaje a Madrid. Era tanta la nostalgia que hasta la razón le estaba gastando malas pasadas. Sin embargo, era más difícil comprobar lo que había perdido, el mundo que hubiera podido conocer, los estudios que hubiera podido realizar, la calidad de vida tan distinta que había tenido y la que ya nunca tendría, gracias a la jugarreta que la había causado el destino.

No había amanecido. Instintivamente miró el despertador de la mesilla. Eran las cuatro de la mañana cuando escuchó unos gritos espantosos que venían del piso superior. Tuvo que despertar a Luciana, que seguía en el más plácido de los sueños, a pesar de que aquellos alaridos hubieran sido capaces de despertar a un regimiento.

Corrió las cortinas, cogió la bata de franela gris que cada noche dejaba reposando en el respaldo de la silla y subieron a la planta alta. Rápidamente se fueron abriendo todas las puertas de las habitaciones del servicio. La señora Josefa, con rulos y una redecilla, acompañada de Joaquina, Luisa y Pepe, subieron todo lo rápido que pudieron, y al llegar al salón, se encontraron con un dantesco escenario, más perteneciente a una película de miedo que al salón de una casa.

La cara de la señora Mercedes parecía salida de una película de fantasmas, la palidez de su rostro sugería que algo no andaba bien. El camisón, color amarillo claro, se veía manchado de enormes goterones de sangre. Llamaba con impaciencia y angustia a Ignacio, que, acompañado de su amigo Mario, ambos en pijama, fueron saltando los escalones de dos en dos, para responder a las llamadas de auxilio de su madre lo más rápidamente posible.

—¡Tu padre, Ignacio, tu padre!

—¿Qué dices mamá? ¿Qué pasa?

Charito y Virtudes ya bajaban la escalinata llevándose las manos a la cabeza al ver a su madre sentada en el sofá, con las manos juntas, tapando su cara y el camisón repleto de lamparones de sangre que se iba extendiendo y se hacían cada vez más grandes.

La señora Josefa fue la primera en aproximarse a la señora.

—Doña Mercedes, ¡tranquilícese! ¿Qué pasa? Está sangrando, anda Ignacio, hijo, llama inmediatamente a tu padre para que la examine.

—¡Nooooo! ¡noooooo! ¡No entres... no entres al dormitorio!

Al escuchar semejante orden lo primero que hizo Ignacio fue dirigirse a la habitación de sus padres. Subió las escaleras de nuevo, saltando los peldaños lo más rápido que le dieron las piernas.

Entró en el dormitorio, y observó a su padre, que permanecía de lado, con un cuchillo de cocina clavado en el cuello. Su padre estaba muerto, se lo habían incrustado en la carótida izquierda y se había desangrado. La colcha había sido retirada y la visión era espeluznante, semejante a la escena de una novela de crímenes. La sangre se había extendido por la blanca sábana bajera, cayendo en pequeños borbotones desde la garganta, deslizándose por el brazo, hasta caer en goterones al suelo. Ignacio rompió a llorar y salió del dormitorio.

—¿Qué pasa señorito? Por favor ¿Qué pasa?- Preguntó la señora Josefa en un tono lloroso.

Doña Mercedes había sucumbido presa de un ataque de nervios. Temblaba y lloraba, dejando que su cuerpo comenzara a envolverse en una tiritona. Virtudes la tapó con una manta de mohair que siempre estaba colocada en el respaldo del sofá, y Luisa se retiró a la cocina, por mandato de la cocinera, a preparar infusiones de tila.

Charito lloraba abrazada a su madre, y Mario presenciaba la escena totalmente horrorizado. Doña Mercedes ya les había hecho saber entre sollozos y suspiros que su marido estaba muerto.

Ignacio se secó las lágrimas y prohibió entrar a los presentes a la habitación. Les contó brevemente la situación, y ordenó al servicio que permaneciera sentado en el salón hasta que llegara la policía, a la que él mismo se había encargado de llamar.

Virtudes, desobedeciendo a su hermano, enfiló escaleras arriba con tanta rapidez que a Ignacio le fue imposible alcanzarla. Cuando se asomó a la habitación no pudo resistir aquellas imágenes y cayó al suelo.

Ignacio la cogió en volandas, bajó con ella de nuevo al salón y la echó en uno de los sofás. Nada más sentir la caricia de su hermano, volvió en sí, sumiéndose en un llanto incontenible.

Luisa fue repartiendo las tazas de tila, y se dirigió nuevamente a la cocina por orden de la cocinera, para que repitiese la misma operación pasados unos minutos.

En ese momento se escuchó la llave de la puerta. Santiaguito entró en el salón y, al mirar a su familia, comprendió que algo pasaba.

—Perdonad la hora, me he liado con los amigos. ¿Qué está pasando? ¡Dios mío, mamá! ¡Estás sangrando!

Mario le cogió del brazo y le retiró a un lado del salón, donde le puso al tanto de lo que había ocurrido, aunque él tuvo la misma reacción que su hermana y comenzó a subir las escaleras de dos en dos, a pesar de que Ignacio le advirtió que debería esperar hasta que llegara la policía. Haciendo caso omiso a los consejos de su hermano, entró en la habitación y, al ver la escena, rompió a llorar. Su instinto le invitó a abrazar a su padre, pero Ignacio se lo impidió

—Santiago ¡no puedes! ¡Papá ha sido asesinado! Es la escena de un crimen. Será mejor que salgamos; desahógate todo lo que quieras, pero no aquí, mejor bajamos y tomas una tila, la policía está en camino.

Nada más decir esas palabras Ignacio se derrumbó, abrazó a su madre y rompió a llorar.

El comisario Rogelio Membrano, dormía plácidamente cuando recibió una llamada. Instintivamente le echó un ojo al despertador antes de levantarse a coger el teléfono del salón. Eran las seis de la mañana y estaba totalmente adormilado.

Se levantó sigiloso, y así, en camiseta y calzoncillos, como tenía por costumbre dormir, descolgó el teléfono.

—¿Membrano?

—Dime, Villar —contestó, refiriéndose al inspector Alberto Villar, de guardia esa noche en la comisaría de Chamberí, donde él llevaba ejerciendo

de comisario jefe más de quince años.

—Acaban de llamar de un chalet de la calle Abascal: el doctor Enrique Vela ha sido asesinado.

—¿Y por qué saben que ha sido un asesinato?

—Ha llamado el hijo, estudiante de medicina: dice que han encontrado a su padre con un cuchillo de cocina clavado en la carótida izquierda y que prácticamente se ha desangrado.

—¡Vete para allá! ¿Quién está de guardia contigo?

—Lucas, Antúnez y París. Bueno y su sobrina, que lo ha cogido con tantas ganas que parece que vive aquí.

—Llévate a la chica, es lista y lo pilla todo al vuelo. Si hay que interrogar a mucha gente puede ayudar, dile también a Julián París que os acompañe. En un rato voy para allá.

Marisa Lente, sobrina del comisario Membrano, había nacido en Colombia, donde se trasladó su madre tras su matrimonio, y de tanto escuchar hablar de las hazañas de su tío, casi desde que vio la luz quiso ser policía. Hacía un año que había visto su ilusión cumplida, después de aprobar los exámenes con la mejor nota de su promoción. Su tío solicitó su traslado a España, aludiendo que si hacía las prácticas bajo su mando podría quedarse en la comisaría donde él desempeñaba su cargo. En nueve meses de prácticas, había demostrado su gran capacidad e ingenio, sembrando discordias en el personal masculino, que su tío se encargaba de paliar constantemente. No entraba en sus cabezas cómo una mujer joven, guapa y dicharachera no se dedicaba a encontrar marido, que para eso es para lo que estaban hechas las mujeres, y se decía por los pasillos: que de qué iba a estar ella en la comisaría si no fuera por su tío. Muchos años faltaban para que una mujer en España pudiera dedicarse a trabajar como policía. Existían oficios de hombres y oficios de mujeres, porque así lo había querido Dios, y porque así estaba establecido, y ahora había llegado la niñata esa, con ese aire meloso a tocarles los cojones.

—Está bien, comisario.

—¡Lente y París! ¡Conmigo! ¡Dejad de dormir, hostias, que hay que

ganarse el pan! Tenemos un asesinato en Abascal.

—Vaya y parecía que la noche iba a estar tranquila -rezongó la becaria.

Se levantó de un salto del sofá, se dirigió al baño y se recogió su pelo rubio en una cola de caballo. Se lavó la cara, asió una carpeta y las llaves del coche y salió a la calle, donde ya la esperaban sus compañeros.

Joaquina abrió la puerta. Lente agradeció que les hicieran pasar al salón. Antes siquiera de saludar a todas las personas que ocupaban la gran sala, les hizo una observación: no podían moverse de allí hasta que ellos lo ordenaran.

Ignacio tomó el mando de la situación y acompañó a los inspectores a la escena del crimen. Después de tomar nota con toda precisión del panorama que se abría ante sus ojos, el inspector París llamó a los peritos, a la fiscalía y al juez.

Mientras tanto, cerraron la puerta del dormitorio y bajaron al salón para iniciar la investigación antes de que llegara la fiscalía y metiera las narices en su trabajo.

Tomaron nota de los nombres y distintas ocupaciones de todos los presentes y les comunicaron que no podían moverse de la vivienda, aunque no era necesario que permanecieran todos en el salón.

—Si ustedes me lo permiten voy a preparar café y algún tentempié. Tienen que estar desfallecidos.

—Gracias Josefa —contestó Charito, mientras se limpiaba las lágrimas constantemente con un pañuelo que ya estaba totalmente encharcado.

Luisa acompañó a la cocinera, mientras Luciana y Joaquina se retiraban en silencio a limpiar los dormitorios de la planta alta.

Adelina permaneció en un lado del salón, tal y como le había indicado la señora Josefa. Miraba hacia una y otra ala con los ojos como platos. Pensó que la policía no tardaría mucho en interrogar a todos los que allí permanecían, incluso al servicio. Miró hacia la ventana esperando ver otra cosa que no fuera el paisaje diario: los árboles centenarios, el castaño de indias que pronto estaría en flor, y el cedro del Líbano en forma de péndula, que el señor había traído en uno de sus viajes, y que con tanto primor habían

plantado los jardineros, según le escuchó contar en una de las comidas en las que la familia se reunía. ¿Qué esperaba ver? Quizá el cábaro que la comenzaba a acompañar en cada momento importante de su corta existencia. “¡Pobre señor!” —pensó; en el fondo sintió pena. No podía notar la misma congoja de la señora Josefa, al fin y al cabo ella sólo llevaba en la casa unos meses. Había sido bueno con ella, al igual que con el resto del personal del servicio. No se parecía en nada a su esposa: ella era déspota y pareciese que solamente le llegaba el cariño para su hijo Ignacio.

Doña Carmen seguía durmiendo: tomaba una pastilla que le hacía despertarse más tarde que el resto de la familia. En ese mismo momento, como si le hubiera leído el pensamiento, Santiago sacó el tema.

—Ignacio, deberíamos avisar a la abuela.

—No, todavía no, —dijo doña Mercedes, con voz lenta y profunda. Hierática, sintiendo al límite sus emociones, con la cabeza repleta de sombras, que le impedían pensar con claridad.— No sé cómo se lo tomará. Tengo miedo, no sea que le dé uno de sus ataques.

—Mamá, hay que avisar a la abuela, tarde o temprano se va a enterar, además, estos señores la necesitarán para su investigación dijo refiriéndose a los inspectores, que tomaban un café sentados en uno de los sofás. Es más fuerte de lo que crees, y creo que tú la necesitas.

—Subiré yo —susurró Virtudes, que permanecía quieta en una silla a un lado del salón, con los ojos hinchados de tanto llorar.

—Será mejor que te acompañe —dijo Charito.

Comenzaron a subir las escaleras abrazadas por la cintura, despacio, con todo el sigilo del mundo, imaginando que si hacían ruido podrían despertar a su padre, al que, tumbado sobre aquellas sábanas manchadas de sangre, ya se le comenzaba a notar el rigor mortis.

CAPÍTULO VIII.

“Jugar y nunca perder, no puede ser.”

Doña Carmen hizo gala de su buen hacer, diciéndose a sí misma que las lágrimas había que dejarlas escapar en soledad: ahora hacía más falta su serenidad y sentido común.

Joaquina y Luciana iban y venían como autómatas, tratando de limpiar lo antes posible, para acomodarse en la cocina con la señora Josefa, la cual, desde que conoció la noticia, no pasaban cinco minutos sin que echara mano al pañuelo para secarse las lágrimas.

Adelina tuvo que tomar asiento, las piernas ya no le respondían, no sólo por el cansancio que le producía llevar de pie más de dos horas, sino por la situación tan dolorosa que se transmitía en todas las personas que vivían en la casa. Mario abrazaba constantemente a Ignacio, doña Mercedes parecía una figura de cera, totalmente estática, recostada en su sillón favorito, dejando que sus pies descansaran sobre uno de los escabeles que siempre permanecían recogidos en un rincón de la estancia, por si algún miembro de la familia solicitaba su uso.

Llegaron los peritos, y mientras se disponían a proceder con la inspección pericial, el comisario Membrano hizo acto de presencia y se personó en el dormitorio, por si alguno de ellos no hacía bien su trabajo, haciendo gala de la meticulosidad con la que ejercitaba su labor. Un miembro de la fiscalía y el juez esperaban a que terminaran su trabajo para proceder al levantamiento del cadáver. Mientras tanto, la becaria Lente y su compañero Julián París, comenzaron a tomar declaración a todas las personas que habitaban en la casa.

Adelina esperó pacientemente su turno. Se encontraba totalmente consternada, le agobiaba la situación, que cuando llegara a oídos de su madre, con toda seguridad, sería motivo de que le hiciera regresar al pueblo.

Antes de que llegara la policía no pudo remediar echar un ojo al dormitorio de los señores, y su afición a tantas novelas detectivescas hizo acto de presencia. La ventana estaba abierta. Bien sabía ella que los señores dormían con ella cerrada. El señor permanecía tumbado de medio lado,

reposando su cabeza en la almohada sobre el lado derecho, luego dejaba libre todo el lado izquierdo que es donde recibió la mortal puñalada. Pareciera encontrarse dormido. La señora no se percató de la situación hasta que se despertó para ir al baño. Todo tuvo que ser muy sigiloso y preparado. Según escuchó a los policías, aquello no podía ser un suicidio. El cuchillo que le sesgó la carótida, era sin lugar a dudas, uno de los que usaban en la cocina, ella misma fue a comprobarlo, y en el juego que se guardaba en una caja de madera faltaba uno, precisamente, al que más uso se daba.

Adelina no era tonta, y sabía que ella guardaba una prueba irrefutable: la carta de don Alejandro, el amante de la señora. Una de las muchas misivas en las que le deseaba la muerte. Sería raro que encontraran las huellas en el cuchillo, era médico, una persona docta y estudiada, no iba a ser tan tonto de dejar sus huellas en el arma del crimen, lo más probable es que hubiera usado guantes. No habría justificación alguna si encontraban sus huellas; otra cosa sería dejarlas en uno de los cuchillos de la cubertería que se usaron el pasado domingo, puesto que vino a comer acompañado de su esposa. No estaba segura si el lavado de los cubiertos en la máquina era capaz de borrar las huellas dactilares.

¿Seguirían siendo amantes? ¿Por eso le mató? ¿Para tener el campo libre? Eso es lo que pensaría la policía si les entregaba la carta.

Su cabeza se estaba convirtiendo por momentos en un torbellino de ideas que abocaban en su interior y daban vueltas y vueltas, para tratar de encontrar una solución y darles mascada la solución a la policía, como hacían los protagonistas de sus novelas preferidas. Su ignorancia le llevaba a enfrentarse con la maraña de pensamientos en la que estaba sumida, para hallar la mejor solución y encontrar la llave del cofre que le enseñaría a abrir los secretos que siempre había guardado la casa.

Volvió la cabeza y vio a la mujer policía haciéndole señas para que se acercara. Era su turno. Caminó serena hasta la salita, donde estaban procediendo a los interrogatorios. Lo hacían de uno en uno, para que ningún miembro de la casa pudiera escuchar las declaraciones de los demás. Se sentó en una butaca frente a ella. Observó que en la mesita pequeña reposaban dos o tres cuadernos, una especie de diario de piel en color rojo, y varios bolígrafos. Marisa Lente cogió uno de ellos, la saludó amablemente y procedió a preguntarle:

—¿Hace mucho que forma parte del servicio?

—No señora, llevo solamente unos meses.

—¿Qué opinión le merecía el señor?

—Era una buena persona, siempre pendiente de su familia, adoraba a su mujer y a sus hijos, no faltaba un solo día a la hora de la comida. Decía que era importante que estuvieran todos juntos, era el único momento del día en el que podían tener relación entre ellos. Así lo decía, tal y como se lo estoy contando.

—La relación de sus hijos con él era buena?

—Sí, señora, muy buena, querían mucho a su padre. ¡Cómo no lo iban a hacer, si les daba todos los caprichos!

—¿Nunca discutía con ninguno de ellos?

—No señora... bueno quizá alguna vez con la señorita Virtudes, debido a su carácter, pero todo quedaba en nada.

—¿Y el matrimonio? Según su opinión se llevaban bien?

—Sí, señora. Al señor le parecía bien todo lo que hacía doña Mercedes, y eso que con su mal genio a veces no hay quien le aguante. ¿Todo lo que le estoy contando es confidencial?

—Por supuesto.

—Si se entera la señora de lo que le estoy diciendo de seguro que me despide.

—No tengas cuidado, todo esto es secreto profesional. Y ahora cuéntame, ¿cómo os trataba el señor?

—Muy bien señora, era un hombre la mar de educado, siempre sonriente, no había día en el que no tuviera buenas palabras para el servicio. Me decía que tenía los ojos igualitos a una actriz y que con mi voz cantarina podía haber llegado muy lejos. Le encantaba escucharme cantar las coplillas esas que canto cuando hago las cosas de la casa, al revés de la señora, que enseguida me hace callar.

—Tenía razón el señor. Tienes el mismo color de ojos que Elizabeth Taylor.

—¡Esa! ¡Esa actriz es a la que se refería don Enrique! Todos en esta casa le querían.

—¿Y qué me dices de su suegra?

—¿Se refiere a doña Carmen? No hay una mujer más buena que ella en el mundo. Quería a su yerno, se notaba, la relación entre ellos era muy buena.

—¿Quién es el miembro del servicio más antiguo?

—La señora Josefa, la cocinera, lleva muchísimos años en la casa, vio nacer al señorito Ignacio y los quiere a todos como si fueran hijos suyos. En realidad todos los miembros del servicio adoraban al señor.

—Está bien, muchas gracias, Adelina, puedes marcharte.

—Está bien, aunque...

—¿Tienes algo más que contarme?

—No sé si debería.

—Adelina, esto es muy serio. Han asesinado a una persona, tenemos la obligación de encontrar al que lo hizo, y si tienes algo más que contarme, por muy nimio que parezca, tienes el compromiso de hacerlo.

—Me van a despedir, en cuanto se entere la señora me va a poner de patitas en la calle.

—Nadie se va a enterar de lo que me digas, ya te lo he dicho.

—Es que lo que le voy a mostrar es muy fuerte.

—Con más motivo para que me lo cuentes.

—Está bien, pero prométame que nadie sabrá que se lo he dado yo.

—Nadie, salvo mis compañeros.

—¿Y si a alguno de ellos se les va la lengua?

—No lo harán, no son nuevos en esto, Adelina, saben lo que hacen.

Adelina movió la cabeza de un lado a otro para comprobar que no hubiera nadie más en la salita. Metió su mano en el bolsillo del delantal, sacó los sobres, y se los entregó a la becaria.

Ella tomó un trago de la taza de café que reposaba sobre la mesa y comenzó a leer las cartas. Pasados unos minutos, alzó la cabeza y la miró fijamente.

—¿Y querías guardarte esto?

—Tenía miedo.

—¿De dónde las has sacado?

—De los altillos del vestidor de la señora, hay muchas más cartas dentro de una caja grande de color gris.

—Hay otro inspector registrando la vivienda. ¡Espera aquí! Voy a avisarle para que vaya directamente a buscar la caja.

—¡No lo haga, señora! ¡Por favor! Si lo hace, todos se van a dar cuenta de que he sido yo la que se lo ha dicho.

—Diré que voy al baño, no te preocupes, que nadie va a saber nada. Gracias por todo, Adelina, creo que ya tenemos al principal sospechoso. Puedes irte.

Los interrogatorios duraron hasta medio día, y el juez procedió al levantamiento del cadáver a eso de las dos de la tarde. Le trasladaron al anatómico forense, donde procederían a la autopsia.

Recibieron orden de no entrar en la habitación hasta nuevo aviso.

Ignacio avisó a los familiares más directos y a los amigos más íntimos, aunque les advirtió que no era momento de presentarse en su casa, ya se encargaría de avisarles cuando pudieran hacerse cargo del cadáver.

La señora Josefa fue repartiendo tazas de caldo muy caliente, que había acompañado con un poco de jerez. “*¡Para levantar los cuerpos!*” -decía ella.

Doña Carmen ayudó a su hija a levantarse y la llevó con ella a su dormitorio, dándole una de esas pastillas que ella tomaba para dormir.

—Tienes que descansar, hija, estás rota. Sé que no quieres escuchar consejos, pero tienes que reponerte un poco. Te queda mucho que pasar, ahora son tuyas las responsabilidades de esta casa y tienes que echarle valor y ser fuerte. De momento es necesario que duermas. Necesitas reponer fuerzas.

—Como tú digas, mamá, échate conmigo, por favor.

—Claro que sí, hija, no estás sola, yo siempre estaré contigo.

El salón quedó vacío, inundado en un sepulcral silencio. Cada uno de ellos se retiró a su habitación. Las dos hermanas lo hicieron juntas, y los tres hombres se echaron un rato en la habitación de Ignacio. Adelina llevó una bandeja para recoger las tazas que habían quedado en el salón. Se respiraba paz, una especie de sosiego la invadió; dejó la bandeja en la mesa y se sentó en el sofá dónde hacía unos instantes había estado tumbada doña Mercedes, olía a ella, a su perfume, a ese aroma a violetas que brotaba de su piel, aunque no se hubiera impregnado de loción alguna. Cerró los ojos y se abrazó al almohadón en el que la señora había recostado su cabeza, aspiró el aroma, y al abrirlos de nuevo, un tic instintivo le hizo mirar hacia la ventana, por la que entraba el sol de la tarde ¡Allí estaba! Sus ojos abiertos color miel la miraban fijamente. ¿Qué querían decirle? Giró con facilidad la cabeza y fijó la vista en las escaleras que llevaban al piso superior. Se levantó e inició el camino hasta los dormitorios de arriba; lo hizo con todo el sigilo que pudo, nadie debía escucharla. Abrió el dormitorio de los señores. La escena era impresionante. Las sábanas, totalmente revueltas, parecían teñidas de color rojo, y la forma del cadáver se podía ver dibujada con una especie de tiza blanca. Los de la científica habían permanecido más de dos horas tomando huellas y sacando fotografías. La puñalada asestada al señor había sido hecha con toda precisión, llevándose por delante la carótida izquierda, era fácil que la policía sospechara que quien lo hizo fuera un experto en cirugía. Salió de allí tratando de serenarse y dejando que sus pensamientos volaran hacia otros lugares. Bajó las escaleras, tanto horror podía con ella. Entró en la cocina, rompió a llorar y buscó refugio en el cálido abrazo de la señora Josefa.

Al entierro acudieron los amigos más queridos, todos los trabajadores de la clínica y altas personalidades conocidas por la familia. El servicio en pleno y la familia al completo. Mario pidió permiso para acompañar a su amigo en aquellos trágicos momentos. No le dejó ni un minuto solo, presidió el duelo cerca de la familia, mientras su brazo reposaba sobre los hombros de su

amigo, que miraba fijamente cómo su padre desaparecía en aquel frío sepulcro. Los señores Piedrahita, acompañando constantemente a doña Mercedes, y hasta la pandilla en pleno de Virtudes, a la que cogían de la mano y daban su apoyo constante.

El silencio contenido daba fe del sentimiento reinante. La señora Josefa, con el destempe plasmado en el rostro y las entrañas rotas, hizo gala de su prudencia y lloró en silencio. Adelina escudriñaba a todas las personas que rodeaban la tumba, dejando que sus caras solaparan su mente y quedaran agazapadas dentro, para después, en la soledad de su cuarto, poder evocarlas y hacer un recordatorio que le pudiera abrir camino a sus perspicaces pensamientos. Joaquina y Luciana permanecían cogidas de la mano sin saber muy bien qué hacer. No es que llevaran el suficiente tiempo en la casa para haberle cogido un cariño grande al señor, sin embargo, siempre había sido muy amable con ellas, y sentían profundamente su muerte.

Ignacio, con la cara deformada por la pena, escuchaba el latido seco de su corazón y se comía las lágrimas mientras abrazaba a su madre, a la que no dejó ni un minuto sola.

Charito daba vueltas al sepulcro, como si haciendo ese movimiento repetitivo, su padre fuera a volver, hasta que Mario la cogió de la mano y la situó cerca de sus hermanos, haciendo que su movimiento pareciera más bien el de una máquina programada que el de una persona.

Virtudes y Santiaguito mientras tanto, lloraban en silencio, solamente roto por pésames que los acompañantes comenzaban a dar a la familia.

Una vez terminado aquel momento de duelo, los amigos más íntimos acompañaron a los familiares a la vivienda, donde se sirvió un frugal refrigerio, que había dejado preparado la señora Josefa y que, entre Adelina y sus compañeras, fueron ofreciendo a las personas que acudieron, que fueron formando una especie de corrillo, donde se conformaban algunas tertulias y se hablaba de lo bueno que había sido el señor.

A las dos horas, la señora pidió retirarse al dormitorio de su madre; habitación que habían pensado compartir, hasta que la policía dejase libre la alcoba en la que había dormido con su marido.

Al ausentarse la dueña de la casa, los amigos tomaron aquello como señal

de que había llegado el momento de marcharse y dejar a la familia sola, cosa que agradecieron profundamente. El dolor por la pérdida de un ser querido causa un cansancio infinito y la familia estaba rota y deseando descansar, después de los días tan penosos que habían pasado.

No se sirvió almuerzo alguno, y cada miembro de la familia se retiró a descansar.

El comisario Membrano reunió en la sala de conferencias de la comisaría a todo el personal al que había asignado el caso del doctor Vela: Marisa Lente, Julián París y el inspector jefe Alberto Villar.

Esa misma mañana habían llegado los resultados de las diligencias:

—La ventana del dormitorio estaba abierta cuando encontraron el cadáver y según su esposa, el médico era muy estricto con eso. Antes de entrar en la cama cerraba las cristaleras, que no levantaba hasta primeros de julio. Le molestaba el relente de la noche y los mosquitos de la primavera que rondaban constantemente durante la noche. Prueba de que el asesino pudo entrar por la ventana, que aunque se encontraba en la primera planta, era de fácil acceso por la situación de los bancos de piedra del jardín que estaban situados justo debajo del dormitorio del matrimonio.

El asesino, había clavado el cuchillo en la carótida, ni un milímetro arriba ni uno debajo, con una precisión absoluta, digna de un cirujano. Ninguna de las personas a las que habían interrogado, incluidos familiares y personal del servicio y de la clínica tenían motivo alguno para matar al médico. Todo fueron buenas palabras para el fallecido, incluso algunos de ellos tenían por su trabajo al faltar el doctor y se preguntaban qué iba a pasar con el futuro del hospital. El servicio adoraba a don Enrique, y no se encontró ningún motivo para que alguno de ellos quisiera deshacerse del médico.

Sin embargo, una vez tuvieron en su poder las acertadas pesquisas de los peritos, junto a las cartas entregadas por Adelina, una de las muchachas de servicio, así como las huellas encontradas en el arma del crimen. ¡Ya tenían un culpable! Las marcas encontradas en el cuchillo eran varias: estaban las de algunos de los miembros del servicio, como era lógico, pero lo que no tenía razón de ser era encontrar las huellas de don Alejandro Piedrahita, amante de

la esposa del médico.

Según la declaración de Luciana, una de las criadas, en la última comida, a la que acudieron el doctor Piedrahita y su esposa, ésta notó cómo don Alejandro miraba en exceso a doña Mercedes y, entre medias de la conversación, no dejaba de expresar una especie de puntadas, que bien podían referirse a iniciar una relación con ella. Después de escuchar aquello, se lo quitó de la cabeza pensando que eran tonterías suyas, pero después, cuando encontraron muerto al doctor Vela, no pudo evitar recordar aquellas palabras. Conversación que corroboró Adelina, el otro miembro del servicio que aquel día se ocupaba de servir la mesa y era conocedora de las cartas enviadas por los amantes. Con lo que enseguida descubrió que aquellas palabras que mandaba el señor Piedrahita a doña Mercedes eran una especie de petición para volver a reiniciar la relación, a la que ella entre palabra y palabra, llena de consignas, no se negó.

Registraron el vestidor de la señora. La caja de las cartas no estaba. Lo más probable sería que la propia señora la hubiera quitado de allí para que no llegara a manos de la policía. Ella sabía perfectamente que su amante podría ser culpable, incluso cabía la posibilidad de que la señalaran a ella como cómplice. Cosa que deberían seguir estudiando.

Cuando el comisario terminó su perorata, animó a los inspectores a dar su parecer.

—Creo que tenemos pruebas suficientes para solicitar al juez la detención de Piedrahita —comentó, como siempre la primera, la becaria Lente.

—Eso está más que claro, hay que solicitar ya la orden, pero ¿y ella? ¿Cómo no escucho nada? Estaban cargándose a su marido a escasos centímetros de donde dormía. No pudo ser todo tan silencioso, no me puedo creer que no se despertara.

—París, no te has leído bien todas las pruebas periciales: si en vez de estar todo el día mirándole el culo a Lente estuvieras más pendiente del caso, te habrías dado cuenta de que en el vaso que estaba encima de la mesilla de la señora de la casa había restos de Orfidal, una pastilla que haría dormir a un camello, píldora que le había recetado su marido, porque la susodicha tenía problemas para dormir —dijo el comisario Membrano.

—¿Me miras el culo París?

—¿Y quién no te lo mira, Lente? Si estás de toma, pan y moja.

—¡Se acabó la tontería! Estamos a lo que estamos u os vais de aquí echando leches!

—Tranquilo jefe, que le estamos siguiendo —contestó el inspector jefe Villar.

—París ¡vete a solicitar la orden de detención al juez! Y tú, Lente, a la Hispano Olivetti, a copiar el resultado de las diligencias, y cuando termines llamas a la mujer del muerto, a ver qué nos tiene que decir de sus relaciones con el asesino, puede que se derrumbe. Tienes buen ojo, me fío de tu criterio. Y tú y yo, Villar, nos vamos a tomar un café, que nos lo merecemos.

Eran las nueve de la noche cuando la señora Josefa avisaba a la señora de que la mesa estaba dispuesta para cenar. Aún sin ganas, la familia se reunió alrededor de la mesa, mirando constantemente el sitio vacío del dueño de la casa. Joaquina sirvió primero a Ignacio, que al verla se levantó, y sin importarle las miradas, la abrazó, rompiendo a llorar, dejando reposar la cabeza en su hombro. Ella, totalmente pálida, y sin saber dónde mirar, le acarició el pelo y le dijo lo mucho que lo sentía.

—¡Ignacio! ¿Quieres comportarte? ¿Se puede saber qué haces abrazando a la criada? —gritó su hermana Virtudes.

—Déjale hija...Deja tranquilo a tu hermano, tiene que desahogarse, y Joaquina es tan buena...perdónale hija —dijo la señora Mercedes, refiriéndose a la doncella —Te tiene mucho cariño, ya lo sabes. —continuó, ante la mirada extrañada de Joaquina, que sin saber dónde meterse, lo único que hizo fue reaccionar llorando, acompañando en su llanto al señorito Ignacio.

—Lo siento Joaquina, perdona. Pero tiene razón mi madre: siempre te he tenido mucho cariño —susurró, ante la mirada algo ceñuda de Mario.

—Y yo a usted señorito, si necesita algo, no tiene más que pedírmelo.

Cenaron prácticamente en silencio, mirando constantemente a la silla vacía que tanto había marcado sus vidas. ¡Cuánto le iban a echar de menos! ¿Quién

podía haber sesgado la vida de su padre? pensaba Santiago ¡cuánto sentía haberle llevado tantas veces la contraria! ¿Por qué no había aprovechado más el tiempo junto a él? No podía concebir una vida sin su presencia, sin su apoyo, sin ese beso de buenas noches, que aún seguía dándole, creyéndole dormido.

Las dos de la mañana y Adelina seguía leyendo. Era mucho lo que había sucedido en la casa. Sentía un malestar interior que le impedía conciliar el sueño, y aún sin ganas, procuró sacar de sus recuerdos a las personas asistentes al entierro, haciendo una especie de lista imaginaria y colocándoles por orden de prioridad, clasificándoles según el lugar en el que les colocaría la señora. Eran muchas las dudas con respecto a ella, y se sentía al límite de sus emociones. Llevaba a su espalda una mochila cargada de experiencias negativas que tenía que eliminar como fuera, y estaba comenzando a vivir metida en un sueño inimaginable: conociendo otros lugares, otra forma de vivir, sentir y hasta de pensar. Estaba dispuesta a luchar y enfrentarse a lo que fuera con tal de que las aspiraciones que había traído consigo se cumplieran. Bebió un poco de la leche caliente que cada noche llevaba a la mesilla. Dejó que sus pensamientos descansaran y siguió leyendo el libro que había comenzado la noche anterior.

Luciana dormía rendida por el cansancio, no daba reflejos de sentirse molesta por la luz de la mesilla. A los pocos minutos, Adelina escuchó unos pasos deslizándose por el pasillo. Se levantó descalza y abrió despacio la puerta. El señorito Ignacio esperaba delante de la puerta de Joaquina. Ella salió de la habitación, cubierta por una toquilla sobre el fino camisón. La cogió de la mano y volvieron para retomar las escaleras que daban entrada a la cocina.

Dejó resbalar su mirada por los cristales de la ventana. Las luces de las farolas del jardín permanecían encendidas. Enseguida los vio, cogidos de la mano, tratando de refugiarse entre los setos y arbustos que poblaban el jardín hasta llegar a la pequeña casa de invitados, donde a veces se quedaban amigos de los señores que venían de fuera. Procurando hacer el menor ruido posible, se calzó las zapatillas y se puso la bata de franela gris, que siempre reposaba a los pies de la cama, dispuesta a seguir los pasos de su compañera.

Con todo el sigilo del que fue capaz entró a la cocina y salió al jardín. Hacía una noche maravillosa, ya comenzaba a escucharse el canto de las

chicharras y las flores lucían en todo su esplendor. Se acercó a la pequeña casa y rezó para que las cortinas permanecieran abiertas. Se agachó y fue subiendo la cabeza poco a poco para evitar ser descubierta. Joaquina y el señorito Ignacio se balanceaban en un abrazo, en el que ambos parecían sumergidos en una especie de baile, en ese baile en el que los enamorados se abisman y se ausentan de todo lo que les rodea, entrando en un sopor maravilloso repleto de mariposas que inundan su estómago y sólo saben reconocerse el uno al otro, abstrayéndose de cualquier cosa que surja a su alrededor.

Ignacio se sentó en la cama y, tapándose la cara con las manos, rompió a llorar, en un llanto silencioso que rápidamente tapó Joaquina con sus besos.

—Eres la mujer más maravillosa del mundo.

Ella se echó en la cama y reclamó su mirada mientras se desnudaba lentamente. Ignacio no podía creer que tanta belleza surgiera ante él. Era como contemplar un bello cuadro, por el que se dejarían matar los mejores pintores del mundo. Su precioso pelo rubio caía en cascada sobre sus hombros que, aun queriendo tapar sus pechos, estos se empeñaban en exhibirse sonrosados y turgentes. Su piel suave se dejó acariciar por la mano de él, que deslumbrado ante tanta belleza, comenzó a besarla.

Adelina dejó escapar un suspiro que rápidamente tapó con sus manos, como si con ese acto reflejo pudiera borrar aquel sonido que se había escapado de su interior.

Hicieron el amor, lenta y pausadamente, acariciándose cada trozo de piel y cada recoveco, como si no hubiera prisa, como si no existiera el tiempo y ellos dos fueran los únicos protagonistas de una historia con difícil final.

Joaquina se arqueaba en la cama, dejando que Ignacio rebuscara por todos los recónditos lugares de su cuerpo. Él, de vez en cuando, levantaba la cabeza para mirar el cuerpo que tanto admiraba, y volvía a besarla en la boca. Sus besos bajaron hasta la cintura, dejando salir una especie de lamento armonioso de la boca de Joaquina, que le dejaba hacer, mientras reposaba sus manos sobre la espalda de él, acariciándole lentamente. Ignacio siguió descendiendo, hasta que ella profirió un sonido agudo, que hizo que Ignacio penetrara en su cuerpo, comenzando un suave balanceo acompasado, que sumergió a los amantes en un ritual tan prohibido como excitante y enardecedor. El ritmo de

sus caderas acopladas sugería una especie de ola abrumadora que bramaba por llegar a su destino, dejando que sus bocas profirieran todos los sonidos de los que eran capaces para dejar salir el placer que estaban sintiendo. Joaquina le llamó por su nombre, y eso excitó aún más al joven que, totalmente electrizado, aceleró el ritmo y, juntando sus bocas, llegaron a un momento enervante, en el que se sumergieron ambos a la vez, hasta que Ignacio, sudoroso y feliz, dejó que su cuerpo entrara en una maravillosa relajación, colmando de besos a la dulce Joaquina, mientras le susurraba palabras al oído, palabras que ella no podía escuchar desde la posición donde se encontraba.

Por un momento sintió en sus propias carnes la felicidad de Joaquina, y pensó que quizá mereciese la pena jugarse el tipo por alcanzar aquella gloria, de la que ella había oído hablar, pero que jamás había sentido.

Adelina comprobó que no era la primera vez. Joaquina no era virgen, no había dejado señal alguna sobre las primorosas sábanas de seda.

Se vistieron el uno al otro, mirándose a los ojos. Él, intentando guardar en su retina tanta belleza, y ella...ella dejando que su cabeza asimilara tanta felicidad, sintiéndose en esos momentos totalmente enamorada.

Esperó a que salieran, y lo hicieron, tal y como habían entrado, cogidos de la mano, asiendo sus zapatillas y dejando arañar sus pies descalzos por las esquinas de las losetas del camino del jardín. Adelina siguió un buen rato agazapada debajo de la ventana, hasta que pensó que había pasado el peligro. Sin embargo, cuando iba a emprender el mismo camino que ellos para volver a su habitación, vio a doña Mercedes salir de un rinconcito del lado opuesto de la casa de invitados. Envuelta en su bata de seda color coral, y las zapatillas haciendo juego, caminaba sigilosa hacia el interior de la casa, con los ojos entornados, luciendo una sonrisa que Adelina no supo descifrar. ¿Falsa? ¿Ladina? Volvió de nuevo a su escondite debajo de la ventana, y esperó unos minutos hasta comprobar que las luces de la vivienda se habían apagado.

CAPÍTULO IX.

“Más vale llegar a tiempo que rondar cien años.”

—Villar, París y Lente, a mi despacho —ordenó el comisario Membrano—

Ya tenemos los últimos resultados. En el arma homicida aparecen las huellas de Piedrahita.

—Blanco y en botella —apostó Villar.

—¿Ejecutamos de una vez la orden de detención?

—Todo a su tiempo, sobrina. París y tú os vais cagando leches a interrogar a su querida. ¡Ni se os ocurra comentar el resultado de las diligencias! A ver qué cara pone cuando le contéis que estamos al tanto de sus amores ocultos. Ya he anunciado vuestra visita, la dama os está esperando.

En una media hora el inspector Julián París aparcó el coche delante de la puerta de carruajes del chalet.

Cuando estaban a punto de llamar al timbre, vieron a través de la verja a Luciana, que en ese momento salía a recibirles.

Marisa Lente no pudo evitar la curiosidad y dejó recrear su vista hasta la meticulosa perfección del jardín. Dos árboles péndula soltaban sus ramas hasta casi tocar el suelo, convirtiendo el espectáculo en una especie de gruta donde, en su interior, se balanceaba un columpio. Arriates sembrados de caléndulas, margaritas, bocas de dragón y tulipanes rojos, hacían de aquel jardín un maravilloso vergel. La fachada de la puerta principal estaba cubierta de hiedra, que se agarraba firmemente a los ladrillos, situándose perfectamente recortada, dejando que el cuadrado de las ventanas fuese visible. Todo ese paisaje hacía que el conjunto del exterior de la vivienda, situada en una de las mejores zonas de Madrid, se percibiera lujosa y opulenta. La puerta de entrada era de hoja doble en madera de calidad, que ella no sabía distinguir y, a cada lado, sendas cristaleras sobresalían por su colorido, semejante a las vidrieras de las iglesias. Ella jamás podría aspirar a algo así, ni siquiera contaba con una casa propia: de momento tendría que

conformarse con la vivienda de su tío, que le repetía constantemente que ese sería siempre su hogar. A pesar de que su carácter a veces no era todo lo apropiado que debiera ser, sabía que debajo de sus palabras soeces y su mal genio se escondía un gran corazón.

—Marisa, ¿te has quedado tonta o qué?

—Es una casa maravillosa.

—¿No la habías visto?

—Sí, lo cierto es que sí, pero es que hasta ahora no me había dado cuenta de lo suntuosa y bella que era.

—Buenos días, ¿quieren acompañarme? La señora les está esperando.

Al verles entrar, doña Mercedes se levantó del sofá, donde permanecía sentada tomando un té.

—Buenos días, inspectores. ¿Les apetece un té, un café?

—No, muchas gracias, señora. Quisiéramos hacerle unas preguntas.

—Por supuesto, cuando ustedes quieran.

París sacó su bloc cuadriculado y el bolígrafo que siempre lucía prendido en el bolsillo de la camisa.

Luciana se retiró dejando las cortinas abiertas y los visillos echados. La claridad del día se filtraba por las anchas cristaleras, formando una especie de prisma de color semejante al arco iris, dejando que la luz del sol se reflejara en el espejo que colgaba de la pared sobre uno de los sofás, haciendo que el ambiente fuera sumamente acogedor.

—¿Desde cuándo conoce al señor Piedrahita?

—Uffff, ya casi ni me acuerdo. Hace muchos años que trabaja con mi marido en la clínica.

—¿Puede ser más exacta?

—Mi marido inauguró la clínica unos dos años después de terminar la guerra, y Alejandro ya formaba parte del personal. Así que eche cuentas: más

de veinte años.

—¿Estaba casado el señor Piedrahita cuando se conocieron?

La becaria torció el gesto al escuchar la última pregunta, mirando a su compañero con cara de pocos amigos. Era una pregunta retorcida, típica de un hombre.—Claro que sí, su mujer y yo nos hicimos muy buenas amigas, y seguimos siéndolo.

—¿Y desde cuando se hicieron amantes?

Doña Mercedes se levantó de un salto y cambió el semblante al escuchar la última pregunta.

—¿Qué está usted diciendo? ¿Cómo se atreve?

—Le repito la pregunta, señora: ¿Desde cuándo son amantes el señor Piedrahita y usted?

—Hagan ustedes el favor de salir de mi casa, no voy a tolerar esas calumnias.

París, sin levantarse del sofá, sacó del bolsillo las cartas que dejó sobre la mesa.

Doña Mercedes cambió de color.

—¿De dónde han sacado estas cartas?

—¿Las reconoce? —preguntó Marisa Lente.

—No. No sé qué tienen que ver conmigo.

—Señora, cuanto antes aclaremos esto, antes la dejaremos tranquila. No vale de nada que niegue lo evidente. Estas cartas demuestran que el señor Piedrahita y usted son, o fueron, amantes.

—¿Pueden decirme de una vez de dónde las han sacado?

—Eso no es asunto suyo, señora, límitese a contestar las preguntas, por favor.

—¿Puedo leerlas?

—Por supuesto.

Doña Mercedes cogió las cartas y simuló leerlas, poniendo en ello toda la atención del mundo.

—Son falsas, esta no es mi letra.

—Vamos a ver si nos centramos de una vez —dijo París con el tono algo subido. ¿Usted cree que si no supiéramos que son tuyas hubiéramos venido? Hemos comprobado su letra.

—¿Cómo lo han hecho? ¡Eso es totalmente imposible!

—Si usted supiera, señora, la de pruebas que se encuentran en los cubos de la basura... y rápidamente sacó de entre las páginas de su bloc unas notas algo arrugadas listas de la compra.

Doña Mercedes se levantó y comenzó a pasear de un lado a otro del salón con las cartas en la mano. Empezaba a sentir una sensación de angustia. Aquel secreto... ese secreto que había mantenido totalmente guardado, había salido a luz. Se imaginaba lo que dirían sus hijos. ¿Y si llegaba a oídos de sus amigas? ¿De todos sus conocidos? ¿Qué diría Alejandro?

—Doña Mercedes, ¡síntese por favor! Es mejor para usted que deje de negar lo evidente. De momento nadie va a enterarse de todo esto, y no estamos aquí por el hecho que usted tenga un amante o no lo tenga. Su vida oculta no nos importa. Lo que es verdaderamente importante es lo que dicen estas cartas.

—¿Qué dicen que sea tan preocupante?

—Ni siquiera se ha tomado la molestia de leerlas. Su amante escribe en ellas que va a matar a su marido, y su marido ha sido asesinado.

—Está bien —contestó doña Mercedes, dejando que las lágrimas comenzaran a aflorar.

Alejandro y yo comenzamos a vernos en secreto unos años después de conocernos. Fue un flechazo a primera vista que los dos intentamos evitar, pero fue imposible. El amor lo puede todo, inspector, no se puede luchar contra los sentimientos. Nos quisimos... nos quisimos mucho y, para qué negarlo, nos seguimos queriendo. Pero llegó un momento en que había que elegir, y yo me quedé con mis hijos, con mi vida, con la seguridad que mi

marido daba a mi futuro. Cortamos nuestra relación, aunque no por eso dejamos de vernos, aun sabiendo que era insoportable actuar solamente como amigos. En cuanto a lo que dice en la carta... son palabras, solamente palabras de un hombre enamorado. Alejandro no es un asesino, además quería a mi marido, aunque suene raro eran amigos y estaban muy unidos.

—Puede que estuvieran unidos, sin embargo, no me negará que la muerte de su marido le ha venido muy bien.

—Me niego a creer lo que está insinuando, inspector. Alejandro es la mejor persona que conozco, sería incapaz de hacerle daño a una mosca.

—¿Y si le dijera que se han encontrado sus huellas en el arma del crimen?

—Eso es totalmente imposible.

—No, señora, no lo es.

—¿Pudo el señor Piedrahita estar en contacto en algún momento con el arma del crimen?

—¡Por supuesto que no! Ese cuchillo jamás salió de la cocina.

—¿Quién está al tanto de los enseres de la cocina?

—Josefa, la cocinera, y Luisa, la ayudante de cocina.

—¿Podría avisar a la cocinera por favor?

Pasados unos minutos, vestida con el uniforme de rayas y un delantal de un blanco impoluto y su pelo blanco recogido en un moño que escondía tras un gorro fruncido en las sienes, entró Josefa en el salón.

—Buenos días Josefa, queríamos hacerle unas preguntas — dijo Lente.

—Sí, señora, lo que usted mande.

—Siéntese un momento.

La cocinera miró a doña Mercedes en un gesto a modo de pedir permiso, ella accedió, haciendo un ademán afirmativo.

—¿Cuándo notaron la falta del cuchillo de cocina que mató a don Enrique?

—El día que vinieron a comer el médico amigo del doctor con su mujer.

—¿Se refiere al señor Piedrahita?

—Sí señor, al mismo.

—¿En qué momento exactamente?

—Tras preparar la comida, cuando Luisa fue a fregar todos los cacharros que habíamos necesitado, se dio cuenta que faltaba el cuchillo, y ya no lo volvimos a ver hasta que apareció... bueno... ya sabe usted donde apareció. ¡Pobre señor! ¡Dios le tenga en su gloria! ¡Que no se merecía esa muerte! ¡Con lo buena persona que era! Como le iba diciendo, colocamos los cuchillos en su caja, y quedó vacío el hueco del mediano. Pensamos que por un error podría estar en la mesa, pero Luciana y Adelina no lo recogieron, miramos por todas partes y el cuchillo no apareció.

—¿Entró alguna persona en la cocina que no fuera del servicio?

—Pues ahora que lo dice, déjeme que piense... no, la verdad, creo que no. Bueno, espere, creo que el doctor Piedrahita entró un momento acompañado de Adelina, es verdad. ¡Que tonta! ¡Cada vez tengo menos memoria! Me felicitó por los entrantes, me dijo que estaban muy ricos y que la decoración era exquisita. Yo le di las gracias, estuvo mirando las bandejas y se fue.

—Muchas gracias, Josefa, ha sido usted muy amable ¿Puede por favor decirle a Adelina que venga un momento?

—Sí, señor, ahora mismo le aviso, que tengan ustedes un buen día.

Adelina subió las escaleras de dos en dos. ¿Por qué la llamaban precisamente a ella? ¿Le habrían dicho algo a la señora de las cartas?

Entró en el salón algo asustada y se acobardó aún más cuando vio las misivas encima de la mesita y a la señora sentada en el sofá.

—Buenos días Adelina, ¿te importaría responder unas preguntas?

Adelina volvió la cabeza hacia la señora, tal y como había hecho Josefa. Esta la respondió con una sonrisa, que la dejó mucho más tranquila.

—¿Recuerdas el día que vinieron a cenar el doctor Piedrahita y su señora?

—Sí señorita, lo recuerdo perfectamente, lo recuerdo porque nosotros... bueno, me refiero a todos los del servicio, pues eso, que nosotros también comimos lo mismo que los señores, y casi me muero de lo rico que estaba todo.

La becaria no pudo reprimir una carcajada.

—Adelina por favor, deja de una vez tus memeces y límitate a contestar.

—Sí doña Mercedes, no se preocupe, lo que usted mande.

—Verás Adelina, Josefa nos ha contado que le pareció ver al doctor Piedrahita entrar en la cocina contigo. ¿Fue así?

—Sí señora, entró un momento.

—¿Nos puedes contar por qué?

—Cuando entraba en el salón con la bandeja repleta de canapés, él me preguntó: “¿Hay de salmón?” Y le dije que sí, y que no sólo de salmón sino que de muchas más cosas que estaban de rechupete. El señor se echó a reír y dijo que la presentación era una maravilla, y que habría que darle la enhorabuena a la cocinera. Y entonces, pues, como dijo eso, yo le dije que fuera a dársela a la cocina, y el buen hombre me preguntó que dónde estaba la cocina, y claro, pues eso, que dejé la bandeja en la mesita del salón y le acompañé.

—Muchas gracias Adelina, eso es todo.

Adelina volvió a mirar a doña Mercedes.

—Puedes retirarte.

Cuando Adelina salió de la estancia se quedó un momento escuchando detrás de la puerta. Estaba segura de que desconfiaban del medicucho ese, después de haber leído las cartas. Había notado el desasosiego de la señora. Estaba segura de que habían leído la carta en la que el médico amenazaba de muerte al pobre señor. Había visto en la cara de los policías la terrible duda que les invadía. Seguro que la señora había confesado sus relaciones ilícitas con el señor Piedrahita, no podía negarlas. Los inspectores se estarían preguntando si la colaboración de doña Mercedes en el asesinato de su marido estaría justificada con las pruebas que tenían.

—Muchas gracias, doña Mercedes, eso es todo, muchas gracias por su colaboración, y le rogamos que no salga de la ciudad, seguramente tendremos que volver a interrogarla.

—¿Qué va a pasar con Alejandro?

—No se preocupe, le mantendremos informada.

Después de darle la mano, Paris y Lente regresaron a la comisaría.

Se reunieron con el inspector-jefe Villar y el comisario Membrano y les pusieron al corriente de las últimas averiguaciones.

—Blanco y en botella —repetía constantemente Paris— Era la prueba que nos faltaba, tenemos la declaración de la criada y la cocinera de que el doctor bajó a la cocina y pudo sustraer el arma del crimen y, con la carta y sus huellas, caso cerrado.

—Creo que esta vez tienes razón —asintió Membrano. Lente, vete cursando la orden de detención y se la envías al juez. Cuando tengamos su aprobación, vais a por él, y directo a interrogato

CAPÍTULO X.

“Los amores encontrados, son los más descarados.”

Joaquina se desperezó estirando los brazos, feliz, notando la luz de la mañana colándose a través de los cristales de la ventana. Todavía sentía en su cuerpo las manos de Ignacio y en su boca el sabor de sus besos. Sentía en su mente esos ojos color aceituna, que derretían los suyos cada vez que la miraba. Instintivamente miró el despertador, que reposaba sobre la pequeña mesilla que separaba su cama de la de la señora Josefa. Las cinco. No tardaría ésta en levantarse para preparar la bollería del desayuno. Se dio la vuelta y observó que la cocinera la miraba.

—Te despiertas sonriendo.

—Estoy feliz, señora Josefa.

—Dios quiera que te dure mucho esa felicidad.

—¿Y por qué no iba a durar? Él me quiere, me quiere mucho, me lo dice y me lo demuestra.

—¿Cómo te lo demuestra? ¿De qué forma? ¿Te ha pedido matrimonio? ¿Te ha hablado de ello alguna vez?

—No, es algo precipitado ¿Cómo lo va a hacer? Tendrá primero que preparar a su madre.

—¡Qué ignorante eres muchacha! A ver si te enteras, él es el señorito. En cuanto terminen de resolver el papeleo heredará la clínica. Son personas inmensamente ricas... ricas de nacimiento. Su padre, al que Dios tenga en su seno, ya era adinerado cuando nació, porque también su padre lo era, y el padre de su padre. Ellos no saben lo que son penurias, ni tener que abandonar a tu familia para ganar cuatro perras, lo tienen todo, no carecen de nada. El señorito Ignacio tendrá que casarse con alguien de su círculo, con la hija de alguien opulento, que haya educado a sus hijas para hacer un buen casorio. Está destinado a ello. Parece mentira que no conozcas a la señora. ¿Crees de verdad que ella permitiría que se casara contigo? Joaquina, hija, no quiero

hacerte daño, me cuesta decirte estas cosas, pero debes desengañarte. Es un hombre y, como a todos los hombres le gusta tener una mujer bella como tú en la cama. Pero tú te equivocaste de familia al nacer, con tu porte y tu belleza deberías haber nacido en una familia de posibles, que te hubiera llevado a buenos colegios, a bordar y a tocar el piano, como a la señorita Virtudes. Pero eres pobre, hija, pobre y de clase baja. Cualquiera día nos das un susto y entonces ¿qué tendríamos que hacer?

—¿A qué se refiere? ¿Cómo les daría yo un susto?

—A veces eres más simple que una acémila, hija. ¡Te vas a quedar embarazada! ¡Si no lo estás ya!

—Tenemos cuidado señora Josefa.

—¿Qué clase de cuidado?

—Ah, eso no lo sé, él me lo ha dicho, dice que no me preocupe, sólo que siga siendo bella... bella para él.

—Mucha cara es la que tiene el señorito, será mejor que tenga unas palabras con él. Me va a escuchar.

—Ni se le ocurra señora Josefa, me ha dicho que no lo contara a nadie. Si se entera de que usted lo sabe, me dejaría.

—Le he visto nacer muchacha... soy como una segunda madre para él. Y reza para que no se entere su madre de verdad, que te pondría de patitas en la calle.

No sabía la señora Josefa en ese momento lo acertadas que eran sus palabras.

Doña Mercedes quedó más tranquila después de hablar con Alejandro. Nada más marchar la policía, lo primero que hizo fue coger el teléfono.

—Paparruchadas mujer, no son más que paparruchadas. No recuerdo haber tocado ese cuchillo para nada, quieren sacar de mentira verdad porque no tienen un culpable.

Sin embargo a ella no le parecía que aquello fuera tan frugal como él

pensaba. ¿Quién le decía que el cuchillo no estuviera en la mesa? ¿Y si lo hubiera tocado sin darse cuenta? No era tan difícil que le hubieran tendido una trampa. ¿Pero quién? ¿Quién querría hacerle pasar por culpable? ¡El verdadero asesino! ¡Dentro de casa! ¡Que tonterías le venían a la cabeza! ¡Nadie de su hogar querría ver muerto a su marido! Era muy querido, demasiado bueno y complaciente. ¿Y si Alejandro...? No, no podía ser. No podía dejarse llevar por esos absurdos pensamientos, tenía que ser más pragmática, pensar con sensatez, sin embargo las dudas la reconcomían por dentro. Alguien tuvo que encontrar las cartas y dárselas a la policía. Cuando ella se percató y escondió la caja, ya se le habían adelantado. Las fotografías estaban revueltas, aunque no observó que faltaran cartas. ¿Cómo saber quién había sido? ¿Tenía al enemigo dentro de su casa? ¿Habían entrado sin que nadie se hubiera enterado? Eso no tenía el más mínimo sentido. Aquello era un callejón sin salida. Se estaba dejando envolver por una red de sentimientos encontrados. No podía dudar de Alejandro, era su amor, su compañero, su amigo, y sobre todo no iba a ser tan tonto como para dejar tantas pruebas en su contra si hubiera asesinado a su marido. Era un hombre culto, inteligente y, además, incapaz de hacer daño a nadie. Se estaba dejando llevar por la conmoción momentánea, pero tenía que ser fuerte, olvidar las lágrimas y pensar en ella. Tenía miedo: si consideraban a Alejandro culpable, bien podían pensar que ella había sido su cómplice ¡Malditas cartas! ¿Qué necesidad tendría de tenerlas guardadas? Había sido una inconsciente, una total inconsciente dejándose llevar por su amor a Alejandro.

En notaría les habían citado para leer el testamento, pero de sobra sabía ella lo que decía: lo habían redactado los dos juntos. Eran bienes gananciales, de uno para el otro y la clínica para Ignacio. Todavía no podía ejercer. Sin embargo, pondrían al frente a Alejandro hasta que su hijo terminara los estudios ¡Pobre hijo, lo que estaría sufriendo! No sólo por la muerte de su padre, sino por los sentimientos encontrados que le invadían. Ella le conocía bien...tanto como a ella misma. La bondad que anidaba en su alma y su amor a la belleza. Conocía perfectamente sus sentimientos por Mario y la atracción que sentía por Joaquina ¡Era una mujer tan bella! Cualquier hombre perdería la cabeza por ella, y esperaba que su hijo la perdiera también. Tenía que quitarle de la cabeza esos amoríos enfermizos, serían su perdición y la de todos. Nadie le tomaría en serio, ni tan siquiera como médico ¿Quién se

dejaría tratar por un médico maricón? Le hacía daño esa maldita palabra. Tenía que curarle. Si él no sabía sanarse a sí mismo lo haría ella, no iba a dejar que se despeñase, que torciese su vida por un error absurdo ¡Su hijo no era un invertido! Estaba equivocado y ella le dirigiría por el camino correcto, y todo gracias a Joaquina. Enseguida se dio cuenta de las miradas de la muchacha, y les dejó el campo libre. Sabía que su hijo era un enamorado de la belleza, y ella era hermosa. Era bella, suave y llena de luz, de una luz semejante a las pinturas de Sorolla y, un interior sano y angelical. Estaba dotada de esa belleza serena que se admira en silencio, Sus ademanes eran los de una dama anacrónica y estaba totalmente rendida a los encantos de Ignacio, mientras éste veía en ella lo mismo que le ensimismaba cuando pasaba horas y horas en el museo del Prado. Sin embargo, hasta ahora no había sabido lo que siente un hombre por una mujer en la intimidad. Era consciente de que se estaban acostando, esperaba que apreciara lo que era un verdadero orgasmo, el que te ofrece una mujer bella como Joaquina y, además, enamorada. Tenía sus riesgos, podía presentarse un embarazo, pero si eso ocurría ya tomaría ella cartas en el asunto, como las tomaría con Mario, ya se ocuparía de alejarlo de su hijo, lo tenía todo pensado. Una madre debía de dar todo por un hijo, y eso es lo que iba a hacer...darlo todo, dejarse la piel para que su hijo fuera un hombre de verdad, al que nadie faltara al respeto, un hombre recto y cabal y, casado con una mujer... como mandaban los cánones. Era una enfermedad difícil de corregir, pero ella lo haría... lo conseguiría.

La detención de Alejandro Piedrahita, acusado del asesinato del doctor Vela, fue todo un acontecimiento social. Los periódicos de sucesos, incluso la prensa rosa, hicieron el agosto, siendo record de ventas. La entrada de la vivienda de la calle Abascal comenzó a convertirse en parte de un sainete, ocupado por los periodistas sensacionalistas. Gacetas como El caso, La cuarta, Diario de avisos... y fotógrafos de periódicos como ABC, Arriba o Blanco y Negro, llenaban las amplias aceras de la calle, haciendo gala de su eficacia para conseguir las primicias que mantendrían ocupados a los lectores, tratando de conseguir que su índice de ventas subiera a lo más alto. Los paseantes tuvieron que cambiar de vía, encaminando sus pies a la otra acera, para poder seguir su camino ante el aluvión de cámaras fotográficas tras las que se agazapaban los periodistas, pendientes de que algún miembro de la familia o del servicio les dedicaran unas breves palabras.

A los cinco días de la conversación mantenida por Lente y París, con la señora de la “Casa de los horrores”, como ya denominaba la prensa populachera a la distinguida vivienda, y una vez recibida por escrito la aprobación del juez Mario Escobar, don Alejandro Piedrahita, médico forense, cirujano y miembro reconocido de la alta sociedad madrileña fue detenido y acusado del asesinato de su compañero y hasta entonces amigo, Enrique Vela, propietario de una de las mejores clínicas privadas de España. Por más interrogatorios de unos y otros inspectores, incluso con la intervención del mismísimo comisario-jefe Membrano, aquello no dio ningún resultado. Negaba constantemente lo evidente, aun teniendo delante las pruebas en su contra.

El jefe de la comisaría llamó al representante de la fiscalía y le citó para una reunión a la que acudieron todos los agentes que llevaban el caso.

La orden de detención la firmó el juez de guardia, don Mario Escobar, probando que, según su criterio, sumaban pruebas como para acusar al presunto culpable de asesinato.

El fiscal, Eugenio Casas, se presentó puntual en la comisaría. Alto y enjuto, persona seria y acostumbrada a los casos de alto grado, y con más de veinte años de experiencia a sus espaldas. Su traje hecho a medida y sus zapatos de fina piel, denotaban ampliamente su clase social. Hijo y nieto de abogados, su vida consistía en el trabajo, al que dedicaba casi toda la jornada.

—Buenos días Membrano, recibí los papeles y estoy familiarizado con el caso. Han pasado las 72 horas y hay que trasladarle a General Díaz Porlier. Tenemos que dejarle llamar a su abogado, si es que quieres realizar un nuevo interrogatorio antes del traslado.

—Todo eso lo sé, Casas, llevo aquí más de media vida. Si te he llamado no es para que dictes normas que me sé de memoria, quiero saber tu opinión. Este cabrón no confiesa.

—¿No habréis utilizado la fuerza?

—Alguna hostia se me ha escapado, pero nada del otro mundo.

—Sinceramente, tenemos las cartas y sus huellas en el arma del crimen. Si le llevamos a juicio va a salir todo lo que hasta ahora habéis tratado de

esconder por deferencia a la viuda. ¡Demasiado tiempo habéis tenido con ella! Lo más probable es que fuera cómplice. Matan a su marido, le asestan una cuchillada, y ella ni se entera, duerme como un angelito.

—Bajo el efecto del Orfidal, no te olvides.

—¿Quieres mi opinión? No es bastante. Según una de las criadas, estuvo allí, fue a la cocina con la curiosidad de ver los canapés que había preparado la cocinera. No sería difícil que sin querer tocara el cuchillo; en cuanto a lo que decía en las cartas, nos lo pueden refutar, es una frase hecha. No tenemos nada más en lo que basar la acusación.

—Jefe, si me da permiso, se la saco a mi manera.

—¡Cállate, París! No están los tiempos para ir hablando a la ligera. Luego dicen que aquí torturamos a los presos, como en la guerra ¡Ni que esto fuera un campo de concentración!

—¡Me cago en la hostia y en tós mis muertos, vamos a tener que soltarle!

—Suéltale, hay que recopilar más pruebas. Tenéis que volver a interrogar a todos los de la casa, al servicio, a las amistades, incluso a los enfermos que ha tratado. Volveré cuando tengáis más resultados.

—Lente, te vas a convertir en la sombra de Piedrahita. ¡Cagando leches!

—París, vuelta a la casa, y tú, Villar, comienza con los enfermos que trató el muerto, puede que tenga razón Casas, y ahí encontremos algo.

Al doctor Alejandro Piedrahita le soltaron esa misma mañana. Sin embargo el daño ya estaba hecho. En la puerta una nube de periodistas sedientos de sangre le esperaban como se espera a la novia en la boda. Agarrado del brazo de su esposa, evadió como pudo aquella maraña hasta llegar al coche, donde le esperaba el chofer para llevarles a casa.

Se duchó y se puso cómodo. Se abrazó a su mujer y rompió a llorar ¿Cómo iba a solucionar su vida? ¿Podría volver a ejercer su profesión después de aquello? ¿Tendría el apoyo de Mercedes? Necesitaba verla ¿Seguiría pensando en él como el indicado para ser el director de la clínica? ¿Le seguiría queriendo o, por el contrario, pensaría que era el responsable de la muerte de su marido?

Pensó en telefonearla; sin embargo esperó a estar solo y poder hablar sin limitaciones.

Adelina, sentada en uno de los bancos del parque del Retiro madrileño, disfrutaba del sol de la tarde de principios de julio. Apretaba el calor, lo pensó mejor y buscó una sombra bajo uno de los múltiples Castaños de Indias de aquel maravilloso oasis.

Sacó del bolso las fotografías. Doña Mercedes se veía sonriente rodeada de toda aquella chiquillería. No se explicaba los buenos sentimientos de su señora, que ella no le encontraba por ningún lado. Quizá salieran sus mejores deseos tratándose de niños. Según la señora Josefa realizó viajes para observar cómo, en países más adelantados que el nuestro, se realizaban las donaciones para crear instituciones y hospicios para expósitos y abandonados, en los que ella participó después.

Había estado a primera hora en la biblioteca de Cuatro Caminos, de la que se había hecho socia nada más llegar a Madrid por consejo de Charito, sabiendo de su afición a la lectura. Pidió un libro de parajes y pueblos de Alemania, donde encontró el de la fotografía: Schwangan, en Baviera. Le recordó la película que ponían en uno de los cines del barrio: *Sisí Emperatriz*, donde fue con la señora Josefa, que se pasó toda la sesión llorando de emoción al contemplar aquellos paisajes y esos vestidos tan maravillosos.

El pueblo de la fotografía parecía salido de un cuento, con un precioso castillo con un nombre muy complicado, que ella no sabía pronunciar, y un lago cristalino al que llamaban Alpsee. Y allí mismo, al pie del lago, posaba la señora rodeada de aquellos niños tan guapos y sonrientes. Le encantaría preguntarle y que ella le hablara de sus viajes, pero conociendo su carácter, no se atrevía. Por eso pensó dedicar aquella tarde a mirar las fotografías de Alemania, sobre todo las de la zona de Baviera que, según la bibliotecaria, poseía los paisajes más bonitos de aquella nación.

Cuando preguntó de qué forma podía encontrar a una persona en aquel pueblo, le aconsejó ponerse en contacto con la embajada española en el país, y siguiendo su consejo, había mandado una carta solicitando información del fotógrafo, aludiendo que le tenía que mandar unas fotografías y había perdido su domicilio.

No sabía por qué estaba haciendo aquello, quizá fuera para matar el tiempo, o para conocer más a fondo a su señora, o porque cada vez que se concentraba en ella aparecía aquel pequeño cárabo en la ventana, hiriente y mudo, sin hacer sonar su canto, semejante a un silbido, aquella rapaz que nadie veía y que parecía que la persiguiese, anunciándole, con sus ojos fijos en ella, un magnetismo que la envolvía en una especie de llamada de aviso, para que estuviera atenta a cualquier señal que pudiera presentarse.

Disfrutó durante toda la tarde del hechizo del parque en el que los paseantes gozaban tomando un refresco en alguno de los muchos quioscos, o degustando un helado, caminando por las distintas veredas que llevan a lugares determinados, o montando en las barcas en el estanque. Niñeras uniformadas, detrás de cochecitos de bebés, señoras elegantemente ataviadas del brazo de sus lustrosos maridos, militares a los que seguro les habrían dado una tarde libre, corros de niñas saltando a la comba. Su imaginación se elevaba y pareciese que estuviera disfrutando de una de las zarzuelas que el maestro Chapí compuso en el pasado siglo. Se levantó con el pensamiento puesto en aquella misiva que había enviado a la embajada, sintiendo que se estaba metiendo en lo que no debía y que su buen entendimiento le había dictado poner en el remite, su casa del pueblo, advirtiéndole a su madre que después le mandara la carta a casa de los señores, dejándola hecha un mar de dudas.

Estaba anocheciendo y los rayos del sol comenzaban a ocultarse, tras las pocas nubes que iluminaban el cielo. Seguro que el reloj de la plaza de su pueblo ya habría dado las campanadas de las ocho, siempre iba unos minutos adelantado. Tomó el tranvía que la dejaba en la misma calle Abascal. A la señora no le gustaba que regresaran más tarde de las nueve en los días libres. La señora Josefa ya tendría preparada la cena, que comenzaría para los señores a las nueve, y para el servicio cuando ellos terminaran y hubieran recogido el comedor. Tenía hambre, notaba cómo se le revolucionaba el estómago, a pesar del helado de chocolate que había tomado y que le había sabido a gloria

Adelina entró en su habitación, sacudió los pies soltando los zapatos, que fueron a parar debajo de la cama de Luciana, se tumbó en la suya y abrió la carta de su madre que la estaba esperando en la bandejita del office, donde la señora Josefa las solía colocar para que no se extraviaran.

“Hija de mi vida:

Espero que al recibo de ésta te encuentres bien, nosotros bien, gracias a Dios. No sabes lo que nos alegramos de las cosas que nos cuentas de la capital. Tus hermanos disfrutaban cada carta que mandas, que leemos a la hora de la comida, ya sabes que nos gusta hacerlo a todos juntos. No sabes lo que nos disgustó y el miedo que pasamos al enterarnos del crimen de tu señor, que en Gloria esté. Le he pedido a don Ramón que celebre una misa para el descanso de su alma. Ten mucho cuidado, nunca se sabe, y un asesino anda suelto por esos parajes. Lo mismo tu señor no era tan bueno como parecía. ¡Vaya usted a saber! No confíes en nadie, ya sabes que lengua suelta no es buena consejera. Ten mucha fe en Dios y reza a la virgencita de los Dolores, que ella está velando por ti, yo se lo pido cada noche en mis oraciones. Coge agua bendita y espárcela por bajo de tu cama para ahuyentar a Saturnina La Puerca, que siempre está acechando, aún en los lugares más extraños. Y, por si no es bastante, ayer le pedí la dirección de su cuñada a Antonia La Tuerta, ya sabes que es médium y que la gente de aquí le tiene mucha fe, incluso se desplazan desde el mismo Albacete para que les lea las cartas.

Vive en un barrio que se llama Vallecas y en la postdata te pongo la dirección exacta. Se llama Paquita, y le dices que te manda su cuñada, Antonia La Tuerta.

Me gustaría, si es posible, que mandarás alguna foto tuya reciente, hija, pues te echamos mucho de menos, me gustaría enmarcarla y colgarla en el comedor, para así poder verte a diario. A tus hermanos les encantaron las postales de la Cibeles y las del parque del Retiro. Ojalá Dios me diera fuerzas y pudiera marchar a visitarte, pero ya sabes la faena que tenemos y lo que me necesitan tus hermanos. No has de preocuparte por la misiva que esperas, de recibirla te la mandaríá con la próxima carta. ¡Tú sabrás lo que te traes entre manos! Espero me lo relates en la próxima.

Bueno, hija, que sepas que te queremos mucho y es mucho también lo que te añora tu padre. Recibe recuerdos de tu amiga la Encarni, la hija del señor Ernesto, el zapatero, y de mí todo el cariño del mundo.

Tu madre que te quiere, Graciana García.

Unas cuantas lágrimas se escaparon rodando por sus mejillas, como le pasaba siempre que recibía noticias de su madre. Era mucha la nostalgia que sentía de su pueblo, de sus parajes y de sus gentes. ¡Qué distinto era todo en la capital, donde nadie se conocía y se negaban el saludo, donde costaba hasta respirar, con aquellos humos que se escapaban de los coches, donde no había ni una sola montaña que subir, ni vereda por la que pasear para cortar alguna flor y disfrutar del aire limpio y del sonido del río! Por eso le gustaba tanto el parque del Retiro: se podía incluso tumbar en el césped y mirar al cielo, disfrutando de las rebosantes hojas de las distintas arboledas, que dejaban apenas pasar los rayos del sol.

Guardó la carta en la maleta que reposaba en el altillo de su armario y pensó en hacer una visita a la cuñada de Paquita *La Tuerta*. Cierto era que muchas cosas habían pasado desde su llegada a la capital, y quizá esa buena mujer pudiera aclararle las ideas.

Joaquina se metió en la cama sabiendo que tardaría en conciliar el sueño. Sus pensamientos siempre volaban hasta el amor de su vida, su querido Ignacio. Desde que probó el primer beso ya nada más tenía sentido para ella, él absorbía todos sus pensamientos. Limpiaba para él, ponía la mesa para él, ayudaba en la cocina para él y lloraba y reía por él. ¡Cuánto le echaba de menos! Contaba los días que faltaban para que le licenciaran. En tan solo una semana le tendría siempre con ella, y volvería a sentir sus manos, sus caricias y sus besos.

Joaquina había nacido en un pequeño pueblo cercano a Madrid, Getafe le llamaban. Su padre trabajaba en la base aérea. Llevaba muchos años de pinche en la cocina del acuartelamiento, donde su madre, a veces, limpiaba por horas para que a ella no le faltara de nada. Era la única hija del matrimonio, que habían tenido a edad avanzada. Ya casi rondaba su madre los cincuenta cuando la dio a luz. Fue la alegría de su vida y el premio que tendrían en su vejez. Ya de pequeña lucía aquella melena rubia y esos ojos tan azules como el cielo, que eran la envidia de todas las madres de Getafe. Sus padres la miraban con adoración, preguntándose que habían hecho ellos para merecer una hija tan buena y más hermosa que la mismísima Virgen de la Soledad, de la que eran muy devotos. Ella los quería a rabiarse, no había tenido hermanos y sus padres eran todo para ella. Cuando el cura de su parroquia se enteró de

que los señores necesitaban una doncella cualificada, la animó a salir de su pueblo, que tan pocas cosas le proporcionaba. Había acudido a la escuela poco tiempo. A los diez años, después de que la enseñaran a leer y escribir, abandonó el colegio para quedarse con su madre a aprender las labores del hogar. Aprendió a guisar, a coser, a bordar, y a llevar una casa como Dios manda, lo que debía de saber una mujer cuando se casaba. Su madre la animó a salir de Getafe, donde tan pocos pretendientes surgían para un ángel como su hija, ella se merecía mucho más, no le había dado Dios esa belleza ni esas maneras para casarse con un don nadie, y pensó que en la capital tendría muchas más oportunidades. Sabía que su hija estaba llamada a algo grande, y que no pasaba desapercibida entre el género masculino. Debía de hacer una buena boda y asegurarse el porvenir. Su niña era su vida, el premio que Dios le había regalado para culminar su existencia y era su labor dejarla bien colocada ¡La quería tanto... tanto! No había día libre de la niña en los que no se trasladaran su marido y ella hasta Madrid, aunque tuviera que soportar la tortura de la camioneta, sufriendo en sus piernas artríticas los baches de la carretera. Le llevaba la torta de chicharrones que elaboraba especialmente para ella y las croquetas de ropa vieja, que sabía eran su debilidad ¡Qué no haría por su pequeña!

Sabía que uno de los señoritos había puesto los ojos en ella ¿Y cómo no iba a ponerlos? ¿Qué ser humano podría resistirse a su belleza? Y aunque negara su complicidad, a ella no podía engañarla, sus ojos lo decían todo. Su mirada era más dulce y tranquila que otras veces. Sabía que su niña estaba completamente enamorada y se la veía feliz, quizá demasiado feliz.

No debía desoír sus consejos y no darle a aquel hombre lo que siempre buscan. La flor debería tenerla bien guardada, era solamente para el marido en la noche de bodas. De dársela, pronto se cansaría de ella. Los hombres son egoístas y van a lo que van. Deben empalagarse poco a poco; de no hacerlo así, podrían sufrir un entripado y aborrecer lo que han comido. No se cansaba de decírselo: “*¡Ni un solo beso le des hija! ¡Déjate halagar, cariño! ¡Has de saber enamorarle! ¡Que no te robe la virtud! ¡Perderías el alma si lo hicieras, y caerías en un pecado mortal!*” Ella negaba haberle dado nada a cambio de su amor. Les contaba cómo la quería, los regalos con los que la colmaba y cómo se deshacía en miradas cada vez que pasaba por su lado.

No quería bajo ningún concepto verla sufrir, a ella no, ella había nacido

para ser feliz, era su niña... la que tanto había deseado, y había llegado cuando ya había perdido toda esperanza. Era todo lo que tenían y por lo que cada día se ponían en pie para comenzar la faena. No debía conocer los sinsabores que da la vida y ellos la protegerían de cualquier obstáculo con el que tropezara, como habían hecho siempre, desde que era niña. Jamás la habían soltado de su mano y nunca lo harían mientras viviesen.

Pero el destino nunca se ciñe al capricho de nadie. Se forja según las circunstancias, y la mayoría de las veces sigue el camino que cada persona le va preparando. Nunca se tuerce, ni pide, ni reclama. Va recto, saltándose los obstáculos que le impiden su curso, hasta que llega a la dirección marcada. Joaquina cerró los ojos, enjugándose las lágrimas que resbalaban por sus mejillas después de tachar en el calendario su segunda falta de la regla.

El doctor Piedrahita entró en un restaurante situado a las afueras de Madrid, donde había reservado mesa para dos. Al volver la cabeza la vio entrar. No había perdido ni un ápice de su belleza y había sabido conservar esa elegancia innata que la caracterizaba. Tomó asiento frente a él, y antes siquiera de saludarle, llamó al camarero solicitándole una copa de vino blanco bien fría. El calor de mediados de Julio en Madrid se hacía notar. Colgó su bolso Channel de cadena en el respaldo de la silla, cogió la mano de su amado y se la llevo a la cara de modo cariñoso.

Él sonrió, y acercándose sigiloso la besó en los labios.

—Decir que te he echado de menos es decir poco.

— Lo he pasado muy mal, Alejandro, pensé que te iban a condenar y después vendrían a por mí.

—¿No pensarás...?

Sin dejarle terminar la frase respondió:

—¡Claro que no! ¿Cómo voy a pensar que mataste a Enrique? Pero ya sabes cómo se las gasta la policía, ha sido un asunto mediático. Hemos estado en boca de todo Madrid, y con tal de agarrar un culpable son capaces hasta de condenar a un inocente ¿No te habrán tocado?

—No...cuando por fin dejaron pasar a mi abogado, me dijo que no eran suficientes pruebas y que el juez no aceptaría la acusación de asesinato. No tienen ni idea, no saben ni qué palo tocar. Es incomprensible, desde que le mataron no he vuelto a dormir una hora seguida ¿Quién habrá podido hacer esa barbaridad? He estado muy preocupado por ti, ni tan siquiera sabemos si tienes un asesino bajo el mismo techo.

—No digas sandeces, Alejandro ¿Por qué iba a querer alguien del servicio matar a mi marido? Le adoraban, no les negaba nada. Era un hombre bueno, demasiado bueno, incapaz de hacer daño a nadie. Me ha llamado el comisario Membrano, mañana se pasarán nuevamente a tomarnos declaración.

—Lo que te he dicho, amor, no tienen ni la más remota idea.

—Ignacio es el que peor lo está pasando, allí solo, menos mal que acaba por fin la próxima semana. Poco le falta para acabar la carrera y debe incorporarse a la clínica lo antes posible. Espero que le ayudes en todo lo que necesite y le enseñes todo lo que deba saber, confío en ti Alejandro, en menos de un par de años debe de estar dirigiendo la clínica y debes de estar siempre a su lado. Está confuso, además de triste, tiene la cabeza hecha un lío, todavía no sabe reconocer sus verdaderos sentimientos, y yo no quiero tener un invertido por hijo, sería su ruina y la de todos.

El camarero les interrumpió sirviendo el gazpacho que habían pedido como primer plato.

—Joaquina está loca por él y parece que Ignacio se deja querer, tiene que quitarse de la cabeza a ese jovencuelo alocado que le mira con ojos de querer comérselo con tomate.

—¿Has pensado los riesgos de su relación con la criada?

—Claro que sí, no soy tonta.

—Tu hijo es un admirador de la belleza, no creo ni por un momento que esté enamorado de ella, pero quizá, en un arrebatito tonto, es capaz de llevarla al altar.

—Por encima de mi cadáver. Sólo quiero que desfogue sus instintos con ella, que sepa lo que es gozar con una mujer de belleza incomparable, si ella no le hace cambiar de bando, no lo hará nadie.

—¿Y si se queda embarazada?

—Lo sabré, y si eso pasa, lo tengo todo previsto.

—Tú sabrás, pero si has pensado que yo voy a formar parte de esa locura...

—Alejandro, por favor, jamás metería a la clínica en ese tinglado, sería como tirar piedras a mi propio tejado. Mmmm ¡el solomillo está delicioso! Hacía mucho que no saboreaba uno tan rico y tan tierno.

—Anda acaba de comer, amor, estoy deseando subir a la habitación.

—No sin antes probar esa deliciosa tarta de manzana. No te enfades cariño, yo también estoy deseando sentirte en mis brazos, hace tanto tiempo...

Adelina tuvo que coger dos autobuses para llegar a la dirección que había señalado su madre en la última carta. Joaquina se había empeñado en acompañarla y no pudo quitársela de encima, si había algo de cierto en los poderes de la tal Paquita sería mejor que su compañera supiera cuanto antes el futuro que le aguardaba. Desde que suspiraba por el señorito la pobre no daba pie con bola, a veces sonreía mirando al infinito, como si hubiera visto pasar volando una bandada de ángeles, al igual que otras veces lloraba de repente sin saber por qué.

Era una casa baja y vieja. Había gente esperando. En una sala no demasiado grande permanecían sentadas en unas sillas de madera gastada unas cinco o seis personas, que habían llegado para lo mismo que ellas.

En lo alto de un mueble de madera colgaba una cuerda de tender la ropa, con muchos sobres sujetos a ella por pinzas, y en cada uno de ellos figuraba un nombre. Una señora más bien mayor, vestida con una bata de botiné floreada, las hizo pasar y las acomodó en las sillas sobrantes. Se sentó a su lado y preparó dos sobres, donde apuntó el nombre de cada una de ellas.

—Perdone, señora, ¿pero estos sobres para qué son?

—Cada persona que viene a la consulta de mi hija tiene el suyo. Son por si alguien quiere depositar algo de dinero.

—Ah ¿Y cuánto hay que pagar?

—La voluntad, señorita, la voluntad, y si no pudiesen, pues nada, nos damos por conformes con que salgan de aquí mejor que han entrado.

—Muchas gracias, señora.

Después de unas dos horas de espera, la vidente las hizo pasar.

Una mujer de unos treinta y tantos años, de corriente apariencia, alta y agraciada, les sonrió al entrar, dictándoles con la mirada las sillas que debían ocupar. Encima de la mesa camilla que servía de escritorio, unas cartas de enorme tamaño, unos cuantos escapularios, y varias estampitas de santos, con un calendario grabado en la parte trasera, descansaban sobre aquella mesa, que vestía unas faldas de color verde. Varias imágenes de la Virgen reposaban en una especie de mueblecito de madera vieja y algo desconchada y, en la pared, cuadros del Espíritu Santo y de la Crucifixión, eran el único adorno del pequeño aposento.

—Hola Paquita, venimos recomendadas por tu cuñada Antonia La Tuerta. Soy de Riópar, y ella es vecina de toda la vida. Esta es Joaquina, mi compañera del trabajo, que también quiere saber que le deparará el futuro.

—No importa de quien venís recomendadas, aquí todo el mundo es bien recibido ¿Estáis bien juntas? Me refiero a si no os importa que os hable a las dos o si preferís que lo haga por separado.

—Yo no tengo nada que ocultar— dijo Joaquina.

—Está bien, deja que vea tu mano.

Estuvo un rato observando la mano izquierda de Joaquina. Después sacó una baraja nueva de un cajón, le quitó el plástico en el que venían envueltas aquellas cartas tan enormes, que ella no había visto nunca.

—Son cartas del tarot, en ellas va reflejada la vida de cada persona. Si se saben leer con la paciencia que requieren y si la persona sabe pasarles todas sus inquietudes, nos dirán lo que quieres saber ¡Cógelas muchacha! ¡Cógelas y acarícialas!

Joaquina puso la baraja en sus manos y fue rozando con sus dedos una a una, como si de un animalillo desvalido se trataran.

Paquita las barajó varias veces y las separó en tres montones.

—Elige uno, muchacha.

Joaquina se decidió por el montón del centro, y la vidente fue separando carta tras carta en el orden en el que habían caído después de barajarlas. Se quedaron calladas y se hizo un silencio absoluto. Paquita las colocaba formando pequeños cuadrados, mirándolas en silencio.

—¡No puede ser! — exclamó.

—¿Qué pasa, ha visto algo malo?

—Las cartas a veces no congenian con la persona. Juntó de nuevo las cartas y volvió a pedirle a Joaquina que eligiera uno de los tres montones.

Ella volvió a separar el del centro. Repitió el mismo ritual, dejando que sus ojos se posaran fijamente en aquellas extrañas cartas en las que se dibujaban personajes extraños, como un lobo, un río, un campo seco, un molino y varias figuras de lo más curioso.

La vidente, repentinamente, levantó la vista y la posó en los ojos azules de Joaquina. Pasados unos cinco minutos dijo:

—He tratado de cambiar tu destino, pero no quieren, no se dejan, nuestra vida está escrita. A veces las cartas dicen cosas que no gusta escuchar; sin embargo, es mi deber decir lo que veo: habéis venido a escuchar la verdad y a atender mis consejos. No puedo obligar a nadie que los siga, pero lo que os puedo asegurar es que las cartas no mienten.

Has elegido un camino equivocado, muchacha, si sigues por él, sufrirás y harás sufrir a personas que no lo merecen. Sin saberlo, te están guiando a que sigas una vereda torcida, y la persona que lo hace no quiere tu bien, te está utilizando. Aquí hay un hangar y un aeroplano que piden que vuelvas, no sé lo que significa, un hombre guapo que te mira con adoración y alguien, que siempre está detrás de ti, vigilante, sabe todos tus pasos y va preparando el sendero para que lo sigas, pone flores para que te confundan los colores, y ríe y ríe, sabiendo que no vas a salir de la senda que te ha marcado. El hombre te sigue mirando embobado. Sin embargo hay algo que te está ocultando, él no es lo que parece, tiene la cabeza llena de dudas y los demonios atenazan sus sentimientos, llora y se desespera, pero no puede hacer nada, su camino está

sellado.

Debes cambiar tu rumbo, muchacha, las cartas piden que regreses a tus ancestros, allí serías plenamente feliz. Si sigues el camino de las flores hallarás amargura y dolor y podría ser tu fin. Algo mal está acechando tu camino, aunque está en ti cambiarlo. Volviendo al lugar de donde saliste hallarás la felicidad, no puedes vivir engañada. La persona que te vigila podría llevarte hasta el final del sendero que comenzaste con mucha ilusión; no obstante ese camino no es recto, va torcido y acaba en un precipicio por el que serás despeñada si no cambias tu destino y, para ello, tienes muy poco tiempo, apenas un suspiro. Las cartas dicen que deberás llorar ahora para hallar la felicidad después; si no lo haces no habrá camino que recorrer.

Joaquina se levantó de un salto de la silla, haciendo que ésta cayera hacia atrás, dejando sentir el ruido que hizo el respaldo al chocar con el suelo. Jamás hubiera esperado que aquella mujer pudiera desintegrar su futuro en unos pocos minutos y, descargando todos sus sentimientos, comenzó a llorar.

—¡No puedo dejarlo! ¡No puedo! ¡Le quiero! ¡Le quiero con toda mi alma! ¡Y él me quiere a mí! ¿Cómo voy a dejarle si estoy embarazada?

—¡Dios mío, Joaquina! —susurró Adelina, echándose las manos a la cabeza— ¡Lo siento... lo siento mucho!

—¿Por qué lo sientes? No hay nada que sentir...él va a casarse conmigo.

—¿Lo sabe?

—No, quería decírselo cuando estuviera segura del todo. Será un premio para él, nos casaremos, su familia tendrá que aceptarlo, nos queremos.

—Eso no es lo que dice tu futuro muchacha, está en ti cambiarlo, puedes coger dos caminos: el de la felicidad o el del sufrimiento.

—¿Y mi hijo? ¿Qué sería de mi hijo?

—Eso no lo sé, las cartas no hablan de tu hijo. Pero recuerda, las cartas dicen que estás acompañada de la gente que te quiere y te espera, siempre serías bien recibida si decidieras regresar.

Joaquina abrió la puerta y salió llorando. La señora que tan amablemente nos había recibido la cogió de la cintura y le acompañó a la cocina.

—Ven hijita...ven conmigo, a veces el futuro juega con nosotros y nos dice lo contrario de lo que hubiéramos querido escuchar. Tengo tila preparada, será mejor que tomes una tacita.

Adelina tuvo que pasar por el mismo proceso que su compañera, acarició las cartas y cuando la vidente las colocó en tres montones, ella eligió el de la derecha. Paquita fue sembrando la mesa de cartas. Cada vez que colocaba una, la miraba fijamente y seguía.

—Tienes que seguir al pájaro.

—¿Qué pájaro?

—Al que se posa en la ventana, él estará en los momentos importantes de tu vida. No has elegido bien tu camino muchacha, el peligro acecha, no te aferres, tienes que liberarte del lastre de los secretos, no son buenos consejeros y te llevarán por el lado equivocado, utiliza tu magnetismo interior para otras labores, eres lista y muy inteligente, podrás con todo, aunque ese todo sea tu perdición. No debiste venir, no hallarás la felicidad que crees haber preparado y tu futuro tampoco será el elegido, ese futuro con el que desde hace años sueñas. En tu camino hay buenas y malas personas y alguna de ellas hará que reconsideres tus deseos. Tu camino estaba trazado, no debiste pisarlo para cambiar lo que el destino te había preparado. Dios reconsidera nuestras vidas y a veces las cambia y desvía nuestro sendero, pero lo hace siempre por algo, basándose en nuestra felicidad. No siempre la vereda del saber ni la del dinero es la correcta y la que nos lleva hasta la felicidad. Deberías variar tus planes. Sin embargo, si sigues empeñada en ello, deberás tener en cuenta que cuando el cárabo cante será el momento de retirarte, si no lo haces... será tu perdición. Acuérdate de estas palabras ¡¡Cuando el cárabo cante!!

Adelina salió de allí hecha un mar de dudas, lo único que se le había quedado en la mente era que le acechaba el peligro y de eso estaba totalmente segura, y le retumbaban en la cabeza las últimas palabras escuchadas: “*Cuando el cárabo cante, será el momento de retirarte, si no lo haces, será tu perdición*”, pero el maldito cárabo no cantaba, y mientras no lo hiciera, seguiría haciendo caso a su intuición.

Dejaron unas monedas en los sobres y salieron decididas a tomar el autobús. La cara de Joaquina lo decía todo: la invadía la tristeza, su continua sonrisa se había esfumado.

—Cambia de cara Joaquina, no hagas caso de lo que has oído, son paparruchadas y mentiras, una forma de ganarse la vida timando a la gente. ¡Es mentira...todo es mentira! ¿Me oyes? No hagas caso.

—¿Tú crees?

—Pues claro que lo creo, no deberíamos haber venido, hemos perdido tiempo y dinero, aunque debes saber que tienes un grave problema ¿Qué va a pasar ahora? ¿Le vas a contar lo del embarazo? ¿Lo sabe alguien?

—Sólo tú, pero se lo tendré que decir, tendrá que preparar la boda y contárselo a su familia.

—No te precipites, habla primero con la señora Josefa.

Cuando llegó a casa, Adelina se desprendió de la ropa, se puso la de faena y, mientras se dirigía a la cocina a ayudar en la cena, le vino a la mente lo que le había dicho Paquita. No mentía ¿Cómo iba a saber lo del cárabo? Estaba en peligro, no le había contado nada nuevo, de sobra sabía que en esa casa acechaba la amenaza constante. “*Cuando el cárabo cante*”, no le quedaba más remedio que estar al acecho.

La señora Josefa les había dicho que la policía haría un nuevo interrogatorio, estaban dando palos de ciego. Habían soltado a don Alejandro, incluso con las pruebas que amenazaban su culpabilidad. No entendía lo que les había hecho llegar a la decisión de dejarle en libertad. La policía llevaba una venda en los ojos, seguían sin ver la culpabilidad del médico y de la señora. ¿Qué más necesitaban? Ella era mala... mala y perversa, no le importaban ni su marido, ni su madre, ni sus hijos, tan solo Ignacio, y su felicidad, esa felicidad que estaba por encima de todo, a la que estaba dispuesta a entregarle hasta los últimos resquicios de su vida, y hasta de su propia moralidad, aunque eso hiciera que perdiera sus principios, e incluso algunos de sus sentimientos. No cejaría hasta quitarse de encima a todo aquel que le estorbara, como ya hizo en el pasado.

Después de haber recogido la mesa del desayuno de los señores, se dirigió

a la habitación de doña Mercedes. Aunque no era su cometido, sustituía a Luciana, que había ido a la modista a recoger unas mantelerías.

Antes de llamar siquiera a la puerta, escuchó a doña Carmen hablar con su hija; arrimó un poco el oído: le podía la curiosidad.

—Mercedes, esto tiene que acabar, cualquiera podría verte, te estás jugando tu posición, bastante hemos dado ya que hablar con el crimen de tu marido y la supuesta culpabilidad de tu amante.

—No le llames así, mamá.

—¿Y qué otra cosa es, sino tu amante? El director de la clínica, el jefe supremo hasta que ocupe tu hijo su puesto. Ya te he ayudado bastante. Me jugué toda mi integridad por ti, y no una, sino varias veces, aún a costa de mis sentimientos y de mi conciencia, que jamás tendré limpia por tu culpa.

—¿Qué querías que hiciera, mamá? La clínica estaba en bancarrota, hubiéramos tenido que deshacernos de la casa, del hospital, hasta de las joyas y los muebles, y comenzar una nueva vida, una vida sin criados, ni estudios para los hijos que pensábamos tener. Y salió la oportunidad con aquel médico de la clínica. Al principio, cuando sospechamos lo que hacía; ya sabes que Enrique estuvo a punto de denunciarle, pero cuando le propuso que nos “asociáramos” con él, que nos enseñaría el camino a seguir, no lo dudé ni un solo instante. Era mucho dinero, mamá, la salvación de todo, no tendríamos que renunciar a la vida a la que estábamos acostumbrados, podríamos tener hijos, unos hijos que no carecieran de nada.

—¿Por qué crees que te ayudé? Ni todo el dinero de tu padre hubiera sido bastante para salvar la situación y pagar las deudas en las que se había metido tu marido, que en gloria esté, y sin ponerte al tanto, mientras en esta casa se derrochaba como si fuéramos los reyes de España.

—Está muerto, mamá, y a los muertos hay que dejarles descansar.

—Asesinado, no se te olvide, alguien quería que muriese, no es oro todo lo que reluce; al igual que supo esconder la ruina en la que estaba metido, quizá escondiera cosas más importantes.

—Déjalo mamá, lo pasado, pasado está.

—No cambies de conversación, Mercedes, tienes que dejar esa relación que siempre te ha traído complicaciones.

—Mamá... Alejandro es y será siempre el hombre de mi vida, le quiero y no puedo dejarle, te guste o no te guste.

—Todavía recuerdo aquello, no quiero volver a pasar por ello.

—Mamá, por favor, eso no puede volver a pasar, ya soy mayorcita.

—Fue una crueldad.

—No podíamos hacer otra cosa. Enrique no tenía un pelo de tonto, se hubiera enterado.

—Nunca te lo he contado, pero le hice un seguimiento.

—¿Qué le hiciste que...?

—Todo estuvo bien, no quise que supieras nada, para que no sufieras, mejor olvidar lo que pasó. Nos costó un buen dinero, pero siempre lo di por bien empleado.

—¿Dónde está?

—Mejor lo dejamos, ese asunto ha quedado en el pasado, que es donde debe estar. Me voy a mi habitación, seguro que Joaquina ya la ha arreglado, voy a leer un rato y después saldré a pasear un poco por el jardín, a estas horas se está estupendamente, todavía no aprieta el calor y tengo que estirar mis entumecidas piernas, que cualquier día se paran y no puedo volver a andar.

Está bien, mamá, yo voy a salir, me voy a acercar a Cartier, quiero comprar un reloj a Ignacio para celebrar su vuelta a casa. De paso, pasaré por la Mallorquina a coger unas napolitanas para la merienda.

—Si... me apetecen. ¿Vas en el coche?

—Claro, no vaya a ser que a Pepe le dé un paro cardiaco de no hacer nada.

CAPÍTULO XI.

“Piensa mal y acertarás.”

Ya se encontraban todos en el comedor, el desayuno estaba recién preparado. A Adelina se le hacía la boca agua al oler el chocolate caliente y los bizcochos recién horneados de los cuáles, después de acabar en la mesa del servicio, todavía quedarían grandes cantidades para regalar a las monjitas de la caridad de Martínez Campos, que pasaban después de la cena a recoger todas las sobras.

Charito fue a avisar a doña Carmen. Terminaron el desayuno y la abuela todavía dormía, no era de extrañar que después le dolieran las piernas. Además quería darle un beso antes de irse. Había quedado con sus amigas para comprar el regalo de Puri, su mejor amiga. Celebraba su cumpleaños a la siguiente semana; se acercaría a unos grandes almacenes: allí había de todo y seguro que surgiría alguna de idea en la planta de regalos.

La encontró acurrucada, envuelta en las sábanas blancas de seda. Se acercó y le acarició el pelo. Ella no se movió, algo no funcionaba. La llamó repetidas veces y la abuela no respondía. Aproximó su cara a la suya. La abuela estaba fría, inerte. Instintivamente echó sus pasos hacia atrás, no podía separar los ojos de su cara. Parecía dormida, pero la muerte la había sorprendido mientras descansaba.

—¡Abuela, por favor responde! ¡Tú no! ¡No me dejes! ¡Ahora no, no te vayas! ¡No me hagas esto! Rompió a llorar abrazada a su abuela y dejó que sus lágrimas resbalaran por su cuello y por sus manos, que permanecían cerradas sujetando un rosario, con el que seguramente, habría rezado antes de dormir.

Volvió la cabeza hacia la puerta y observó a su madre acercarse a ella. Tomó el pulso a doña Carmen y, al notar su ausencia, alejó a su hija de la cama y la abrazó.

—Se nos ha ido, nena, se ha marchado. Baja conmigo, voy a mandar que preparen tila para todos y a avisar a Alejandro.

Con una frialdad absoluta y haciéndose dueña por completo de la situación, la señora de la casa puso al tanto al resto de la familia y al servicio

de la muerte de su madre. Como era de esperar, Virtudes y Santiaguito se derrumbaron, al igual que la señora Josefa, que sentía adoración por doña Carmen.

—Luisa, prepara tila para todos, y tú, Josefa, siéntate aquí con nosotros, no tardarán en venir a certificar su muerte. Tiene toda la pinta de un infarto. Por lo menos no ha sufrido, que os sirva de consuelo.

Adelina procedió a retirar el desayuno para, a continuación, servir la infusión, que fue repartiendo a toda la familia. “*Pobre señora*”, pensó, siempre había sido buena con ella, incluso en una ocasión le regaló ropa algo pasada de moda para mandarla a su madre al pueblo. Era cariñosa y trataba a todos por igual. No entendía el aplomo de doña Mercedes, quizá la procesión fuera por dentro; eso debía ser, le constaba que estaban muy unidas, aún recordaba la conversación que mantuvieron el día anterior.

La señora Josefa se fue recuperando, mandó al servicio a la cocina a terminar de desayunar y les recomendó que dejaran a la familia sola, compartiendo su dolor.

Don Alejandro Piedrahita, al entrar en el salón, no pudo evitar el abrazo a Mercedes, que ella retiró con sigilo. Subió al dormitorio y, pasados unos minutos, anunció a la familia que había que avisar a la policía y comunicar la muerte.

—No puedo certificar la defunción hasta que la policía mande un forense. Hay algo que no me gusta, quisiera equivocarme, pero no estoy seguro de que haya fallecido de muerte natural. Deberían certificar ellos, quizá me equivoque, aunque no lo creo, he visto demasiados síntomas iguales en la clínica. ¿Has avisado a Ignacio?

—No tardará en llegar.

Adelina, después de ayudar a Joaquina y Luciana a limpiar la casa, se retiró a su habitación y se tumbó en la cama. Había recibido nuevamente carta de su casa. Por un momento le invadió la tristeza. Echó la vista atrás y pensó en lo que se había convertido su vida, se acordaba de sus hermanos, de sus juegos y de sus risas, de los animales y el maravilloso clima de su pueblo, de los chascarrillos de su padre que sólo contaba a la hora de comer, de lo que había ansiado la ciudad, de sus ganas de conocer mundo y de obtener

oportunidades para ser alguien; sin embargo, después de enviar algo de dinero a sus padres, era poco lo que le quedaba para alcanzar su cometido. Quería estudiar bachillerato ¿Pero cuándo? ¿Le permitiría la señora ausentarse las horas requeridas para asistir a las clases? Por mucho que lo intentara, era demasiado dinero el que necesitaría para permitirse acudir a clase y mantenerse. Ni tan siquiera con los ahorros de cinco años se lo podría permitir. ¡Qué distinto era su mundo, qué fácil era sentirse bien cuando no se conocía un entorno mejor que el tuyo! En el pueblo no le asaltaban esas dudas ni se hacía esas preguntas ¿Qué tenían Charito y Virtudes para merecer una vida tan distinta? Tendría que dejar de preguntárselo y tratar de conformarse con lo que tenía.

¡Pobre señora Carmen! no merecía morir todavía, no era su hora. Recordó las palabras a su hija el día anterior, aludiendo a la ayuda que le había prestado toda su vida ¿A qué se refería? La clínica pasó por muy malos momentos y todo eso fue recién casada, antes de nacer los chicos y, según sus palabras, tuvo que meterse en algo turbio para hacerse con el dinero que le permitiría seguir con la vida que había llevado, y doña Carmen le había prestado toda su ayuda, al igual que don Enrique. ¿Tendría algo que ver con los asilos? Según la señora Josefa, fue todo altruista, incluso los señores pusieron grandes cantidades de dinero. Aunque había algo más, algo que hacía resentir la conciencia de la abuela, y ella estaba dispuesta a averiguar los secretos que guardaba la familia, y pondría todo su empeño en ello.

El inspector París y su compañero Villar iniciaron, junto con el forense la inspección del cadáver. Mandaron salir de la habitación a toda la familia, que decidió permanecer en silencio en el salón mientras los policías hacían su trabajo.

Procedieron a analizar y documentar el lugar de la defunción, comprobando que la habitación estaba impecable, y descartando elementos peligrosos, hasta que se dieron cuenta del vaso con restos de agua en tonos blanquecinos que permanecía encima de la mesilla de la difunta.

—Asunto concluido. La hija dice que su madre tomaba una pastilla para dormir y que la diluía en agua para no atragantarse. Esto tiene pinta de infarto.

—¡Pues a otra cosa, mariposa!— concluyó Villar.

—No tan rápido —susurró el forense, hablando metódico y bajito como si

sus palabras las pudiera escuchar el cadáver— Acérquense: si se fijan bien, el rostro, el pecho y las piernas presentan un color púrpura, salpicado de pigmentación roja, y en la boca de la fallecida se puede observar algo de vómito color verdoso. El iris y la retina presentan arañas vasculares, es decir, capilares rotos, y aunque parezca una sandez lo que voy a decirles, hay un síntoma evidente: el aliento le huele a ajo.

—¡Habrá cenado algo con ajo!

—Quizá, pero junto con los síntomas que les acabo de describir, esto tiene pinta de envenenamiento. Hay que llamar al juez para que ordene la autopsia de esta señora. Si no recuerdo mal, en esta casa ya se produjo un asesinato, y no nos vendría mal andar con pies de plomo— Metieron el vaso en una bolsa de plástico y salieron del dormitorio.

Los policías bajaron al salón y, después de transmitirles lo que habían descubierto, les comunicaron que la habitación debería permanecer cerrada hasta nueva orden.

Ignacio, que acababa de llegar, les solicitó permiso para ver a su abuela, al igual que Alejandro Piedrahita, al que siendo el primero en reconocer el cadáver, no se le habían escapado los indicios captados por el forense.

—Lo que está pasando en esta casa es inaudito —comentó la señora Josefa, mientras permanecía sentada apoyando las manos en la mesa del office bebiendo otra tila— Dos muertes tan seguidas ¿Quién querría matar a la pobre señora? Jamás conocí a alguien tan bondadoso, tiene que haber alguna equivocación, menos mal que la autopsia dirá lo errados que andan estos policías de pacotilla que, en vez de investigar el asesinato del señor, se entretienen en revolver las entrañas a la pobre doña Carmen, Dios la tenga en su seno ¡Bendito sea Dios, cuánta desgracia! ¿Qué habré hecho yo para merecer esto a mi edad? Toda la vida en esta casa para ver cómo van desapareciendo personas que no le han hecho mal a nadie. Una mujer tan buena, tan devota, con lo que quería a su hija, y qué decir de sus nietos, si prácticamente, los educó ella ¡Cuántas malas noches habrá pasado la buena señora cuidando de los niños!

—¿Y qué hacía su madre mientras tanto? —preguntó Adelina con exacerbada curiosidad.

—Siempre viajando y viajando, cuando no era por pitos, era por flautas. Desde antes de nacer los pequeños, incluso siendo chiquitito el señorito Ignacio, con esa manía suya de los orfanatos. ¡No sé de dónde sacaría tanto niño! Hasta Francia iba a buscarlos, como si en España no hubiera niños necesitados de una buena familia. Y el pobre señor, que en paz descansa, que le consentía todo...

—¿Y sabe usted qué hospicios fundó la señora? No estaría de más hacer una obra de caridad y pasar a ver a los pequeños.

—Ni una palabra sale de su boca cada vez que saco el tema ¡Con lo orgullosa que debería de sentirse! Incluso llevar a visitarlos a sus amistades. Pues como si se le hubiera comido la lengua el gato. Con decir que no hay que alardear de las buenas obras está todo dicho. Quizá tenga razón, y su corazón sea más grande de lo que parece ¡Dios me perdone y no me tenga en cuenta lo que acabo de decir! Y no se tome a mal mis pensamientos ni mis sospechas. Al fin y al cabo, es la que nos da de comer, y tenemos que estarle agradecidas.

—¿A qué se refiere con sus sospechas, señora Josefa?

—Déjalo, Adelina, ya he hablado bastante, y de esta conversación, como si fuerais sordas.

Todo el día fue un ir y venir de personas: policías, médicos y técnicos del anatómico forense que, ataviados con unas calzas, gorros y mascarilla, subían y bajaban con unos frasquitos que metían en una especie de maleta que después trasladaban a su coche. Según nos contó la señora, no tendrían noticias antes de quince días y nos rogó que permaneciéramos tranquilas, en lo que parecía claramente un error judicial. Así fue como ella denominó a las pesquisas policiales.

En ningún momento salió una lágrima de sus ojos, aunque su rictus era serio, mostrando una cara circunspecta y enjuta, pareciendo que de un día para otro hubiese adelgazado más de diez kilos.

Ignacio, esa misma tarde, tuvo que volver a incorporarse a su regimiento, aunque en tan solo dos días se licenció, para volver a retomar las prácticas en la que ya era su clínica, sabiendo que a principios de curso, tendría que continuar sus estudios de medicina para finalizar el último año.

Virtudes y Charito, pese a la pena que les invadía, retomaron también sus vidas, sin olvidar a su madre, por lo que permanecían en casa más tiempo que antes, al igual que Santiaguito, que anuló sus vacaciones a Venecia y permaneció al lado de su familia. Don Alejandro visitaba a la señora todos los días después de acabar su trabajo en la clínica, a la que no había afectado la difusión de su encarcelamiento y la presunta culpabilidad en el asesinato del antiguo director.

La señora mandó limpiar a fondo el dormitorio de su madre, que permaneció tal y como estaba en vida de doña Carmen.

En la herencia legaba una vivienda a cada nieto, y el resto de sus propiedades, dos casas en Galicia y otra en Santander, junto a una buena cantidad de dinero, para su querida hija Mercedes.

Como los inspectores habían presagiado, los resultados de la autopsia se conocieron en menos de un mes.

El comisario Membrano mandó llamar a doña Mercedes a la comisaría, a la que acudió con su hijo Ignacio que, desde la muerte de la abuela, no dejaba sola a su madre un solo momento.

El comisario-jefe les ofreció asiento frente al que él ocupaba en su mesa de trabajo.

—Señora, lamento comunicarle que tenemos los resultados de la autopsia hecha a su madre. El forense ha concluido que la fallecida diluyó en agua, la noche de la defunción, más de 60 pastillas de Orfidal.

—¿Está usted diciendo que mi madre se suicidó?

—No estoy diciendo nada todavía, señora, sólo me limito a comunicarle los resultados de la autopsia; sin embargo, como se podrá imaginar, habrá una investigación, por lo que les ruego que todos los habitantes de la casa permanezcan en Madrid. Puede hacerse cargo del cadáver para que procedan a su entierro. Mañana mismo le entregaremos toda la documentación en la que se detallan las distintas pruebas que determinan haber llegado a esa conclusión, firmadas por el mismo forense que reconoció el cadáver y sospechó el envenenamiento.

—Mi madre no tenía motivo alguno para suicidarse, eso es una aberración.

—Y es seguro que lo será, señora, no le quito la razón; sin casi conocerla, su madre me pareció una persona feliz, lo que nos llevaría a un asesinato. Le recuerdo que sería el segundo ocurrido en esta casa.

—¡Dios mío, Ignacio! ¿Qué está pasando? ¿Quién nos quiere tan mal? ¿Habremos hecho algo para merecer esta locura?

—Cálmate mamá. Yo tampoco creo que la abuela tuviera intención de quitarse la vida y, si no fue así, somos las víctimas de un asesino en serie.

—Deje las investigaciones para la policía señor Vela, los asesinos en serie no suelen manifestarse cambiando el estatus del crimen. Y ahora, si no tienen más preguntas, imagino que querrán regresar a casa.

El servicio estaba más tenso de lo normal, la tensión hacía que cada uno de ellos mirase al otro haciéndose la misma pregunta ¿Serás tú?

Se notaba el miedo. La infinita tristeza que sumió a la casa por la muerte de doña Carmen se mezcló con la confusión y el horror de creerse observados y amenazados. Cada uno de ellos se limitaba a hacer su trabajo mirando hacia atrás, como si en cualquier momento se fuera a presentar el asesino. Se sentían como las bolas de la ruleta, que después de dar tantas vueltas nunca se sabe el número en el que van a caer *¿Seré el siguiente?* Pensaban. Las sonrisas y alborotos que antaño se formaban a la hora de la comida se tornaron en silencio, solamente interrumpido por las palabras de Ignacio, tratando de que la tensión adquirida no se notara y sin que su intención diera resultado alguno.

La policía acudió varias veces y los interrogatorios eran constantes, hasta que a los tres meses de cumplirse la muerte de la señora, llegó la noticia de que habían vuelto a detener al doctor Piedrahita.

El comisario-jefe Villar, junto a su compañero París y Lente acudieron a la sala de interrogatorios, donde el médico permanecía sentado, notablemente nervioso, fumando sin parar y tomando el café que habían tenido a bien ofrecerle los interrogadores.

Marisa Lente permanecía callada, apoyada en la pared, haciendo justicia a su labor de aprendiz, en la que no estaba incluida su intervención en los interrogatorios, que solamente correspondían a los comisarios e inspectores.

—Doctor Piedrahita, es inútil que se empeñe en negar el crimen. Mató a Enrique Vela porque se interponía en su relación con Mercedes y su muerte le venía bien para ascender en el escalafón. Al fallecer él, sería directamente director de la clínica, junto con Ignacio. Sus huellas estaban en el arma del crimen, y nuevamente se han encontrado en el vaso en el que estaban diluidas las pastillas que ocasionaron la muerte de doña Carmen.

—Eso es imposible ¿De qué forma iba a tocar ese vaso? ¿Por qué iba yo a matar a la madre de Mercedes? La conocía desde hace muchos años y la quería mucho, era una señora maravillosa.

—Sí maravillosa, tan maravillosa que quería terminar con la relación que mantenían usted y su hija.

—Eso es imposible.

—Una persona del servicio ha testificado que escuchó una conversación entre la fallecida y su hija en la que comentaba la disconformidad de esa relación.

—¿Y cómo iba yo a saberlo?

—Señor Piedrahita ¿Nos cree tontos? Lo más lógico es que se lo contara su amante, y no sería demasiado desorbitado decir que en los asesinatos ha sido su cómplice, aunque eso lo dejaremos para más tarde. Si no me equivoco, la herencia ha sido considerable.

La ventana de doña Carmen estaba abierta, al igual que la del doctor Vela, y se puede comprobar que no es nada difícil saltar a la habitación superior, valiéndose de los múltiples bancos de piedra que rodean la vivienda.

—Inspector, estamos en pleno verano y las personas duermen con las ventanas abiertas.

—Sí doctor Piedrahita, en eso no se equivoca, pero lo que no sabe es que, en ambos casos, rompieron las mosquiteras para poder entrar, lo que demuestra que el asesino accedió por la ventana, y esto nos lleva a eliminar a cualquier persona que viva en la vivienda de los fallecidos. Son demasiadas pruebas en su contra, y muchos los motivos que le llevaron a asesinar al doctor Vela y a su suegra.

Salieron del despacho de interrogatorios, y le comunicaron al comisario sus impresiones.

—¿Ha confesado?

—No, niega toda evidencia.

—Vamos a quedar otra vez como inútiles.

—De todas formas, comisario, aquí hay algo que no encaja -comentó Lente.

—Tú dirás Marisa, dicen que las mujeres tenéis un sexto sentido.

—Sí... para la cocina -susurró París.

—Te he oído imbécil, más vale que pienses un poco en vez de tocarme las narices.

—¡Marisa, por favor! ¡Compórtate, al fin y al cabo eres una señorita!— intermedió el comisario.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué se le ocurre ahora quitar de en medio a su jefe y a la suegra? ¿Por la clínica?

—Una de las cosas —dijo París.

—¿Ves cómo tienes el cerebro vacío? ¿Para qué coño querría ser el director de la clínica, si en cuanto termine la carrera, el hijo va a ocupar ese puesto? ¿Qué va a hacer, se lo va a cargar también?

—¡Marisa, por favor, habla bien! Por eso los hombres no deberían trabajar con mujeres, porque después ellas se convierten en auténticos carreteros. Y cualquiera sabe, lo mismo tenía pensado cargárselo también.

—¿Y es tan idiota de dejar sus huellas por todos los sitios?

—Pues a lo mejor es idiota ¿Qué sabemos? Lo cierto es que hay pruebas concluyentes para encerrarlo. Llama al fiscal y, según lo que opine, pedimos una orden de detención por asesinato al juez.

El fiscal pensó que con las pruebas que contaban era bastante para llevarle a juicio por asesinato en primer grado. Le iban a culpar de las dos muertes. El

jefe de zona estaba que se subía por las paredes, tenían que encontrar un culpable y él mierda no confesaba. Pues si no lo hacía, peor para él ¡Iría a juicio!

El juez dictó la orden y le trasladaron a la cárcel de Carabanchel, donde ocupó una celda en la quinta galería, junto a un preso acusado de matar a su hermano por una cuestión de herencias, en espera de juicio.

Mercedes se deshacía en llanto ¿Qué le había hecho ella a la vida para merecer todo lo que le estaba pasando? Sin embargo, a pesar de la pena que decía invadirle, su carácter se volvía día a día más insoportable. Las discusiones con las niñas eran mucho más frecuentes que antes. Santiaguito procuraba estar en casa lo menos posible, incluso había días en los que no aparecía ni a dormir, aprovechando la casa de algunos compañeros que vivían solos, y los disentimientos y desacuerdos con el servicio eran habituales y casi diarios.

Se sentó en un rincón de su dormitorio, dejando posar sus piernas bajo la pequeña mesa camilla en la que Luciana había depositado una bandeja con el té, que solía tomar a media tarde. Las hojas del jardín comenzaban a formar una alfombra multicolor, aunque todavía se podía aprovechar el buen tiempo. Septiembre en Madrid era un mes agradable: aún estaban abiertas las terrazas de las cafeterías y se podía disfrutar en las calles de un ambiente cordial y distendido formado por los paseantes que abundaban en las grandes avenidas.

Pensó que tenía que hablar con Joaquina. Sabía perfectamente que las relaciones con su hijo eran cada vez más distantes, y el vínculo de éste con Mario cada día cobraba más fuerza. Su amigo se había trasladado a Madrid, ocupando un buen puesto en una empresa de construcción civil. Había alquilado un pequeño apartamento en la calle Goya, en el que Ignacio se pasaba la vida. Incluso más de una noche se había quedado a dormir. Sus planes no habían dado resultado, y el embarazo de Joaquina era evidente, por mucho que ella hiciera por taparlo. Nadie era capaz de engañar al que había sido cocinero antes que fraile. Estaba convencida de que todo el servicio sabía su problema, acudiendo en su ayuda cada vez que lo necesitaba, y ella hacía de tripas corazón ante la visita de sus padres, a los que mantenía totalmente engañados ¡Pobrecillos! Luchando por su hija toda una vida, para verla convertida en una putilla, con una tripa y totalmente abandonada ¿Cómo se lo tomarían? Suponía que como cualquier padre que adora a su hija,

acogiéndola con todo el cariño del mundo y haciéndose cargo del futuro nieto, echándose otra carga y soportando el qué dirán con toda la resignación de la que fueran capaces, adjudicándole la culpa a Ignacio de lo sucedido, sin pensar en ningún momento que la buscona de su hija iba detrás de su niño como una ramera, ofreciéndosele en cualquier lugar. No tendría más remedio que hablar con ella. Tocó la campanilla y cuando apareció Luciana le ordenó que llamara a Joaquina, era urgente, por lo que ésta dejó de sacarle brillo a la plata y se dirigió enseguida al dormitorio de la señora, llamando antes a la puerta, como habitualmente hacía.

—Buenas tardes Joaquina.

—Buenas tardes, señora, usted me dirá en que puedo serle útil.

—Siéntate hija, tenemos que hablar.

—No señora, no... no estaría bien.

—Déjate de formalidades y siéntate.

—Lo que usted diga, señora.

—¿No tienes nada que contarme?

Joaquina comenzó a temblar e, instintivamente, descansó sus manos en su regazo. Sus ojos se volvieron llorosos mientras luchaba para que sus lágrimas no se derramaran

—No sé a lo que se refiere, señora —dijo, luchando con su voz casi sollozante y procurando no descubrir la lucha que mantenía en su interior.

—Sí lo sabes, pequeña... sí lo sabes. Estás esperando un hijo... un hijo sin estar casada. Si has pensado por un solo momento que podías engañarme, estás completamente equivocada ¿Crees que no escucho tus insoportables vómitos todas las mañanas? ¿Y que se me han pasado por alto, todas las veces que Luciana y Adelina te han sustituido en tus labores mientras permanecías en cama? ¿Es que en esta casa se te ha tratado mal en algún momento? ¿Acaso no se te ha dado confianza? Si te he tratado como a una hija... Aún recuerdo la promesa que le hice a tu madre, cuando vino a acompañarte el día que pisaste esta casa ¡Cuidaría de ti como de mis hijas! Y te guiaría por el buen camino, por un camino decente...decente, niña. ¿Sabes lo que significa esa palabra?

¿Acaso no os obligo a escuchar misa todos los domingos? ¿No sabes lo que significa la palabra de Dios? ¿Y los mandamientos? ¡Honrarás a tu padre y a tu madre! ¿Es así como vas a pagarles sus desvelos? ¡A saber con quién habrás retozado! ¡Eres una vergüenza para todos los de esta casa! ¿Con qué cara se lo voy a decir a mis hijos? ¿Cómo crees que se lo van a tomar?

—Señora... señora, por favor... no diga eso —contestó llorando.

—Puedes llorar todo lo que quieras, pero eso no va a borrar tu pecado ¿Quién es el padre?

—No se lo puedo decir, es cosa mía, señora.

—Repito ¿Quién es el padre?

Joaquina, hecha un mar de lágrimas, sintió una culpabilidad que no había sentido hasta ese momento. No le había contado nada de su estado a Ignacio, no se había atrevido; él se comportaba de otra forma con ella, no como al principio, la mayoría de las veces, cuando le cogía de la mano para llevarle a la casa de invitados, él la rechazaba, poniendo excusas tontas. Parecía que sus sentimientos hacia ella estaban desapareciendo, aunque siempre se decía que eran figuraciones, y pensaba: “*Mañana se lo diré*” Y cuando lo volvía a intentar, otra vez notaba su rechazo y se encontraba en una especie de dilema interno, en una lucha que convertía cada segundo en una inmensa eternidad, haciendo que sus sentimientos hacia él fueran cada vez más grandes, llegando a rogarle, a suplicarle que la amara, que le dijera lo bella que era y cuánto la quería, sabiendo que, con cada negativa, la hacía sentir lástima de sí misma, sometida a una inseguridad constante y a llevarla hasta un camino sin retorno, hasta un laberinto en el que no encontraba nunca la salida.

Se llevó las manos a la cara, tratando de tapar las lágrimas que resbalaban por su cara, mojando sus manos y convirtiendo en sollozos sus palabras.

—Es de Ignacio... el niño es de Ignacio.

—Sabía que ibas a decir algo así ¿Te has creído que soy tonta? ¿Supones que eres la primera criada que trata de atrapar al señorito con mentiras infames? Mi hijo no quiere saber nada de ti, muchacha. ¿Piensas que iba a tirar todo su futuro por la borda? ¿Has pensado en algún momento que podría enamorarse de ti? De una paleta que no sabe hacer ni la o con un canuto, sin

estudios ¿De una criada? ¿De una sirvienta que para lo único que sirve es para fregar? ¡Y por lo visto para retozar con hombres, como una vulgar ramera! Quiero que te vayas inmediatamente de esta casa. ¡Prepara tus cosas! Te daré el finiquito y un buen sobre para que compres el ajuar del bastardo que llevas dentro.

—¡Por Dios, señora, no me haga eso! No puede despedirme, espere a que llegue el señorito Ignacio, él le dirá que el niño es suyo ¡Por lo que más quiera! ¿Qué les voy a contar a mis padres? Son muy mayores, les daría un gran disgusto.

—Haberlo pensado antes de querer echar el lazo a mi hijo ¿Pensabas que porque eres guapa lo tenías todo ganado? Te has comportado como una furcia, una golfa que quiere cargar con el muerto a mi hijo ¡Vete antes de que pierda la compostura y te eche a la calle a patadas, que es lo que mereces! Y ni se te ocurra esperar a Ignacio, bastante tiene el pobre con los estudios y la clínica, para que tú le vengas con mentiras y trastornes su vida. Como me entere que has hablado con él, te irás de esta casa sin una sola peseta. Da gracias que te voy a entregar un sobre que te dará para que, de momento, no le falte nada a tu hijo. Tienes el día de hoy para preparar tu salida de esta casa. Mañana por la mañana, a primera hora, comprobaré que ya no estés.

Joaquina abandonó el dormitorio hecha un mar de lágrimas, y cuando la señora Josefa la vio entrar en la cocina en ese estado se asustó.

—¡Dios mío! ¿Qué te pasa muchacha? ¡Serénate hija! Voy a prepararte una infusión.

Un poco más calmada, Joaquina le puso al tanto de la conversación mantenida con la señora.

La señora Josefa se sentó a su lado, la abrazó y la meció como si fuera una niña, mientras le pedía que se calmara y pensara en la mejor solución, que no era otra que avisar a sus padres y contarles todo lo pasado. Seguro que, aunque al principio fuera un disgusto, la acogerían con todo el cariño que sentían por ella, y qué decir cuando tuvieran al niño en sus brazos. Sería la felicidad para ellos.

—¿Estás más tranquila, hija?

—Sí... estoy mejor, gracias a usted, que ha sido siempre como una segunda madre para mí. Tenía que haberla escuchado, señora Josefa. ¡Las cosas que me ha dicho! ¡Me ha llamado ramera y buscona! ¡Y yo le juro por lo más sagrado que jamás en mi vida me han tocado otras manos que no sean las del señorito Ignacio!

—Conmigo no tienes que justificarte muchacha, demasiado lo sé. La que no sabes nada eres tú.

—¿Y qué habría de saber?

—Él no te quiere Joaquina, no te quiere, él está enamorado de tu belleza, como de todas las cosas bellas que le rodean, pero no está enamorado de ti, sencillamente porque jamás podría enamorarse.

—¿Lo dice porque soy una vulgar criada verdad?

—No, hija... no lo digo por eso. Él no puede enamorarse de ninguna mujer. ¿Lo entiendes ahora?

—No señora Josefa, cada vez lo entiendo menos.

—No comprendo cómo no te has dado cuenta de lo que voy a referirte, sobre todo tú, tenías que haberlo entendido: el señorito Ignacio es homosexual.

—¿Qué está diciendo? ¿Cómo se atreve a hablar así de él? ¡Eso es totalmente mentira! ¡Me quiere! ¡Me quiere mucho! ¡A pesar de su madre, él me quiere! ¡Porque no está enterado de mi estado, pero en cuanto lo sepa se casará conmigo! ¡No lo dude, ni por un momento, señora Josefa! ¡El señorito Ignacio me adora, siempre me lo dice! ¡Me adora! ¡Igual que querrá a su hijo! Y por mucho que se empeñe la señora, se lo diré, voy a hablar con él... sea cómo sea se va a enterar, y doña Mercedes se tendrá que aguantar con lo que venga.

—Estás confundida, hija mía, yo sólo quiero tu bien. Si el señorito Ignacio se entera de que estás esperando un hijo suyo, se casará contigo, pero no porque te quiera, sino porque sería incapaz de abandonarte a tu suerte. Él es bueno, no se parece en nada a ese diablo que tiene por madre. Lo hará por pena, porque es bueno; sin embargo, nunca te podrá querer ¿Has pensado lo que sería de tu vida compartiéndole con otra persona?

—¿Pero qué está diciendo, señora Josefa? El será feliz, yo le haré dichoso, usted lo sabe.

—¡Joaquina, por Dios! ¡Reacciona de una vez! ¡Ignacio es un invertido! Ama la belleza, pero le gustan los hombres, está completamente enamorado de Mario, al igual que su amigo lo está de él ¡si prácticamente viven juntos! Si viene alguna noche a dormir es por guardar las apariencias ¡Estás ciega! A nadie nos ha pasado desapercibida la homosexualidad del señorito, a nadie menos a ti, que tienes una venda en los ojos que te impide ver la realidad.

—Me da igual...me da igual tener que compartirlo con Mario, todo me da lo mismo ¡Estoy desesperada! Mis padres no esperan esto de mí. Me voy a casar con él, sea como sea, y si usted dice que no me quiere, pues que no me quiera, tengo que pensar en el hijo que viene en camino ¿Qué pensaría la gente? ¿Quién le iba a dar su apellido si vuelvo al pueblo? Le señalarían con el dedo. Si tengo que aguantar que mi marido ande por ahí con un hombre, lo aguantaré, pero me casaré con él ¡Cómo me llamo Joaquina que lo haré!

Se levantó, salió de la cocina y bajó las escaleras para dirigirse a su habitación, sin percatarse de que doña Mercedes salía de detrás de la puerta de la cocina, después de haber escuchado toda la conversación. ¡Maldita sea la niñata esta! ¡Si cree que va a contárselo a mi hijo, es que no me conoce!

CAPÍTULO XII.

"Cuando la peste acecha, lo hace por calles estrechas."

Después de bañarse y ponerse un camisón limpio, Adelina se metió en la cama. Encendió la diminuta luz de la mesilla y comenzó a leer la última misiva enviada por su madre.

Al abrir el sobre encontró otra carta procedente de la embajada de España en Alemania. No habían tardado mucho, no esperaba contestación tan pronto. Despegó el sobre con prisa, como si no pudiera reprimir la curiosidad. Esperaba que no le contestaran en alemán. De ser así tendría que acudir a un traductor, pero al fijar sus ojos distinguió enseguida la redacción en español.

Según el secretario del embajador, al señor Müller Aufnahme, fotógrafo de profesión, se le perdió la pista al acabar la guerra, motivo por el que se le dio por desaparecido entre otros muchos ciudadanos que se dieron por perdidos en la segunda guerra mundial. Sin embargo, al estudiar los casos de los huidos, presos de cárceles, y de los judíos recluidos en albergues en los que estuvieron preso, al leer esto último sintió un gran pesar. ¿Cómo podía aquel hombre llamar albergues a los pabellones en los que los nazis recluyeron a los judíos? ¿Es que todavía nadie era consciente del gran holocausto? Después de haber leído el diario de Ana Frank, estaba más sensible y sintió verdadera curiosidad por las víctimas de aquella horrible guerra, por lo que fueron varios los libros que había sacado de la biblioteca para saber cada vez más y formarse una opinión de lo que pasó. La carta continuaba diciendo que después de mucha dedicación, dieron con una pista que les llevó a una pequeña y preciosa aldea polaca, llamada Zalipie. Habían encontrado pruebas de colaboración con las S.S., por lo que el señor Aufnahme fue llevado a juicio y condenado a cadena perpetua, librándose de la ejecución por colaborar con sus captores, denunciando a varios de sus compañeros. El fotógrafo se dedicaba a fotografiar a los niños judíos que después serían entregados a los altos cargos nazis, que los repartirían, según su edad, a los lugares donde recluían a los semitas.

En ese momento soltó la carta, que fue a caer al suelo sobre sus zapatillas,

y le vinieron a la memoria las fotos realizadas a doña Mercedes rodeada de niños sonrientes al borde del lago Alpsee. Se tapó la cara con las manos y no pudo evitar que las lágrimas comenzaran a resbalar por sus mejillas. ¿Cómo pudo? ¿Qué la obligó a cometer aquel acto abominable? La señora colaboró con las S.S., reuniendo niños judíos para después mandarlos al exterminio, o para hacer pruebas médicas con ellos. Solo una mente cruel y retorcida podría cometer semejante salvajada. Ahora entendía la conversación que escuchó detrás de la puerta. ¡Maldita! ¡Maldita mujer! Y no sólo ella, sino que doña Carmen confesó haberla ayudado. ¡Malditas mujeres! La abuela estaría pudriéndose en el infierno. Recordó las palabras de doña Josefa: “*¡Ojala Dios no tenga en cuenta mis sospechas!*” Y los viajes a Francia. Se le debieron acabar los niños españoles. La comunidad judía en la segunda guerra mundial no fue suficiente para ella, tuvo que recolectar niños judíos franceses, y seguramente viajaría por toda Europa. Merecía la cárcel y la muerte. Ella sí que merecía la muerte, más que nadie, y Dios la estaba castigando. Contó con el favor de su marido y de su madre, y estaba segura de que el doctor Piedrahita estaba también en el ajo, ¿Qué debía hacer? ¿Contárselo a la policía? Hasta ahora había colaborado con ellos, les había respondido a todas sus preguntas. Esperaría, sería lo mejor, tenía que reunir más pruebas. Después de todo, se alegraba de haberse criado en un pueblo repleto de gente buena y sana, y también ignorante. Nadie sufría en su ignorancia. La capacidad del saber la estaba haciendo cada vez más desgraciada. El dolor de cabeza la obligó a levantarse. El silencio invadía toda la casa, sólo se escuchaba una especie de eco que procedía del ir y venir de los coches al pasar por la calle Abascal. Sentía dentro de su cabeza los lamentos de aquellos niños asesinados llamando a sus padres, esos niños que días antes sonreían bajo las montañas de Baviera, a los que, seguramente, habrían contado cualquier engaño sobre su destino, pequeñas víctimas que no habían hecho mal a nadie, a los que habían separado de sus padres, y que sucumbirían a manos de aquel doctor muerte que utilizó sus cuerpecillos para realizar ensayos clínicos. Bebió agua y se lavó la cara en el grifo de la pila de la cocina para poder dejar libre su mente de las imágenes que fabricaba su cerebro, semejantes a las películas en blanco y negro que pasaban fotograma a fotograma al comienzo del cinematógrafo, en las que su imaginación dibujaba escenas terroríficas de aquellos niños dentro de los hornos que acabaron con seis millones de judíos. Cerró los ojos y, al volver a abrirlos, el cárabo la miraba fijamente desde el alféizar de la ventana.

“Cuando el cárabo cante tendrás que dejar todo”. ¡Canta, canta de una maldita vez, para que pueda dejar todo esto!

Los primeros rayos de luz despertaron a Joaquina que, rápidamente, saltó de la cama, se calzó las zapatillas y se puso la bata. La señora Josefa hacía más de una hora que trajinaba en la cocina. El señorito Ignacio no tardaría en levantarse. Después de desayunar saldría para la clínica, lo hacía temprano, y ella le estaría esperando enfrente de la casa, para que su vista se topara con ella nada más abrir la puerta de la mansión. Le llamaría y le llevaría hasta la cafetería de la esquina. A esas horas doña Mercedes todavía dormía. Desde la muerte de la abuela la casa se había convertido en una especie de caos. Hasta que no comenzaran las clases, los horarios del desayuno eran variados, cada uno lo hacía según se iba levantando, con lo que la señora había comprado unos calentadores para que el café y el chocolate permanecieran calientes en el comedor. No es que hubiera tenido en cuenta el trabajo que le costaría al servicio bajar y subir repetidamente a la cocina a calentarlos, sino el sabor tostado que adquirirían las bebidas calientes.

Tomó un café, se vistió lo más rápido que pudo y, cuando sintió que Ignacio bajaba a desayunar, salió a la calle dispuesta a esperarle en la acera de enfrente.

Estaba nerviosa, esperaba una buena reacción por parte del señorito. Era un hombre bueno y cabal, sabía que cumpliría con su obligación, incluso le alegraría la noticia de convertirse en padre. Sus padres no penarían por nada, sólo tendría que darles la noticia de su boda. Se sentirían orgullosos de ella, como siempre habían estado. Ya les contaría lo del niño después de los esponsales.

Su nerviosismo hizo que no prestara atención a nada, su cabeza estaba en los sentimientos que iba a producir en Ignacio la noticia de su embarazo. No miró, no miró tan siquiera por donde iba, los pensamientos se agolpaban en su cabeza, transformado su mente en un laberinto de colores, de esos colores que habían borrado el blanco y negro y comenzaban a tomar forma, estaba saliendo de ese laberinto en el que había estado metida y había convertido su vida en un camino sin salida, en una especie de puerta cerrada que, por mucho que intentara abrir, permanecía encadenada, sumida en vaivenes como si fuera un tiovivo que da vueltas y vueltas, sumergiendo sus pensamientos en una pregunta incontestable. Miró hacia la izquierda y su cara se tornó en un gesto

horrorizado que la sumió en la oscuridad y en un silencio absoluto. Ignacio, que salía en ese momento de la casa, echó a correr hacia ella y se le escuchó decir: ¡Dios mío!• En ese mismo momento doña Mercedes se separó de la ventana, mientras en su cara se translucía una malévola sonrisa. Murió al instante, el encontronazo con el camión fue fulminante.

La vivienda se llenó de gente, la señora se había empeñado en que el velatorio se celebrara en el salón de su casa. Ella correría con todos los gastos y con el traslado del cuerpo al cementerio de Getafe, donde había comprado un sepulcro para la familia. Había pagado al mejor marmolista de Madrid para que fabricara una losa de un blanco perfecto y luminoso, en el que, en la parte vertical sobresaldría una paloma a punto de volar, bajo la cual habrían de poner la fotografía de Joaquina.

Vestida de negro, y con un pañuelo en la mano con el que se secaba continuamente las lágrimas, la veló toda la noche, al lado de sus padres, a los hubo que atender en algunos momentos. Rotos de dolor y sin que nadie pudiera separar sus manos, miraban fijamente la cara de aquella hija a la que habían querido tanto. ¿Por qué Dios se la había quitado? En lo mejor de su vida, su pobre niña. ¿Qué mal había hecho en este mundo? ¿Quién la había mancillado? La autopsia decía que estaba encinta. ¿Por qué no había tenido la suficiente confianza con ellos? ¿Es que no supieron dársela? ¡Cuánto debió sufrir la pobrecilla! Callando aquella mancha que no se atrevió a contar a nadie, y que llevaba oculta como si de un pecado se tratase. ¡Su niña no! ¡Su pequeña no había pecado! ¿Qué mal hombre le había hecho aquello? Todo quedaría en el olvido, gracias a la bondad de doña Mercedes y a su apoyo en aquellos momentos. ¡Cuánto debía haberla querido!

—Nadie tendrá por qué saberlo, de mi boca nada ha de salir. No saben ustedes lo culpable que me siento —refería la señora, llorando desconsolada— ¿Cómo lo ocultó? ¿Por qué no me dijo nada? Hubiéramos tomado cartas en el asunto y no habría tenido que pasar sola por ese trago. ¡Dios mío, si la quería como a una hija! Tampoco hemos de revelar a nadie que los médicos han pensado que podría haber sido un suicidio. El conductor dijo que se metió prácticamente bajo las ruedas del coche. ¡Y sabiendo su estado! Pero ya me he ocupado de que eso no salga de nosotros tres, y que no se mencionara en el dictamen de la autopsia.

—¡Cuánto tenemos que agradecerle doña Mercedes!

—Nada tienen que agradecerme, bastante están pasando. ¡Dios mío, ese angelito! ¡Dios la quería junto a él! ¡Era tan bonita, y tan buena! ¡Mírenla, si parece una virgencita!

La madre de vez en cuando se levantaba y besaba la cara de su hija, o sus manos, o le acariciaba el pelo, mientras susurraba:

—¡Mi niña! ¡Mí pobre niña! ¿Qué va a ser de nosotros, Señor? ¡Llévame con ella Dios mío! ¡Te lo ruego!

La señora Josefa, después de servir bebidas calientes, se sentó en un rincón junto al resto del servicio, sin separarse de su rosario. Todos lloraban en silencio la pérdida de su compañera, lamentando no haber hecho algo más por ella, se sentían culpables de no haberla ayudado y haber estado más a su lado. Todos sabían por lo que estaba pasando, y ninguno de ellos se atrevió a darle un consejo, a consolar sus lloros, incluso a haber llamado a sus padres, quizá si alguien hubiera tomado esa determinación todavía estaría viva. Ignacio salía y entraba, pálido, y a veces lloroso, sin comprender qué hacía Joaquina cruzando la calle a esas horas tan tempranas, en las que todavía no habían abierto los comercios. No podía olvidar que la había tenido entre sus brazos, y los momentos tan bonitos que había vivido con ella, hasta que se enteró por su madre que se había echado un novio en el pueblo. Entonces dejó de molestarla. No podía aprovechar su belleza sabiendo que otro hombre la esperaba. No hubiera estado bien, y él no le deseaba nada malo. Incluso se alegró de la noticia, pudiendo comprobar que no se había hecho ilusiones con respecto a él. Nunca podría enamorarse de ella, su amor pertenecía por completo a Mario.

Adelina sacó del bolsillo la estampita de la virgen de los Dolores que siempre llevaba encima, la besó, y pidió por su compañera.

—Virgencita, acógela contigo, nunca había hecho nada malo, cometió el pecado de enamorarse de quien no debía y lo ha pagado con creces. Llévala contigo y no la dejes de tu mano. Miró cómo la señora cogía de la mano a la madre de Joaquina que, con el corazón rasgado, miraba a su hija mientras derramaba sus lágrimas en un pañuelo que tuvo que cambiar varias veces. El padre permanecía en silencio, con los ojos fijos en la ventana, donde se acababa de posar el cárabo girando constantemente la cabeza, mirando

fijamente a doña Mercedes, con aquellos ojos grandes de color ámbar. Parecía estar diciendo: “¡*Vete Adelina, vuelve a tu pueblo!*” Sin embargo no cantaba, de su pico no salía sonido alguno, como lo hacían en las noches cerradas en su pueblo, allá en los montes de Riópar. Esos silbidos que ella escuchaba desde la cama y que parecía que la llamasen. Volvió a levantar la mirada: ya no estaba. Había venido a avisarla de algo. A prevenirla de la señora. Demasiado sabía ella cómo se las gastaba y lo falsa que podía llegar a ser. Conocía perfectamente el juego que se había traído con la pobre Joaquina, cómo la había utilizado para que su hijo supiera lo que era el amor de una mujer y, hasta donde ella sabía, no le había servido para nada. Conocía perfectamente que el señorito Ignacio era de esos hombres que nacen torcidos, su padre les llamaba maricones, y echaba maldiciones por la boca si cualquiera de sus hermanos decía alguna cosa que a él le recordara a esa clase de hombres. Ella no sabía qué sentirían, qué se les pasaría por la cabeza para sentir algo así. De lo que estaba segura era del sufrimiento que debían padecer, de lo que se les pasaría por la mente al saberse siempre mofa de los demás. Aquello no era justo. Si de algo estaba segura era de que Dios había creado al hombre, y lo que pasaba por la mano de Dios tenía que ser perfecto. No podría haberse equivocado al hacer a alguien tan bueno y tan formal como el señorito Ignacio y, porque sus sentimientos fueran distintos a los de la mayoría, aquello fuera un pecado. Adelina pensó que los equivocados eran los hombres... los hombres que juzgaban a los demás sin sentido ni razón, como lo hacía doña Mercedes, no aceptando la forma de ser de su hijo, pensando solamente en el qué dirán. Era una mujer malvada, que jugaba con los demás a su antojo, ni siquiera había derramado una lágrima por su madre, y sólo iba a la cárcel de tarde en tarde a ver a don Alejandro, para que sus amistades no la señalaran con el dedo.

Adelina había encontrado por fin, la caja de las fotografías. Las había guardado, al igual que las cartas que podían comprometer a la señora. Era un as que tenía guardado en la manga; sería una paleta, pero no tenía un pelo de tonta. Después de cartearse varias veces con la embajada de España en Alemania, había conseguido que le mandasen fotocopias de la documentación del fotógrafo donde se atestiguaba el veredicto de culpabilidad del juicio al que fue sometido por colaboración con las S.S.

Había reunido más de treinta fotografías de la señora con distintos grupos de niños. Había sido capaz de mandar a cientos de ellos a la muerte. Era peor

que los nazis, no sabía si ellos habían asesinado a tantos judíos por sus ideales, o por crear la raza aria de la que tanto se hablaba en los libros del holocausto que sacaba de la biblioteca, pero la señora lo había hecho por dinero. ¡Maldita mujer! Estaba segura que acabaría pagando tanta maldad ¿Cómo podía reunir tanta falsedad? ¿Cómo podía coger de la mano a la madre de la pobre Joaquina? ¿Y llorar con ese ahínco, de la forma en que lo hacía? Era una actriz de primera. La odiaba, la odiaba cada vez más. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar?

—Adelina...Adelina, ¡cada vez estás más tonta! —Escuchó decir a doña Mercedes.

—Perdón, señora, estaba rezando y no la he oído.

—Baja con Luisa a la cocina y prepara emparedados, la noche es muy larga, y rellena los calentadores con café y chocolate.

La señora Josefa se levantó instintivamente al escuchar la orden.

—Josefa, ¡no se te ocurra moverte! Descansa. Sé por lo que estás pasando y el cariño que le tenías a la pobre Joaquina. Deberías dormir un rato.

—Ni se me ocurriría, señora.

Adelina preparó varias bandejas de emparedados, mientras Luisa hacía chocolate y café.

—Pobre Joaquina. ¿Qué tendría en la mente para no ver venir el camión? La tienen tapada desde el cuello porque dicen que tiene el cuerpo reventado la pobrecilla -dijo Luisa- Llevaba tiempo ojerosa y se pasaba el día vomitando; a veces se me ha pasado por la mente, si estaría embarazada. ¿Tú qué piensas?

—¿Cómo voy a saberlo?, con la única que tenía confianza era con la señora Josefa, dormían en la misma habitación y sé que la quería mucho.

—¿Y quién no iba a quererla? Si era un ángel de Dios. Tan guapa y tan buena... no sabía decir que no la pobrecilla, a veces me pregunto por qué Dios permite que pasen estas cosas. ¿A quién había hecho mal? — volvió a musitar Luisa, mientras dejaba que las lágrimas corrieran por sus mejillas.

—No puedo contestarte a eso, la vida no es justa para nadie. Hay personas

que no merecen ni el pan que comen, mientras que otras, como Joaquina, una persona buena que no había conocido el mal, tiene ese final. ¡Dios me perdone! Pero no es de razón que pasen estas cosas.

CAPÍTULO XIII.

“Cada maestrillo tiene su librillo.”

Lente pasaba a máquina unos documentos, mientras el comisario Membrano hablaba con el inspector-jefe Villar.

—Esa casa parece la casa del terror.

—Tiene usted razón, tío. O está maldita, o alguien les ha echado el mal de ojo, ahora la criada. Pobre chica, era una verdadera belleza, y las malas lenguas dicen que se ha suicidado, aunque la autopsia no lo certifica.

—Esa mujer tiene poder en todos los sitios.

—¿A quién se refiere comisario?

—A la dueña de la casa, a doña Mercedes Fragoso: tiene más suerte que el ganador del gordo de la lotería. Me huelo que está metida en todo, mientras que el médico está pagando por ello. Detenido, y ella se ha ido de rositas. Hay demasiadas cosas que no cuadran. He metido las narices un poco en el anatómico forense, y aunque se las ha apañado para que no figure en los papeles, la chica a la que atropelló el camión estaba preñada de casi tres meses.

—¿Cómo se ha enterado?

—Hay que tener amigos hasta en el infierno Villar. ¿Y quién era el padre?

—¿También se ha enterado de eso, tío?

—El padre era el hijo mayor, el tal Ignacio, el que estudia para médico.

—¿Cómo ha podido averiguarlo?

— A ver hija, que aunque en España estemos muy atrasados, ya te he dicho que hay que tener amigos hasta en el infierno. He enviado una muestra que me mandó el patólogo a Estados Unidos, más otra que cogí sin que nadie lo notara de uno de los peines del hijo mayor, aprovechando uno de los interrogatorios. Es uno de los centros de investigación mejores del mundo. Bueno, no voy a entrar a contaros ahora, pero tengo allí a un amigo de muchos años. Hay una

prueba de paternidad sanguínea llamada ABO, que aunque no te dice que es el padre, te cuenta con toda fiabilidad, sino lo es. Con lo que Ignacio Vela no entra en las posibilidades de no ser el padre, y a mí entender y contando con la declaración de una de las criadas que jura y perjura que el señorito era el único hombre en la vida de la fallecida, quiere decir que tiene todos los boletos de la lotería a su favor.

—¿Y qué hacemos, comisario?

—Nada... qué vamos a hacer. Hay testigos que dicen que iba despistada, otros que prácticamente, se echó encima del camión, algunos, los más numerosos, se decantan por el despiste. Lo que está claro es que nadie la empujó. Ignacio salía en ese momento de su casa y lo vio todo, cuando quiso acudir en su ayuda, ya estaba debajo del camión. La única verdad de todo esto es que ha sido una desgracia. ¿Qué pudo suicidarse? Puede que lo hiciera, quizá el doctorcito no quiso hacerse cargo del niño y tiró por el camino de en medio.

—¿Y si la mataron? —preguntó Marisa Lente.

—¿En qué te basas?

—En la madre... es una bruja, usted mismo sospecha que se ha ido de rositas de todo este embrollo. ¡Mientras no fuera ella la que mató a su marido! No me fío nada de esa mujer, tiene mala entraña.

—¿Y por qué iba a querer cargarse a la pobre muchacha?

—Está muy claro, tío, porque estaba embarazada de su hijo, y no quiere que eso salga a luz. ¡Imagínese los comentarios! La muerte de su marido, la cárcel para el director de la clínica, amigo del matrimonio de toda la vida, asesinan a su madre y, por si no fuera poco, el niño se tira a la criada y la deja preñada. ¡Menuda chicha para las crónicas de sociedad y para la prensa rosa!

—No tenemos pruebas.

—Pues las buscamos. ¡Déjemelo a mi tío! Al fin y al cabo soy una aprendiz, estoy de prácticas. ¿Qué mejor aprendizaje podría tener? Tiene que permitirme rebuscar, y para eso tiene que darme permiso para volver a meterme en esa casa.

—Las pruebas del laboratorio no son válidas. En el informe de la autopsia no consta el embarazo, ya se ha encargado la bruja de que no salga nada a la luz.

—¿Y si encuentro algo que podamos llevar al juez? ¿Podríamos solicitar una nueva autopsia?

—Claro que podríamos, pero tendrían que ser pruebas contundentes, Marisa, no valen sólo sospechas. Estamos en una comisaría de verdad, no en las noveluchas esas que te lees todas las noches. Y otra cosa: ¡mejora tu lenguaje! Tu madre me va a capar cuando venga.

—Si usted no hablara tan mal, yo no aprendería, tío.

—¡Hay que joderse! ¡Yo soy un hombre... a ver si te entra en la cabeza! ¡Y tu una señorita, aunque a veces, pareces un carretero! ¡Y la próxima vez que te vea con un cigarro en la boca echando humo como una chimenea te lo tragas! ¡Cómo me llamo Rogelio que te lo tragas! ¡Anda, ponte en marcha! Tienes permiso para interrogar de nuevo a todos los habitantes de la casa. ¡Coge dinero de mi bolsillo, compra una pizarra, la cuelgas detrás de tu mesa y manos a la obra!

—Gracias, tío, no sabe usted lo que yo le quiero —dijo Lente, mientras se colgaba del cuello de su tío dándole besos.

—¡Quita de ahí, muchacha! ¡Habrased visto la chica esta! ¡Qué cosas se le ocurren, aquí, delante de todo el mundo! —murmuró el comisario mientras salía de su despacho, mostrando una sonrisa que denegaba las palabras que acababa de decir.

Lo primero que hizo Marisa Lente fue investigar al conductor del camión, que, aunque hubiera salido libre, fuera de toda sospecha, después de mirar en los archivos de la policía por si tenía antecedentes ;y los tenía, ¡vaya si los tenía! Eran amplios y numerosos. Se enteró que en el “*currículum*” de Emérito García, soltero, de 52 años, nacido en Bilbao, constaban, entre otras “joyas”: carterista, varios intentos de robo de bolsos de señora, robo en joyería, en talleres de coches, en varios bares y hasta fue conductor del vehículo del que se sirvieron dos ladrones en un intento de robo en una conocida zapatería de Madrid, lo que le llevó a cumplir una condena de casi 15 años. Casi nada. ¿Es que nadie se había molestado en investigar a tan insigne individuo? Ese día

transportaba una carga de tazas de váter procedentes de su tierra hasta unos grandes almacenes de Madrid, y no es que el señor García fuera empleado fijo de los almacenes de tazas de váteres, sino que había sido contratado ese día por una casualidad, debida a que el conductor habitual había pedido permiso porque su hijo juraba bandera en Vitoria. Después de indagar un poco, se enteró de que el caso se lo habían asignado a la comisaría de Cuatro Caminos, dirigida por el comisario más inepto de todo Madrid, próximo a la jubilación; y no por su edad, sino por su mal hacer.

Su tío, al enterarse, abrió la boca para maldecir a toda la comisaría de Cuatro Caminos con todos sus empleados, a todos los altos cargos y a todos los santos del cielo. La felicitó delante de todos sus compañeros, que por ser mujer casi nunca la tenían en cuenta y hacían chistes con casi todo lo que se cocía en su mente, con lo cual Marisa Lente comenzó a mirar a sus compañeros por encima del hombro, presumiendo de las condecoraciones verbales con las que la había obsequiado su tío.

En una parte de la pizarra colocó la foto de Emérito García, con una interrogación de presunto culpable. Ahora sólo le faltaba encontrar la conexión del presunto asesino con Mercedes Fragoso, de la que estaba segura era la fuente de donde se había fraguado el crimen de la pobre criada, y para ello tendría que interrogarla, pero no de una manera sencilla... No, tendría que elaborar un interrogatorio en el que dicha señora cayera en alguna trampa en la que dejara a la vista algún asomo de que ella era la verdadera culpable de todo aquel embrollo, y no únicamente del atropello, sino del asesinato de su marido y de haber dejado que culparan a su amante, el doctor Piedrahita, que según pensaba, era solamente la cabeza de turco labrada por las intenciones de doña Mercedes.

Los restos de la pobre Joaquina fueron trasladados hasta el cementerio de Getafe, al panteón que había adquirido doña Mercedes a nombre de la familia, y en el que había gastado un suculento dinero. Todo el servicio, al igual que la familia, acudieron al entierro, donde el cura de la parroquia de toda la vida dio un extenso responso aludiendo a las múltiples cualidades de la sirvienta y a la calidad que la pobre finada tenía como cristiana y como persona.

Cuando los obreros bajaron el ataúd y echaron encima las múltiples coronas de flores que la señora de la casa había encargado, la madre de la pobre Joaquina se derrumbó, cayó de rodillas deshecha en lágrimas y, si no

llega a ser por su marido, cae de bruces sobre el ataúd que bajaba al fondo de la lápida ayudado por unas cuerdas que sostenían los operarios contratados a tal fin.

Doña Mercedes le echaba un brazo por encima de los hombros, mientras que ella, con el alma rasgada y el corazón roto por la pena, lo único que deseaba era acompañar a su hija en aquel largo viaje hasta el más allá, sintiendo que nada tenía cabida ya en este mundo, en el que todo estaba hecho y lo único que le aguardaba era el dolor de la espera en la que Dios quisiera llevarla hasta su querida niña.

Adelina lloraba en silencio, cogida del brazo de Luciana, que no tenía consuelo. Había perdido a su amiga, a su fiel compañera. No había alivio posible, sólo llegaba a su mente el sentimiento de infelicidad que denotaba la cara de Joaquina en sus últimos días. ¡Lo que habría sufrido la pobre, sintiéndose sola y desamparada! Sin que el señorito Ignacio llegara a conocer que llevaba un hijo de él en sus entrañas, sabiendo los tejemanejes que se traía la señora. Todo el servicio sabía lo que estaba pasando; sin embargo, nadie hablaba de ello, sabían que cualquier palabra mal dicha o malinterpretada podría costarles el despido. La señora había jugado con la buenaza de Joaquina como un niño juega con las piezas de un mecano, y a ella la conciencia la tenía atenazada en una especie de saco que fluctuaba en su cabeza, haciéndola sentir la pena y la culpa a partes iguales.

Adelina notaba la pena interior que la iba inundando por momentos, mezclándose con un sentimiento de odio hacia aquella mujer sin compasión, que no conocía la piedad ni el afecto hacia sus semejantes, hacia esa mujer que jugaba con los demás como juega el gato con el pobre ratón, que sabe la batalla perdida, al igual que retozaba con la ingenuidad de su hijo mayor, sabiéndole bueno, sabotando sus maravillosos y bellos sentimientos, queriendo cambiar la naturaleza del ser humano, conocedora de su sensibilidad y la tristeza que emanaba al no poder expresar lo que su cuerpo y su alma sentían hacia el hombre con el que quería compartir su vida. Y ese odio se iba apoderando de sus sentidos, esos sentidos que trajo limpios cuando hacía casi un año llegó del pueblo, y que ahora los sentía diferentes, dañados y conmovidos al ser testigo de tanta maldad. Sin embargo la señora no había contado con ella, no debería sentirse tan confiada. El odio era un sentimiento que debe servirse frío, ella lo iba a derramar contra doña

Mercedes, con todo su ímpetu y toda su fuerza. Nadie iba a impedirle hacerle pagar por lo que estaba haciendo, y por todo el mal y el sufrimiento que había causado. ¡Lo pagaría! ¡Cómo se llamaba Adelina, que lo pagaría!

Marisa Lente, acompañada de su inseparable inspector Julián París, recogía la escena desde una esquina del cementerio. Llevaba una cámara con la que fotografiaba repetidamente el sepelio, episodio que no le pasó inadvertido a doña Mercedes que, entre lágrima y lágrima, se preguntaba qué hacían allí aquellos policías a los que nadie había invitado. De repente, sintió una especie de escalofrío por la espalda, cuando le pareció ver un pequeño cárabo que la miraba posado en la tapia del cementerio.

El servicio regresó a casa en el autobús de línea, mientras la familia lo hizo en dos coches. La señora Josefa ya había previsto una frugal cena de la que sólo disfrutó la señora, mientras que los demás miembros de la familia subieron a descansar sin probar bocado. Mandaron a la cocinera a la cama y, entre Luisa, Luciana y ella, recogieron el comedor y prepararon para ellas unas tisanas que, aunque no les sirvieron de consuelo, les calentaron el cuerpo.

CAPÍTULO XIV.

“El novio de la mujer, ha de dejarse querer.”

Adelina, en una de sus escapadas al parque del Retiro, había conocido a un muchacho que, como ella, paseaba por aquellos lares, echando de menos su pueblo. Indalecio, que así se llamaba el chico, era natural de Orellana la Vieja, un pueblecito de la provincia de Badajoz, y se ganaba la vida como carpintero en un taller, donde exclusivamente fabricaban ataúdes.

Había llegado a Madrid a hacer las milicias y se había quedado, cuando el alcalde de su pueblo mandó una recomendación al dueño de la ebanistería, alabando las múltiples cualidades de Indalecio como persona formal y buen conocedor de la madera, al igual que lo habían sido su padre y su abuelo. Su ilusión era llegar a ser un gran ebanista y se le iban los ojos contemplando cómo acariciaban y pulían la madera los oficiales destinados para ese gran oficio. Desde el aglomerado de madera de Chopo y Cedro, de Paulownia y Álamo, hasta la madera maciza de Ayous y Ébano, Indalecio conocía cualquier tipo de leño o tronco que cayera en sus manos, en los que sus diestras manos trabajaban, hasta dejar aquellos ataúdes que tanto amaba, listos para pasar a las manos de los ebanistas a los que admiraba y a los que no quitaba ojo para que su sesera se mentalizara con todos los movimientos con los que actuaban aquellos grandes artistas.

Una tarde, buscando el frescor que despedían los Castaños de Indias que pueblan el parque madrileño, se encontró a aquella criatura hermosa, con unos ojos rasgados, de un color violeta que solo había visto en una estrella de cine, en una película llamada Un lugar en el sol. Por un momento, creyó estar viendo a Elizabeth Taylor, la actriz que tanto le había impresionado, y como si hubiera recibido una descarga, al verla sentada en el césped bajo un árbol leyendo un libro, no tuvo más remedio que dirigirse a ella. Desde aquella tarde cada día libre de Adelina procuraban verse, habían ido juntos al cine, a ver algunos museos, acudían a los puestos de libros de segunda mano que se extendían por toda la cuesta de Moyano, incluso, una tarde le había propuesto ir a bailar, aunque Adelina no estuvo por la labor aludiendo a que su hora de llegada a casa no podía ser más tarde de las nueve.

Tan solo una vez el bueno de Indalecio besó en los labios a Adelina, de la

que cada vez estaba más enamorado. Ella se quedó quieta sin saber qué hacer, recibiendo todo el sabor de la boca de aquel muchacho. Era su primer beso, y sintió un ligero calor por todo el cuerpo que le produjo tal sensación, que sin llegar al desmayo, casi le da un vahído que intentó disimular, asociando su vaivén, a la postura tan incómoda que habían elegido para besarse. Aun así, Adelina, reprendió al que no consideraba todavía su novio, diciendo que era pronto para tomarse esas confianzas. En su pueblo la hubieran considerado una fresca, una chica fácil, de esas con las que ningún hombre quiere casarse, aunque cuando se lo contó a su madre en la siguiente misiva, ésta opinó que era otros tiempos, y que se estaba volviendo demasiado mojigata y que, a los hombres, había que darles una de cal y otra de arena, porque, si no se les daba un pellizquito, se aburrían y podían ir a buscar a otras. Lo que le recomendó es que guardara su honra como oro en paño. Esa solo se le entregaba al marido en la noche de bodas, cerrando los ojos, apretando los dientes, y procurando que acabara pronto el mal trago, hasta que pasara el primer dolor, después todo era coser y cantar, incluso algunas mujeres decían pasarlo tan bien como sus hombres. Y, aunque su pobre madre decía que ella no sentía nada de nada, le dejaba hacer a su hombre, y las noches en las que se amarraban, su marido se levantaba más contento que unas castañuelas.

El muchacho se preocupaba por ella más de lo que lo hacía ella misma, aconsejándole que dejara esa casa de una santa vez. Con el arte que gastaba, y su talento, bien podría buscarse el sustento en una fábrica, o de dependienta en alguna tienda, sin tener la necesidad de estar limpiando lo que ensucian otros, y por si fuera poco, la casa que había elegido, parecía la casa del terror, y no se quedaba él tranquilo, cuando la acompañaba hasta la puerta las tardes de los días festivos.

—¡Pero Indalecio si ya han cogido al culpable! —alegaba ella, alzando la voz, a la vez que lo hacía con los brazos, para dar más énfasis a la frase.

—¡A ver si te aclaras Adelina! ¿No dices que está pagando un inocente? ¿Qué no crees que sea el verdadero culpable?

—Sí, eso creo, el doctor Piedrahita no ha tenido nada que ver, y le han cargado con el mochuelo.

—¡Entonces! ¿Cómo vas a estar segura, si el verdadero asesino anda suelto?

—¡No seas pelma, Indalecio, que te pones muy pesado! No va a pasarme nada, sé cuidarme solita, lo sé hacer desde que era niña, y subía a los montes con las ovejas.

—Lo que tienes que hacer es buscar otro trabajo y casarnos, eso es lo que tenemos que hacer ¡Casarnos!

—¿Y a ti quien te ha dicho que yo quiera casarme?

—Adelina por Dios bendito ¿A qué estás jugando? Todas las mujeres quieren casarse.

—¡Pues yo no! ¿Te queda claro?

—¿Y qué haces conmigo entonces? Estamos perdiendo el tiempo.

—Pues si eso es lo que crees puedes largarte, nadie te retiene.

—Ya empezamos otra vez con lo mismo, de verdad que no te comprendo.

—¡Indalecio! No llevamos ni cuatro meses saliendo ¿Crees que me conoces? Pues no, no me conoces en absoluto, necesitamos más tiempo, nos tenemos que conocer mejor, saber más cosas el uno del otro, no conoces mis defectos, ni yo los tuyos ¿Cómo puedo saber si podría confiar en ti?

—¡Vaya pregunta más tonta Adelina! Si te quiero más que a mi vida, solo quiero tu bien. Me iría al otro mundo antes que desvelar algo que hubieras contado. Solo quiero estar contigo, contigo siempre...juntos.

—Vale, vale ¡Ya está bien! Vamos a ver la cartelera, a ver qué películas estrenan el domingo. Y Adelina cambiaba de tema, para poder despegar de la cabeza de su novio, ese afán suyo de querer casarse tan pronto. Ella no quería hacerlo. Llenarse de hijos al igual que había hecho su madre. Ella necesitaba otras cosas ¡Quería saber! ¡Conocer cosas nuevas! ¡Ampliar su vocabulario! Necesitaba que sus ojos contemplaran más obras de arte, leer más libros ¡Estudiar! ¡Ese era su anhelo más grande! ¡Estudiar! ¿Podría disponer de tiempo para hacerlo algún día? Y el bobo de Indalecio quería casarse. Ahí acabarían sus deseos de verse convertida en una señorita. Le quedaban muchas cosas por hacer, esas cosas que le habían traído a Madrid, que la habían obligado a dejar su pueblo, y, si no las cumplía, su vida no habría tenido sentido. Volvió la cabeza, un soplo de aire le había advertido de la presencia

del cárabo, que apoyando sus garras en el alféizar de la ventana la miraba fijo con sus ojos redondos de color ámbar.

El inspector París, acompañado de Marisa Lente, se presentó en la vivienda de la viuda del doctor Vela, había sido avisada el día anterior por la comisaría de que procederían a un nuevo interrogatorio.

Doña Mercedes les acomodó en el salón preguntándose qué porras querrían otra vez aquella panda de mentecatos que tanto se metían en su vida.

—¿Les apetece un café?

—No, gracias, señora, ya hemos tomado.

—Muy bien, pues les agradecería que hicieran su trabajo lo más breve posible, con sus preguntas entorpecen las labores del servicio.

—No se preocupe señora, procuraremos hacer esto lo más rápido posible.

—No entiendo esa manía de venir cada dos por tres, pensaba que el caso estaba aclarado.

—¿A qué caso se refiere?

—¿Me toma por tonta señorita? Le recuerdo que el doctor Piedrahita está retenido en la cárcel de Carabanchel, a la espera de que ustedes se aclaren. ¿A qué otra cosa me voy a referir?

—Le voy a refrescar la memoria señora, aquí ha habido otra muerte, la de Joaquina, la muchacha de servicio que murió atropellada por un camión a las puertas de su casa.

—Eso fue un accidente.

—¿Está usted segura?

—¡Me está usted asustando!

—Está bien señora, le diré lo que sabemos, a lo mejor le suena de algo. El conductor del camión que mató a Joaquina es un conocido delincuente, que se ha ido de rositas, mientras que la sirvienta descansa en el cementerio.

—¿Y que tengo yo que ver en todo eso? En todo caso, deberían

interrogarle a él ¿No les parece?

—No, no nos parece, sigamos ¿Sabía que Joaquina estaba embarazada?

—¡Que desfachatez! ¿Cómo se les ocurre semejante tontería? Les recuerdo que hay una autopsia hecha. No me parece nada bien que denigren el nombre de la pobre muchacha, que, por si no lo recuerdan: está muerta ¡No sé cómo no les da vergüenza!

—Sabemos que hay una autopsia, de la que no nos fiamos en absoluto, así como sabemos también que estaba embarazada, y que, además, usted era consciente de ello.

—Les voy a pedir que abandonen mi casa inmediatamente, no voy a consentir que vengan a insultarme en mi propia casa.

—¿Se niega a contestar a las preguntas? ¿Tiene algo que ocultar? ¿Teme que averigüemos alguna cosa que no desea que sepamos? —siguió diciendo Marisa Lente, sin casi dejar intervenir a doña Mercedes, mientras el inspector París, la dejaba hacer, observando impávido lo bien que estaba manejando el tema.

—¡Claro que no tengo nada que ocultar! ¡Estaría bueno! Pero no tengo razones para dudar de la autopsia oficial, que, si recuerdan, fue decretada por el juez, y se llevó a cabo en el lugar donde él señaló.

—Eso ya lo sabemos señora, vamos a hablar de cosas que no conoce. No solamente Joaquina estaba embarazada, sino que el padre de la pobre criatura que no ha llegado a nacer es su hijo Ignacio.

—¿Qué tonterías me están contando? Me niego a seguir escuchando tanta mentira ¿Quieren ustedes sacarme de mis casillas, eso es a lo que han venido? Pues les advierto que lo están consiguiendo ¡No voy a consentir que pongan en entredicho el nombre de mi hijo! ¿Lo oyen? ¡No lo voy a consentir de ninguna de las maneras! Y ahora sí que ha llegado el momento de que abandonen esta casa, la próxima vez que vengan les ruego que lo hagan con una orden, si no es así, advertiré al servicio para que no les dejen pasar bajo ningún concepto.

Y dicho esto, se levantó y desapareció escaleras arriba, dejando a los policías a merced de Adelina que se dispuso a acompañarles a la puerta, con la cara algo enfurruñada, por lo que Lente se atrevió a preguntar:

—¿Siempre gasta ese carácter?

—Siempre, no conoce la amabilidad, ya se lo comenté.

—¿Puedo hacerte unas preguntas?

—Sí, pero rápido por favor, si la señora se entera me pondría de patitas en la calle.

—No te preocupes, aquí mismo en la puerta, parecerá que nos estás despidiendo ¿Conocías bien a Joaquina?

—Era una buena chica, no merecía lo que le pasó.

— ¿Crees que podría estar embarazada?

—Sí, estaba embarazada, lo sabíamos todos los miembros del servicio, la pobre lo pasaba fatal. Todas las mañanas la escuchábamos vomitar.

—¿Su dormitorio era individual?

—No, señorita, lo compartía con la señora Josefa, pobrecilla, dice que no se hace a dormir sin verla en la cama de al lado. La señora ha trasladado a su cama a Luisa. Yo también comparto dormitorio con Luciana.

—Entonces ¿No andaré errada si me atrevo a decir que quien más la conocía era la cocinera?

—Sí, señorita, se tenían mucha confianza, aunque no había que estar ciega para saber que andaba preñada.

—¿Tenía novio?

—No, que yo supiera.

—¿De quién era el niño?

—No sé si debería...

—Esto quedará entre nosotros, jamás revelamos nuestras fuentes, no te preocupes, que no vamos a descubrirte.

—El señorito Ignacio. Muchas noches acudían cogidos de la mano a la casa de invitados.

—¿Crees que la señora estaba enterada?

—Sí, lo creo, yo misma la vi espiándoles por la ventana.

—¿Piensas que la despidió por eso?

—Estoy segura, la señora se lo dijo, aunque en todo momento negó la paternidad del señorito Ignacio, la acusó de haberlo preparado todo para cazar a su hijo. La echó sin más contemplaciones, es más, casi no le dio ni tiempo a preparar la maleta. Le dijo que no la quería ver a la mañana siguiente.

—¿El señorito sabía algo?

—Estaba ignorante de todo, no sabía que Joaquina esperaba un niño, ni que su madre la había despedido, pensaba contárselo antes de irse,

—¿Cuándo pensaba hacérselo saber?

—A la mañana siguiente, antes de irse, quería esperarle en la puerta y abordarle cuando saliera hacia la clínica.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Lo escuché cuando se lo contaba a la señora Josefa. Y me pareció bien, seguro que el señorito Ignacio se hubiera hecho cargo de la situación.

—¿Crees que se hubiera casado con ella?

—Sí, lo hubiera hecho, aunque no estuviera enamorado, lo hubiera hecho.

—¿Por qué piensas que no estaba enamorado?

—No me haga caso, señorita... son cosas mías... puede que esté equivocada.

—Muchas gracias Adelina, te agradecemos mucho tu colaboración, ya sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Gracias a usted, señorita, me voy para dentro, como me encuentre la señora con ustedes, me despide.

Marisa Lente le puso al tanto a su tío, el comisario, de la conversación mantenida con Adelina.

—Está todo mascado tío. El camión estaba parado en doble fila, y salió justo cuando la muchacha comenzaba a cruzar. Antes de llegar a la acera de enfrente se la echó encima y fue justo cuando el hijo mayor salía de casa y se encontró con todo el fregado. Doña Mercedes debió de escuchar la conversación mantenida entre Joaquina y la cocinera. Sabía que la pobre muchacha iba a salir temprano esa mañana para esperar a su hijo y ponerle al tanto, y eso, ella, no lo podía consentir, estaba segura de que su hijo se casaría con la criada. Habló con el conductor del camión, le ofreció dinero, y ese cabrón se la cargó.

—¡Marisa! ¡Deja de decir palabrotas, joder!

—Está bien tío, lo haré, es que este asunto me tiene loca, lo que daría porque la bruja esa pasara el resto de su vida en la cárcel, sin criadas, ni vestidos, ni joyas, ni comida rica. Bueno, creo que le he proporcionado bastantes pruebas ¿No?

—Pero ninguna de ellas válidas. El examen de paternidad no es legítimo, el conductor ha salido libre de toda prueba en su contra, no tenemos acreditación alguna de que la señora de la casa contratara al conductor, aunque las criadas declararan, que no lo harán porque perderían su trabajo. ¿Que la señora despidió a Joaquina por su embarazo? Es libre de hacerlo, incluso si testificaran que era de Ignacio, no valdría. La defensa alegaría que podría haberse acostado con más hombres. No tenemos ninguna prueba que asegure todo lo que dices.

—¿Y porque no se lo cuenta al juez tío?

—¿Qué crees que diría? Por supuesto que me daría la razón, pero me pediría pruebas, y eso es a lo que tú te has comprometido. Vas por buen camino, pero necesitamos más.

—Voy a investigar las cuentas del conductor del camión, me juego el cuello a que han aumentado.

—A por ello Marisa, vas a ser una buena policía, así, en cuanto dejes de decir tacos, fumar como un carretero, y Franco considere que las mujeres tienen que dejar de fregar, podrás presentarte a los exámenes.

—¡Vaya ánimos que me da tío!

Y el comisario Membrano salió de la comisaría dejando que todos escucharan su carcajada, mientras se dirigía al bar contiguo a tomar un vino con un pincho de tortilla de patata.

—No te vengas abajo Lente ¡Tú vales mucho! Si en España no puede ser, te vuelves a Colombia, le comentó París, a la vez que miraba a la muchacha con toda la admiración de la que era capaz. A nadie le había pasado inadvertida la forma en que la observaba. Aunque discutiera con ella constantemente, le tenía hechizado. Su pelo rubio, cayendo a rizos por la espalda, esos ojos azules que él solo veía en las artistas de cine, y esa figura que ella dejaba marcar cuando llevaba pantalones ajustados y esas rebequitas cortas que a veces dejaban al aire su pequeña cintura. ¡Si ella quisiera! — pensó.

Indalecio sacó entradas para ver una película del oeste, interpretada por James Stewart, un actor al que siempre había visto en filmes de ese género, que le volvía loco, pero que Adelina detestaba. La crítica decía que iba a ser un éxito y él quería sorprender a su novia. La llevaría al cine, que dicho sea de paso, era donde podían estar más juntos, si tenía buena tarde, a lo mejor le dejaba darle algún beso fugaz, o acariciarle la mano ¡Jesús, lo que le estaba costando acercarse a ella! No había conocido nunca a nadie tan poco cariñoso. Estaba seguro de que si la pedía en matrimonio prometiéndole dejarla libre para que estudiara, para viajar y sacar una carrera, no le negaría el “sí”, sin embargo, él no estaba dispuesto a tener una mujer que subiera por encima de él, que llevara los pantalones en casa ¿Dónde se había visto una mujer casada viajando sola? Sería el hazme reír de todos sus compañeros, el calzonazos de turno ¿Es que no se podía comportar como lo hacían las demás mujeres? Le parecía mentira que una persona como ella, de pueblo, acostumbrada a ver como su madre criaba a sus hermanos y llevaba una casa con diez hijos, no hubiera aprendido cómo se debe comportar una mujer ¡Maldita sea! ¡Y se había enamorado como un imbécil! Pero si se había creído que se iba a dejar dominar por ella, estaba muy equivocada, él era el hombre, el que debe mandar en casa, y ella se tendría que limitar a obedecer, como está establecido, y como mandan los cánones.

Habían quedado en la esquina de Abascal con Ponzano, le gustaba llevar el noviazgo con discreción, otra cosa que no entendía: él estaría dispuesto a pregonarlo a los cuatro vientos, y ella lo escondía como si fuera un pecado.

Llevaba más de diez minutos esperando, a ese paso se perderían el NODO. Era lo que más le gustaba, el noticiario nacional. En esos reportajes se daba cuenta de lo bien que iba España, estaba a nivel de cualquier país de Europa. Franco les estaba abasteciendo de todo lo que habían carecido durante la guerra civil. Una nueva España salía a la palestra. Daba gusto pasear por la Avda. del Generalísimo, y los grandes almacenes que se habían creado, como Galerías Preciados, Simeón y almacenes Progreso, y que decir de Madrid— París, que era la delicia de todas las madrileñas, de todas menos de su novia, que a veces era más rara que un perro verde y se comportaba como si siguiera en su pueblo y no le importara la moda, ya le había dicho varias veces que se quitara esos calcetines que llevaba sobre las medias, con lo guapas que estaban las chicas con los zapatos altos sobre esas medias con las costuras bien derechas y esas faldas estrechas que hacían volver la vista y soltar chascarrillos a todos los hombres, y no es que él quisiera que piropearan a su novia, pero tampoco que pareciese que llevaba colgada del brazo a su hermana pequeña. No era cosa de discutir, siempre se salía ella con la suya, y él se volvía a su casa con el temple de ser un maldito calzonazos. A veces desearía olvidarla, incluso romper con ella, pero era imposible, aquella mujer se le había metido entre ceja y ceja, la quería... la quería cada vez más, y la llevaba dentro del corazón, como se lleva la medalla de la virgen que nunca te quitas de encima.

En ese momento la vio salir, llevando la falda de vuelo por debajo de la rodilla, y sus zapatos de medio tacón con calcetines blancos, mejor dejaría de pensar en ello, al fin y al cabo, a él le resultaba una belleza, con cualquier cosa que llevara encima.

Salieron del cine y se sentaron en la granja Callao a tomar un café, con la intención de aprovechar las dos horas que quedaban para que Adelina regresara a casa.

—Me gustaría hablar contigo Indalecio.

—Tú dirás, princesa.

— No quiero que malinterpretes lo que voy a decirte.

—No lo haré.

—Has intentado propasarte en el cine varias veces, he correspondido a

dos besos tuyos y has seguido insistiendo, sabiendo que no quería. Te ruego por favor que no insistas. Nuestra relación no es como tú has pensado. Has idealizado un vínculo entre nosotros totalmente inexistente. No sé lo que se te habrá pasado por la cabeza, pero yo no voy a casarme de momento, tengo otros planes, te los he contado varias veces, y parece que obvias todo lo que te digo. Sé que no aceptas que estudie, que quiera viajar, conocer nuevas gentes y aprender lenguas distintas, sé que lo consideras una pérdida de tiempo en una mujer.

—Bueno, no te pongas así Adelina, no es eso exactamente, es...

—No he terminado ¡Haz el favor de callarte y dejarme terminar! Quiero que te entre en la cabeza de una vez por todas, que tú y yo no somos nada de nada, y que yo tomo mis propias decisiones, no voy a consentir que te entrometas ni en mis deseos, ni en mis costumbres, y mucho menos en lo que tengo pensado para el futuro. No eres nadie para decirme lo que tengo que hacer. No estoy dispuesta a someterme a tus caprichos y a tus órdenes. Te he permitido algunos besos, porque me tienes aburrída, pero eso no te da derecho a considerarme algo más que una simple amiga ¿Lo entiendes?

—¿Y nuestro futuro? ¿Qué pasa con nuestro futuro?

—Parece que vivieras en otro mundo totalmente distinto al mío, estás metido en una especie de telaraña que te nubla el sentido y estás asentado en un planeta paralelo ¡No soy como las demás mujeres que has conocido hasta ahora! ¡Te aprecio... de verdad que te aprecio! Pero aprecio mucho más mi independencia, no he venido del pueblo a cazar un marido, ni me he separado de mi familia, para volver a entrar en la misma retórica de mi pueblo. Todo el día criando niños, lavando, fregando y complaciendo a un marido que se va a trabajar y cuando vuelve, lo único que quiere es la cena, y revolcarse en la cama. No era esa mi intención. Estoy ahorrando todo lo que puedo, mando dinero a mi madre y lo que sobra, lo miro con lupa. Tengo que tener la hucha llena para mis proyectos. No voy a estar toda la vida limpiando, cuando llegue el momento me marcharé lejos, aprenderé otras costumbres, otras culturas, quiero conocer personas nuevas, saber lo que está pasando en el resto del mundo. Quizá haya un lugar donde las mujeres puedan expresarse libremente, sin el consentimiento de los hombres.

—¿Me estás dejando, Adelina?

—Por supuesto que no, solamente te estoy poniendo las cosas claras, no voy a casarme contigo, no puedo tolerar que intentes dominarme a cada momento, que te metas con mi forma de hablar, de vestir y de querer emanciparme. No duraríamos juntos ni dos días ¿Consentirías que viajara si estuviéramos casados? ¿Qué fuera a estudiar? ¿Qué no quisiera hijos?

—No... no lo consentiría, ni yo... ni ningún hombre que tenga dos dedos de frente. Y ya que tú no los tienes, tendría que poner yo el freno.

—Ya lo vas entendiendo Indalecio, para que no tengas que ponerme ningún freno, no vamos a casarnos.

—Pero ¡Si somos novios!

—¿De dónde te has sacado tú eso?

—¿Y cómo me has dejado besarte si no somos novios?

—¡Eres un completo ignorante Indalecio! ¡No te entra en esa cabezota tan dura que tienes, que he correspondido alguna vez a tus besos, porque me tienes harta, no porque los quisiera!

—¿No te han gustado?

—¡Claro que me han gustado! ¿Qué crees que soy? ¿Un témpano de hielo? Lo que quiero que entiendas, es que un simple beso, no te da la capacidad de convertirnos en novios.

—Muy bien Adelina. Entonces ¿Qué somos?

—¿Te parece bien que lo dejemos, en grandes amigos?

—Así que según tú, los amigos se dan besos.

—Y vuelta la burra al trigo —Indalecio eres un completo animal de bellota, no hay quien pueda contigo, cuando te entre de una vez en la cabeza lo que te he explicado me lo dices, mientras tanto, vamos a dejarlo, porque me estás levantando dolor de cabeza ¡Me voy a casa! ¡No quiero que me acompañes!

—Pero ¿Cómo vas a ir sola?

—¡Eres idiota... un completo idiota! Te acabo de decir, que eso es lo que

quiero, ir sola, no con un borrico como tú que no sabe ver lo que tiene delante de sus narices. Ah, y hoy pago yo los cafés. Hasta otro día Indalecio.

Marisa Lente había quedado a las once de la mañana con Emérito García, el conductor del camión que mató a la pobre Joaquina. Le había citado en una cafetería cercana a la comisaría, allí no podía hacerlo, ya que el interrogatorio no era oficial, cosa de la que Emérito no estaba informado.

Pidió un café con leche y un vaso de agua. Pasaban diez de minutos de la hora convenida y le vio entrar, le hizo una seña, y aquel hombre alto, enjuto y con aspecto rudo se acercó a la mesa.

—Haga el favor de sentarse señor García ¿Quiere tomar algo?

—Que amable se ha vuelto de repente la poli, cómo se nota que es una mujer. Está bien: un sol y sombra.

—Cuando estuvieron servidos Lente comenzó con el interrogatorio que tenía previsto.

—¿De qué conocía a doña Mercedes Fragoso?

—Bueno... una vez hace bastantes años... De nada ¿De que la voy a conocer?

—Emérito siga con lo que estaba diciendo “una vez hace bastantes años”...

—Me he confundido, a esa señora no la he visto en mi vida.

—¡No me mienta señor García! ¡Es por su bien! Al final todo se sabe, y lo que ahora podría salirle barato, en un par de meses podría costarle hasta la vida. Somos conocedores de lo que sucedió, es mejor que se deje de bobadas y diga la verdad. Doña Mercedes le pagó por atropellar a Joaquina, si lo confiesa ahora, ella se llevará la gran parte de la condena que pudiera caerle, y yo podría tener una atención con usted y hablar con el juez para que tuviera en cuenta su colaboración.

—¿Señorita...?

—Lente... Marisa Lente.

—Señorita Lente, está usted tratando de liarne, ya me han interrogado, y

no una, sino varias veces, me tuvieron detenido hasta que corroboraron que no tuve nada que ver en el accidente, porque fue un accidente ¿Sabe? Lo han dejado bien claro las autoridades,

—Está bien señor García, pero lo que las autoridades, como usted las llama, no saben, es de donde ha salido toda la pasta que tiene usted en su cuenta, y, qué casualidad, que justamente su dinero está en el banco después de la muerte de la criada de la señora Fragoso.

—¿De qué dinero me habla señorita? ¿Y quién es usted para meter las narices en mis cuentas?

—No se pase Emérito, no se pase, no tardaría ni un minuto en llamar a un compañero y meterle para dentro. Haga el favor de contestarme.

—Es un dinero que me debían.

—¿Quién y porqué se lo debían?

—Un amigo al que se lo presté hace años.

—¡Dígame el nombre de su amigo!

—Se ha muerto.

—¿Y antes de morir se quiso hacer una buena obra y le devolvió el dinero?

—Usted lo ha dicho, eso fue lo que pasó.

—¿Me ha visto cara de tonta Emérito? ¿O es que quiere pasar las próximas 72 horas en la trena?

—No me haga reír ¿Con que motivo?

—Me acaba usted de agredir, ya verá como me busco unos cuantos testigos de la agresión. No hubo transferencia, con lo cual, tuvo usted que recibir ese dinero en metálico y después lo ingresó ¿Pensó que no íbamos a investigarlo? ¿Con sus antecedentes? Porque no es usted precisamente un dechado de virtudes, si quiere le recuerdo su pasado delictivo.

— No hace falta, ya pagué por ello.

—Señor García, hasta ahora he sido buena persona, y le he dejado que

habláramos en un sitio imparcial, pero creo que va a ser mejor que entremos en la comisaría y le interrogué mi compañero Julián París, es experto en sacar información, tiene un peculiar modo de hacerlo. Y después pasaría 72 horas en un hotel de primera, sin agua, comida, ni atención médica, y con interrogatorios cada dos horas ¿Qué le parece mi invitación?

—No sé cómo no le da vergüenza decir esas cosas siendo una mujer, debería estar usted en su casa, cosiendo y aprendiendo a hacer vainicas y punto de cruz, como hacen mis hermanas.

—Le agradezco mucho sus intenciones para conmigo ¿Va a colaborar de una vez, o entramos? Tiene un minuto.

—Está bien, para usted la perra gorda. Conozco a la señora esa que tiene tanto dinero, la jefa de la chica muerta. Es verdad que la conocí hace años, a través de un compañero de la cárcel.

—¿Cuál fue el motivo de conocerla?

—Mi colega me dijo que si me venía bien hacerle un trabajito a una ricachona, y yo acepté, había un buen dinero por medio.

—Siga ¿Quiere otra copa?

—No me vendría mal.

—La cosa fue bastante fácil. Tenía que entregar un sobre a unos señores en una dirección y después dejar unos papeles en una especie de escondite.

—¿Dígame cual era la dirección de la entrega y el nombre del destinatario?

—¿De quién...?

—De la persona a la que tenía que entregar los papeles.

—Ah, bien, ahora la entiendo. Era un sobre grande y lo dejé aquí cerca, en la calle Bretón de los Herreros, 25, en el último piso, en la puerta del centro. Se lo tenía que entregar a un tal Valentín Cuadrado.

—¿Entró en la vivienda?

—Sí.

—Haga usted el favor de describirla.

—Era un piso interior, oscuro, demasiado pequeño. Una cocina con un hornillo y una pila, y de ella salía un cuartito con un váter y un lavabo muy pequeño. Lo sé porque me entraron ganas de mear. Del comedor salían dos puertas, que me figuro serían los dormitorios.

—¿Cómo era el comedor?

—Hace muchos años de esto, menos mal que la memoria nunca me ha fallado. En el centro había una mesa con cuatro sillas. Encima estaba todo lleno de papeles y fotografías, había mucho desorden, un pequeño sofá, y una cama mueble recogida. Sentados rodeando la mesa, se sentaban tres hombres, uno de ellos, escribía en una máquina de esas antiguas; una Regia, de las primeras que sacaron, claro que de esto que le estoy contando, hace ya muchos años, más de quince o veinte, era yo un chaval, joder, si uno pudiera retroceder y lo pasao, pasao...

—No se tuerza señor García, y siga contando lo que vio.

—El hombre que me recogió el sobre, se llamaba Helmut, o algo así, era extranjero, pero se defendía en español. Si la memoria no me falla, no era demasiado alto, y algo gordo, llevaba unas gafas grandes de culo de vaso, tenía la cara muy colorada, me dio las gracias en otro idioma, y una propina. Me hizo pasar y me preparó un chato de vino y unas olivas. Me dio muy mala espina esa gente, no sé por qué, pero aquello parecía un tugurio, no sé si me entiende, una especie de escondite. El caso es que se notaba que querían ser amables. Después de haber terminado, él se acercó y me entregó otro sobre y una nota en las que venían las instrucciones para mí. Yo pensaba que mi trabajo se terminaba con la entrega que había hecho, con lo que le pedí más dinero. El que escribía a máquina se levantó y me entregó dos mil pesetas más, aunque antes de cogerlas leí las directrices que venían escritas en los apuntes que me había dado.

—Siga.

—El extranjero, me dijo que me dirigiera a la calle Medellín 5, junto a la fábrica de Horchata, y le dejara el sobre a la portera para que se lo entregara en propia mano a don Manuel Paredes.

—Tiene usted buena memoria.

—No se crea, no la tengo, pero en algunas ocasiones es mejor aprenderse de memoria algunas cosas, por si acaso, nunca se sabe lo que le puede pasar a uno, y es mejor estar enterado, no sea que le quieran pillar por algún lado.

—¿A qué se refiere?

—El olfato me decía, que aquel era un asunto turbio, si no ¿Por qué tanto misterio? ¿Por qué necesitan mensajeros? Si tenía que hacer de chivo expiatorio, mejor estar informado, por lo que al salir de allí, hice un alto en el camino y me metí en la primera taberna que encontré, pedí un chato, y desencolé el sobre.

—Tuvo usted mucho valor ¿Qué contenía?

—Unas fotografías y una nota.

—¿Se acuerda de lo que decía la nota?

—Ya le he dicho que lo aprendí de memoria.

Marisa Lente, sacó un lápiz y un cuadernillo de su bolso y le dijo a Emérito que escribiera lo que había escrito en la misiva.

—“En los ojos de Agustín, encontrarás al patriarca, y en 5 días harás entrega del bulto, que se te entregará a ti un día antes, lo llevarás cerca del mundo, dónde el cárabo canta y cruza la zorra bendecida por el espíritu santo.”

—¿Y las fotografías?

—En ellas salía doña Mercedes, bastante más joven que ahora, claro. Llevaba un niño en los brazos, tapado con una toquilla, no se le veía la cara. Ella sonreía. La fotografía parecía estar tomada en un parque, todo el paisaje trasero era una arboleda,

—¿No le llamo la atención aquella nota?

—¿Por qué creé que la gravé en la memoria? estaba claro que aquella especie de carta era un mensaje que tenía que descifrar el tal Paredes, el señor a quien iba dirigida.

—Bueno señorita, creo que es hora de que me deje en paz, bastante información le acabo de dar.

—Está claro que la buena señora esta anda metida en más líos de los que parece.

—Se la estoy sirviendo en bandeja, en su momento pensé que era una espía o algo así, como la Matahalli, o como se llamara aquella espía tan famosa.

—Mata Hari, así la llamaban.

—Pues eso, me voy señorita, y para que vea que no me aprovecho, dejo pagadas mis copas, y la invito gustosamente a lo que haya tomado.

—Está bien Emérito, puede irse, pero no demasiado lejos, seguro que le voy a volver a necesitar.

—Como usted diga.

Marisa Lente, guardó el cuadernillo y el lápiz de nuevo en el bolso y volvió a la comisaría, preguntándose que era todo aquello, no sabía si tendría alguna relación con la muerte de Joaquina, o si se trataba de una historia nueva en la que la señora Fragoso hubiera prestados sus servicios. De lo que no estaba segura es de cómo le iba a sentar a su tío el nuevo cuento con el que le iba a sorprender, y si tendría que soportar nuevamente las risas y el ostracismo de sus compañeros. A veces se sentía como una mariposa de invierno: inexistente, sin embargo ella era una persona resiliente y capaz, y sabía que la ignorancia era universal, aunque, a veces, le gustaría zafarse de ella y esconderla bajo llave en un cofre imaginario, que nadie pudiera abrir ¡Que necios pueden llegar a ser los hombres! Pensó, mientras entraba en busca del comisario Membrano.

CAPÍTULO XV.

“Si estás en casa del muerto, has de estarte muy despierto.”

Luisa se levantó de un salto y comprobó que la señora Josefa aún dormía. Se extrañó, pues era como un reloj al que daban cuerda a las cinco de la mañana. Sabía sus quehaceres y la dejó dormir un rato más; mientras tanto, iría preparando la masa de los panecillos y del bizcocho. Ya lo había hecho varias veces y no había tenido queja alguna.

Se lavó la cara, las manos y se peinó como hacía siempre, con el pelo recogido en un moño para que le cogiera bajo del gorro blanco que no se quitaría hasta la noche. Se dirigió a la cocina, donde lo primero que hizo fue hacer el café que tomaría el servicio.

Era la primera en levantarse y la última en acostarse. Le gustaba dejar la cocina totalmente recogida, reluciente... como un jaspe, como hacía su madre, allá en su pueblo. Ella le había enseñado que una mujer tenía que ser aseada, hacendosa y recatada, y así era: no se movía de la línea recta, lo más que hacía era acudir el día libre al cine acompañada por Luciana o por la pobre Joaquina; que Dios la tuviera en la gloria, si es que coincidían en día de asueto.

Se asomó a la ventana, el día barruntaba tormenta. Las nubes negras formaban un paisaje siniestro, pronto descargarían toda el agua que portaban, la lluvia era inminente. Parecía estar escuchando a su pobre padre *“La lluvia trae riqueza”*. ¡Cuántas veces había escuchado la misma frase!

Metió los panecillos y el bizcocho en el horno, la señora Josefa se pondría contenta, le había quitado parte del trabajo. Colocó en la mesa toda la vajilla que necesitarían las muchachas para llevar al comedor donde desayunarían los señores. Ya se escuchaba la puerta de Adelina y Luciana, se oían susurros y los grifos del lavabo. ¡Qué distinto era todo aquello de su casa del pueblo, donde se lavaban en la pila y hacían sus necesidades en el corral! Luisa había nacido en Atalaya, un pequeño pueblo de Badajoz, donde la gente se ganaba el sustento trabajando la tierra para los terratenientes de la localidad. Ese era el único jornal de su familia. Su madre comenzó a lavar las sábanas de la casa

del señorito, y con eso y con el salario de su padre vivían malamente. Su hermano Juan marchó para Barcelona y se colocó en un taller de reparación de coches Siempre había sido espabilado y mañoso. Nunca supo la forma en la que se enteró su madre de que la señora necesitaba una muchacha para la cocina.

“¡Te vas pa Madrid! —le dijo— Te he puesto una cesta con migas recién hechas y un par de manzanas. Tu padre te llevará a Badajoz, y allí cogerás la camioneta hasta la capital. De que llegues, preguntas cómo se va a la casa donde vas a servir. Ya tienes edad de trabajar, hija, me han dicho que vas a estar mu bien allí. No quiero andar en boca de nadie, na más tiés que hacer lo que te he enseñao y tó irá bien. Eres limpia y hacendosa. ¡Que no me tenga que arrepentir de haberte dejao suelta! Vas ver muchas cosas que no conoces. Todo mejor que seguir aquí, hija mía, esto ya no es vida pá nadie. El amo me dijo que si querías podías servir en su casa, pero tu padre no ha querío, ni yo tampoco. Bastante que aguantemos nosotros, pero tú mereces algo mejor. Ahorra tó lo que puedas, nosotros nos apañamos con los dineros que trae tu padre y con las cuatro telas que lavo en el pilón. De seguro que conocerás a algún muchacho formal y casarás bien. Nada más llegar envía una carta paque nos quedemos tranquilos”.

Y así fue como Luisa aterrizó en casa de los señores de Vela. ¿Quién le iba a decir a ella que entraría en unos grandes almacenes? ¿Y que llevaría tacones? ¡Jesús bendito! Si la vieran sus padres no lo creerían.

Abrió el horno: ya estaba todo listo.

—Buenos días, Luisa. ¿Dónde anda la señora Josefa? —preguntó Adelina, mientras se servía un tazón de café con leche y desmigaba uno de los panecillos recién hechos.

—¿Se habrá dormido?

—¡Santo bendito! ¿Cómo ha de dormirse?

—Adelina, no te digo que no, tomó pastilla para adormecerse.

—Voy a ver, no me gusta nada, ¡a ver si le ha pasado algo!

—No seas agorera, mujer. ¿Qué leche le va a pasar? Voy contigo.

Cuando entraron en la habitación de la señora Josefa, se encontraron a Luciana que, al no sentir a la cocinera, se había puesto nerviosa y se decidió a abrir la puerta del dormitorio, no fuera que estuviera malucha.

—¿Sigue dormida, Luciana? ¡Pero esta mujer! ¡Sí que le ha hecho efecto el sedante, sí!

—Está muerta, Adelina.

—¿Qué dices, muchacha? ¿Te has vuelto tarumba de repente?

—Lo que te digo, Adelina, la señora Josefa se ha muerto.

—¡Señor del alma! —susurró Luisa— ¿Pero qué está pasando en esta casa?

Adelina se echó a llorar, y sus compañeras la imitaron. La señora Josefa parecía dormida, recostada en la almohada, con los brazos metidos dentro de la cama, solamente se le veía la cabeza. Mantenía los ojos cerrados, y de su boca medio abierta dejaba escapar una hilillo de líquido algo verdoso y babas, que habían empapado parte del embozo.

—¡Se ha muerto, Adelina...se ha muerto! —no paraba de repetir Luisa mientras sollozaba.

—¡Voy en busca de la señora y del señorito Ignacio!

—Ve... pero no tardes —contestó Luciana.

—¡Señora... señora! ¡Levántese! ¡Señora, por favor! ¡Ha ocurrido una desgracia!

Al escuchar las voces, la dueña de la casa le ordenó entrar.

—¿A qué vienen esas voces, muchacha? ¿Es que te has vuelto loca?

—¡Doña Mercedes... por favor... baje... que la señora Josefa se ha muerto!

—¿Qué estás diciendo? ¿Cómo lo sabes, boba? ¡Estará dormida!

—No, señora, no... no está dormida... está muerta.

—¡Quita de ahí! Voy a avisar a Ignacio ¡Más te vale que esté muerta!

¡Como hayas organizado este pastel para nada, te vas a arrepentir!

—¡Vaya, señora...vaya! Le ha debido de dar un ataque de esos de cabeza.

—¡No, si ahora va a resultar que eres médico! ¿No te he dicho que te quites de en medio? ¿Estás sorda? Baja y prepara café y tila, que si es verdad lo que dices, tendremos buena mañana.

En menos de diez minutos madre e hijo entraron en la habitación y mandaron salir al servicio. Ignacio la examinó despacio y concienzudamente.

—Esto tiene mala pinta, mamá

—¿Qué estás diciendo?

—No puedo certificar la muerte sin una autopsia.

—¿Por qué dices eso? ¿Para qué tenemos que meternos en mandangas? ¿Es que no hemos tenido ya bastante?

—Mamá... a veces parece que no tuvieras sentimientos. ¿Cuánto tiempo llevaba Josefa en esta casa? Yo la recuerdo de siempre, y tú no tienes ni la más remota pena por ella, lo único que te preocupa es el que dirá la gente otra vez.

—No te equivoques, hijo, yo la quería mucho, pasamos por muchas cosas juntas y eso se queda en el alma, pero ya sabes que no soy, ni he sido nunca, una persona de lloriqueos. Y desde que murió tu padre parece que tenga el corazón encogido. ¡Haz lo que tengas que hacer!

El comisario Membrano, acompañado de su inseparable sobrina y el inspector París entraron en la casa a la hora justa de recibir la llamada relatándoles lo sucedido.

Después de revisar minuciosamente el cadáver, subieron al salón y utilizaron el teléfono para llamar al juez y al forense.

Adelina sirvió el desayuno, como siempre, mientras Luciana atendía a Virtudes y a Charito, que lloraban con más sentimiento que lo hubieran hecho por su propia madre. La señora permanecía sentada, con una bata de seda sobre el camión y calzada con unas zapatillas que hacían juego con su

vestimenta mañanera.

Santiaguito no había venido a dormir, avisó que lo hacía en casa de uno de sus amigos, y no quisieron darle el disgusto hasta que no supieran algo más sobre la muerte de la pobre Josefa.

El equipo médico forense procedió a recoger pruebas y, cuando hubieron terminado, el juez ordenó el levantamiento del cadáver, al que llevaron al anatómico forense para proceder a la autopsia.

Marisa Lente se sirvió otro café, aprovechando las horas bajas de la señora de la casa, para decir:

—Se le acumulan las autopsias, señora.

—Señorita Lente, podría tener un poquito más de consideración, Josefa era una persona muy querida para mí.

—No le digo lo contrario, doña Mercedes, pero no me negará que esta casa se ha convertido en un cementerio. Por algo las revistas la llaman “*La casa de los horrores*”

—¡Marisa! ¡Ya está bien! — la amonestó el comisario.

—Disculpe a mi sobrina, señora, a veces tiene la lengua demasiado suelta. Sé que son momentos muy tristes, y que han pasado mucho en esta casa; sin embargo, en menos de seis meses, han fallecido cuatro personas que residían en esta vivienda. En cualquier caso parece sospechoso. ¿No lo cree?

—Lo único que creo es que el culpable está pagando por ello.

—Quién sabe, puede que no sea tan culpable como parecía. La cocinera presenta los mismos síntomas que su madre, que Dios la tenga en su gloria, señora.

—¿Es usted patólogo comisario?

—No, señora, no lo soy, pero llevo muchas horas de vuelo a mis espaldas, y esas horas de vuelo me dicen que hay cosas que no me cuadran. Esperaremos a los resultados de la necropsia. Volveremos a vernos pronto, doña Mercedes, voy a acelerar los resultados de la disección, hablaré con el juez para que este caso sea de prioridad absoluta. De momento no quiero que nadie de esta casa

salga de Madrid, y es menester que estén disponibles siempre que necesite su testificación, les ruego a todos su colaboración. No es por meterles miedo, pero, por si no se han dado cuenta, hay un asesino que anda suelto y que le ha dado por cargarse a los miembros de esta casa.

Marisa no dejó de observar a la dueña de la vivienda en ningún momento. En el tiempo que ocuparon el salón no cesó de dar órdenes al servicio, y no pudo ser más despectiva. ¡Qué mujer tan desagradable! Pero esta vez no se iba a ir de rositas. Tenía que averiguar cómo se llevaba con la cocinera, y para eso sabía que contaba con la colaboración de Adelina. La muchacha no podía ser más agradable y colaboradora. El hijo mayor permanecía sentado, con los ojos llorosos, siempre al lado de su madre, que no se levantó un solo momento para consolar a sus hijas, que estaban hechas un mar de lágrimas, lágrimas que no había visto en su cara en ningún momento.

Adelina, con la faz compungida, siguió atendiendo a todo lo que necesitaron los que permanecían en el salón, atenta a su trabajo, triste y cansada, dejando que las lágrimas resbalaran por su rostro, que se limpiaba continuamente con el pañuelo que siempre llevaba en el bolsillo del uniforme, con la única compañía de aquel cábaro que pareciese que la protegiera en los momentos más amargos, a la vez que mirándole le decía con el pensamiento: *¡Canta amigo! ¡Canta de una vez!*

El juez volvió a revisar el caso y, vistas las pruebas y siendo conscientes del nuevo asesinato, que guardaba las mismas características que el de la madre de doña Mercedes, decidió soltar al doctor Piedrahita, hasta nueva orden.

El comisario Membrano puso patas arriba a todos sus colaboradores y, desde ese momento los inspectores Villar y París, con la ayuda de Lente y un par de polis más, se pusieron con ello como si fuera parte de su vida.

—Hemos metido en la cárcel a un inocente. ¡Sois unos ineptos! Y por vuestra culpa un asesino anda suelto. Os necesito libres las 24 horas, no tenéis derecho ni a dormir. ¡Me cago en tó lo que se menea! Sois unos pedazos de mierda, eso es lo que sois. Esto me pasa por fiarme de unos incompetentes como vosotros. París, deja de mirar el culo a mi sobrina por un momento y ponte con el caso, y a ti, Villar, te voy a rebajar el sueldo. ¡Cómo me llamo Rogelio que te dejo en policía raso! Y tú, Marisa, no quiero volver a verte en

pantalones, que se te nota todo lo que no se te tiene que notar. ¡Hostias! Con vestidos y faldas como las mujeres decentes, y nada de pintura en la cara, y como te vuelva a ver fumar te tragas el cigarro. ¡O me haces caso o te mando a Medellín con tu madre, a fregar, que es donde deberías de estar, en vez de venir aquí a sacarme de mis casillas y darme la lata!

—Tío, ¡por Dios bendito! No se ponga usted así. No ha sido culpa nuestra, no hemos sido nosotros los que mandamos a Piedrahita a la cárcel. Le recuerdo que eso lo hizo el juez: nosotros sólo presentamos las pruebas, y éstas eran concluyentes.

—¡Pues no lo eran! ¡Me cago en la comisaría, en las pruebas y hasta en el juez! Os quiero ver trabajando sin parar ¿Tenemos que ver muertos a todos los de esa casa? Marisa, revisa todas las pruebas, y ponte con el mensaje que te dio el conductor del camión, a ver si logras descifrarlo y nos dice algo. París, de ahora en adelante te vas a convertir en un miembro más de esa familia, te quiero ver allí a todas horas, vas a volver a interrogar a todos, como si este fuera el primer asesinato. Y tú, Villar, te vas a enterar de los enemigos que tenían los muertos, el que ha hecho esto tenía algo en contra de ellos, está claro.

—¿No puede tratarse de un asesino en serie? —preguntó París.

—¡Qué poca sesera tienes, Julián! ¿Dónde has visto un asesino en serie cargándose a todos los miembros de una misma casa? ¿Y el modus operandi? ¿Dónde lo dejas? Al doctor Vela se lo cargaron de una cuchillada, a la criada la atropelló un camión y las otras dos envenenadas. ¿Te lo tengo que recordar a estas alturas? Vete a cualquier puticlub y echa un polvo de una vez, que estás más salido que los cuernos de un toro. Está visto que el culo de Marisa no te deja ni pensar. ¡Joder! Eso es culpa mía, por meter una mujer donde no debo, ¡hostias! Y vosotros —dijo, refiriéndose a los dos policías asignados al caso— buscad otros dos compañeros y hacéis guardias de doce horas a la puerta de la casa de los horrores ¡sin perder ripia! ¡Sobre todo a los que le toque el turno de noche! ¡Ojo avizor! Al criminal que estamos buscando, le gusta asesinar por la noche, está claro que lo tiene más fácil. Me voy un rato a tomar un café y a respirar un poco de aire nuevo. Cuando vuelva quiero tener organizado este cotarro. ¿Me has oído Marisa?

—Sí, tío, alto y claro.

Apagaron la radio, que siempre estaba puesta con la música que le gustaba a la sobrina del comisario y, sin que nadie le dijera nada, Marisa Lente tomó el mando por un momento. Pegó en la pizarra nuevamente las fotografías de todas las víctimas, de los posibles culpables y notas de las pruebas en las que se había basado para que dictaran la culpabilidad de Alejandro Piedrahita, tal y como había visto hacer en las películas.

—Bueno, chicos, aquí está todo. Habrá que ponerse a trabajar sin descanso. Aunque a veces pueda ser un poco burro, creo que mi tío tiene razón, no nos hemos tomado este caso como debíamos, está claro que Emérito García se ha cargado a la criada. ¡Pensemos! ¿Por qué lo ha hecho? ¿Por orden de quién? De Mercedes Fragoso. ¿Por qué? ¿Por liberar a su hijo de un matrimonio que daría mucho que hablar entre sus amistades? Vamos, por el qué dirán. Esa mujer es un demonio, capaz de eso y mucho más. ¿Por qué se cargó a las demás víctimas? A su marido porque le estorbaba en la relación con su amante; sin embargo, lo que nos queda por averiguar es por qué mató a su madre y a la cocinera. París tienes que interrogar a Adelina, es la que más colabora con nosotros: siempre lo hace bajo cuerda para que la señora no la pille hablando con nosotros, pero ahora se ha abierto el caso y tienes que interrogar a todos. En esa casa, las paredes escuchan y Adelina está al tanto de todo, como deben estar las otras dos criadas. Tienes que averiguar por qué odiaba tanto a su madre y a Josefa como para quitarlas del medio.

—Quizá se cargara a su madre por la herencia.

—No fue por eso, Villar, no le hacía falta dinero, el marido la dejó muy bien situada. Lo mejor es que vayas cuanto antes a interrogarlos a ver qué sacas en claro. Y tú, Villar, deberías acompañarle, no queda bien que un poli vaya solo. Además de las declaraciones que obtengáis, puede que salgan a la luz los enemigos de la familia. Mientras tanto me pongo a descifrar el puñetero mensaje este. Mi tío se debe de creer que esto es fácil. No hay por dónde cogerlo, lo he mirado millones de veces y no me entero de nada.

—Muy bien, jefa. ¿Ordena algo más? —preguntó París, dejando ver una sonrisa bobalicona.

—Déjate de idioteces, Julián, la chica tiene razón, vamos para allá, el comisario está que muerde —agregó Villar.

“En los ojos de Agustín encontrarás al patriarca, y le harás entrega del

bulto que colocarás cerca del mundo, donde silba el cárabo y cruza la zorra bendecida por el espíritu santo”

Le había dado mil vueltas al puñetero mensaje. ¿Cómo iba a saber ella quién era Agustín y qué le pasaba en los ojos? Y eso para empezar. Lo que estaba claro es que alguien tenía que entregar un bulto en algún sitio. ¿Qué sitio? Esa era la clave a descifrar. Había buscado en la biblioteca todos los sitios de España donde se encontraban los cárabos y las zorras, y no había tenido éxito. Las zorras habitaban en mil zonas, claro que también podía referirse a alguna pilingui. No iba a poder con ello. Había quedado con una amiga de su amiga Emilia, que había acabado la carrera de filosofía y letras, y por lo visto sabía mucho de geografía; quizá ella le pudiera abrir un camino desde el que comenzar.

Lucila, que así se llamaba la licenciada, acudió a su casa acompañada de su amiga Emilia. Marisa había preparado algo de merienda, que resultó bastante apetitosa. Y una vez retirados los platos, con un café en la mano, sacó la enciclopedia y el mensaje dispuesta a comenzar a desentrañar aquellas palabras que no podía quitarse de la cabeza y que ya había aprendido de memoria.

Lucila sacó un cuaderno y un lapicero de su bolso, y con el mensaje sobre la mesa comenzó a tomar notas y a consultar aquella enciclopedia que Marisa había puesto a su disposición. Al cabo de una hora y media, en la que no había levantado la vista de los apuntes, Lucila les dijo:

—Bueno, bueno, bueno, creo que tengo algo, pero os diré que esto es más difícil de lo que parece, sólo he podido descifrar la primera parte. Veréis, cuando la nota dice ojos, en realidad se refiere a un pueblecito de Murcia: Ojós, y Agustín da nombre a la parroquia de ese pueblo: parroquia de san Agustín y, claro está, al referirse al patriarca, me figuro que está hablando del cura, del abad, o lo que tenga esa iglesia. Si juntamos todo, alguien tenía que entregar un bulto al cura de la parroquia de san Agustín en un pueblo de Murcia llamado Ojós.

—¡Eres una lince!

—Seré una lince, pero no doy con lo del cárabo y la zorra, pero lo que saco en conclusión es que, una vez adivinemos lo que quieren decir esas palabras, sabremos el sitio donde el cura tiene que colocar el bulto.

—Doña Mercedes le dio a alguien algún tipo de mercancía que después entregó al cura de esa parroquia para que lo entregara a alguien en algún sitio.

—Eso es —contestó Lucila.

—¡Dios todopoderoso, lo que me has hecho avanzar! ¡No sabes cómo te lo agradezco!

—No tienes nada que agradecer, estas cosas me divierten. Además la merienda estaba riquísima y ha sido un placer conocerte, pero tenemos que volver a quedar y solucionar la totalidad del mensaje. Verás: si he logrado comprender que la primera parte era una localidad, la segunda parte debe dirigirnos a lo mismo, con lo cual hay que buscar alguna zona de España donde tengan cabida las palabras *mundo*, *cárabo* y *zorra*, ahí está la clave.

—¡Qué lista eres, chica! ¡Lo que hacen los estudios! —comentó Emilia.

—Anda, exagerada, no es que sea lista, es otra cosa: cuando estás acostumbrada a estudiar es más fácil este tipo de cosas. Os lo recomiendo, nunca es tarde.

—Yo ya tengo lo de peluquería —volvió a comentar Emilia.

—Se refiere a algo más profundo, Emi, que ni siquiera eres capaz de leer un libro.

—¿Y qué voy a hacer si no me gustan? ¿Quién te iba a arreglar a ti el pelo si yo no fuera peluquera? ¿Quién se adaptaría a esos horarios tan raros que tienes?

—Nadie, amiga, sólo tú, que vales un imperio.

—No me hagas la pelota ahora, que me has llamado bruta —contestó con una sonrisa.

—Anda, boba, vamos a tomar otro café, lo preparo en un pis pás.

—Eso está bien, y mientras lo tomamos, a cambio de mis esfuerzos nos vas a contar de qué va todo esto, y no nos digas que es secreto sumarásimos, que nuestras bocas están selladas.

—Está bien, lo haré.

Tal y como prometió el comisario Membrano, y gracias a unos cuantos favores que le debían, consiguió adelantar la autopsia de la señora Josefa, que dio un resultado exacto al de la madre de doña Mercedes. Se la habían cargado disolviendo en el vaso de agua encontrado en la mesilla las pastillas de dormir que tomaba la pobre cocinera. Había huellas de la fallecida y de doña Mercedes, aunque sabía perfectamente que el juez no iba a tomar en consideración esa prueba, puesto que el que tuviera huellas de la dueña de la casa no se salía de la normalidad cotidiana del uso de enseres, de los cuales era la dueña absoluta.

La ventana estaba cerrada, por lo tanto el asesino fue alguien que se encontraba en el interior. ¿Qué tenía aquella mujer en contra de su cocinera? ¿Y de su madre? Habría que comenzar desde el principio, después de haberse convertido en la risión de todas las comisarías de la zona, y haber salido hasta en la prensa rosa. El culpable, totalmente libre, fuera de toda sospecha, según el juez, pero el comisario estaba seguro de su colaboración con la dueña de la casa, aunque el último crimen lo hubiera perpetrado ella sola. Su sobrina ya tenía parte del mensaje descifrado. Era lista como un rayo. Había salido a él, estaba totalmente seguro. Si no fuera tan sumamente presumida y desobediente... sin embargo sabía que llegaría lejos, no sabía ella lo que le tenía preparado, la iba a presentar como la primera policía mujer que ejerciera en España, tenía los estudios que requerían en Colombia, estudios que no tenía ninguno de sus hombres, ni siquiera él mismo. En España se ascendía a dedo, o por antigüedad, y le sumaría las prácticas recibidas en la mejor comisaría de Madrid, la mejor, si alguno de los ineptos que tenía como inspectores pudieran resolver de una santa vez el caso de "*la casa de los horrores*", como ya era conocido en todo Madrid y, seguro, en todo el país.

Josefa fue enterrada en el cementerio de la Almudena, donde la pobre cocinera había comprado un terrenito para cuando su cuerpo pasara a la posteridad. La familia no tuvo que desembolsar un solo céntimo, la fallecida se había ocupado de pagar puntualmente el seguro de los muertos y tenía todos los papeles arreglados, incluso el testamento, en el que legaba la medalla de oro de la virgen del Pilar a Luciana, la sortija a Adelina y el collar de perlas a Luisa, y los pocos dineros que tenía en el banco a repartir entre las tres. Dejó un sobre en su mesilla de noche a nombre de la señora, con una coetilla que decía: "*abrir cuando ya no esté*". Doña Mercedes, cuando lo encontró, sin decir una palabra, se lo guardó. No iba a dar explicaciones a nadie de lo que

le pudiera contar la cocinera.

CAPÍTULO XVI.

“El mejor maestro echa un borrón.”

Los inspectores París y Villar volvieron a interrogar a todos los integrantes de la casa de los horrores, tal y como les había ordenado el comisario.

El día había amanecido borroso, las nubes cubrían el cielo y el aire olía a lluvia. Se agradecía la confortabilidad y la buena temperatura que se ofrecía en el salón de la casa. Nunca habían visto una sala tan grande, ni tan bien decorada. Las cortinas de flor de lis en tonos vino hacían juego con dos de los mullidos sofás y con las cuatro butacas, incluso habían utilizado la misma tela para forrar las amplias galerías que cubrían parte de los cortinones, que, recogidos con lazos, dejaban que entrara la poca claridad del día a través de los blancos visillos, que caían hacia el suelo, formando pliegues. En uno de los extremos se abría una gran mesa de madera noble, rodeada de ocho sillas forradas con el mismo tejido, y, pegado a la pared, un aparador largo, donde se posaban varias fotografías decoradas con marcos de reluciente plata, y un reloj antiguo, que dejaba escuchar las campanadas que marcaban la hora, coincidiendo en el sonido con el gran carrillón, que decoraba otra parte del salón. Las paredes estaban forradas de madera hasta más o menos la mitad, y el resto empapelado a rayas en tonos vino y blanco. Todo eso hacía que el ambiente fuera de lo más acogedor, aunque la dueña de la casa no brillara especialmente por eso.

Luciana les sirvió sendos cafés en la mesa delantera del sofá, y les acercó uno de los muchos ceniceros que permanecían en cada mesa. Villar optó por encender un pitillo, deleitándose con el café, mientras esperaban a la dueña de la casa.

La vieron bajar por las escalinatas, de riguroso luto, del que no se desprendía desde la muerte de su marido. Era una mujer no demasiado bella, pero su elegancia era tal, que la hacía hermosa a los ojos de los demás. Llevaba el pelo recogido en un moño italiano, y si se había puesto maquillaje, apenas se notaba. Una falda estrecha por debajo de las rodillas y conjunto de jersey y rebeca de mohair, que, con zapatos de medio tacón, completaban su atuendo, siendo el único adorno un collar de perlas y unos pendientes haciendo juego, los cuales, resaltaban la elegancia innata de doña Mercedes.

Se sentó en una butaca junto a ellos.

—Otra vez aquí.

—Señora, parece como si no le preocuparan los acontecimientos sucedidos en esta casa, le recuerdo que ya van cuatro asesinatos ¿No se ha preguntado que usted pueda ser la próxima? Puede que no tenga miedo porque sepa algo de lo sucedido. Cualquiera en su lugar estaría deseando atrapar cuanto antes al asesino —replicó Villar.

—Tiene usted toda la razón inspector, el gran problema es que esto se ha convertido en una especie de rueda que no hace más que girar y siempre nos lleva al mismo sitio, porque ustedes son tan ineptos que no han sido capaces de resolver absolutamente nada, además de meter a un inocente en la cárcel, de lo que tendrán que dar cuentas cuando llegue su momento, han convertido mi casa en un circo. No podemos ni abrir una ventana sin que los periodistas saquen una foto, y todo eso es culpa suya.

—Nosotros no tenemos nada que ver con la prensa señora.

—Si hubieran estado calladitos, y nadie de su comisaría se hubiera ido de la lengua, probablemente, esto no estaría pasando.

—Con el tiempo, todo llega a saberse, doña Mercedes. En fin, tenemos que volver a interrogar a todos los que viven en la casa.

—¿Creen que el asesino vive aquí? ¿De verdad lo creen?

—Sí, señora, eso es lo que creemos. El día que asesinaron a su cocinera, todas las ventanas de la casa estaban cerradas por dentro, si el asesino fuera una persona de fuera, no habría podido hacerlo ¿No le parece?

—A mí no tiene que parecerme nada, yo no estoy aquí para averiguar nada, por si se les ha olvidado, yo soy la víctima, han asesinado a mi marido, a mi madre y a Josefa, que además de mi cocinera, era una amiga muy querida.

—Se le olvida la criada.

—Joaquina tuvo un horrible accidente, nadie quiso acabar con su vida.

—Eso no está muy claro ¿sabía que el conductor que la atropelló, tiene un montón de acusaciones en su currículum? ¿Qué estuvo en la cárcel?

— ¿Por qué tengo que saberlo? Eso es tarea suya. No serían muy graves las acusaciones de las que hablan, cuando el juez le puso en libertad a los pocos días del accidente.

—Tenga cuidado doña Mercedes, no se tome todo esto como si no fuera con usted. Estoy totalmente seguro que se está guardando muchas cosas, que no quiere decirnos.

—¿Desconfían de mí? Yo quería a mi marido inspector París, él era el centro de mi vida, y estaba muy unida a mi madre ¿Me creen capaz de matarlos?

—De momento, no la estamos acusando de nada, señora. Sin embargo hemos averiguado muchas cosas, y estamos totalmente seguros de que nos ha mentado en los anteriores interrogatorios.

—No sé a qué se refiere.

—Sabemos que Joaquina estaba embarazada, como también sabemos que su hijo Ignacio era el padre.

CAPÍTULO XVII.

“En casa de ciego, el tuerto es el rey.”

El inspector Julián Paris mandó llamar a Adelina, a la que acomodó en la silla del despacho del fallecido doctor Vela.

Después de una serie de preguntas rutinarias, abordaron nuevamente el estado de Joaquina, que Adelina volvió a corroborar.

—No lo dude inspector, la pobre Joaquina estaba embarazada del señorito Ignacio, yo veía con estos ojitos, cómo noche sí, y otra no, acudían a la casita de invitados, al igual que escuché la conversación que mantuvo con la pobre señora Josefa, que el señor tenga en su gloria. Y cuando fuimos a ver a una adivina, para que nos dijera lo que nos deparara el futuro, ella le contó que estaba embarazada del señorito.

—Y solo por curiosidad ¿Qué le dijo la adivina?

—Que tenía un mal presagio, que volviera a su pueblo con la gente que verdaderamente la quería, que la estarían esperando con los brazos abiertos. Creo que vio su muerte, y no quiso decir nada.

—¿Crees en esas cosas?

—No, casi todas esas cosas son un fraude. Pero esta era distinta, a mí me averiguó cosas, que solamente yo conozco.

—Bueno, vamos a seguir ¿Crees que la señora podría ser culpable de todos los asesinatos acontecidos en esta casa?

—La creo capaz de eso, y de mucho más, y no solo a ella. El doctor Piedrahita, ha tenido mucho que ver, es su amante, se tiraría a un pozo por ella.

Me gustaría pedirle algo señor inspector, la señorita Marisa, me dijo que si necesitaba algo que se lo dijera.

—Por supuesto Adelina ¿Qué necesitas?

—No piense que soy una cotilla, porque no lo soy, hágase cargo de la situación que estamos pasando en esta casa, por eso toda información es poca.

He escuchado la conversación que han mantenido con la señora, y me ha causado estupor algo que han encontrado.

—¿De qué se trata?

—Una especie de mensaje que alguien entregó a no sé quién. Me gustaría saber lo que dice.

—Está bien Adelina, pero de esto chitón, si se entera el comisario me traslada a África.

“En los ojos de Agustín encontrarás al patriarca y le harás entrega del bulto, que colocarás cerca del Mundo, donde silba el cárabo y cruza la zorra, bendecida por el Espíritu Santo”.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Estoy investigando por mi cuenta. Yo veo y escucho muchas cosas comisario. Ya le dije a la señorita Lente, que les informaría de todo lo que me pareciera raro.

—Pues voy a darte otra información, hemos logrado descifrar la primera parte del mensaje. Cuando habla de los ojos, se refiere a Ojós; un pueblo situado en la provincia de Murcia, Agustín es la parroquia de san Agustín, y nos figuramos que el patriarca, será el cura, el abad, o quien mierda mande allí.

Disculpa mi lenguaje.

—No tenga cuidado inspector, mi padre hablaba mucho peor, ya estoy acostumbrada a escuchar palabrotas. Hay otra cosa que quiero decirle, como de repente he decidido averiguar todo lo que pueda de este caso, creo que hay algo que se les ha pasado por alto.

—Dime, no te guardes nada, en estos momentos, cualquier cosa puede ser de suma importancia.

—El día que murió la pobre señora Josefa, que en paz descansa, me tocó limpiar los dormitorios del servicio. Como por la mañana estamos muy ocupadas, lo hice a eso de las siete. Cuando entré en la habitación donde dormía la cocinera junto con Luisa, ya estaba preparado el vaso de agua que después la pobre bebería con las pastillas que acabaron con ella.

—Sigue.

—Al barrer la habitación, en el lado derecho de su cama, el que casi linda con la pared encontré en el suelo restos casi imperceptibles de barro, de un barro pegajoso; similar al que hay en el jardín si sales del camino. Después cuando limpié los zapatos que había usado ese día la señora, me di cuenta que en la suelas estaba pegado el mismo fango que encontré. Y como la señorita Lente me dijo que todo lo que me pareciera raro se lo contara, pues eso, que me tomé la molestia de guardarlo en distintas bolsas de plástico, y las he traído, las tengo aquí, en el bolsillo del delantal, para dárselas, pero por favor, escóndalas, no quiero que se entere nadie de esta casa de que se las he dado. Ya sabe lo que me pasaría si se enteran, no solo es que me pondrían de patitas en la calle, sino que, además, si, como pienso, la señora es una asesina, lo más probable es que acabara como la pobre Joaquina, que la santísima Virgen tenga en su gloria.

—Adelina, no sabes lo que me acabas de proporcionar. Es una prueba, que junto a todo lo que tenemos, la puede inculpar del crimen de la cocinera. Te estamos muy, muy agradecidos, eres una gran colaboradora, sin embargo, quiero que sepas, que si al final acusan a tu señora de asesinato, tendrías que testificar en el juicio, claro, si es que lo hay, si no tuviéramos la suerte de que confesara sus crímenes.

—Cuenta conmigo señor comisario. Es una mala persona, cruel, y sumamente desagradable. La mayoría de las veces nos trata a patadas, y de vez en cuando, se nos queda mirando fijamente esbozando una mueca, similar a una sonrisa, que hace que me corra un escalofrío por la espalda, que haría temblar al más pintado.

—Muchas gracias Adelina, eso es todo. Ya sabes, si averiguas algo, ponnos al tanto. Y si eres tan amable, avisa a Ignacio, dile que le estoy esperando.

—Sí, señor, lo haré.

Pasados unos minutos el hijo mayor de la familia hizo su entrada en el despacho de su padre. Tomó asiento, y contestó a todas las preguntas que París había preparado para él. Una vez terminado el interrogatorio, el inspector le hizo partícipe de las pruebas que el comisario Membrano poseía, designándole como padre de la criatura que esperaba Joaquina. Le relató, con

toda clase de detalles, los resultados de la prueba, que, aunque no era válida en un juicio, era suficiente para hacerle comprender la verdadera situación a la que sus actos le habían llevado. Y, aunque estaba levantado el secreto de sumario, la intención de París, era la de enfrentar al primogénito con su madre, por si esa situación les llevaba a averiguar algo más.

El gesto de Ignacio, con el destempe plasmado en el rostro, hizo que el comisario preguntara:

—¿Se encuentra usted bien?

—No muy bien, la verdad. Si es cierto todo lo que me ha contado, Joaquina podría estar viva en estos momentos. Si mi madre me hubiera puesto al corriente, sin dudarle la habría hecho mi esposa. Sin embargo, me pregunto ¿Por qué no me lo había contado? ¿Qué esperaba?

—Quizá tuvo miedo de su reacción.

—Eso no es posible, sabía de sobra que jamás la hubiera dejado en la estacada, a pesar de mi madre, y a pesar de todos los miembros de esta casa. Hubiera cumplido con mi deber.

—¿Entonces, no niega que tuvo relaciones con la criada?

—Las tuve, y si estaba esperando un hijo, yo era el padre. Ella jamás hubiera tenido relaciones con más hombres.

—¿Sabe que todo esto puede hacerle culpable, o cómplice de su muerte?

—¿De qué muerte? Joaquina fue atropella por un camión.

—¿Usted cree?

—Pues claro que lo creo, yo, y toda la policía en pleno. Lo han investigado, y dejaron libre al conductor del camión. Dictaminaron que había sido un accidente.

—Está bien doctor Vela, puede retirarse.

Después de haber interrogado nuevamente a todos los integrantes de la casa, Villar y París volvieron a la comisaría, llevando una sonrisa de oreja a oreja. La interpelación de ese día, les había dado más información que todas las anteriores juntas. Llevaba en su poder la prueba que había recabado

Adelina...A esa chica la tenían que nombrar policía de honor, y seguro que, en esos mismos momentos el hijo mayor estaría echándole en cara a su madre unas cuantas cosas.

Después de comer, Ignacio le rogó a Adelina que subiera dos cafés a su dormitorio, y, rozando el brazo de su madre, la invitó a acompañarle.

Se sentaron en sendos butacones frente a la cama y esperaron a que llegara la criada, no quería que nadie interfiriera, ni se enterara de la conversación que iba a mantener con su madre.

Cuando se quedaron solos, Ignacio le puso al corriente a su madre de lo que le había contado el comisario París, rogándole que no le mintiera más.

—Es cierto, sabía que esperaba un hijo tuyo....lo sabía.

—¿Por qué no me pusiste al corriente?

—Sabía que tirarías tu vida por la borda casándote con ella.

—Por supuesto que lo hubiera hecho.

—¿Y crees que iba a consentir semejante barbaridad? Eres el director de la mejor clínica privada de todo Madrid, de ti dependen un montón de empleados, y sus familias. Toda la alta sociedad de la capital pasa por tu consulta: Girón de Velasco, Carrero Blanco y hasta doña Carmen y su hermana Zita, lo hacen a escondidas del marqués de Villaverde, porque te consideran mejor especialista.

—¿Crees que por todas esas personas iba a abandonar a Joaquina en su estado? ¡Que poco me conoces mamá!

—Todo lo contrario hijo, porque se cómo eres no te lo conté.

—¿De qué hubieras sido capaz?

—¿No pensaras que he sido la culpable de su muerte? ¡Por Dios bendito, Ignacio, si la consideraba como a una hija! Le habría dado dinero, mucho dinero, para que a tu hijo no le faltara nunca de nada, pero la habría mandado al pueblo, con el apoyo de sus padres, que sentían adoración por ella y jamás la habrían abandonado. Y si no hubiera tenido ese fatal accidente, te habría olvidado y habría sido feliz. Con su belleza, no le habrían faltado

pretendientes, por muy embarazada que estuviera. La habría ayudado a abrir cualquier pequeño negocio, y habría sido feliz ¿Crees que aquí lo hubiera sido? Aguantando a las malas lenguas que harían comparaciones entre tú y ella, no lo habría soportado, era demasiado sensible.

—No vas a enredarme de nuevo con tus palabras mamá. Sabías que me acostaba con ella ¿Por qué no me lo impediste? ¿Cómo es que permaneciste callada?

—Demasiado bien sabes por qué.

—No, no lo sé, no me entra en la cabeza, que consintieras mis relaciones con ella, sabiendo que nos estábamos encamando y después te echas las manos a la cabeza, cuando ella se queda embarazada.

—No quiero hablar más de este asunto.

—Lo siento mamá, pero vas a decirme porqué lo hiciste.

—¡Por ti! ¡Lo hice por ti! ¡¡Y mil veces lo volvería a hacer!! Tenía que quitarte de la cabeza a Mario ¿O crees que soy tonta? ¿Crees que no sé de tus relaciones enfermizas con ese bastardo? ¿Quieres que todo el mundo te tache de maricón? ¿Qué se ría de ti? ¿Con que fiabilidad van a ir a tu consulta si saben que andas retozando con un hombre? Que eres un invertido... sí, hijo, no pongas esa cara. Un invertido. A las cosas hay que llamarlas por su nombre. Eres mi hijo, y, si para que sientes la cabeza, tengo que hacer algo indebido, lo haré. Solo quería que supieras lo que es hacer el amor con una mujer, relaciones permitidas, las que siente un hombre, las que debe sentir, las del camino recto. Y pensaba que una vez lo hubieras sentido, tu buen juicio te dictaría, justamente, el camino que deberías seguir. Pero veo que erré, esos instintos equivocados que llevas dentro, deben ser más fuertes de lo que imaginaba. Debes de tomar una decisión, no puedes seguir así. Terminarás por perder la clínica, y arruinarnos a todos.

—¿Crees que para mí es fácil mamá? ¿Qué no llevo una batalla interior? ¿Qué no me pregunto a diario, porque yo? ¿Qué no luché por querer a Joaquina? No sabes lo que estoy sufriendo, mamá... seguro que no lo sabes.

—¡Basta de ñoñerías Ignacio! ¡Tienes que tomar una determinación!

—Y según tú ¿Qué debo hacer?

—Echar a Mario de tu vida, no existe otra solución.

Al escuchar la sentencia de su madre, Ignacio, se levantó y salió del dormitorio sin emitir una palabra más.

CAPÍTULO XVIII.

“La práctica, más vale que la gramática.”

Luciana era la más antigua de los miembros del servicio, después de Pepe, el chofer. Joaquina había sido su gran amiga desde que entró a servir en la casa. Se encontraba desamparada sin ella, y sin la señora Josefa, que había actuado de madre desde el mismo día en el que pisó la casa. Guardaba la amistad de Adelina y de Luisa, como si fuera un tesoro que le quisieran arrebatarse. Su madre la escribía constantemente pidiendo que abandonara aquella casa, sin embargo se encontraría desnuda sin la compañía de las dos únicas amigas que le quedaban.

Luciana era de Madrid, vivió en una casa heredada de los abuelos, cerca de las cocheras del metro de Cuatro Caminos. Una casa baja, con patio interior, que su madre mantenía repleta de tientos colgados de la pared que le recordaban a su querida Córdoba, lugar del que era oriunda. Su madre había servido hasta el día que contrajo matrimonio, día en el que dejó de trabajar para ocuparse de las labores del hogar, y, su padre, nacido en un pueblo de la Mancha, llegó a Madrid a trabajar de mecánico en un taller de reparación de coches, en el que ganaba un sueldo que les ayudaba a subsistir. Luciana, limpia y apañada al igual que su madre, decidió que era hora de salir de sus faldas y ayudar a la familia, y, desde los catorce años, llevaba sirviendo en la casa del doctor Vela. Entró recomendada por un médico, que asistió a su padre, cuando casi pierde el brazo al dejar que uno de los coches le cayera encima cuando revisaba los bajos, y que no perdió, gracias a la rápida intervención del galeno, cliente del taller. Le ingresaron de inmediato en la clínica del doctor Vela, en la que prestaba sus servicios como cirujano de traumatología, corriendo él mismo con los gastos de la estancia y la operación.

Entró en aquella casa para fregar platos y todo lo que le pusieran delante, y estuvo casi dos meses sin salir de la cocina, donde, además de a lavar la loza, aprendió a preparar bollos, bizcochos y guisos, ayudada por la señora Josefa. Poco a poco, se fue haciendo con la casa, y ascendiendo en el escalafón, y, cuando las dos doncellas que ayudaban en la mesa, y limpiaban los dormitorios se casaron y abandonaron la insigne vivienda, la señora tuvo a bien subirla de categoría, aunque tuvo que pasar un año, para que le adecuara

también el salario, que tanta falta hacía en su casa.

Después de fallecer la pobre Joaquina, la señora tuvo a bien dejarla el cuidado de su dormitorio, sin embargo algo desvelaba su sueño desde que conoció a Adelina, aquella muchacha con su afán de aprender y conocer nuevos mundos, le había contagiado el interés por todo lo nuevo que acertaba a comprender, como libros, películas y cualquier cosa que llegara a sus manos y le hiciera sentir algo más cultivada. Como aquello le parecía poco, se arriesgó y decidió pedir permiso a la señora para que, Adelina y ella, pudieran tomar clases de la mano del señorito Santiago, siempre que a éste, le pareciera bien. No sabía si era porque se lo había solicitado con cara compungida, o porque le pilló en horas tristes, la señora contestó:

—No tengo inconveniente, siempre que no abandonéis las tareas de la casa y Santiaguito pueda ¡Habla con él!

—El joven hijo de la señora se sintió halagado al ser elegido como profesor de aquellas dos bellezas, a las que hasta ahora no había prestado la más mínima atención, a no ser para rozarles el trasero cada vez que podía, recibiendo por ello las miradas severas de su madre.

Decidieron que, a eso de las ocho de la tarde, una hora antes de servir la cena, Santiaguito las esperaría en el despacho de su padre, para lo cual, recopiló todas las enciclopedias, cuadernos y útiles, que había utilizado en sus estudios de bachillerato.

Adelina, además de poner toda su atención a las clases de Santiaguito, pasaba sus horas libres tratando de descifrar la segunda parte del dichoso mensaje, del que no sacaba nada en limpio. Eran varias las palabras a destacar: Cárabo, zorra, mundo y Espíritu Santo. Si en la primera parte se trataba del lugar donde recogían un bulto, la segunda, sin tener que pensar mucho, sería el lugar de la entrega, por lo que revisó todos los puntos cardinales del mapa de España, buscando adónde le llevaban los términos que figuraban en el mensaje. No encontró, cárabo, ni zorra, ni Espíritu Santo, sin embargo, sí que descubrió el lugar donde se encontraba el vocablo: mundo. Y pensar que hasta lo habían pisado sus pies más de cien veces ¿Cómo había podido estar tan tonta? El nacimiento del río Mundo, donde en tantos momentos había jugado de pequeña, haciendo travesuras con sus hermanos. Se sintió feliz al descubrir aquel lugar, con lo que siguió machacando durante

varios días, hasta que al llegar al nombre de su pueblo, Riópar el chico, se dio cuenta, que también era denominado como Riópar el viejo, que según la enciclopedia, se llamaba en la antigüedad Rivus Oppae, o lo que es igual: río de la Zorra, y aquello la llevó directa a la conclusión de que el Espíritu Santo, era, ni más ni menos, la iglesia de su pueblo ¡Jesús bendito! Alguien había proporcionado un bulto, entregado por el párroco de la iglesia de Ojós en la iglesia de San Agustín, al cura de su pueblo en la parroquia del Espíritu Santo ¡En su pueblo! ¡Jesús, María y José! Ahora sí que estaba desorientada ¿Estaría metido don Ramón, el cura de su aldea, en algún tinglado de la señora? ¿Algún vecino? ¿Por qué había acabado ella en la casa de alguien que tenía tejemanejes con el sacerdote de su pueblo? ¿Sabrían algo de esto sus padres? Inmediatamente escribiría a su madre para ponerla al corriente de todo lo que había averiguado. Y, lógicamente, en cuanto todos estuvieran acostados, llamaría al teléfono que venía en la tarjeta de la señorita Lente, para hacerla saber que sus pesquisas habían dado en el clavo.

Las afueras de la vivienda, se habían convertido en todo un foro social. Periodistas de toda España, incluso, algunos, llegados del extranjero, recogían con sus cámaras las salidas y entradas de todos los miembros que moraban en la casa. Todas las revistas sacaban en sus portadas la fachada de la edificación, e incluso algunos se habían atrevido a saltar la valla, y fotografiar el jardín trasero y las ventanas de los dormitorios de las fallecidas, y, más aún, en alguno de los muchos reportajes publicados, se habían visto las fotos del interior de la vivienda, junto con alguno de los habitantes que moraban en ella.

La casa de los horrores había pasado a ser parte del entretenimiento popular, haciendo que cuando acudía a la compra o a algún recado, la miraran cómo si se tratara de la misma Marilyn Monroe, o esa otra que decían que tenía sus mismo ojos, sin embargo, todos coincidían en la misma pregunta ¿Por qué no te vas de esa casa? Ella también se lo preguntaba, azuzada por su madre, que se la llevaban los demonios, al pensar que su hija estaba expuesta a un peligro constante. Pero había viajado a la capital con una sola intención, y no se iría hasta que no cumpliera con lo que su mente le dictaba desde hacía muchos años, y eso llegaría cuando cantara el cárabo, lo sabía demasiado bien.

El frío del invierno hizo que aquel día amaneciera gris, las nubes negras

coronaban el cielo, y aunque la amenaza de nieve era inminente, los entregados periodistas seguían su audaz vigilancia en la puerta de la vivienda.

Abrió las ventanas del dormitorio de la señora, y se dispuso a limpiar aquella preciosa habitación, que siempre permanecía limpia y ordenada, como si nadie la habitara ni rozara los enseres y fotografías que decoraban los maravillosos muebles de valiosas maderas.

Pasó la aspiradora, aquella máquina infernal que hacía más ruido que el vagón del metro, limpió el polvo, y por último hizo la cama. Entró en el vestidor, y colocó varios zapatos que no es estaban en los estantes de siempre. Quitó el polvo a las sombrereras, para lo que tuvo que ayudarse con la pequeña escalera que descansaba detrás de la puerta, y por un instante creyó notar que, alguna de las piezas de la madera se había desprendido por el roce de una de las cajas de sombreros, Se puso de puntillas sobre el último escalón, separo la sombrerera, y efectivamente, observó que un trozo de la madera había sido pegado y se había descolocado. Intentó volver a ponerlo en su sitio, pero al hacerlo, un papel se dejó ver por el resquicio. No pudo remediar la curiosidad que le invadía, bajó de la escalera, volvió al dormitorio, y en cuanto se cercioró de que no había nadie, volvió a las andadas. Separó el listón, y metió la mano para poder acceder a todos los secretos que pudieran anidar en aquel estrecho hueco. Durante dos o tres minutos, estuvo sacando papeles y sobres cerrados, y cuando se hubo cerciorado de que aquel escondite estaba totalmente vacío, terminó de limpiar lo más rápido que pudo, para poder saciar su curiosidad en la soledad de su dormitorio, antes de que Luisa le avisara para poner la mesa de los señores. Abrió la aspiradora, escondió en su interior todo lo que había encontrado y se dirigió a su habitación, con el afán de simular que tenía que aspirar la alfombra.

Echó el cerrojo, se sentó en la cama y sacó los papeles que se entremezclaban con suciedad y pelusas, los sacudió y se puso a ojearlos.

Más cartas de don Alejandro y de ella, fotografías en el mismo sitio, pero con distintos niños, y tres o cuatro de la señora, sosteniendo en los brazos lo que parecía ser un recién nacido, aunque casi no se apreciaba su cara, por estar envuelto en una preciosa toquilla. En una de ellas, la señora fumaba sentada en una de las camas, con una gabardina y un sombrero negro, a su lado, una enfermera sonreía con aquel bebé en los brazos, y en otra, doña Mercedes,

sostenía a la criatura en la entrada de un hospital llamado Maternidad de Santa Teresa. La señora sonreía, mirando al niño, y posó en distintas posturas sin dejar aquel gesto en el que se la veía sumamente feliz. Volvió la fotografía, y observó un sello con un nombre y una fecha: Antonio Cortés (fotógrafo) 11 de Junio de 1.937. Más cartas de amor, más fotografías con don Alejandro: abrazados, besándose, de la mano, y por último abrió un sobre que contenía varios papeles; parecían facturas, estaban repletos de números que detallaban cantidades altísimas. Cuando terminó de leer aquello, Adelina, torció el gesto, esbozando una mueca similar a una sonrisa ¡Ya te tengo! ¡Maldita mujer! ¡Asesina! Es una asesina de la peor calaña, pensó.

Varios papeles dirigidos a autoridades alemanas de las S.S., dejaban ver nombres de niños, y a cada lado una cantidad: Abba Jacob... 100.000 pesetas. Abraim Adael...85.000 pesetas, y así decenas de folios, guardadas en varios sobres. Algunas de aquellas hojas iban dirigidas a asesinos como Sigmund Rascher y Josef Mengele, médicos capturados por utilizar niños judíos para sus perversos experimentos ¿Cómo una persona podía guardar una mente tan diabólica? ¡Maldita y mil veces maldita! Con lo que tenía en su poder, la acusarían también de las muertes ocurridas en la casa, no habría duda alguna, era una asesina despiadada, sin embargo, no había llegado su momento, se guardaría ese as en la manga para cuando llegara la ocasión.

CAPÍTULO XIX.

“A mal tiempo, buena cara.”

Adelina y Luciana comenzaron las clases a manos de Santiaguito, que, rápidamente, se dio cuenta de la ventaja que sacaba Adelina a su compañera. Mientras que Luciana todavía no dominaba la tabla de multiplicar, Adelina demostraba a cada minuto su gran inteligencia y su pasión por el estudio y la lectura. No tenía faltas de ortografía, conocía el mapa mundi como la palma de su mano, sabía la historia de España como el Padre Nuestro, hacía quebrados y ecuaciones de primer grado como si llevara tiempo con ello, y poseía conocimientos de arte y política, casi, como él mismo.

—¿Dónde aprendiste todo esto, muchacha?

—Día a día, señorito, mi pasión es leer, aprender y adquirir conocimientos.

—¿Cómo es posible que sepas realizar ecuaciones?

—Por los libros, y rebanándome la sesera.

—Estarías preparada para presentarte a los exámenes del bachiller superior.

—¡Madre mía señorito! ¡Sería un sueño! ¡Lo más maravilloso que me podría suceder!

—Bueno, bueno, no nos precipitemos, voy a enseñarte algo más de matemáticas y vamos a hacer un repaso general, para valorar tus conocimientos y saber en qué curso podrías incorporarte.

—Pero, señorito, su madre no me dejaría.

—A mi madre déjamela a mí, y si no está de acuerdo, se lo diré a Ignacio, él tiene vía libre con ella. Vamos a empezar a leer a Shakespeare ¿Has leído algo de él?

—No señorito, no lo he hecho.

—Está bien, toma éste. Macbeth, veremos si te gusta y estás preparada

para después hacer un comentario de texto, y ahora vamos a comenzar con las ecuaciones de segunda grado, mientras Luciana copia varias veces la tabla del seis.

Una vez dadas las explicaciones pertinentes, Adelina se retiró a su dormitorio, la emoción que le embargaba le había quitado las ganas de cenar. Tenía en sus manos un libro de Shakespeare. Rápidamente se puso el camisón, encendió la luz de la mesilla, se introdujo entre las cálidas mantas, y se fundió en aquella maravillosa historia, con la que le darían las claras del día.

Amaneció nublado, el invierno estaba haciendo estragos en Madrid, amenazaba nieve, aunque no terminaba de llegar. La calefacción de la vivienda no se apagaba en ningún momento y el hogar resultaba cálido a la vez que acogedor.

Cuando finalizaron los desayunos, Santiaguito la llevó aparte:

—¿Libras esta tarde?

—Sí, señorito, es mi tarde libre.

—Te espero a las cinco en el café Comercial, en la glorieta de Bilbao, te invito a un chocolate.

—No puedo señorito, se lo agradezco, pero no estaría bien.

—A ver, muchacha, no te pienses lo que no es. Si te he citado es para informarte de tu futuro, he hablado con mi madre.

—¿De verdad? ¿Y qué le ha dicho?

—Esta tarde te pondré al día de todo —una vez dichas las últimas palabras y, sin esperar respuesta, subió las escaleras de la cocina, desapareciendo de su vista con rapidez.

Suponía que no sería ningún pecado que el señorito la invitara a un chocolate, si eso servía para cambiar su futuro.

Antes de la comida, recibieron a la nueva ayudante de cocina. Cecilia, que así se llamaba la nueva trabajadora, no aparentaba más de 18 años. Recién llegada de Nuevo Baztán, un pequeño pueblo de la provincia de Madrid, llamado así por sus repobladores oriundos del Valle del Baztán, en Navarra,

fundado por Juan de Goyeneche y famoso en la antigüedad por su artesanía vidriera, y por su precioso palacio, que según Cecilia era el orgullo de todos los habitantes de tan memorable pueblo. Después de ponernos al tanto de todas las características y atractivos de su población, nos contó que, siendo la pequeña de cinco hermanas, todas hembras, sus padres habían decidido mandarla a Madrid a servir, después de que les hubiera sido algo costoso casar a las tres primeras, que fueron unidas en matrimonio con tres vecinos de pueblos colindantes, aldeanos con pocos posibles, pero serios y honrados. La cuarta, ya había cumplido los veinte, y no se avistaba en el horizonte ningún aspirante a casorio, con lo que sus progenitores, decidieron ampliar las miras de su hija pequeña, para que algún madrileño se fijara en sus encantos, de los que, según observó Adelina estaba bastante dotada. Sin llegar a tener la belleza delicada y etérea que poseía la pobre Joaquina, aquella muchacha que iba a demostrar sus dotes culinarias en la familia, era agraciada físicamente. Morena, de ojos grandes y negros, con el pelo recogido en una trenza que rozaba su pequeña cintura, a la que seguían unas abundantes caderas, dignas de volver la mirada de toda la especie masculina. Pecho altivo, mirada fija y algo descarada, cosa que no le pasó desapercibida a la señora, que, como siempre, la mandó llamar para hacerle las advertencias pertinentes.

Luisa vio el cielo abierto, poco le importaba que la nueva criada, fuera guapa o fea, habladora, o callada, ella solo deseaba la ayuda que llevaba esperando desde que falleció la pobre señora Josefa, que Dios tuviera en su gloria.

Después de escuchar atentamente a doña Mercedes, y con el uniforme puesto, mirando fijamente a todo el servicio y con los brazos en jarras, y aires chulescos, les dijo:

—Me llamo Cecilia, y como ya os he contado, vengo de un pueblo de los alrededores de Madrid. Guiso como los propios ángeles, y soy limpia y trabajadora. Me gusta respetar a las personas, y espero que ellas me respeten a mí, espero servir de ayuda a vosotras y a la familia, y, por el bien de todos, llevarnos, bien. Puedo aguantar explicaciones, pero no me gustan las reprimendas, a las que no pondré cuidado, pues mi buen hacer lo demostrará a cada momento, ya que mi menda lo vale. Pero habréis de saber que en cuanto encuentre un novio que asegure mi futuro, me largo de aquí, a dar con mis huesos en casa propia, si puede ser, y será, porque Dios no ha tenido a bien

darme estas hechuras, para después ponerme a vestir santos.

Luisa, no pudo reprimir una carcajada.

—No te preocupes, que aquí en la capital no te han de faltar pretendientes. Son dicharacheros y famosos por sus requiebros. En cuanto asomes la cabeza a la calle Abascal, con ese movimiento de caderas y escuchen dos palabras de tu boca, con esa labia que Dios te ha dado, te aseguro un novio a la primera de cambio.

—Dios te oiga Luisa, porque no he salido de mi pueblo, ni de los cuidados de mi madre y mis hermanas para pasarme años aquí metida, limpiando la mierda que dejen los señores, por muy remilgados que sean.

—¿Te ha informado alguien de lo que viene pasando en la casa? Comentó Luciana.

—¿A qué te refieres?

—¿No lees revistas?

—A veces.

—¡Ay madre la pobre, no sabe dónde se ha metido!

—¿De qué habláis? Me han dicho que es una de las mejores familias de Madrid.

—¡Ay que me parto! Susurró Luciana.

— ¡A veces estarías más guapa callada Luciana! —comentó Adelina— Pero ya que has empezado, habrá que ponerla al tanto de lo sucedido, está en su derecho de largarse en cuanto lo sepa.

Entre Adelina y Luisa, le hicieron un resumen de lo que llevaba bastante tiempo sucediendo en aquella casa. Los crímenes, accidentes, indagaciones, pesquisas, interrogatorios y visitas policiales constantes, hasta la pusieron en antecedentes de la prensa que hacía guardia día y noche delante de la casa, y hasta de cómo la llamaban: “La casa de los horrores”

—¡Jesús, María y José! ¡Habrase visto adonde han ido a parar mis pinreles! ¡Si lo llego a saber vengo antes!

—¿Pero nos has escuchado bien muchacha?

—Alto y claro, como el agua del Manzanares. Contestó como siempre, dicharachera y graciosa, como buena madrileña castiza.

—Sí, te he escuchado bien, y mis oídos no me engañan, que no creo, porque los llevo limpios y aseados, dentro de poco seré famosa, y saldré en los diarios y en las revistas del corazón. Y si es posible, que lo será, me haré famosa como la Lola Flores y la Carmen Sevilla.

—Dotes no te faltan hija ¿Sabes cantar?

—Cantar... lo que se dice cantar... a veces lo hago debajo de la ducha... pero permaneceré calladita, para que no caigan los chuzos de punta, sin embargo, lo que se me da de rechupete es marcarme un buen chotis, de esos apretaditos, un pasodoble, o un buen tango.

—¡Ay qué bien me lo voy a pasar con esta chica! —comentó Luisa— Lo triste es que no vamos a librar juntas, para poder ir a bailar.

—Y si mi pregunta no molesta ¿Eso a que se debe?

—Jolín Cecilia, no hay que pensar mucho. Si lo hiciéramos se quedaría la cocina desatendida.

—Estáis comiendo la liebre antes de matarla —comentó Adelina— en cuanto lleve aquí unas cuantas semanas, y sea del buen parecer de la señora, yo puedo ocupar vuestro puesto en la cocina, no tenéis más que dejar la cena hecha, de los demás pormenores, nos ocuparemos Luciana y yo, y te recuerdo, Luisa, que estamos esperando otra chica, que creo viene mañana a ocupar el lugar de Joaquina.

—Es un lugar difícil de sustituir— comentó Luisa.

—Lo sé... lo sé. Y no hablemos más que hay mucho que hacer ¡Todo el mundo a la faena!

Pasados diez minutos de las cinco de la tarde, Adelina apareció en el café Comercial, ataviada con sus mejores galas, que no eran otras, que un abrigo de buen paño en color beis, con el cuello de imitación a piel de alta gama, y unos zapatos de medio tacón, sobre unas medias finas con costura, que hicieron, que todas la miradas masculinas y algunos piropos, resbalaran por aquel

establecimientos, donde se servía uno de los mejores cafés de todo Madrid, y acudieran en tropel, estudiantes, hijos de gente bien. Con el pelo recogido en un moño alto, la frente alta y libre, algo de colorete, los labios pintados, y engalanada con unos pendientes de perla que le había prestado Cecilia, caminó con andar seguro, hasta la mesa donde la esperaba el señorito Santiago.

Al volver la cabeza, y encontrarse de frente con aquellos ojos color violeta, a Santiago le dio un vuelco el corazón y sintió un escalofrío por la espalda que le hizo ponerse de pie de un salto, y a punto estuvo de derramar por el suelo, el café y el suizo que estaba degustando.

—¡Por Dios, señorito, que le va a dar un jamacuco!

—Buenas tardes Adelina, y no me llames señorito.

—¿Y cómo he de llamarle entonces?

—Pues ¿Cómo va a ser? Por mi nombre.

—Muchas confianzas son esas, señorito.

—¡Que no me llames señorito! Y menos aquí.

—Está bien... está bien, no se enfurruñe, tengamos la fiesta en paz.

—Te pediré un chocolate con churros ¿Te apetece?

—Sí señor...Sí, Santiago.

—Eso está mejor.

—Bueno y ahora, lo prometido es deuda. ¡Cuénteme! ¡Que estoy en ascuas! No he podido pegar ojo, entre el libro que me prestó y la contestación de la señora, estoy que no vivo.

—Mañana me voy a acercar al Instituto Beatriz Galindo, a informarme de si es preciso que comiences los estudios desde el principio, o simplemente con un examen, te adjudiquen directamente a un curso. Si por mí fuera, entrarías en sexto, te tendría un año y a preu, y directa a la universidad.

—¿Has pensado que es lo que quieres estudiar?

—Esta mañana le he dicho a Cecilia, la muchacha nueva, que estaba comiendo la liebre antes de matarla, pues a usted le pasa lo mismo. Lo primero, es lo primero ¿Qué ha dicho la señora?

—Imagínate, me ha echado una charla de las suyas, que si zapatero a tus zapatos, que si no me debiera haber metido en donde no me llaman, que si soy un defensor de pleitos pobres, que donde se ha visto que tengamos que costear los estudios a la criada, en fin, ya la conoces. Y como veía que las cosas no iban por donde deberían, pues eso, como te dije, he recurrido a Ignacio, que en menos de diez minutos ha apelado a su buena fe, y todo arreglado. Mientras tengas tus tareas hechas, dice que da igual que faltes un rato por las tardes.

—Es que no va a ser un rato, me figuro que será algo más.

—Mañana me informaré de todo, tómate el chocolate que se va a quedar frío ¿Quieres una copita de anís?

—No... no bebo alcohol. No sé cómo darle las gracias. Si pudiera asistir a clase, vería mi sueño cumplido.

—No me des las gracias, estoy encantado de ayudarte. Ojalá que de esta conversación salga una universitaria. No me has contestado ¿Dónde van a ir dirigidos tus estudios?

—Qué mejor que a la enseñanza. Quiero que todo el mundo pueda estudiar, que sepa lo maravilloso que es conocer los secretos de las matemáticas, y que se empape de los mejores escritores, que puedan disfrutar las pinturas de aquellos maestros que dejaron sus obras para que las admirásemos. Que cuando observen un edificio, sepan que detrás de la decoración hay muchísimo trabajo técnico, que cuando contemplen un ave, conozcan la labor de los ornitólogos, que descifren las palabras en su auténtica medida, que conozcan las melodías y sepan contar los acordes, que no solamente degusten el sabor de la cultura los hijos de los ricos, sino que sepan contemplar la belleza también los pobres.

—Tu discurso me ha impresionado Adelina ¿Pero crees que porque te culturices, incluso que si estudias una carrera, vas a ser capaz de cambiar el mundo?

—No...pero aportaré mi granito de arena, como lo está haciendo usted, y

no me refiero solamente a su ayuda.

—¿Entonces?

—Usted sí que intenta cambiar el mundo, se está jugando su mundo ¿Cree que no lo sé? ¿Qué no le escucho llegar sofocado algunas noches? ¿Qué lo hace a escondidas?

—¿De dónde piensas que vengo?

—Ya se lo he dicho, de intentar cambiar el mundo.

En ese momento Santiago, sintió que era cierto, que Adelina no estaba equivocada en sus palabras, y que su mundo estaba cambiando, y no solamente se debía a sus reuniones clandestinas, a la propaganda prohibida que a veces albergaba su chaqueta, y que escondía en las cajas del altillo del armario, sino al despertar de una sensación nueva, una sensación que le producía el fulgor de aquellos ojos violetas que le estaban sumiendo en un torbellino, en el que sus pensamientos daban volteretas en el carrusel de sus proyectos, en los que, sin ninguna duda, desde el momento en el que aquel escalofrío había recorrido su espalda, entraría Adelina. Se había agarrado a su mundo, como se aferra un imán a unas tijeras...unas tijeras que estaban dispuestas a cortar con su vida anterior y dedicarse plenamente a vivir aquel amor sincero que estaba despertando y comenzando a invadir su alma.

CAPÍTULO XX.

“La primera impresión es la que cuenta.”

Marisa Lente sostenía entre sus manos la nota que había pasado mil veces a máquina, tratando de descifrar el misterioso mensaje que aquella chiquilla había sabido interpretar en un momento, pensó que hablaría con ella para agradecersele. Cada día estaba más convencida de que el mundo se había hecho para las mujeres. En cuanto llegara su tío le pediría permiso para hacer un viaje a tierras murcianas, a fin de dar con los sacerdotes a los que se refería la nota, no sería difícil que todavía estuviesen vivos. Si se pudieron hacer cargo de las solicitudes de Mercedes Fragoso, suponiendo que por aquellos tiempos estarían llenos de vitalidad y con ganas de ganar dinero, no era descabellado pensar que hubieran obtenido recompensa monetaria por parte de la demandante, a ella no le faltaba y los curas siempre andaban pidiendo. Sus pensamientos desaparecieron en cuanto vio entrar por la puerta silbando a su tío. Parecía que venía de buen humor, sería buen momento para solicitarle lo que tenía pensado. Era pertinente ir a buscar a esas personas, el problema radicaría en ella y segura estaba que mandaría a cualquiera de los hombres.

El comisario Membrano se sentó en la silla de su despacho después de saludar a todos sus colaboradores, envió a su sobrina a por un café y un bollo al bar de al lado y abrió de nuevo el expediente que desde hacía meses le traía de cabeza. Sabía que su sobrina no tardaría en sentarse frente a él, pedirle permiso para poner pies en polvorosa y marchar a Murcia a buscar a los malditos curas de los que hablaba la susodicha nota que la mantenía en vela día y noche. Esta muchacha le estaba costando el descanso, con lo a gusto que vivía él solito sin los problemas que traía una mujer, por eso estaba tan ricamente y no había querido hijos ni formar una familia. Su vida era el trabajo y, por si fuera poco, su sobrina era lista y guapa. Si por lo menos le entrara en su linda cabecita la idea de casarse... no sería nada difícil dar un empujoncito a Julián París, se la comía con los ojos, y la verdad es que no era para menos. El muchacho no es que fuera muy espabilado, pero para espabilada ya estaba ella, sin embargo era buena gente y tenía una larga y, posiblemente fructífera carrera por delante. Con su sueldo, el que le daba él a su sobrina a escondidas y con el piso que le pensaba regalar, si algún día

pensaba en contraer matrimonio, estarían en la gloria. Tendría que poner los medios, ya que ella no estaba por la labor y él no tenía ganas de tener en casa a una solterona y metijona que siempre estuviera fisgando en sus cosas.

Dicho y hecho.

—¿Da su permiso tío?

—Entra.

—Le traigo el café calentito y una napolitana, que las hacen tan ricas como las de la Mallorquina.

—Vale, vale, gracias hija.

—Tío me gustaría proponerle una cosa.

—No te molestes.

—Pero tío, si no sabe de qué se trata.

—Te conozco más que tu madre muchacha, estás loca por largarte a Murcia y sabes que no me gusta un pelo.

—¡Tío...es por el bien del caso!

—En eso estoy completamente de acuerdo, pero no vas a ir precisamente tú, voy a mandar a París.

—¡Qué bien! ¡Además, tiene coche y podré ir con él!

—Pero, cómo vas a ir con un hombre soltero que se pasa la vida mirándote el culo, hostiaaaaaas? ¿Es que no sabes nada más que sacarme de mis casillas?

—¿No tiene confianza en mí, tío?

—Sí, hija sí que la tengo, en quien no la tengo es en él. ¡Tira y ponte a trabajar, que tengo que pensar!

—Está bien, tío, ya me voy —dijo Marisa, haciendo un gesto con su boca semejante a una especie de puchero.

El comisario volvió su butaca hacia la pared dando la espalda a sus empleados, no fuera que, a través de la cristalera, descubrieran sus

pensamientos haciendo cábalas por sus ademanes ¿Y si París la preñara? — Pensó— ¿Sería una buena solución? Al principio pondría mala cara, incluso tendría que meterle un par de guantazos a París, pero sería el mejor recurso para casar a su sobrina. Por muy moderna que fuera, no dejaría a un hijo sin padre ¿Y si se atreviera a hacerlo? No, no lo haría, con solo mencionarlo, la correría a hostias.

—¡París y Lente, a mi despacho, echando leches!

—A sus órdenes comisario —dijo Julián París.

—Mañana os vais a Murcia, prepara una hoja de gastos porque no hay coches disponibles, así que necesitaréis el tuyo. A ver si os vais a pensar que os mando de vacaciones y a tomar las aguas del mar Menor. Quiero tener aquí, en mi despacho y en menos de tres días, los informes de lo que tengan que decir los malditos curas, y ¡rezad para que no se hayan muerto! Porque si lo han hecho, soy capaz de sacaros los gastos de las costillas.

—¡Ay tío, gracias! Comentó Marisa, a la vez que llenaba de besos la cara del comisario.

—¡Quita, chica, quita! ¡Me estás manchando la cara con la pinturraja que llevas! ¡Por Dios benditoooo, Marisaaaaaa! ¡Coñooooo, suéltame!

Otra cosa, a ver qué hacemos. Quiero dos habitaciones en la nota de gastos. Julián, cuidadito con lo que haces, la que va contigo es mi sobrina ¿Te enteras? ¡Cómo le pase algo te corto los huevos!

—Tranquilo comisario, conmigo estará segura.

—Si... segurísima, tanta seguridad me abruma. Largo de aquí los dos ¡A preparar el viaje, cuanto antes os marchéis, antes volveréis!

El inspector París se relamió un par de veces, no cabía en sí de gozo ¡Viaje de trabajo, y con Marisa Lente! ¿Se podía pedir más?

Remedios Encinas hizo su entrada en la insigne vivienda de doña Mercedes Fragoso, cargada con una maleta de cartón y deseosa de abrirse la puerta en aquellos madriles que solo conocía de oídas. Nacida y criada en Linares de la Sierra, un pequeño pueblecito de Huelva, y cumplidos los dieciséis años, marchó a servir a Sevilla donde realizó una magnífica labor en

casa de los Condes de Utrilla, famosos en toda Andalucía por sus finos licores y crianzas que llevaban la marca de su dinástico apellido “Utrilla” Más famosos que adinerados, sus señores habían fallecido más pobres que ratas, habiéndose llevado por delante las viñas, el palacete, las tierras de labor y todas las obras de arte y joyas que quedaban en su poder para poder subsistir con dignidad los últimos años de su vida, hasta que un mal día en la que descargó una tormenta cerca del ganado, les pilló rezagados, contemplando un toro zaino que iban a vender a México y un rayo los dejó secos y cogiditos de la mano, estampando sus caras en el suelo, con los ojos abiertos y las lenguas fuera, adosando las dos siluetas a la tierra como si se tratasen de dos calcomanías.

Después del entierro, como mandan los cánones y vestida de riguroso luto, Remedios se subió a la camioneta que la llevaría a la capital a enfrentarse a lo que viniera en la famosa “Casa de los horrores” de la que hablaba toda España, sin miedo alguno, con ganas de trabajar y unas poderosas referencias que dejaron a doña Mercedes deseosa de tener a su servicio aquella trabajadora venida de tan noble casa, que sería la envidia de todas sus amigas.

Aquella mañana amaneció nevando. Luisa y Cecilia llevaban un rato trajinando la casa. Luciana se levantó descalza, posando sus pies en la mullida alfombra mientras dejaba que su vista alcanzara el pequeño hueco entre los visillos observando los copos caídos desde la madrugada que, habiendo cuajado, conformaban una alfombra blanca en todo el jardín y que cubrían los bancos y las figuras de piedra. Observaba los carámbanos de hielo que caían de la boca de los peces de la fuente, haciéndole sentir una especie de escalofrío a pesar de que la habitación estaba totalmente caldeada. Adelina corrió las cortinas y, al contemplar la nevada, dejó sentir una sonrisa en su cara. Tan sólo había visto nevar un par de veces en su vida. Allá en su tierra no era frecuente ver caer aquellos maravillosos copos.

—Vamos Adelina “año de nieves, año de bienes” algo bueno nos deparará el día.

—Si tú lo dices...

—No seas agorera ¡Vamos al baño! si lo hacemos juntas tardaremos menos, que estoy muerta de hambre y hasta aquí me llega el olorcillo a

panecillos recién hechos.

Qué poco se figuraba Luciana lo que le iba a deparar el día.

Una vez uniformadas subieron a la cocina, donde Cecilia y Luisa se afanaban en las labores matutinas. Le sorprendió la señora dando órdenes a tan temprana hora y, al volver la cabeza hacia la ventana para contemplar de nuevo la nieve, observó la mirada del cárabo fija en ella. Instintivamente, doña Mercedes giró la cabeza para mirarle ¡Dichoso pajarraco! ¿De dónde saldría? Era como un ave de mal agüero, siempre aparecía en los momentos más inapropiados. Miró a Adelina y se dio cuenta de cómo no podía separar sus ojos de la ventana ¿Sería por la nieve? ¿Vería ella también la rapaz a la que hasta ahora había comparado con una alucinación?

—¿Qué miras Adelina? Preguntó.

—¿Otra vez se te ha aparecido el cárabo? Preguntó repentinamente Luciana.

—¿Qué es un cárabo? dijo la señora sorprendiendo a las dos muchachas.

—Una rapaz, señora, parecida al búho, pero algo más pequeña — contestó Adelina.

—¿Y lo ves posado en el alfeizar de la ventana?

—Lo observo tan bien como a usted, señora, creo que algo malo se avecina.

—Llevas razón muchacha, tengo una mala noticia que sé, os va a causar un gran dolor. Me ha llamado la policía para comunicarme el fallecimiento de los padres de Joaquina.

—¿Cómo que han fallecido? —preguntó Luciana.

—¿Los dos? ¿Han tenido algún accidente?

—No, no ha sido eso, la policía dice que están investigando, pero creen con casi toda seguridad que ha sido un suicidio. Ya los han trasladado a Madrid, están en el anatómico forense. El comisario Membrano me ha dicho que estas cosas se demoran mucho, pero que él lo sabrá a lo largo del día. Voy para allá, no tenían familia, y me ha pedido el favor de identificar los

cadáveres. Ya le he dado instrucciones a Luisa.

—Me gustaría acompañarla señora —dijo Adelina.

Doña Mercedes miró al resto del personal de servicio, los cuales dieron su total aprobación simplemente con un gesto.

—No sé qué ganarás viniendo a ver muertos, pero tú verás. Cámbiate y date prisa, Ignacio está preparado y el chófer nos espera.

Adelina sintió cómo dentro de ella se despertaba ese sentimiento de ira que a veces invade y nos conduce a ser irremediabilmente crueles y que obliga a apretar los dientes para evitar dejarse llevar por él.

Tardaron casi una hora en llegar. El tráfico en Madrid no era fluido, los carteles de la rebajas de invierno inundaban los establecimientos y el ir y venir de la gente era constante, confundiéndose entre los portales y la arboleda que delineaba las aceras de las grandes avenidas de la capital. El centro de Madrid se sentía bullicioso y vital. En la plaza de Chamberí los niños jugaban al pilla pilla, mientras que las niñeras uniformadas con aquellos delantales blancos, formaban corrillos en los que se escuchaban sus charloteos a lo largo de la calle Santa Engracia. Al llegar a la glorieta de Atocha, decenas de viajeros desfilaban con sus maletas, algunas atadas con cuerdas por faltarles los cierres, mientras que otros se movían lo más deprisa posible, como si se les escapara el tren que les llevaría hacia su destino. Los taxis se agolpaban unos contra otros, dejando oír las palabras mal sonantes que salían de la boca de sus conductores, bajando sus ventanillas para que les escuchara el compañero que le había interceptado el paso.

El comisario Membrano les esperaba en la puerta fumando nerviosamente un cigarrillo de marca americana. Paseaba de un lado a otro como si las personas sin vida que le esperaban, tuvieran prisa por ser reconocidas.

Doña Mercedes salió del coche con paso firme y mirada baja, aparentando una tristeza que no sentía. Cubierta con un abrigo de garras de astracán, se agarraba el cuello acercándolo a su cara, evitando así que los copos de nieve la rozaran. Sus sofisticadas gafas de sol Pertegaz cubrían sus ojos, a fin de simular con ellas el haber estado llorando. Pepe, el chofer, salió del coche para encender un cigarrillo, saludando al comisario con la mano. Adelina, con su abrigo de paño, medias de lana oscura y una boina negra, salió

inmediatamente detrás de la señora, a la que abrió la puerta de acceso para que pasara primero.

Adelina volvió la cabeza y miró a través de las puertas acristaladas del tétrico establecimiento y observó la nieve tratando de encontrar un espacio de luz en su cabeza, la cual no albergaba en ese momento más que oscuridad y tinieblas, como si viera su vida desde fuera en una película de terror. La maldición de la casa de los horrores atacaba de nuevo, mientras el cábrabo se posaba en la blanca rama del primer árbol que en ese momento alcanzó su vista.

—Buenos días doña Mercedes, y compañía —saludó el comisario.

—Buenos días, comisario, usted dirá.

—No hace falta decir nada, señora, ya sabe a lo que ha venido, parece que los muertos se le acumulan.

—No sea usted desagradable, señor Membrano ¿Qué culpa tengo yo de que la gente valore en tan poco su vida?

En ese momento salió uno de los funcionarios que los condujo hasta la sala de autopsias, donde en breve el forense comenzaría a abrir los cadáveres para proceder a extraer los órganos de los difuntos.

La madre de Joaquina permanecía en la mesa de acero tapada con una sábana. Era la primera a quien iban a intervenir, mientras que los restos de su marido permanecían todavía en el frigorífico a la espera de practicarle, a su tiempo, la autopsia.

Doña Mercedes y Adelina se acercaron al cadáver.

—¿Están preparadas? —preguntó el forense, enfundado en una bata verde con un gorro de la misma tela y una mascarilla que reposaba bajo su barbilla. Así pues, tras un gesto afirmativo, levantó la sábana, dejando ver el rostro de aquella mujer que no merecía haber sufrido una muerte tan temprana. El gesto que le contraía el semblante parecía expresar que sus últimos momentos habían experimentado un dolor lacerante. El lastimoso aspecto de sufrimiento reflejaba lo que había sido su vida después de la desgarradora pérdida de su hija.

—Es ella —susurró doña Mercedes, sin que su rostro variara un ápice.

Adelina rompió a llorar dejando que llegaran a su memoria los angustiosos momentos del velatorio de Joaquina. El alma de aquella mujer estaba rota y sentenciada y la pena no le había permitido seguir viviendo. Su existencia ya no tenía sentido sin aquella hija que había sido la alegría de su vida y que, aquel fatídico día, un camión asesino se la había arrebatado siguiendo las instrucciones de aquella malvada mujer que permanecía inerte e infatigable mientras se reía de la muerte y del sufrimiento que sus maquiavélicos manejos causaban, moviendo como a marionetas las vidas de sus semejantes. Nuevamente sintió aflorar el odio intenso que le producía ver el semblante gélido e impávido de aquel ser pérfido, que no conocía los buenos sentimientos y que había utilizado y destrozado cuántas vidas le estorbaban para hacer realidad sus propósitos, creyéndose un ser superior, un Dios poderoso y temible que cambiaba a su antojo el devenir de otras vidas.

—¡Adelina! ¿Te vas a quedar ahí mirando a la muerta todo el día? Ya hemos reconocido el cadáver de su marido y sigues ahí como una pava.

—¿De qué manera lo han hecho, han sufrido? —se atrevió a preguntar Adelina al forense que, con un gesto de amabilidad, la cogió por los hombros, empatizando con su tristeza.

—Es pronto para decir nada, ni tan siquiera hemos empezado a abrir los cadáveres pero, por los síntomas que presentan, sin duda han ingerido algún tipo de veneno.

—¿Cree que sufrieron al morir?

—No, muchacha, no lo creo, simplemente se quedaron dormidos, quizá algún malestar. No te apenes por eso, ya no se encuentran entre nosotros, seguro que estarán viviendo una existencia mejor junto a su hija.

CAPÍTULO XXI.

“Cada oveja con su pareja.”

Cuando Marisa Lente y su compañero Julián París llegaron al pueblo murciano de Ojós, ya había pasado el mediodía. Pararon en uno de los restaurantes de la plaza dispuestos a almorzar y dejar sus pocas pertenencias viajeras en cualquier alojamiento que les ofreciese la localidad.

—¿Qué tal Marisa, te apetece una paella?

—Por supuesto, estoy muerta de hambre.

El camarero les recomendó la paella de la huerta, famosa en aquellos lugares donde los huertanos se ganaban la vida al pie de la ladera gris de la montaña, cosechando sus verduras en los terrenos regados por el río Segura. Mientras degustaban una copa de vino de Jumilla, les pusieron un aperitivo de gachas manchegas en el que Marisa mojó casi media barra de pan.

—¡Para ya chica, que se te va a poner el culo como una sandía!

—Que fino eres París, da gusto estar contigo, la delicadeza de tus piropos me tiene anonadada.

—Bueno, bueno, no te enfades, que lo digo en broma. Si te sirve de algo, debes saber que te veo preciosa y hoy, casualmente, estás más guapa que nunca. Tienes unos colores que hacen resaltar todavía más el azul de tus ojos.

—Será por el calor del coche, estoy muy poco acostumbrada a viajar. Aún no me creo que mi tío haya accedido a dejarme venir ¡Y tú y yo solos! Con lo antiguo que es. Cuando me lo dijo, me quedé muerta.

—Pues no te digo yo, en ese momento pensé que estaba delirando y no sabía lo que decía.

—¿Sabes una cosa Julián?

—Tú dirás.

—Tú también estás muy guapo, te sienta muy bien esa camisa clara y el jersey rojo que te has echado por encima, pareces un niño bien.

—Vaya, Marisa, se ve que estás contenta, es la primera vez que dices algo agradable.

Y digo yo que podríamos hacer algo de turismo y darle a esto un poco de largas, con decir que el cura no está y que tardará unos días en venir... Claro que como se trata de tu tío, si te parece mal... nada, no lo hacemos y santas pascuas.

—¿Qué me parece maaaaal? Mi boca está sellada ¡Vaya idea que has tenido! Cuando terminemos de comer, buscamos una pensión y después vamos a ver al cura, no sea que no esté de verdad.

La paella de la huerta resultó ser un manjar que, junto a la botella de clarete y las natillas caseras, hicieron que la comida les resultara de lo más agradable.

El camarero tuvo la amabilidad de recomendarles la que, para él, era la mejor pensión del pueblo, situada en la mismísima plaza de la Iglesia de San Agustín.” Pensión Amelia”, que tomaba el nombre de su dueña y donde ésta les recibió muy amablemente, informándoles de todas las bondades del pueblo, así como de sus zonas rurales y monumentos.

—¿Cuántos días se quedarán ustedes?

—Pues no lo sabemos, todo depende de la investigación —explicó París ante la mirada reprobatoria de Marisa—

—¿Investigación ha dicho, caballero?

—Eso mismo he dicho, señora.

—¿Es que ha pasado algo que yo no sepa? ¿Acaso son ustedes policías?

—No tiene que preocuparse por nada y, para saciar su curiosidad, le diré que sí, somos policías y lo que queremos investigar es algo ocurrido hace muchos años y que quizá no saquemos nada en claro.

—¿Puedo servirles de ayuda? Soy nacida en este pueblo y conocedora de toda su historia.

—Se lo agradecemos de verdad, pero de momento no hace falta.

—¿Son ustedes matrimonio?

—No.

—Tendrán que alojarse en habitaciones separadas, esta es, y ha sido siempre, una casa decente.

—No lo hemos dudado ni un solo instante, señora.

Después de descansar un rato, Julián llamó a Marisa para dirigirse a la parroquia de san Agustín, con el fin de iniciar sus pesquisas.

Nada más salir, avistaron la estampa de la parroquia situada en la plaza de España, cerca del lugar donde se alojaban. Las cornisas se situaban superpuestas y, sobre la entrada principal, una hornacina cuyo frente acristalado dejaba ver la imagen de San Agustín. En dos o tres zancadas se situaron frente a la puerta, encontrándola cerrada. París llamó con los nudillos y después de esperar unos minutos, una anciana que tomaba el sol sentada en uno de los bancos de la plaza, les hizo una seña con el bastón que descansaba entre sus manos.

—¿Qué buscan los forasteros?

—Buenas tardes, señora, solamente queríamos visitar la iglesia.

—Pues no tienen más que esperar unos minutos, el cura llega a las seis, porque a y media hay rosario, por eso estoy yo aquí. Vengo todos los días. A ver qué voy a hacer a mi edad, ¿no les parece a ustedes?

—Pues sí, lo que usted diga señora, está muy bien eso de rezar el rosario todas las tardes —contestó París— iniciando una mueca sonriente que fue cortada por Marisa con un empujón.

—¿Y si no es molestia, qué se les ha perdido a ustedes por estos andurriales?

—Turismo, estamos haciendo turismo.

—¿Están de viaje de novios?

—No, no señora, solo somos compañeros de trabajo.

—¿Y así, sin casarse ni ná, viajan ustedes juntos?

Marisa, miró a París con complicidad, mientras contestaba.

—No señora, no. No piense mal, nos hemos encontrado por casualidad.

—Pues no sé yo, que una es vieja pero no es tonta y mucha casualidad es esa ¡Vamos, que me parece a mí!

—¿Cómo se llama usted señora?

—Aguasantas me puso mi madre, para servirle a Dios y a usted.

—Pues ya que estamos de charla, y como me figuro que será usted de aquí de toda la vida, a lo mejor me puede contestar a unas preguntitas.

—Pregunte, pregunte usted. Que yo nací aquí en este pueblo y jamás salí de él, me pasé la vida criando hijos mientras mi marido sacaba el huerto adelante. Dios lo tenga en su gloria, pero es lo único que sabía hacer, regar el huerto y hacerme hijos. Doce me hizo, de los cuales viven 10, los otros dos nacieron antes de tiempo y se los llevó el Señor —y, mientras decía esto último, se santiguó— París también lo hizo ante la mirada atónita de Marisa, que no pudo dejar escapar una sonrisa; mujer, es por acompañarla, dijo, haciendo que a Marisa se le escapara una carcajada ante su comentario.

—Pues verá, Aguasantas, seguramente sabrá usted desde cuándo ejerce el cura en esta parroquia.

—¿Qué es eso de ejerce?

— Que desde cuando está este cura en la parroquia.

—¿Don Ambrosio? ¡Jesús! Ya casi ni me acuerdo... si debe de ser más viejo que yo —y al decir la última frase se echó a reír— Ay señor que cosas se me ocurren, esperen ustedes un momento que me cambio de posición, es que con la risa se me escapa la orina. París no tuvo más remedio que volverse, aunque se le escuchó la carcajada, ante la sonrisa de Lente.

Pues sí, sí, de toda la vida. Debería haberse jubilado, pero se ve que le quedará poca pensión, porque aquí, entre las limosnas y el cepillo, algo más sacaré y, además, va la Juana a aviarle. A aviarle la casa, no se vayan a pensar ustedes otra cosa.

—¡Ay que graciosa es usted! —dijo Marisa—

—¿Graciosa yo? Si la escuchara mi Quinto. Era mi marido, que en gloria

esté, que decía que era más seca que una algarroba y eso fue lo más agradable que me dijo nunca.

—Mujer, seguro que sería más cariñoso, con tanto hijo que le hizo...

—¡Anda este! ¿Y eso que tendrá que ver?

—No diga eso señora Aguasantas —siguió replicando París, sin dejar de reírse— ¿Qué pasaba mientras le hacía los hijos? ¿No era agradable?

—Pues no señor, no lo era.

Venía de la huerta, y me decía ¡Chicaaaaa, vamooooos, tira pacá! Y yo, pues eso, me iba hacia la cama y ya sabe usted. Aunque, bueno, a todo se acostumbra una, el pobre ni dos minutos de ná tardaba.

—Ayyyy París, que me voy a mear encima ¡Que cosas tiene esta mujer!

—Ya verás ya, majica cuando te toque, pues eso, tendrás que aguantar lo que te echen, para eso nos casamos las mujeres ¿No le parece?

—Deja, Marisa, que te conozco y a estas alturas no la vas a convencer de nada, además, mira, ahí está el cura.

—Bueno, ya nos vamos Aguasantas, ha sido usted muy amable.

—¡Vayan ustedes con Dios!

Un anciano bajito y enjuto, vistiendo sotana y con un manojito de llaves, que parecía pesaran un quintal, se les quedó mirando con los ojillos entornados, situando una de sus manos a modo de visera para que el sol reinante en la plaza no le dañara los ojos. A continuación sacó un pañuelo del bolsillo de su hábito y se limpió los mocos haciendo un sonido tan ruidoso, que pareciese que se había desatado una tormenta. Volvió a introducir el pañuelo en el bolsillo y comenzó a contar las llaves hasta que encontró la que buscaba. Abrió la puerta y, con paso cansino y algo desgarrado, entró en la iglesia, mojó sus dedos en la pila del agua bendita, se santiguó y se dirigió a la sacristía, no sin antes arrodillarse delante del altar.

Lente y París entraron en la parroquia y mientras admiraban la belleza de su interior, vieron salir al sacerdote.

—Buenas tardes don Ambrosio —saludó Lente—

—Buenas las tengan ustedes, veo que conocen mi nombre, ya he visto que estaban hablando con Aguasantas, sean ustedes bienvenidos a mi parroquia. Ahora en un momento tengo rosario, pero cuando acabe estoy a su disposición para contarles algo de su historia, porque me figuro que habrán venido ustedes a eso ¿No?

—Bueno más o menos —siguió diciendo Lente— Somos inspectores de policía. Me llamo Marisa Lente y mi compañero es Julián París. Estamos investigando un caso de hace muchos años y quizá usted nos pueda ayudar.

—Si está en mi mano, con mucho gusto lo haré, pero será después del rosario, miren, ya entran las devotas.

Marisa volvió la cabeza y vieron como unas cinco o seis ancianas, precedidas por Aguasantas, cubiertas sus cabezas con los preceptivos velos y portando rosarios en la mano, se dirigían hacia los primeros bancos de la iglesia.

—Vuelvan en una media hora, les recomiendo que se sienten en el café del tío Tomás, el que está justo enfrente de la parroquia y degusten el orujo de la tierra con el café, eso levanta el ánimo a cualquiera.

—Muchas gracias don Ambrosio, así lo haremos.

El sol de las seis de la tarde era tan agradable que decidieron sentarse en las mesas de fuera, incluso tuvieron que desviar algo la mesa y colocarla debajo del emparrado, preparado para quitar el sol a los clientes.

—¡Y en Madrid nevando! ¡Esto es vida París, y aquí día de playa!

—Si quieres mañana vamos y nos damos un bañito.

Marisa se puso las gafas de sol y mientras degustaba el café pensó que jamás había notado lo guapo que era París. Era un hombre de esos que no pasan desapercibidos y sin embargo no lo había tenido en cuenta porque siempre se reía de ella y la trataba como a un compañero más, así que, hasta ahora, no se había fijado en él. Poseía una elegancia innata muy personal y vestía bien, siempre a la moda y bien conjuntado. El cabello peinado hacia atrás, acabando en rizos rebeldes que llevaba algo más largos de lo normal, le confería un atractivo especial. Sus ojos marrones, con reflejos verdes y aquellas pestañas tan largas, su rostro anguloso y de nariz fina, mostraban una

estampa de hombre extremadamente guapo ¿Cómo no se habría fijado antes?

Había salido con un par de chicos, pero siempre con amigas, nada serio, jamás había sentido esas mariposas en el estómago de las que le hablaban las otras muchachas cuando se juntaban y cuchicheaban sus experiencias, las cuales escuchaba con atención, pero últimamente, cada vez que Julián la envolvía con su mirada como lo estaba haciendo en ese mismo instante, sentía una especie de burbujas que la embriagaban y, cuando retiraba la vista, deseaba que volviera a mirarla. A veces, con cada roce involuntario, o cuando posaba la mano sobre su hombro para cederle el paso, sentía un gran fuego en su interior ¿Se estaría enamorando de su compañero?

CAPÍTULO XXII.

“No es oro todo lo que reluce.”

Adelina no podía conciliar el sueño, le resultaba imposible apartar de su pensamiento la cara de la madre de Joaquina. Se le había quedado grabado aquel gesto de sufrimiento, aquel lastimoso letargo que la desgraciada mujer había llevado dentro de ella desde el mismo día en que le comunicaron la muerte de su hija. Recordaba, sin poderlo evitar, el rictus agónico que decía todo el sufrimiento que había albergado su alma y el peso de su desgracia, hasta que buscó una solución para acabar con aquella locura que la estaba invadiendo.

¿Hasta dónde podría llegar el sufrimiento humano? Esa pena que obliga a tomar decisiones casi nunca acertadas pero precisas por haber acabado las fuerzas necesarias para continuar viviendo.

¿Cuándo se pierde la capacidad de discernir? ¿Hasta qué punto perdemos la conciencia para sentirnos obligados a tomar decisiones no deseadas pero que se imponen a nuestra voluntad? No debería haber ido a verla, jamás se podría quitar aquel gesto impactante de su cabeza. Era como un martillo repetitivo que se metía en su mente y hasta en su alma, y originaba ese odio que se imponía, cada vez con más fuerza, hacia la señora.

Eran imágenes que pasaban como pasan las fotografías de un álbum cuando vuelves las páginas, y las ráfagas de ellas se iban quedando grabadas en su interior formando una película de la cual jamás había querido ser la protagonista, pero que le hacían sentir como si lo fuera, como si hubiera vivido instantes anteriores que no eran suyos y que hasta ahora no habían estado en su memoria, y se metían hasta en sus sueños, obligándola a sentir pasajes de su vida que creía olvidados, o que nunca habían pasado, pero que se mezclaban en su inconsciencia como si fueran reales. Aquellos niños riendo, sentados alrededor de la señora, formando un círculo de alegría sin saber lo que les esperaba. Aquella sonrisa maléfica con la que ella les obsequiaba en cada imagen, en cada fotografía, aquellos abrazos y aquellos arrullos, como si alguna vez hubiera sentido el instinto maternal, como si aquellos destellos con los que el sol que salía detrás de las verdes montañas, reflejando sus caritas agradecidas, formaran parte de un plan benéfico ¡Cuanta

maldad puede albergar el alma!

Sabía que la policía tarde o temprano descifraría el mensaje y les llevaría hasta las personas adecuadas, como sabía que tirarían del hilo que les conduciría hasta descubrir las pruebas que ella guardaba con tanto celo y que tenía que haber entregado a los inspectores. Sin embargo, no lo haría, todavía no, era demasiado pronto. El odio que sentía en su interior estaba elucubrando su venganza, aquella venganza que disfrutaría cuando llegara su momento. El cárrabo todavía no cantaba, y seguiría sin hacerlo hasta que hubiera logrado descifrar aquel misterio que se había apoderado de su voluntad.

Don Ambrosio hizo pasar a los inspectores a la sacristía, donde se dispuso a contarles la historia de la parroquia de san Agustín, que durante tantos años había sido prácticamente su hogar, hasta que Julián París le interrumpió.

—Disculpe don Ambrosio, creo que antes de empezar, deberíamos presentarnos. Soy el inspector Julián París y ella es Marisa Lente, trabajamos en una de las comisarías de policía más importantes de Madrid, y no es de turismo precisamente el viaje que nos ha traído aquí.

—¡Vaya, me dejan ustedes algo atónito! ¿Y en que puede ayudarles este viejo cura de pueblo?

—Verá —siguió hablando Lente, llevamos un caso del que seguramente habrá oído hablar, ya que está en boca de todo el mundo, habiéndose publicado en los diarios más importantes y hasta en alguna revista semanal. ¿Ha tenido conocimiento del caso de la casa de los horrores?

El sacerdote al escuchar a Marisa palideció un poco, y hasta tuvo que agarrarse al respaldo de una de las sillas que rodeaban la mesa camilla.

—Discúlpenme inspectores, a veces tengo bajadas de tensión.

—¿Quiere que le traigamos un café?

—Se lo agradecería mucho, soy demasiado viejo para seguir ejerciendo, pero qué le vamos a hacer, será la voluntad de Dios.

En unos minutos, Julián París ya estaba de vuelta en la sacristía con el café. El sacerdote se sentó junto a la mesa camilla y, mientras lo saboreaba, les volvió a repetir:

—Pues ustedes me dirán en que puedo servirles de ayuda

Marisa Lente le mostró la hoja de papel donde estaba escrito el enigma que les había llevado hasta allí. Después de leerlo repetidas veces, el cura les miró, indicándoles que no entendía en qué le afectaba aquel misterio.

Marisa Lente se sentó al lado del sacerdote y le explicó, con toda la precisión de la que fue capaz, lo que ellos habían deducido de aquellas frases.

—Don Ambrosio, sabemos que era usted el sacerdote al que se refiere la nota. Sabemos que aquellos eran otros tiempos y que quizá se hacían cosas indebidas, o no del todo correctas, como sabemos que a veces era necesario recibir algún dinero para socorrer a aquellas personas que lo necesitaban. Quizá esa fuera la razón por la que usted intervino en el asunto del que se trata y que pedimos nos aclare, a fin de esclarecer los hechos.

—Perdonen ustedes, no es que no quiera colaborar, pero se habrán dado cuenta de que ya no ando muy bien, mi memoria no es la que era, hija mía ¡Qué más quisiera yo! Cuando leí en los periódicos todo lo que estaba pasando en aquella casa, no les miento si les digo que el nombre de doña Mercedes Fragoso me sonó de algo, quizá vino por aquí y ofreció alguna limosna, o quizá alguien me refirió su nombre, pero la verdad es que no les puedo ayudar en más. Soy un pobre cura de pueblo y jamás he aspirado a ser más que eso.

Marisa miró a París con cara de malas pulgas y siguió diciendo:

—Verá usted padre, sabemos que usted recibió algo que después entregó a otro sacerdote en algún pueblo de Albacete, cerca del nacimiento del río Mundo, y por lo que seguramente recibió bastante dinero. Con ello, no le acuso de haberse quedado con nada, puede que usted lo repartiera entre los pobres, arreglara la iglesia, o comprara las figuras del nacimiento, me da exactamente igual, pero esté seguro de que de aquí no nos vamos a mover hasta saber que era lo que usted recibió.

—Pero hija mía ¿Cómo tengo que decirte que a veces no me acuerdo ni tan siquiera de lo que hice ayer?

—A lo mejor se le refresca la memoria si le llevamos a Madrid, y presta declaración en la comisaría.

París miró a Lente con cara extraña, parecía que en ese momento

estuvieran realizando la representación del poli malo y el poli bueno, quizá resultara; si ella lo quería así, le seguiría el juego. Por otra parte, sabía a ciencia cierta que no había manera de llevarse de allí al cura, necesitarían una orden del juez ¡Y con el clero hemos topado! Aquello sería totalmente imposible.

—Tómese el café don Ambrosio ¿Quiere que le traiga un orujito del bar?

—Pues ya que lo dices, te lo agradecería hijo mío, aunque no me hace ninguna gracia quedarme solo con esa ayudante que te has echado.

Marisa contestó con una carcajada— Tranquilo padre, sólo hago mi trabajo, esperemos al orujo, a ver si se le aclaran las ideas y le despierta la memoria.

Después de otro café y dos orujos a don Ambrosio pareció abrirse la mente.

—Verás hija mía, no hace falta que me insistas tanto, lo único que recuerdo es que me dijeron que debía recibir un paquete y, cuando lo tuviera, lo tenía que entregar en un pueblecito de Albacete.

—¿A quién?

—A otro sacerdote.

—Don Ambrosio ¿Nos va a contar todo de seguido, o tenemos que esperar hasta mañana?

—¡Que genio tiene esta chica! No sé cómo la aguantas hijo mío. Está bien, me dieron el paquete y yo se lo llevé a un cura que, si no recuerdo mal, se llamaba Ramón, eso es, don Ramón me dijeron.

—¿Dónde entregó el paquete?

—En la iglesia del Espíritu Santo, en un pueblecito de Albacete que se llama Riópar el chico, le llaman así porque es muy pequeño.

—No se enrolle señor cura ¿Qué contenía el paquete?

—Eso no lo sé, no se me ocurrió abrirlo.

—Don Ambrosio, estoy empezando a ponerme nerviosa, lo mejor es que

coja unas cuantas cosas y nos traslademos a Madrid, llevamos más de dos horas con el temita, y estoy más que harta. Me da igual que sea usted cura y, aunque sea mayor, todo tiene un límite ¿Qué tenía que ver Mercedes Fragoso en el tema?

—Está bien, está bien, no se enfade. A mí me entregó el paquete un señor, la verdad es que era simpático, después comenzamos a charlar, me entregó el bulto, me dijo que hacer con él y me dio el dinero pactado; el mío, el que tenía que recibir el otro cura, y el que recibirían las personas a las que este tendría que entregar el embalaje. Todo iba con sobres y en los sobres unas palabras: Cura 1, que por lo visto era yo, cura 2: don Ramón, y en el tercer sobre ponía: destinatarios, que era a quien iba en realidad dirigido el paquete, los demás éramos meros intermediarios. A lo que vamos, entre charla y charla, el señor que me dio todo, nombró a Mercedes Fragoso, me comentó que era de ella de quien venía el paquete, me dijo que era una mujer con mucho dinero y con mucha categoría en Madrid, que se codeaba con las altas autoridades, incluso con Franco, por eso, cuando leí en los diarios lo que estaba pasando en su casa, pues eso, que no me pareció tan extraño, una mujer con tanto misterio siempre tendría que estar metida en líos ¡Vamos, digo yo! Son cosas que uno piensa.

—Siga.

—Bien, sigamos. Me dirigí con el paquete a Riópar, a la Iglesia del Espíritu Santo, y pregunté por don Ramón. Era un cura joven y muy jovial, me invitó a comer y me dijo que, aunque le venía muy bien el dinero, en realidad no hacía el encargo por eso.

—¿Y porque lo hacía?

—Por caridad cristiana, eso me dijo, por caridad cristiana.

—¿Y no le dijo lo que contenía el paquete?

—No señora, no, no me lo dijo.

—¿Y por qué no le preguntó?

—La curiosidad mató al gato, y además es pecado.

—Más pecado es coger dinero por hacer chanchullos prohibidos — dijo

Lente con muy mala leche.

—Bueno... todo lo hice con buena intención y el dinero lo repartí entre los más pobres del pueblo.

—Entonces ¿El otro cura tenía que entregar el paquete a alguien más?

—Si señora, sí, lo sé por los sobres, ya les he dicho que había un tercer sobre que ponía “destinatarios”, por eso lo deduje. Y eso es todo, después de comer me volví al pueblo y como si no hubiera pasado nada, hasta que vi en los diarios el nombre de esa mujer.

—¿Y no le ha dado por pensar que a lo mejor era droga lo que había en el paquete?

—¡Que va a ser droga! ¡Droga no era!

—¿Y cómo lo sabe?

—Jolín, que cosas se le ocurren, si hubiera sido droga no habría...

—Siga, no habría qué.

—Nada, no me hagan caso, no sé ni lo que me digo.

—Está bien, don Ambrosio, no hace falta decirle que de esto, ni una palabra a nadie.

—Si señora, sí ¿No creen que se está haciendo tarde? Los vecinos se preguntaran porque no he cerrado la iglesia y, además, es hora de cenar. Yo ya no puedo decirles más cosas, ustedes sabrán lo que andan buscando.

—Una última pregunta ¿se trata de la única vez que participó en esa clase de entregas, o hubo alguna otra?

—Nunca, por San Agustín lo juro —y al decir esto último se besó el dedo pulgar con mucha fuerza.

—Vámonos Marisa, ya está todo dicho. Muchas gracias por todo don Ambrosio, que pase una buena noche. No se preocupe, ha hecho usted lo debido.

—¿Cómo que no se preocupe? —dijo Marisa— Como en lo que nos ha

contado haya una sola mentira, yo también le juro por San Agustín que lo va a pagar caro —y lo dijo haciendo el mismo gesto con el pulgar, que había visto hacer al cura.

—Perdone señorita, pero quiero decirle que es usted un auténtico demonio ¡Váyanse de una vez por donde han venido y déjenme en paz!

Salieron en dirección al restaurante, don Ambrosio cerró la puerta con llave, se dirigió a la trasera y enfiló hacia el edificio donde se encontraba la centralita telefónica.

—Buenas tardes señor cura ¿Qué le trae por aquí?

—Anda Merceditas, ponme con este número de Madrid, y date prisa, que aún me quedan muchas cosas por hacer.

Pasados unos cinco minutos, le indicó que entrara en una de las cabinas.

—¿Doña Mercedes? Han estado aquí, tal y como usted predijo.

—¿Les ha contado algo?

—No mucho más de lo que ellos sabían.

—¿Han averiguado lo que contenía el fardo?

—No señora, no lo han hecho, pero no tardarán mucho en dirigirse a Riópar.

—Hablaré con don Ramón para advertirle. Le llegará un giro, sabe que me porto bien con las personas que me son fieles.

—Siempre a su servicio, ya sabe que puede contar conmigo para lo que sea preciso.

—Lo sé don Ambrosio, lo sé, y por ello le quedo agradecida.

Cuando colgó el teléfono se dio cuenta que Adelina estaba por el salón colocando los cojines del sofá.

—¿Qué haces muchacha, me estabas espiando?

—¿Por qué habría de hacerlo señora? Estaba arreglando todo este desastre.

—Puedes irte, tengo que hacer una llamada importante.

—Como usted diga, señora.

París y Lente dieron buena cuenta de una cena a base de verduras de la huerta recomendada por el dueño del restaurante y, después de comentar el éxito del interrogatorio, decidieron retirarse pronto a la pensión; al día siguiente saldrían para Riópar, a fin de recoger la versión del cura de la parroquia del Espíritu santo, si es que aún vivía.

Marisa se dio una ducha antes de irse a la cama y comenzó a revivir los acontecimientos del día. No se le iba de la cabeza la mirada de París, ni su sonrisa, ni tan siquiera su voz, y la forma en la que la había apoyado en el interrogatorio conformándose con hacer de poli bueno, su tío no se lo habría consentido. Le escuchó toser, la puerta de comunicación entre las dos habitaciones estaba cerrada con llave, aunque se dio cuenta de que no estaba puesta, el ojo de la cerradura estaba vacío. Se levantó procurando hacer el menor ruido posible, se arrodilló, y miró.

Se quedó de piedra. París estaba totalmente desnudo encima de la cama, tenía los ojos abiertos mirando al techo y descansaba los brazos detrás de la cabeza ¡Jesús bendito, que hombre! ¡Que musculatura! ¡Y que aparato! ¿Serían así todos? ¿Por qué se tumbaba desnudo? ¿Es que no tenía pijama como todos los hombres, y por qué se le habría ocurrido mirar por la cerradura? Ahora no podía dejar de hacerlo ¡Mira que era guapo el condenado! ¡Estaba como un tren! Y si vestido lucía como un dandi, desnudo estaba para mojar pan. Conseguía ponerla nerviosa ¿Pero porque no se tapaba? ¿En que estaría pensando? Abría y cerraba los ojos ¿Pensaría en ella, aunque solo fuera un poquito? Seguro que no. A veces le decía lo guapa que era, pero estaba segura de que no le faltarían admiradoras, para él era solamente una niña mimada y coqueta y, encima, la sobrina del jefe, alguien a quien había que cuidar y proteger. No sabía ella hacia dónde iban los pensamientos de París, y lo poco que tardaría en caer en sus brazos.

CAPÍTULO XXIII.

“Gallo que no canta, algo tienen en la garganta.”

Santiaguito cada vez sentía más admiración por Adelina, aquellos ojos le estaban nublando el alma y su capacidad de respuesta en los estudios le tenía asombrado. Esa muchacha podría llegar hasta donde quisiera. Le había conseguido plaza para el examen que requería el “Beatriz Galindo” y, si la aprobaba, entraría directamente en preuniversitario, con lo que en un año podría ingresar en la universidad. Sin embargo, si quería enfocar sus estudios hacia una carrera, tendría que ser a tiempo completo o, por lo menos, disfrutar de algunas horas para asistir a las clases más importantes, él podría pasarle apuntes para que le resultara menos costoso. Cuando se lo planteó a su madre puso el grito en el cielo y aunque intentó valerse de todos los argumentos posibles, enseñándole las notas de los exámenes y hablándole de la gran inteligencia que poseía Adelina, no entró en razón, alegando que le había costado mucho enseñarle las tareas de la casa y que le resultaría difícil encontrar otra muchacha, así que se negó en redondo a dispensarle las horas precisas que necesitaría para acudir a la universidad. Como siempre, tuvo que recurrir a su capacidad de convicción para con su madre que, después de una dilatada charla, prometió pensarlo.

Mientras tanto, él seguía concentrado en su labor como profesor, tanto para ella como para Luciana, ante la constante reprobación de su madre. Con la excusa de que debía de aprender y observar al natural las características de las plantas y la naturaleza en general, de vez en cuando Adelina accedía a salir con él en su día libre. Por su parte, él cada vez la admiraba más y, según pasaban los días, notaba su capacidad de aprendizaje y hasta el cambio en su forma de expresarse. Si no llevara ese uniforme, nadie sería capaz de catalogarla como una criada, sino como un miembro más de la familia.

Aquellos ojos, la ternura que desprendía, sus ademanes y hasta el tono de su voz le estaban volviendo loco. Sabía que con ella no valían proposiciones deshonestas, ni falsos requiebros. Era una mujer íntegra, poseída de hermosas cualidades que la hacían, ante sus ojos, la más bella de todas las mujeres. Había intentado seducirla de todas las formas posibles. Se atrevió a

acariciarle la mano, a rozarle la espalda para ayudarle a cruzar la calle, hasta se permitió un beso en la cara. Sin embargo, ella, se limitaba a sonreír y contestar: No puede ser, no sigas intentándolo, es imposible. Y por mucho que intentaba que le diera razón con alguna respuesta, ella se limitaba a rozarle la cara con cariño sin dejar de sonreírle de una manera especial, no de la forma que él esperaba, sino como lo haría una madre con un hijo. Le estaba volviendo loco, era la primera mujer que se le resistía y la primera que le estaba llegando al fondo del alma.

Adelina había dejado de ver a Indalecio, no estaba enamorada, y no podía permitirse sentir amor hacia nadie, le quedaban muchas cosas que hacer y nada podía interponerse en el camino que se había trazado. Él, lo había intentado todo, incluso había cedido en lo del trabajo y los estudios, y hasta no ponía impedimentos a los viajes, sin embargo ella sabía que no iba a ser así, los hombres no podían dejar que una mujer les superase en nada. No le echaba la culpa, todo se debía a la educación recibida, por eso ella tenía que arreglar su situación, esa situación que la llevaría a un solo camino. Ya quedaba poco para alcanzar su objetivo, y sacrificaría lo que hiciera falta para llegar hasta el final.

Marisa, sintió unos pasos que se dirigían hasta su puerta.

—¿Estás dormida?

—No, todavía no.

—¿Puedo pasar?

—¿Qué quieres a estas horas Julián? Son las dos de la mañana.

—Pues ya que no podemos dormir ninguno de los dos, podríamos programar el viaje de mañana.

Marisa se echó una toalla de baño por encima del ligero pijama, y abrió la puerta.

Con el torso desnudo, él, tan solo atada a la cintura, llevaba una toalla como la suya.

—¿Puede saberse por qué no te pones un pijama?

—Porque no lo he traído, de hecho es que no tengo.

—¿Y cómo duermes?

—En calzoncillos ¿Cómo voy a dormir? Todos los tíos duermen así.

—De eso nada.

—¿Y tú como lo sabes, has dormido con muchos hombres?

—Eres tonto París y no tendría que darte explicaciones, pero te diré que no, no he dormido con ninguno, pero lo sé por mi tío. Cuando se levanta por la noche a beber algo lleva el pijama puesto.

—Pues yo no tengo pijama pero, si te molesta, puedo volver y ponerme una camisa.

—No, no hace falta.

—He traído dos vasos y una botella de coñac.

—¿De dónde la has sacado?

—La tenía en el coche.

—Está bien, échame un poquito, no se tan siquiera si me va a gustar. Seguro que sabe a chinches como el whisky.

—¿Qué tontería es esa?

—Mis amigas dicen que el whisky sabe a chinches.

—¿Y cómo saben las chinches?

—Déjalo Julián.

Marisa se sentó en la cabecera de la cama, dejando reposar su espalda en la mullida almohada, dobló las piernas para hacer sitio a Julián y echó un par de tragos. No podía desviar sus ojos de su torso desnudo ¿Qué coño le estaba pasando? Se sentía arder por dentro. Quizá fuera cosa del maldito coñac, pero sintió unas ganas enormes de recostar la cabeza en aquel pecho fornido y moreno ¿Haría deporte? ¿Tomaría el sol? Él no dejaba de hablar del viaje de mañana, y ella no escuchaba absolutamente nada, se limitaba a fijar la vista en su pecho, en aquellos ojos que desprendían destellos verdes y en su boca ¡Madre mía, que boca! ¿Cómo no se habría fijado en esa boca? Y esos dientes

tan blancos y tan perfectos. Sin apenas darse cuenta, se hizo a un lado, y siguió dando traguitos al vaso. Él la miró algo asombrado ¿Y ese gesto? ¿Quería que se sentara a su lado? ¿Por qué había dejado media cama libre? Esta mujer le estaba volviendo loco. Llevaba desabrochados los dos primeros botones del fino pijama que dejaba adivinar sus maravillosos pechos. Cada vez que se agachaba podía verlos, al igual que su fina cintura y la preciosa forma de sus caderas. Abrió las piernas y no pudo evitar desviar la mirada entre ellas. Estaba totalmente desnuda debajo de ese pijama menudo y casi transparente y podía distinguir el bello del pubis. Estaba empezando a sudar, no sabía si iba a poder contenerse y, además, se preguntaba qué leches le pasaba, no paraba de mirarle y no había dicho ni una sola palabra, dirigía los ojos hacia su boca y ese gesto le estaba poniendo a mil por hora.

Aprovechó el movimiento de Marisa y se sentó a su lado componiendo su misma postura. Dejó que sus piernas rozaran las de ella y fingiendo un descuido dejó resbalar la toalla hasta el suelo. Ella se limitó a mirarle de arriba abajo y ofrecerle el vaso para que lo volviera a rellenar de coñac, aunque no lo hizo, limitándose a retirarlo, colocarlo en la mesilla y, metiendo la mano debajo de su nuca, besarla suavemente mientras, con la otra mano, le acariciaba la cara y la barbilla, que sintió temblar. Aprisionó sus labios, los chupó para después jugar con su lengua mientras sentía su entrecortada respiración. Le sorprendió que ella le rodeara con sus brazos y disipó el temor de sentir su rechazo. Era maravilloso, se dio cuenta de que se le estaba ofreciendo, sintió sus senos acercándose a él y comenzó a desabrochar aquellos botones que le impedían acariciarla. Cuando lo hizo, ella dejó escapar un sonido de placer que él silenció nuevamente con su lengua, tiró de su minúsculo pantalón hasta que cayó al suelo y separó un tanto su cuerpo, a fin de gozar de la visión de su desnudez. Aquellas piernas dobladas y separadas le dejaban contemplar la más gozosa visión que hubiera disfrutado jamás. En el segundo gemido, cuando ella situó la mano entre sus piernas y dejó que sus dedos jugaran en su pubis, él ya no pudo más, no esperaba ese gesto, le estaba invitando a continuar ofreciéndole su cuerpo, se sentía halagado y completamente fuera de sí, la deseaba ardientemente y no la iba a defraudar, la haría sentir, gritar pidiéndole más, y él se fundiría en ella como tantas veces había soñado. Le retiró la mano y bajando su cabeza hasta reposarla en su vientre, la penetró con su lengua, que dejó discurrir por lugares que ni ella misma conocía haciéndola arquear su espalda y exhalar

prolongados gemidos de placer mientras le acariciaba su cabeza, enredando los dedos entre los todavía húmedos cabellos y suplicando con su gesto que elevara su cuerpo hasta que su miembro se colocó sobre ella. Bajó la mano y se lo acarició y, al sentir su tamaño, sonrió satisfecha y le besó en la boca. Después pronunció su nombre con un sonido sensual y acariciador mientras sus caderas se elevaban solicitando ser penetrada; él la obedeció avanzando suavemente, sin prisa, provocando su ansiedad, suplicando con sus gestos que llegara el momento de sentirse plena. Él comenzó dulcemente a acariciarla con sus dedos, dudaba si era virgen y no quería hacerle daño, pero ella apremiaba, lo empujaba hacia sí desesperada, anhelante. Él volvió a acariciarla, pudiendo apreciar que su sexo estaba preparado y dejó que su miembro la penetrara poco a poco, suavemente, deslizándose en su interior y sintiendo los latidos de aquella dulce cavidad que ella le ofrecía sin ninguna restricción. Sus pequeños gritos subieron de intensidad y, cuando él hizo, la intención de frenar su impulso, ella le suplicó que no lo hiciera, aunque sus palabras, entrecortadas por aquel dolor tan placentero no llegaron a hacerse comprender, pero sí sus gozosas quejas y sus excitadas risas, fruto de las agridulces sensaciones de su primera vez.

Aquel juego de acoplamiento era sublime, todo un ritual, una danza en la que los bailarines no dejaban de mover sus cuerpos, uno al compás del otro, dejándose llevar por su instinto, no importándoles cuanto les rodeaba. Al carajo con la opinión de la dueña de la pensión y del pueblo entero. Aquel momento era glorioso y no lo estropearía nada ni nadie.

De aquella guerra iban a quedar señales, ella, en su excitación mordió y arañó hasta que sintió que un fuego maravilloso brotaba de su interior, no pudiendo evitar que, en la locura del clímax, sus gritos atravesaran los tabiques de la pensión.

Él se relajó sobre ella, sus músculos estaban laxos y en su rostro se percibía una sonrisa placentera y un poco bobalicona que le invitaba a entrecerrar los ojos y recordar los instantes vividos. Todavía no lo podía creer; permaneció así unos instantes, hasta que levantó la cabeza y buscó que sus labios rozaran los de ella para después dedicarle una sonrisa mostrando aquellos dientes tan blancos y los labios que, momentos antes, habían jugado a descubrir en su suave piel infinitas sensaciones.

—Te quiero Marisa, justo desde el primer momento que entraste por la

puerta de la comisaria. Me tienes y me vuelves loco. Eres la mujer con la que quiero compartir mi vida, una mujer preciosa, y la más lista que he conocido nunca. Pero si esto ha sido solo un juego para ti, y lo único que querías era tener tu primera experiencia amorosa, dímelo, y, aun rompiéndome el corazón, me apartaré de tu camino.

Ella dejó escapar una carcajada, que le hizo fruncir el ceño, completamente desorientado.

—¿Crees que te he utilizado, que soy tan desalmada? Yo también te quiero, Julián, te confieso que no lo he sabido hasta hace pocos días. Al principio ni siquiera me fijé en ti. Ha sido sin darme cuenta que comencé a sentir una atracción que jamás me había despertado nadie. Comenzaron a gustarme tus ojos, y esas pestañas tan largas, y el movimiento de tu boca, y la forma en la que mirabas mis caderas, porque lo hacías de una manera tan descarada que todo el mundo se daba cuenta, hasta mi tío, que me ha prohibido ponerme pantalones.

—Cuando te cases conmigo podrás ponerte lo que quieras, mi vida, sabes que no soy un hombre posesivo, quiero que mi mujer disfrute de la libertad que no tuvo mi madre ni han gozado mis hermanas. Tienes que seguir con tu carrera, estoy seguro de que vas a ser la persona indicada para reemplazar a tu tío. Serás el próximo jefe de la comisaría de Chamberí.

—¿Y no te importaría que fuera tu jefa?

—¿Cómo crees que iba a importarme tener la jefa más preciosa del mundo?

—Te quiero Julián, te quiero mucho.

Le miró a los ojos, esta vez con cariño, con ese cariño que siempre había soñado sentir por un hombre. Él la besó tiernamente en los labios, y dejaron jugar nuevamente sus lenguas, sin poder remediar volver a empezar aquel ritual maravilloso que les llevaría al éxtasis. Qué poco se imaginaba Marisa que en ese momento, algo estaba queriendo nacer en su interior y luchaba por alcanzar su puesto, algo que en unos meses les convertiría en la pareja más feliz del mundo. Mientras tanto, el comisario Membrano, sonreía en sueños, como si supiera que sus deseos se estaban haciendo realidad.

La mañana les sorprendió abrazados y agotados, la dueña de la pensión no tardaría en descubrirlos. Julián entró en su habitación para darse una ducha, no sin antes haber besado a la que, unas horas antes, ni habría soñado que correspondiera a sus sentimientos. Miró el reloj, las doce. Mejor sería que fueran directamente a tomar el aperitivo y comer en camino. Marisa se desperezó y cerró los ojos para saborear ese beso mañanero que le había sabido tan dulce y que había sido casi responsable de provocar un nuevo encuentro amoroso.

—Marisa, no sigas, si sigues la liamos, le había dicho él.

—Está bien, vamos, contestó ella, yo también voy a tomar una ducha, nos vemos abajo para guardar las apariencias.

Después de un par de vermouths y algo para picar, salieron al exterior. El día era maravilloso y el sol se colaba en todos los rincones de la plaza. Antes de entrar en el coche, Marisa se desprendió de su blazer azul marino, dejó que la claridad se colara a través de su blusa verde de manga larga, se recolocó los vaqueros y tomó asiento al lado de Julián.

—En marcha. En un par de horas estaremos allí, y cuando quieras paramos a almorzar.

Llegaron a Riópar cerca de las seis, después de hacer un alto a fin de reponer fuerzas y disfrutar de la vista que les ofrecía el nacimiento del río Mundo, placer al que no pudieron resistirse.

Enfilaron hacia el parque natural de Calares y de la Sima, mirando cómo en aquel recorrido el cauce del río llenaba varios embalses. Pararon a contemplar “el Reventón”, la maravillosa cascada tan apreciada por los turistas y entraron en la cueva donde nace el río, disfrutando de cada momento, besándose, cogidos de la mano, y dejando fluir aquellos sentimientos que les colmaban de felicidad.

Cuando llegaron al pueblo de Riópar, uno de los aldeanos les comunicó que la iglesia que buscaban se encontraba en la pedanía de Riópar Viejo, además de ponerles al tanto de que allí no contaban con ningún alojamiento. Les indicó una especie de senda sobre la que, a un par de kilómetros, encontrarían una venta muy apreciada por los turistas que recalaban por aquellos parajes. Siguieron las indicaciones y cuando aparcaron el coche se

preguntaron si aquello era real. El aldeano no se había equivocado en sus afirmaciones al indicarles que no dejaran de observar la vista que ofrecía aquella venta. Parecía como si el horizonte no acabara nunca. Infinitos tonos de verdes poblaban las lomas, la sierra, y las huertas. En una de ellas, un pueblecito con muy pocas casas, dejaba ver su conformación de adobe y, en lo alto, se alzaba la iglesia del Espíritu Santo. Aquello parecía una pintura, o quizá la imagen de un nacimiento de aquellos que ponía su madre en Navidad cuando era chica. Sacaron montones de fotografías y hasta le pidieron a uno de los paisanos, que estaba bebiendo una cerveza en la terraza de la venta, que les sacara varias a ellos, dejándose ver de la mano e incluso besándose, y todo ello ante el maravilloso paisaje la sierra de Calares, que servía de escenario a sus jóvenes siluetas.

Dejaron los reducidos equipajes en las habitaciones y pidieron información sobre el horario de apertura de la iglesia del Espíritu Santo. Tendrían que esperar hasta la mañana siguiente a la misa de nueve, aunque no todo iba a ser malo, el dueño de la venta les informó que don Ramón, el cura, todavía ejercía de párroco, pero ya se sabe —comentaba el aldeano— ¡con la iglesia hemos topao! Dejaron escapar una pequeña sonrisa, y decidieron hacer un poco de turismo por la zona. Como Marisa había quedado impactada con aquella pequeña aldea, recorrieron sus calles y rincones cogidos de la mano y disfrutando de cada paso que daban, incluso hablaron con algunos de los pocos vecinos que quedaban en el pueblo que les ofrecieron entrar en sus casas, e incluso les invitaron a licores que ellos mismos elaboraban.

Vieron una mujer mayor, de cabello totalmente blanco y recogido en un moño sujeto con unas peinetas de carey, que vestía con una falda negra que le cubría hasta los pies y una toquilla del mismo y enlutado color, concentrada en su tarea de hacer encaje de bolillos. Apoyaba la almohadilla en sus rodillas contra la mesa camilla en la que, bajo sus faldas de ganchillo, calentaba un brasero. Caían hasta la punta de la nariz sus redondas gafas, y levantando el rostro iluminado por una sonrisa, les ofreció gentilmente pasar a su pequeña morada. Aceptaron la invitación a entrar al lugar, donde, además del brasero, la gran chimenea en la que chisporroteaban unos troncos, calentaba el hogar donde, sobre las trébedes, cocía una olla de caldo que olía a gloria bendita.

El mayor espacio de la pequeña morada, dedicado a salón y cocina,

parecía salido de un cuento. La única ventana permanecía con los postigos de madera entreabiertos, dejando ver unos preciosos visillos de encaje. A cada lado del fuego del hogar, las lejas vestidas con paños de ganchillo blancos, sostenían varios platos de loza apilados y unas tazas con azucarero y tetera a juego. En el centro, la mesa camilla estaba rodeada por cuatro sillas, dos de las cuales ocupadas por los dueños de la vivienda. A cada lado del escalón de la chimenea, se situaban dos sillones de tela negra un tanto raída, en cuyos cabeceros y brazos también reposaban paños de encaje. El ambiente era tan sumamente acogedor que pareciera que hubiesen entrado en el escenario de aquellos cuentos antiguos, salidos de la pluma de Andersen, que le contaba su madre cuando era una niña, antes de dormir.

—Sean ustedes bien recibidos a nuestra humilde casa. Antolín, saca dos tazas, y sirve a los forasteros de nuestro caldo para calentar los cuerpos, que ya se nota el relente de la anochecida.

—¡Que amable es usted señora! no esperábamos tan buena acogida.

—Somos pobres, pero agradecidos señorita —les dijo la anciana, mientras movía de un lado a otro los 25 pares de bolillos, sujetando los hilos de vez en cuando con alfileres de colores y ayudándose con una especie de punzón.

Se agradecen las visitas, solo quedamos cuatro viejos en el pueblo, ya que la juventud emigra a las capitales, están hartos de cuidar las huertas y, de los que quedamos, la mayoría vive en Riópar, me refiero al Nuevo, aquí el Viejo, ya ven ustedes lo triste que está.

Al observar como Marisa miraba su labor, le comentó:

—Es encaje de bolillos señorita.

—Marisa, llámeme Marisa señora, jamás había visto una labor tan cuidada y tan bonita.

—Tome, sosténgala, y ahora haga lo que le vaya diciendo. Ya verá como es fácil, nadie nace aprendido. Me llamo Ángela, aquí me trajeron al mundo y en el campo santo de este pueblo reposaran mis huesos al lado de los de mi Antolín. Dios no nos quiso dar hijos ¡Que le vamos a hacer! Se me cae la baba, cada vez que los veo corretear por ahí, o coger agua de la fuente.

—¿No ha dicho que solo quedaban cuatro viejos? Comentó Marisa, a la vez que movía los bolillos según le indicaba la anciana.

—Allá arriba en la loma, todavía quedan unos pocos. Los de la Graciana, que la ha tenido su marido pariendo toda la vida. Algunos de los mayores han marchado a Murcia y Albacete, y la chica, la pobre que cargaba con todo, la Adelina, marchó a servir a Madrid, con mucha pena de su madre, que quedó preocupada por ella, pero es que a la muchacha le entraron las ganas de aprender ¡De un día pa otro! Me contó la mujer que no vivía la chica, que fue como si la hubieran pinchao, que quería saber cosas de la vida, y que quería viajar, incluso llegó a pensar que era cosa de Saturnina la Puerca.

—¿De quién?

—Saturnina la Puerca, es un alma en pena que anda de acá para allá. Se la ha visto por la loma, sus lloros se escuchan por todo el pueblo, al igual que los gritos de la cerda que la acompaña.

París no pudo evitar una carcajada.

—Ríase todo lo que quiera señorito, ríase, pero como que me llamo Ángela, que Saturnina la Puerca, lleva vagando por estas tierras varios siglos sin encontrar la paz que tanto necesita para su merecido descanso. Su padre la echó de casa porque quedó preñada de uno de los señoritos de la zona y lo único que le entregó fue una de las puercas del corral ¡Lo que debió pasar la pobre! Y ya ve lo que son las cosas, no ha sido capaz de encontrar el camino a la gloria. Cuentan que incluso la han visto acompañar a la santa compañía hasta el cementerio. Cuando silba el cárabo, ella anda cerca.

—¿Qué es un cárabo?

—Un búho, señorita, pero algo más pequeño —contestó Antolín, el marido de la anciana. Por estos contornos se ven muchos, aunque Ángela dice que hay uno en especial, de color claro y con manchas marrones, que acompaña a la pobre Saturnina.

—¿Y qué culpa iba a tener el alma en pena de que a la muchacha esa le entraran ganas de aprender y quisiera dejar el pueblo? ¿No lo hacen los hombres?

—¡Pero bueno, por lo más sagrao! —siguió diciendo la anciana— ¿Cómo

va a ser lo mismo? El hombre es el que debe mantener la casa, mi Antolín es el que se desloma en la huerta y gana el jornal que le paga el señorito todas las semanas, y yo vendo de vez en cuando mis labores, pero lo hago por gusto más que por las pesetas que gano. Al cambio, él tiene siempre su comida preparada y la casa limpia, como debe de ser. Ya sé que me va a decir que los tiempos cambian, de sobra lo sé, señorita, pero ¿Así de repente? ¿Cómo si la hubieran pinchao? ¿Y dejar a la pobre Graciana con todos los chiquitos? Además, si le cuento lo mejor se va a quedar pasmada. La madre está que no vive, pues la Adelina está sirviendo en la casa esa de Madrid que la llaman la de los horrores, donde se matan los unos a los otros, y aunque la chica le manda de vez en cuando cuatro letras a su madre, diciendo que no pierda cuidao, que a ella no le va a pasar nada, pues eso, que la pobre madre anda que no vive...

Marisa y Julián se miraron ¿Podía existir tal casualidad? Adelina venía de Riópar, el pueblo donde se encontraban en ese momento, pueblo en el que habían entregado el bulto sospechoso, asunto en el que estaba metida doña Mercedes Fragoso. Si los pinchan seguro que no se dejaría ver la sangre ¿Estaría la criada también metida en el asunto?

—¿Está rico el caldo? Se han quedao más blancos que la cal.

— Perdone, está muy bueno ¿Podría indicarnos como llegar a casa de Adelina?

—¿Y qué pintan ustedes ahí? Si no hay nada que ver, es una casa vieja, aunque ustedes sabrán. El Mariano tiene muy mala leche, y como no le digan antes que van a pasar a verle, lo mismo les recibe con la escopeta cargada.

—Verá Ángela resulta, que fijese lo que son las casualidades de la vida, nosotros conocemos a la chica, Adelina, la criada de la cual nos ha hablado. Hemos estado varias veces en esa casa y podríamos darle información a la madre para que se quedara más tranquila.

—¿Y que saben ustedes de los crímenes, esos de los que hablan las revistas?

—Verá señora —respondió París— somos policías, de hecho estamos aquí por un asunto de la comisaría.

—¡No, si todavía salimos en las revistas, esas que lee la Angelita! comentó Antolín.

—¡Jesús bendito! ¡Si lo mismo ronda por aquí el asesino!

—No, no se trata de eso Ángela, no tenga cuidado, es un tema relacionado con Don Ramón, el cura.

—¡Dios nos ampare Antolín! De toda la vida te vengo diciendo que don Ramón no es trigo limpio, ni lo es ahora ni nunca lo ha sido.

—¿Por qué dice eso Ángela? —preguntó París.

—Pues porque un cura de pueblo, no anda en coche, sino en burro, como todos los curas de pueblo que se precien, ni hacen arreglos cada dos por tres en la vivienda, que la suya más parece un palacio que la casa del cura, porque no solamente le cuida la casa una mujer, sino dos. Dos criadas ¿dónde se ha visto que un cura tenga tantos posibles? Dios me perdone, no quiero ser mal pensada, pero ya les he dicho que no es trigo limpio, y no es solo mi parecer, que anda en boca de todo el pueblo toda la vida de Dios ¡Vergüenza le tenía que dar! Andar en automóvil, mientras hay chiquillos en la aldea que pasan hambre. Y mucho me temo que él fue el que le metió esas ideas raras a la Adelina, que cuando le consultó la Graciana del mal que le había dado a la chica, enseguida la mandó a la maestra.

—¿Qué mal?

—Pues cual va a ser, el del aprendizaje, eso que la entró de repente, que se pasaba la vida mirando las musarañas, y queriendo leer libros sin descanso

—Bueno, Angelita, en eso actuó bien, si la muchacha quería aprender, pues ¿dónde la iba a mandar? ¿Quién mejor que la maestra del pueblo?

—No, si eso está bien, pero le metió en la cabeza las ideas de partir del pueblo, de ver otras cosas. Le dijo que tenía que marchar a la capital, a Madrid, que ahí tendría todas las posibilidades del mundo, sin pensar en cómo dejaba a la pobre Graciana con tanto chiquillo que atender y lavando los ajuares de las señoritas en el pilón, porque con tanto crio y el poco salario que gana el Mariano, no les llega pa ná. Que muchas tardes les saco la merienda de pan con chocolate a la puerta y ya se yo que cuando dan las seis, me vienen a rondar pa comérsela.

—¿Y porque consultó la madre con el cura, si en tal mal concepto le tienen?

—¡Jesús! Porque no hay otro ¿A quién iba a consultar? ¿Se ha dao cuenta de to el encaje que lleva hecho?

—¡Madre mía Ángela, esto es como un vicio! Cuando llegue a Madrid, voy a aprender.

—Antes de que marche ya le daré yo faena, le voy a envolver otra almohadilla y los 50 bolillos que se necesita, después tendrá que comprar los alfileres y la marquesa.

—¿La marquesa?

—El punzón, aquí lo llamamos marquesa.

—No sabe lo agradecidos que les estamos, nos han servido ustedes de mucha ayuda. Mañana tendremos que volver a hablar con don Ramón, y si no es molestia, les podrían anunciar nuestra visita a los padres de Adelina.

—Molestia ninguna, y después se pasan que les tendré preparadas unas gachas que se van a chupar los dedos.

—¿Cómo le vamos a agradecer tanta amabilidad?

—Ande, ande, marchen, que se va haciendo tarde y la Saturnina la Puerca estará de ronda por los andurriales, bastante agradecíos estamos nosotros con recibir su visita.

—No se preocupe Antolín, que tenemos el coche en la puerta.

CAPÍTULO XXIV.

“Se piensa el ladrón, que todos son de su condición.”

La noche fue como la anterior, mejor si cabe, ya conocían sus cuerpos y gozaban de sus descubrimientos, llegando más allá de cualquier placer imaginable.

Se levantaron temprano, desayunaron y cuando vieron salir a las pocas personas que habían acudido a la misa de nueve, entraron en la iglesia. Se encontraron con una nave más bien pequeña, con un altar austero y un coro en lo alto, travesaños de madera y algunas pinturas estilo mudéjar. Aunque realmente estaban pisando una construcción del siglo XV, Marisa pensó lo poco que cuidada que estaba la iglesita y que los arreglos para su conservación eran nulos. Detrás del altar se podían contemplar unos frescos totalmente destrozados ¿Es que nadie se iba a hacer cargo de restaurar aquellas históricas maravillas? —comentó Marisa.

—Nadie señorita, nadie, es una pena, pero así están las cosas.

Se volvieron los dos a la vez ante la presencia de un sacerdote, al que saludaron con un ligero descenso de cabeza. Alto y enjuto, sus ojos tan negros en contraste con la tez blanca cerúlea le hacían parecer un ser de otro mundo. La sotana algo corta, dejaba ver unos pantalones grises y unos zapatos negros de cordones. En el dedo anular un anillo de oro con una piedra de lapislázuli, y una cadena al cuello con una cruz de oro blanco y rubís, le hacían parecer más un cardenal que un sencillo cura de pueblo.

¿Han venido ustedes a visitar la iglesia?

—No padre, hemos venido a visitarle a usted.

—Cuanto honor hijo ¿Y en que puedo servirles de ayuda?

—¿Podríamos hablar en algún sitio donde no hiciera tanto frio? comentó Marisa.

—Claro, por supuesto, si no les importa, les invito a probar en mi humilde

casa un rico vino de la zona.

—Muchas gracias padre.

Esperando encontrar una vivienda como la de Ángela y Antolín, pareciese que hubieran entrado en un hotel repleto de comodidades. En la entrada un mueble antiguo con un gran espejo y varias perchas para dejar los abrigos. El calor se dejó sentir nada más entrar, se notaba que aquella casa estaba dotada de calefacción, de la que estaban seguros carecerían la demás casas del pueblo. Les salió a recibir una mujer mayor, bajita, que enseguida se hizo cargo de los abrigos que colgó en los percheros. Les hizo pasar a un salón perfectamente amueblado, no con excesivo gusto, pero sí con muebles de calidad. Unas cortinas verdes tapando las cristaleras, hacían juego con la tapicería del amplio sofá y los dos cómodos butacones.

Candela, que así se llamaba la criada del cura, acudió veloz con una bandeja en la que portaba una botella de vino tinto y tres copas que depositó en la mesa pequeña de centro, y un plato de loza repleto de embutidos del lugar, en el que no faltaba el morcón, rodeado de rebanadas de una hogaza de pan todavía caliente.

El cura sirvió el vino mientras se dirigía a ellos:

—Pues ustedes me dirán en qué puedo serles útil.

—Somos los inspectores de policía Marisa Lente y Julián París —dijo París tomando la palabra, a sabiendas de la pequeña mentira que le estaba contando, ya que Marisa aún era una simple colaboradora sin categoría alguna.

—¿Ocurre algo que yo deba saber?

—No, tranquilo. Nos trae aquí una investigación sobre algo que ocurrió hace muchos años y sobre la que estamos indagando en la actualidad.

Durante unos quince minutos París le dio a conocer a don Ramón, cuantos datos le era posible revelar, poniéndole al corriente del porqué habían llegado a parar a aquel pequeño pueblo.

Mientras transcurría la conversación, Marisa notó cierta crispación en aquellos ojos tan fríos y un rictus de enojo en la boca del cura. No le estaba gustando nada la misión que les había traído al pueblo.

—Como verá el que tiene la clave para aclarar el misterio que encierra la nota que le hemos mostrado, es usted.

—¿Qué quiere que les diga? Me están hablando de hace muchos años, y como comprenderán mi memoria ya no es la de antes, si no sé lo que he hecho hace cinco minutos ¿Cómo voy a acordarme de las cosas de antaño?

Siento mucho no poder ayudarles pero, como habrán observado, este pobre anciano está para pocos trotes.

—Don Ramón —dijo Marisa Lente, usted puede engañar a sus parroquianos, pero a nosotros no nos la cuela, no se escude en la edad, demasiado bien sabe de lo que le estamos hablando aunque, si se empeña en no contestar a nuestras preguntas, en un par de días le mandaremos un requerimiento para que se presente en Madrid, y lo haremos con una orden del juez. No sé cómo reaccionarían ante esto sus superiores eclesiásticos, seguramente no muy bien, aunque también cabría la posibilidad de inspeccionar el origen de sus bienes, que parecen abundantes, investigando cómo es posible que un pobre cura de pueblo se pueda permitir un automóvil y una casa como ésta, por no hablar de las joyas que no tiene reparo en exhibir, porque se aprecia a simple vista que no son precisamente de bisutería barata, así que usted dirá, Don Ramón.

—Herencias, hija mía, todo lo que ven son herencias, cosas que han tenido a bien dejarme los feligreses una vez fallecidos.

—No mienta, que va a ir al infierno, las herencias no se pueden aceptar a título personal siendo sacerdote y, por si no lo sabe, todas las mentiras que está contando son muy fáciles de comprobar, así que será mejor que comencemos otra vez y lo hagamos por las buenas.

Sabemos que el paquete que mandó Mercedes Fragoso, llegó hasta aquí, y que era usted el último destinatario. ¿Qué contenía el paquete y a quien iba dirigido?

—Está bien, algo me viene a la memoria, pero andan ustedes errados porque ese paquete no vino de parte de doña Mercedes, sino de su madre doña Carmen.

—¡Vaya, vaya, vaya! Esto va tomando otro cariz —comentó París— siga,

siga, que estoy deseando escuchar el final de la historia.

—Pues se acabó la historia porque no hay nada más que contar.

—¿Qué contenía el paquete Don Ramón?

—Joyas, unas joyas maravillosas.

—¿Por qué y para qué?

—Para los pobres ¿Para qué iban a ser? Las vendí y el dinero que me dieron lo repartí entre los más necesitados.

—Vamos a ver Don Ramón, porque está acabando usted con la poca paciencia que tengo ¿Se puede saber por qué no mandaron dinero? Si querían hacer una obra benéfica ¿por qué molestarse en mandar joyas en vez de dinero?

—Y yo que sé, si le parece, encima le iba a poner pegatas, quizá no supieran donde venderlas y pensaron que yo podría hacerlo.

—Muy bien, eso está muy bien ¿Y por qué andarse con tanto misterio?

—¿A qué se refiere?

—Primero se las manda al cura de Ojós y él se las envía a usted ¿Me lo quiere explicar?

—Muy fácil inspector, Don Ambrosio cogió su parte en primer lugar para repartirlo entre los pobres de su parroquia y después me mandó la mía.

—¡Jesús! Tiene usted respuesta para todo. Pasemos a otro tema ¿Por qué mandó a Adelina a Madrid?

—¿Se refiere a la chica de Graciana?

—A esa misma.

—La muchacha andaba queriendo salir del pueblo, se le hacía pequeño, quería estudiar, es una muchacha muy lista y muy avispada, y era una pena que su talento se desperdiciara aquí en el pueblo, lavando en el pilón y cuidando de sus hermanos, esa chica ha nacido para ser alguien, no para acabar siendo una simple fregona.

—¿Por qué acabó en la casa de doña Mercedes?

—Fue doña Carmen, la que me dijo que si conocía alguna muchacha buena y honrada, que supiera trabajar para su casa, y entonces pensé en ella ¿Dónde iba a estar mejor que con una familia tan buena y tan cristiana? Pensé que en la capital tendría más oportunidades de llevar adelante sus ganas de aprender.

—¿Desde cuando conoce a la familia del doctor Vela?

—Uf, hace muchos años, casi ni me acuerdo. Fue la hija, doña Mercedes quien recorrió casi toda España, la pobrecita, en busca de chiquillos expósitos, ya sabe, chicos de la calle que ella metía en centros, fundando por su cuenta algunos de ellos. A veces la ayudaba su madre y otras un socio o colaborador de la clínica de su marido.

—¿Recuerda su nombre?

—Piedrahita se apellidaba, el nombre no lo recuerdo.

—¿El doctor Vela también ayudaba a su esposa?

—Sí, creo que también colaboró en lo de las ayudas a los huérfanos.

—Está bien Don Ramón, cuando contrastemos todos estos datos, tendremos que volver a hablar con usted.

—La casa de un pobre cura de pueblo siempre está abierta.

Cuando salieron, era más de medio día.

—¿Te lo has creído?

—Miente como un bellaco, no tiene ni pies ni cabeza ¿A santo de qué iban a mandar joyas esas mujeres a los pueblos para que los curas las convirtieran en dinero? Cada vez estoy más liada. Pero de lo que estoy segura es que el paquete no contenía joyas. Y eso de recoger niños por todas partes tampoco me cuadra ¿Cómo que no había niños en Madrid en aquella época huérfanos de guerra! Para llenar cientos de orfanatos, tendremos que ponernos a investigar todo eso y, otra cosa ¿No te parece demasiada casualidad lo de Adelina?

—Sí, esa muchacha ha caído en aquella casa por algo, o la utiliza el cura,

o la utiliza doña Mercedes.

—Nos estará esperando Angelita, anda, que seguro que la mujer ha estado esta mañana preparando unas buenas gachas.

—¡Marisa! Te pasas la vida pensando en comer.

—No me hagas reír, anda, que antes tenemos que pasar por la venta a comprarles algún detalle. Y después a casa de los padres de Adelina, a ver si sacamos algo en claro.

El comisario Membrano llegó a la comisaría temprano, parecía mentira lo que echaba de menos a su sobrina, se había convertido en la alegría de la casa, y eso que a veces le ponía la cabeza loca con esa música tan ruidosa e incomprensible para él, sin parar todo el día cambiando las cosas de sitio y revolviendo sus papeles. Le había telefonado dos veces, decía que el viaje se iba a alargar un poco, pues creían estar en buen camino. Lo que estaban era tomándole el pelo, que más sabe el diablo por viejo que por diablo. Todo valdría la pena si sus deseos se hicieran realidad, antes de abandonar este mundo quería verla felizmente casada ¿Y quién mejor que París? No era demasiado espabilado, pero se notaba a la legua que bebía los vientos por ella y si no se espabilaba, y estando solos no era capaz de conquistarla, como que se llamaba Rogelio que le echaba del Cuerpo de Policía.

Se sentó en su mesa y nuevamente se puso a ojear los papeles de los crímenes de la casa de los horrores. No le quitaba nadie de la cabeza que aquella mujer era una asesina de los pies a la cabeza. Se había cargado a su marido, a su madre, a la cocinera y seguramente a la criada. Una de las asistentes de la casa declaraba haberla escuchado discutir tanto con su madre como con Josefa los días antes de que aparecieran muertas. Su marido le estorbaba en su relación con el amante, y la criadita estaba embarazada de su hijo. Había que convencer al fiscal y al juez de que tenían pruebas suficientes para que la dieran garrote. Para eso estaban la Justicia y los letrados, para condenarla o absolverla, ellos ya habían hecho bastante. Tendría que emitir orden de detención para ella y para el medicucho del que estaba enamorada.

Había quedado a comer con Eugenio Casas, el fiscal. No tenía más remedio que convencerle de que fuera al juez con todas las pruebas conseguidas por su gente, eran más que suficientes: huellas, autopsias, declaraciones, testigos ¿Qué más necesitaban? Él no podía dar más de sí.

Solamente hacía falta hablar un par de veces con aquel demonio de mujer para darse cuenta de que no era trigo limpio. Hablaría con Eugenio muy seriamente, esperaría a que llegaran París y su sobrina por si habían encontrado más pruebas que aportar a la causa y trabajo terminado. No sabía el comisario que las cosas no se iban a desarrollar como él esperaba y que el destino, no tardando mucho, le iba a jugar alguna mala pasada.

Esa misma tarde se recibió una llamada en la comisaria de una mujer que decía llamarse Alicia Mejorana. Había salido a comprar a unos grandes almacenes para después encontrarse con su marido en un restaurante. Al ver que pasaba el tiempo y no acudía, decidió llamar. Al no recibir contestación, pensó en volver a su casa. Su marido no faltaba nunca a su palabra y era la persona más puntual que había conocido. Se preocupó y tomó un taxi. Cuando llegó se encontró el cadáver de su marido sobre la alfombra del salón. Presentaba tres tiros: uno a la altura del corazón, otro en el hombro, y el tercero en la rodilla derecha, aunque después se pudieron encontrar varias balas incrustadas en la pared. La persona asesinada se llamaba Alejandro Piedrahita, y era el amante de Mercedes Fragoso.

Al conocer la noticia, a Membrano se le heló la sangre.

CAPÍTULO XXV.

“A buen entendedor, pocas palabras bastan.”

El doctor Piedrahita vivía en un suntuoso ático de la calle Velázquez, una de las zonas más selectas de Madrid. Cuando el comisario Membrano, acompañado por el inspector—jefe Villar, se presentaron en el domicilio, les atendió una muchacha uniformada que secándose las lágrimas les hizo pasar a una especie de biblioteca.

De la espléndida decoración, lo que más destacaba era la diversa colección de libros médicos, encerrados en una gran librería de dimensiones descomunales, al igual que la estancia, que no bajaría de los cien metros cuadrados. Una mesa de despacho de estilo inglés en un extremo de la dependencia al lado de una gran cristalera vestida con visillos blancos y sobre cortinas decoradas con flores de lis en color vino a juego con el tapizado de las sillas que bordeaban la grandiosa mesa de madera noble emplazada en el lado opuesto a la biblioteca. El suelo de madera, pulcramente barnizado, se cubría con dos alfombras persas que junto a las fotografías, y cuadros de gran calidad, entre los cuales se apreciaba un bello Sorolla, daban un tono de color y una gran prestancia al bien decorado salón que destacaba por su elegancia. En aquella casa había buen gusto, además de dinero, aquello no podía haber sido diseñado y decorado ni con poco tiempo ni poco dinero, se trataba de un lugar de abolengo —pensó el comisario,— En ese preciso instante vieron aparecer a Alicia, la mujer del fallecido. Era una mujer agraciada, poquita cosa, delgada, pero con un toque de distinción. Vestía un conjunto de falda y rebeca de punto en tonos agrisados, zapatos negros de tacón alto y un collar de perlas haciendo juego con los pendientes como único adorno.

Sin poder reprimir las lágrimas que secaba continuamente con un pañuelo de batista bordado con florecitas azules, les dio la mano a manera de saludo y les ofreció que se sentaran en las sillas que rodeaban la mesa del salón.

—¿Desean tomar algo antes de...?

—Le acompañamos en el sentimiento señora, y le agradecemos el ofrecimiento, pero no es el momento, será mejor que pasemos al lugar en

donde encontró el cadáver de su marido.

—Sígueme, por favor.

Salieron al amplio pasillo hasta llegar al salón principal de la casa, donde, encima de una de las alfombras, reposaba boca arriba el cadáver del doctor Piedrahita.

Alicia se sentó en uno de los sofás, dejando escuchar unos suaves aunque profundos sollozos que no podía dejar de emitir.

Antes de llamar al fiscal, a la científica, y al juez, se acercaron para observar al difunto. Tres disparos. Uno de ellos en pleno corazón, que seguramente sería el que le mató, otro en el hombro izquierdo y un tercero en la rodilla derecha. La sangre había manchado la lujosa alfombra, formando unos grandes cercos que ya comenzaban a coagular. Los ojos del fallecido permanecían abiertos, dejando ver un rictus de asombro. Dos balas más fueron descubiertas por Villar, incrustadas en la pared trasera de donde reposaba el cadáver y, en un momento, hicieron una recreación de la escena. El asesino no era buen tirador, si su interés era matar al doctor había fallado unas cuantas veces. Por el tipo de bala que había agujereado el perfecto estuco del muro, no tenía duda alguna de que el asesino había utilizado un 38 especial. Era un revolver pequeño, de poco peso, generalmente utilizado para defensa, aunque todo eso lo deberían interpretar los de la sección de balística.

—Señora Piedrahita ¿Quiere que avisemos a alguien?

—Mis hijos se encuentran fuera de España, en unas pequeñas vacaciones, pasan unos días en Nueva York, he intentado localizarles pero no he podido, he dejado recado en el hotel donde se alojan para se comuniquen conmigo lo antes posible.

—¿No tiene más familia...padres, suegros?

—Sí, mi madre, viene para acá, mi padre falleció hace algunos años, y no tengo hermanos.

En cuanto a mi marido —al nombrarlo emitió un sollozo— no tenía familia cercana.

—Está bien, ahora sí que le aceptaría un café mientras me cuenta

detalladamente cómo, cuándo y de qué manera descubrió el cadáver.

Mientras Membrano y Villar indagaban en los detalles del asesinato de Piedrahita, Lente y París, totalmente ajenos a lo sucedido entraban en la humilde morada de Angelita y su marido, dispuestos a disfrutar de las gachas típicas de la zona, regadas con un buen vino del terreno, que había preparado con todo el mimo la dueña de la casa.

A pesar de la modestia que desprendía el habitáculo, el fuego del hogar, así como las lejas y vasares cubiertos con tapetes de ganchillo y la mesa camilla del centro, hacían acogedor aquel comedor que lo mismo servía, de entrada, de sala y cocina.

Angelita les hizo sentar, y Marisa no pudiendo disimular un gesto de frío, se frotó las manos y se tapó con las faldas de la mesa, recibiendo enseguida el calor que desprendían los rescoldos del brasero.

Unos vasos, una botella de vino tinto y una fuente repleta de embutidos caseros, junto con unas rebanadas de una hogaza todavía caliente, les esperaban encima de la mesa camilla.

—Ummm ¡Que pinta tiene todo esto Angelita!

—Pues mejor sabrá. Vamos que hay que empezar a abrir boca, para que después entren las gachas. Todo lo que van a comer es de la matanza que hacemos nosotros mismos, mi marido y yo con la ayuda de algunos vecinos, los chicos mayores de la Graciana, los hermanos de Adelina, vienen a echarnos una mano y les correspondemos con parte de los embutidos, para que lo chiquillos llenen la panza y, hablando de la Graciana, les esperan después de comer. Se puso la mar de contenta al saber que le iban a dar noticias de la chica, la mujer anda muy preocupada con lo que está sucediendo en la casa. Teme por su hija, es natural. No se explica cómo no se ha marchado todavía de allí.

—¿Usted sabe porque Adelina aterrizó precisamente en esa casa? preguntó Julián.

—Tengo entendido que fue don Ramón el que intermedió, puso mucho empeño diciendo que era una casa de alto copete y que los dueños eran muy buenas personas y muy cristianos y todo eso que dicen los curas cuando

quieren hablar bien de alguien ¡Que cosas pasan en esta vida! ¡Vienen ustedes a investigar a este pueblo y se encuentran a una conocida!

—Eso me está pareciendo Angelita, que es mucha casualidad.

—¿Piensan ustedes que la Adelina está metida en el lío?

—No mujer, eso no, pero quizá la estén utilizando, o vaya usted a saber, entre el cura, la chica, la dueña, la madre de la dueña, que en paz descansa, el otro cura y los mensajes, esto está cada vez más liado.

—¡Jesús bendito! —replicó Angelita a la vez que se santiguaba— ¡Que cabeza hay que tener para llevar a cabo un trabajo así! ¡Dios los bendiga y encuentren rápido a la mala persona que está causando tanto dolor! Lo que más me apenó fue lo de la muchacha a la que atropelló el camión. Qué guapa la pobre, si parecía un ángel del cielo, y esos pobres padres que no han podido resistirlo ¡Cuanta desgracia Dios mío! ¡Quiera la virgen que lo encuentren pronto y se acaben tantos pesares!

Después de la espléndida comida, les fue servido un generoso plato de natillas caseras que puso colofón al festín.

Al momento se presentó uno de los chiquillos de Graciana para acompañarles a su casa, donde dijo que les esperaban sus padres con el recuelo preparado y unas rosquillas de anís que había elaborado la madre.

Marisa se despidió de ambos con un fuerte abrazo, agradeciéndoles sinceramente sus atenciones y obsequiando a Angelita con un foulard que había traído para echar por encima de la blazer. Al no encontrar nada adecuado en la venta, quiso tener un detalle, y decidió que era un regalo más personal. Al principio, la anciana se resistió a aceptarlo, aunque después se lo colocó por encima y mirándose al espejo le dio un fuerte abrazo sumamente agradecida, invitándoles a que volvieran a visitarles si, por azares de la vida, sus pasos les encaminaran por aquellos parajes.

La casa de Adelina distaba un kilómetro del pueblo caminando cuesta arriba. La vivienda estaba colocada sobre una loma, divisando desde ella la pequeña pedanía y, más al horizonte, se apreciaba el pueblo de Riópar el Grande, como lo llamaban los habitantes de la aldea. Algo más apartada se avistaba la

sierra de Calares, con sus tonos verdosos, que eran un regalo para la vista. Marisa no se pudo resistir a fotografiar aquel paisaje y, de paso, siguiendo un instinto natural, sacó unas cuantas fotos a la humilde vivienda de adobe en la que había nacido y se había criado Adelina.

Ya les esperaban en la puerta Graciana y Mariano; ella, una mujer muy bella, aunque demasiado ajada por los años de trabajo, el sol y sus múltiples partos. No era demasiado alta, con el pelo castaño recogido en una coleta baja, dejando que salieran algunas greñas a los lados de las orejas, una bata gris con un delantal blanco y unas botas de agua, formaban su atuendo, dándole una imagen de la típica lugareña de las que hasta ese momento sólo había visto en algunos reportajes de la España profunda. Mariano, bastante más alto que su mujer, llevaba puestos unos ajados pantalones de pana y una camisa de franela gris con coderas de la misma tela, una boina calada hasta las orejas y un cigarrillo apagado entre los labios. Se acercaron a ellos, y Marisa les saludó con dos besos, mientras que Julián les dio la mano, agradeciéndoles el recibirlos en su casa.

—No se merecen, contestó Graciana, es un honor tenerles aquí. Con qué casualidades te premia a veces la vida. Pasen, por favor, pasen y siéntense, hagan como si estuvieran en su casa. Ahora mismo les sirvo un poco de café, y me hacen el honor de probar estas rosquillas recién hechas y, de paso, si no es mucho pedir, he preparado más para que se las lleven a la Adelina, tiene pasión por ellas, y ya mucho tiempo que no las cata, la pobre. Si supiera el sufrimiento que me está haciendo pasar, ya se habría vuelto, o por lo menos se habría salido de esa maldita casa ¿Quién le manda a ella seguir allí? Si no es mucho preguntar ¿Ustedes saben algo? Me refiero al porqué sigue allí mi hija.

—Bueno, no sé si Angelita les habrá puesto al tanto de la misión que nos ha traído a estas tierras —refirió Paris.

—Algo nos ha dicho la Angelita —comentó por primera vez Mariano.

—Antes que nada, tengo que decirles que no anden disgustados por Adelina, es una buena muchacha, no saben ustedes lo que nos está ayudando, gracias a ella estamos aquí, fue la que descubrió el misterio del mensaje que no había manera de saber descifrarlo. Está entusiasmada con los estudios. Se está preparando para hacer examen de sexto curso, ayudada por Santiago, uno de los hijos de doña Mercedes que, además, ha podido convencer a la madre

para que falte un par de horas tres veces por semana para acudir a una academia, allí la preparan para pasar la prueba y, si lo consigue, podrá acceder directamente al curso preuniversitario, y después a la universidad.

—Eso me cuenta en sus cartas, y yo cada vez la veo más lejos. Lo que le ha gustado estudiar y leer siempre a esta muchacha, ya de chiquita miraba las estampas de los cuentos que le traía Don Ramón a la luz de la vela, me levantaba a regañarla, porque veía que se estaba dejando los ojos y luego no había quien la levantara por la mañana. Hasta que no hubo más remedio que llevarla a la escuela, lo que no hice con los mayores, tuve que gastar con ella.

—Deben de sentirse muy orgullosos.

—Si no le quito razón, señorita, pero el miedo es libre ¿quién me dice a mí que mientras estudia o trabaja no la mata ese asesino despiadado que ataca en esa maldita casa?

Pero coma, mujer, cómase una rosquilla que están muy ricas.

—En realidad, además de informarles sobre su hija, hemos venido a preguntarles algo.

—Ustedes dirán.

—¿Desde cuándo conocen a don Ramón?

—¿Al cura? De toda la vida de Dios, yo creo que ese hombre siempre ha sido viejo, le recuerdo con la misma planta desde que era yo una cría, él me dio la primera comunión, fíjese si hace años.

—¿Y qué opinión les merece?

—¿Cómo dice?

—Marisa quiere decir que cual es la opinión que tienen de él.

—Ah, pues como la de cualquier otro cura, ya saben ustedes ¡predíqueme padre, que por el uno me entra y por el otro me sale! Él hace lo que tiene que hacer, y los demás hacemos lo nuestro. Vamos a la misa de los domingos y las fiestas, aunque yo no soy de las de rosario como algunas del pueblo, demasiado tengo con acudir a todo lo mío.

—Según tenemos entendido, él fue el que les recomendó la casa donde

está sirviendo su hija ¿No es así?

—Así es señorita. Nos dijo que eran unos señores muy buenos y que la iban a tratar muy bien, y que allí aprendería mucho, que la chica necesitaba salir de estos muros y ver cosas nuevas, que era una muchacha muy inquieta. Eso lo sabía yo, cómo no lo iba a saber si soy su madre. Quién mejor la iba a conocer que yo ¿no les parece? Se empecinó en marchar a la capital, así de un día pa otro. Ni dormía ni ná, todo el tiempo dándole vueltas a lo mismo, Iba todos los días a hablar con don Ramón y le ponía la cabeza loca: que si me busque una casa, que voy pa la capital, que aquí no puedo seguir... Hasta que el hombre, pues eso, que to tiene un límite y vino a hablar con nosotros y nos contó lo de la casa esa de los horrores, bueno quiero decir, ya saben, que todavía por aquel entonces no había sucedido na en esa familia.

—¿Y no les contó el cura de qué conocía a la dueña de la casa?

—Nos dijo que les había hecho algunos favores en el pasado, y que confiaban en su criterio, por eso se habían puesto en contacto con él.

—¿Qué clase de favores?

—Ay señorita, eso sí que no lo sé. No era menester preguntarle ¿sabe usted? Hubiera parecido una cotilla, lo único que quería era que mi hija cayera en una casa bien, y eso me lo aseguró. Y cuando marchó, al poco en sus cartas me iba diciendo lo contenta que se sentía y, pues eso, que quedamos conformes... Bueno, hasta que comenzaron los crímenes, que estoy que no vivo desde entonces aunque parece que ahora me siento mejor si ustedes, que son de la policía, me dicen que ella no corre peligro. Eso me consuela algo más.

—Bueno, a ver, yo no he dicho eso, ya sabe, peligro, lo que se dice peligro, lo corremos todos, ahora mismo se puede caer el techo y dejarnos a todos en el sitio.

—Eso es otra cosa señorita, ya lo sé, me refiero a la casa esa siniestra, donde ha ido a caer mi chica. No es solo que no tenga miedo, es que además ni oír que tenga intención de marchar, se la nota hasta contenta. No sé yo qué pensar, a mi chica me la han cambiado entre todos. Mientras no le dé por las malas artes...

—¿Qué malas artes?

—Pues por meterse en líos de hombres, a eso me refiero, ya sabe usted que lo único que tiene una mujer es su honra y si se la arrebatan, mal andamos.

Marisa, miró a Julián, dedicándole una sonrisa a la que él respondió con una especie de guiño, del que no pareció percatarse el matrimonio.

—Por ese lado ande tranquila mujer, no creo que a estas alturas me falle mi instinto, desde luego Adelina no es de esa clase de chicas. Es una muchacha muy formal muy inteligente y muy buena persona, lo pasó muy mal cuando murió su compañera. Estaban todas muy unidas.

—¿La Joaquina?

—Sí, esa misma.

—Pero las revistas dicen que andaba preñada del señorito

—Eso lo dicen quienes tienen que vender ejemplares y lucrarse, valiéndose del mal ajeno y de calumniar, no les hagan caso. La autopsia oficial no decía eso.

— ¡Jesús, María y José! Pobre familia, todos muertos y la muchacha, era preciosa, lo digo por las fotos de las revistas, que yo no tenía el gusto de conocerla, y esos pobres padres, pues eso, qué les voy a decir... que no pudieron con ello ¡Cuánto se sufre por los hijos! No se sabe hasta que no se tienen ¿Ustedes tienen hijos?

—No.

—Claro son muy jóvenes, te dan muchas alegrías, la verdad, pero también anda una todo el día en vilo.

—Volvamos atrás Graciana ¿Quién fue la que pidió a don Mariano una criada en la casa, fue Doña Mercedes?

—Según nos contó el cura, andaban a falta de servicio, porque es una casa muy importante y de mucho postín, y la señora Mercedes, siempre se andaba quejando de que era poca ayuda la que tenían, pero en realidad la que llamó al cura fue la madre de la señora, doña Carmen se llamaba, que Dios la tenga en su gloria. Era una buena mujer, buena y cumplidora.

—¿Por qué sabe que era buena?

—Pues no sé, ahora que lo dice, pues eso, que lo doy por hecho.

No se les pasó por alto la mirada de reproche que lanzó Mariano a su mujer.

—¿La conocían ustedes?

—No. Qué vamos a conocerla. Bueno, si acaso por las cosas que nos cuenta la chica en las cartas, ella siempre dice que era muy buena con todo el mundo.

—Otra cosa, y no se preocupen porque lo que les voy a preguntar, no va a salir de aquí ¿No les parece que el cura vive muy por encima de sus posibilidades?

—¿Quiere decir con eso que si es de posibles? —sí, claro que sí, pero no solo nosotros, eso se lo puede responder todo el pueblo. Menuda casa tiene, y los oros que lleva encima, y que no se priva de nada. Anda siempre en automóvil, antes tenía otro más viejo, y después lo cambió por este que tiene ahora, que yo no entiendo, pero los hombres dicen que es un último modelo de no sé qué, y dos criadas, y nada de sotana de quita y pon, que dicen que tiene varias colgadas en la sacristía y la Ramona, que le lava la ropa, cuenta que nunca jamás ha visto tantos calzoncillos ni camisetas de esas buenas de franela que valen un dineral y hay que ir a por ellas a la capital porque solo las venden en los grandes almacenes. Con esto no quiero decir que no haga obras de caridad ¡Dios me valga! que las hace, porque en verdad las hace. A los más pobres del pueblo les ayuda, a nosotros, sin ir más lejos, más de una y más de dos veces nos ha dado dinero y nos ha traído ropa para los chiquillos, y a veces le hace encargos al Mariano.

—¿Qué clase de encargos?

Mariano le quitó la palabra de la boca a su mujer cuando ésta iba a contestar, echándole la misma mirada de reproche que le había lanzado anteriormente.

—Poca cosa, algún arreglo en su casa y a veces ir a echar de comer a las cuatro gallinas que tiene.

—Señorita, y usted señor, coman alguna rosquilla más ¿no les gustan? No me hagan el feo.

—Están buenísimas Graciana, pero no se hace idea de lo que hemos comido en casa de Angelita.

—Pues siendo así, les voy a poner otro paquete, además del que le tienen que llevar a mi Adelina.

—Cuántos misterios encierran las gentes de estas tierras y qué disparejos son entre ellos.

—¿Cómo dice?

—Lo que quiero decir, es que está muy patente la diferencia de clases en los pueblos, se nota mucho más que en la capital.

—¿Se refiere usted a que unos son muy ricos y otros muy pobres no?

—A eso mismo me refiero Graciana.

—Lleva usted razón, mucho trabajo es el que tenemos para sacar adelante a tanto chiquillo y carecemos de muchas cosas. No le digo yo que podríamos gastar algo más en el tejado, por ejemplo, habría que ir pensando en cambiarlo, pero nos gusta contar con que tenemos algunos ahorrillos guardados para cuando nosotros faltemos, que no les vendrá mal a los chicos tener algo para salir adelante, y hasta les hemos abierto una cartilla a cada uno, para que de mayores no pasen los apuros que hemos pasado nosotros.

Mariano cambió de color tras escuchar las últimas palabras de su mujer.

—No le hagan caso, esta mujer habla de más y a destiempo y exagera las cosas. Tenemos como todo el mundo, un resguardo, por si de repente se presenta alguna enfermedad, pero tan poca cosa que no nos llegaría para nada ¿Cómo habríamos de tener para cartillas? Nada más hace falta mirar cómo vivimos.

—Tiene razón mi marido, digo lo de las cartillas por decir, vamos que lo que quería que escucharan ustedes, es que, eso es lo que a mí gustaría. Ya me entienden.

—Claro que la entendemos, no se preocupen, y ahora nos van a perdonar, pero nos tenemos que ir, les estamos quitando tiempo y nosotros tenemos también cosas que hacer.

—Nos ha gustado mucho conocerles, lleven los paquetes de rosquillas, no vayan a olvidarlos, y ya saben dónde dejan su casa.

Marisa y Julián marcharon de aquella casa en dirección a la plaza de la iglesia donde habían aparcado el coche que les llevaría a la venta, en la que pasarían la noche, preguntándose el porqué de las mentiras que les había contado aquella familia.

CAPÍTULO XXVI.

“A río revuelto, ganancia de pescadores.”

Los de la científica nada más ver las balas dedujeron que eran de una 38, tal y como le habían parecido al comisario Membrano. Un grupo de la guardia civil trabajaba cogiendo muestras del salón, otros observaban con detenimiento el cadáver. La madre de Alicia, consolaba continuamente a su hija, y la criada que les había recibido había llevado café para todos a la biblioteca, donde se habían sentado a esperar mientras los investigadores trabajaban en el salón.

Se habían cargado al doctorcito—amante —caviló Membrano, ya tenían otra posible sospechosa, su mujer. Quizá era consciente de las relaciones mantenidas entre su marido y Mercedes y le pudieron los celos. El típico crimen pasional ¿Y a los demás? ¿También los había matado por venganza? ¿Qué tenía que ver la pobre cocinera en el asunto? Quizá sí tuviera algo que ver, ella tapaba a su señora en sus relaciones ilícitas, al igual que su madre, ¿Y el primero de la saga, el marido, el doctor Vela? ¿A ese también le mató? Quizá estuviera enterado de las infidelidades de su mujer y no la puso al corriente. Se abrían un montón de posibilidades ¿Y Mercedes Frago? la principal sospechosa ¿por qué iba a matar a su amante? ¿Una discusión? ¿Celos? Tendrían que comenzar desde el principio, otra vez a reunir todas las pruebas y a adjuntar las de este nuevo crimen. La prensa se lo iba a pasar de cine. En cuanto saliera de allí, telefonaría a su sobrina y a París para ponerles al tanto de los últimos acontecimientos.

Marisa y Julián, tenían un recado en la venta para que llamaran urgentemente al comisario. Una vez puestos al tanto del asunto, Marisa subió al dormitorio y tirando los zapatos que fueron a parar a la puerta del baño, se dejó caer en la cama, echándose las manos a la cabeza ¡Esto se pasa de castaño oscuro! No sé qué más podemos hacer, como la científica no encuentre huellas claras y descubra el arma del crimen, lo tenemos muy mal. Hasta ahora tenía muy claro que todo había sido perpetrado por la dueña de la casa en colaboración con su amante ¿Y ahora qué?

—No te desesperes, debemos tener paciencia, quizá se apoderaron de ella los celos, lo que está claro es que esa mujer esconde más de lo que parece, y no de ahora, sino desde hace muchos años. Y aquí hay más gente metida de lo

que habíamos pensado hasta ahora. El curita del pueblo tiene más dinero que Rockefeller ¿Por qué? Pues porqué le hacía trabajitos a la Frago, y trabajitos de mucha pasta, por lo que parece ¿Y a que se dedicaba la Frago? ¿Al contrabando? ¿Al robo de alta alcurnia? ¿Estafaba a gente de pasta? Al fin y al cabo, estaba metida entre ellos, siempre ha formado parte de la alta sociedad de Madrid ¿Lo hacía ella sola o con la complicidad del muerto? ¿Se habían enterado de sus andanzas y por eso los ha ido matando uno a uno? Es lo que más me cuadra, pero para eso, tendremos que averiguar en que ha estado metida, porqué cuando tu tío se entere de que lo que hemos logrado ha sido simplemente más de lo mismo, me echa de la comisaría.

—Eso no es así Julián, hemos conseguido muchas cosas en este viaje. Sabemos que los dos curas estaban y están metidos en el asunto, ese dinero no cae de las nubes, con lo cual, sabemos que la dueña de la casa ganaba dinero ilícito con ayuda de terceras personas. Y lo más asombroso de todo es que la familia de Adelina debe de estar metida en el ajo ¿cartillas a nombre de los niños? ¿De dónde han sacado el dinero? ¿Adelina sirviendo en la casa de los horrores? ¿No es demasiada casualidad? ¿Será la corre ve y dile de los viajecitos de su señora?

—Puede, puede que a don Mariano le viniera bien colocarla en esa casa para tener más fácil y más a mano los recados de la señora con una ayudante, y así Adelina mata dos pájaros de un tiro, consigue dinero fácil, ayuda a sus padres, y puede estudiar en Madrid que ha sido siempre su deseo. Voy a volver a hablar con tu tío y le voy a aconsejar que vuelva a interrogar a la criadita, que aunque nos caiga muy simpática y sea tan colaboradora, a lo mejor es más lista de lo que parece.

El inspector-jefe Villar, después de anunciar su visita diciendo que tenía que volver a interrogar a los moradores de la casa y para no dar demasiadas pistas, se dejó caer por allí después de comer.

Luciana le abrió la puerta y le acompañó al salón donde le esperaba como siempre Doña Mercedes, vestida de luto como venía haciendo desde la muerte de su marido, y mostrando en los ojos una tristeza que no parecía fingida.

—¿Saben algo más, inspector? Perdone, ni tan siquiera le he saludado ¿quiere que le preparen un café, o una infusión?

—Un café me vendría bien, y contestando a su pregunta, no, no sabemos

todavía nada. Como sabrá la autopsia ya está realizada y el cadáver mañana estará a disposición de la familia, pero los resultados tardarán algo más en conocerse, aunque el comisario Membrano quizá pueda averiguar algo de boca del patólogo para que podamos ir adelantando. Lo que sabemos es que le mataron con un revolver del 38. No había muestras de forcejeos ni peleas, la muerte le pilló por sorpresa. La puerta no estaba forzada, ni las ventanas tampoco, con lo que se deduce que el doctor Piedrahita conocía a su asesino, y que éste no era diestro con las armas, primero estampó dos balazos en la pared, y otros dos en partes del cuerpo que no eran mortales, la quinta bala que disparó el revolver fue la mortal, le dio en pleno corazón.

—¿Y cómo es que no se defendió?

—Me figuro que los dos primero disparos le dejaron perplejo, y los dos segundos, le hicieron caer al suelo, cuando quiso reaccionar recibió el balazo mortal.

—¡Dios mío! ¿Es que no vamos a descansar nunca en esta casa? ¿Qué hemos hecho para merecer algo así?

—Su casa está vigilada día y noche señora, no tiene que preocuparse.

—¿Cómo no voy a preocuparme? Han matado a mi marido y a su mejor amigo, a mi madre y a mi cocinera, que no era solo eso, sino mi amiga, una amiga de muchos años, la quería tanto como a mi madre y para colmo la muerte de Joaquina y de sus padres ¿Cree que todo esto puede aguantarlo una mente normal? Estoy en tratamiento, el psiquiatra de la clínica me ve dos veces por semana. Yo ya no puedo con tanto, se lo juro inspector, ya no doy más de mí y no me refiero a las pocas fuerzas que me quedan, sino al sufrimiento por el que estoy pasando. Sé que piensan que soy de piedra, que no tengo sentimientos, y lo piensan porque no me ven llorar como hacen otras personas, no sé expresar mi sufrimiento de esa manera inspector, a mí las penas me consumen por dentro, y encima tengo que hacer de tripas corazón delante de mis hijos. He mandado a las niñas a Santander, a casa de una de mis mejores amigas, no podía tenerlas aquí, ya no lo resistían, estamos en un peligro inminente. Han perdido el curso, aunque ahora eso es lo de menos. Santiaguito no ha querido marchar, no quería dejarme sola, y en cuanto a Ignacio, sería imposible ¿Quién se haría cargo de la clínica si él faltase? Y no me diga que la casa está vigilada que ya lo sé, lo sé de sobra, pero el miedo es

libre y créame cuando le digo que estoy aterrorizada.

Si el comisario no hubiera sabido como era de verdad la persona que tenía enfrente, habría pensado que era verdad todo lo que estaba diciendo, y no una maravillosa actriz.

—¿Y qué me dice de las personas del servicio? ¿No tienen miedo? Me extraña que no hayan querido marcharse de esta casa.

—A mí también, no crea que no lo he pensado, por mi parte tienen vía libre, lo comprendería. La nueva cocinera, Cecilia, no creo que me dure mucho, se le ve en la cara a la pobre, y la doncella, también nueva que parece estar hecha de otra pasta, se la ve valiente y encarada, es de esas mujeres que no se achantan ante nada, lo supe nada más verla. En cuanto a Luciana y Adelina, tendré que agradecerles siempre la gran labor que están haciendo y sobre todo que sigan a mi lado, hablé con ellas, y les comenté que si querían marchar eran libres de hacerlo, incluso recibirían de mi parte compensación económica, pero lo rechazaron, lo único que pude hacer fue agradecerse y por supuesto les complementé una subida salarial, no sabía de qué otra manera mostrarles mi agradecimiento.

—Está bien, con su permiso, me gustaría comenzar con los interrogatorios y si pudiera ser en privado mucho mejor.

—Por supuesto inspector, puede pasar al despacho de mi marido, está exactamente igual que antes, tal y como él lo dejó.

Alberto Villar pasó al despacho, portando en su mano la taza de café que tenía a medias, y mandó llamar a Luciana. Después de hablar un rato con cada una de las criadas de la casa y resolver lo que ya sabía que iban a contestar, decidió que había llegado la hora de hablar con Adelina, que era la única persona con la que en realidad quería parlamentar.

Adelina, entró portando una bandeja con el precioso juego de café de la Cartuja en tonos azules, y después de depositarla en la mesa del despacho, rellenó la taza del comisario, le acercó el azucarero y la brillante cucharilla de plata.

—¿Cómo te encuentras Adelina?

—Bien, dentro de lo que cabe, comisario, el nuevo asesinato nos ha

dejado deshechas. No es que conociera mucho al doctor Piedrahita, solo de verlo por aquí de vez en cuando, pero ya sabe, estas cosas causan bastante desasosiego, es como ir sumando y a veces me pregunto ¿me llegará a mí también?

—¿Y si te haces todas esas preguntas porque no te marchas de esta casa?

—¿Creé que no me lo he planteado? ¿Qué no vivo con miedo? Todos los de la casa tenemos miedo, pero si me fuera, echaría por tierra, todo lo que me ha traído a la capital.

—¿Y qué es eso tan importante que te ha traído a Madrid?

—Estudiar, quiero abrirme camino, conocer cosas, hacer una carrera universitaria y no creo que la pudiera hacer si me voy de esta casa.

—No lo entiendo Adelina ¿Es que no hay más casas en las que puedas trabajar?

—Claro que las hay, por supuesto, pero ninguna en la que me den las horas que necesito para ir a clase, y en la que uno de los hijos sea mi profesor. Santiaguito me da clases, gracias a él estoy preparada para afrontar el examen de sexto curso, y en un par de años podré ir a la universidad.

—¿Y crees que todo eso merece la pena, aún a costa de tu propia vida?

—¿De verdad corremos tanto peligro? La señorita Lente me dijo, que no debía de tener miedo, que había puesto vigilancia las 24 horas, y que nadie podría entrar en la casa.

—¿Y si el asesino está dentro de la casa? Tú misma desconfías de la señora.

—Claro que desconfío de ella, desde el primer momento no me pareció trigo limpio, pero si me paro a pensar ¿qué motivo tendría para deshacerse de mí? Contando con que ella sea la asesina, habría matado a personas que conocía de toda la vida ¿qué tenemos que ver los miembros del servicio con sus motivos? Porque algunos tendrá, digo yo, si ustedes todavía no lo saben ¿cómo voy a ser yo conocedora de sus planes?

—¿Cómo iban en estos días sus relaciones con la última víctima?

—Bueno yo no he estado presenciando sus encuentros, pero lo único que puedo contarle es que el día antes de su muerte tuvieron una fuerte discusión.

—¿Escuchaste algo?

—Claro que lo hice. Era ya muy tarde, cerca de las doce de la noche. Ya me había acostado, Luciana estaba dormida, cuando escuché la puerta. Me levanté con todo el sigilo que pude, descalza, sin hacer nada de ruido. El doctor Piedrahita, estaba en el salón con la señora. Al principio, el tono de las voces era suave, y hablaban bajito, casi no podía distinguir lo que decían, pero sin pasar ni siquiera cinco minutos la modulación de sus voces era cada vez más alta y más alterada y pude escuchar perfectamente todo lo que decían.

—Adelante.

—La señora estaba celosa, le echaba en cara no haberse separado de su mujer, tal y como la había prometido, y él respondía que no era el momento, a causa de Alicia, su mujer. Se llama así ¿Lo sabía?

—Sí, sé su nombre, continúa por favor.

—Pues eso, le decía que Alicia no estaba pasando por un buen momento, que la quería a su manera. Le habló de sus hijos, del disgusto que se llevarían, por lo visto sienten adoración por su madre. La señora se echó a llorar, le decía que ya no aguantaba más, con lo que había tenido que pasar, que no era plato de buen gusto ver morir a su marido y a su madre, y a la señora Josefa, que aunque no lo pareciera, decía que ella la había querido mucho, y ahora la negativa a separarse de su esposa, tal y como le había prometido.

Él se deshacía en disculpas, pidiéndole un poco más de tiempo. Después estuvieron un rato callados, me figuré que estarían haciéndose arrumacos y que ella le había perdonado, pero no fue así. Sentí ruido de vasos, debían de estar bebiendo algo, después cuando fui a recoger, observé que se habían bebido media botella de whisky. Al cabo de unos minutos él le dijo que siempre había estado a su lado en los peores momentos de su vida y que acudió cuando más lo necesitó. Ella le preguntó que porqué se lo estaba echando en cara, que su buen dinero ganó gracias a ella. Y así estuvieron diciéndose frases encontradas el uno al otro, hasta que hubo otro momento de silencio y la señora le dijo:

—No quiero que vuelvas a pisar esta casa, y no te echo de la clínica por mi hijo, si no, lo haría, y te recuerdo que fuiste tú el que propusiste el negocio, te forraste a mi costa y cuando sucedió aquello, en ningún momento sugeriste hacerte cargo de la situación, por eso tuve que tomar la decisión, con la única ayuda de mi madre, ni tan siquiera te preocupó lo que podría pasar si se hubiera sabido, tú con negarlo todo, hubieras tenido bastante y nadie te podría culpar. Siempre has ido detrás de mí en todas las decisiones de mi vida y ya es hora de que me deshaga de ti. Vete y no vuelvas jamás.

Me retiré rápido de la puerta y me escondí en el pasillo. El doctor Piedrahita marchó bastante inquieto, dando grandes zancadas, y cerró con un portazo que no sé cómo no despertó a toda la casa y a continuación salió ella, ni siquiera se molestó en apagar las luces, caminó serena como si no hubiera pasado nada, incluso creí ver una ligera sonrisa en su cara. Es una mujer fría, juega con todo el mundo inspector, jamás he conocido a un ser así, carente de sentimientos. Marché de nuevo a la cama con el mismo sigilo que me había levantado, y al día siguiente me enteré del asesinato del doctor. Comprenderá mi nerviosismo, incluso hay veces que pienso en marcharme de una santa vez de esta casa, sin embargo vine a Madrid a estudiar, a ser alguien, y cuando lo he conseguido está en juego mi vida ¡Mire que tengo mala suerte!

—Tranquilízate muchacha, con lo que nos has contado y con las pruebas reunidas, creo que el comisario llamará al fiscal y pedirá orden de detención al juez. Por fin acabará esta pesadilla.

CAPÍTULO XXVII.

“En todas partes cuecen habas, y en mi casa calderadas.”

Adelina se levantó temprano y le pidió a Luciana que la cubriera unas horas. Cogió el metro y se apeó en la glorieta de Cuatro Caminos, y desde la salida caminó un par de kilómetros hasta que llegó a un edificio antiguo y algo destartado aunque decorativo, ya que las ramas trepadoras subían por sus paredes de ladrillo visto hasta alcanzar la última planta. En primavera seguro que estaría todo cubierto, pero la temperatura del invierno había hecho que cayeran sus hojas dejando al descubierto varios desconchones que nadie se había preocupado de arreglar.

Alzó la vista y observó las grandes letras que daban título al edificio: Maternidad de Santa Teresa.

En la entrada, observó el cartel de información. Un señor sentado detrás de un mostrador, aclaraba las dudas a una señora que se expresaba más bien a gritos. Detrás de ella permanecían otras diez o doce personas esperando su turno.

Pasó más de media hora, cuando pudo preguntar al amable informador.

—Buenos días, verá usted. Estoy investigando unos hechos que ocurrieron hace bastantes años, y estoy recopilando información, quizá usted pueda serme de utilidad.

—¿Usted dirá señorita?

Adelina sacó de su bolso una fotografía, se la enseñó al empleado, mostrándole también la fecha estampada en la parte de atrás y volvió a preguntar.

—Esta señora ha sido fundadora de varios hospicios en Madrid, me gustaría saber si algunos de esos niños, salieron de esta maternidad. Sé que puede ser complicado, pero pensé que no perdía nada por intentarlo.

—Verá usted, señorita, han pasado muchos años de eso, no tengo ni idea

de lo que me está contando y no creo que se conserve la documentación que podría confirmárnoslo. Yo entré a trabajar aquí hace diez años. Pero suba a la cuarta planta y pregunte por sor Luz, es de las antiguas, ella estaba aquí en la fecha que usted dice e igual le sirve de ayuda, en lo referente a huérfanos ya sabe usted que siempre ha sido cosa de monjas.

—Muchas gracias señor, ha sido usted muy amable.

Subió la estrecha escalera de mármol blanco, hasta la planta cuarta, donde encontró otra ventanilla con otro señor, al que solo podía ver la cabeza, estaba libre, y se acercó.

—Buenos días señor, sería tan amable de avisar a sor Luz.

—¿Quién le digo que la busca?

Adelina dudó unos instantes pero al final dijo:

—Mercedes Fragoso.

—Acomódese en esa salita, es la sala de espera de los familiares.

—Muchas gracias.

Pasados unos minutos una monjita, algo rechoncha y bajita, que caminaba despacio ayudada por un bastón, entró en la sala de espera. Notó su duda al observar a las personas que estaban sentadas.

—¿Es usted sor luz?

—Esa misma, hija ¿Te manda doña Mercedes?

—No hermana, he dicho su nombre, porque de otra manera quizá no hubiera querido recibirme.

—Y no andas desencaminada, estoy muy ocupada, aunque me veas encorvada y arrugada, todavía se requiere mi presencia en el quirófano y reviso todo el papeleo.

—De eso quería hablar hermana.

—Está bien muchacha, si conoces a doña Mercedes, eres bien recibida, no sabes todo el bien que hace esa santa mujer por nuestra congregación. Anda

ven conmigo, vamos a comunidad, hablaremos mejor y sin tanto ruido, ni tanto humo. Si pudiera hablar con Franco, le diría que no dejara fumar a nadie ¡Jesús que costumbre tan mala!

Salieron por la parte de atrás y una vez atravesado el pequeño jardín, un edificio de menores proporciones que el anterior les dio la bienvenida. La entrada, limpia como una patena, presentaba una mesa con una silla a modo de recibidor y dos cuadros de Vírgenes que Adelina no supo reconocer. Pasaron por una especie de invernadero, donde otra monja regaba varias macetas y fueron a dar a una pequeña sala, adornada con varias jardineras que se apoyaban en maceteros posados en el suelo. En el fondo una estatua de otra Virgen y, a un lado, una mesa redonda con un mantel bordado y rodeada de varias sillas de madera.

—Toma asiento hija ¿Quieres un café?

—No hermana, no se ande molestando.

—No es ninguna molestia, y sin decir una palabra más cogió una campanilla que Adelina pensó era de decoración y la hizo sonar. Una muchacha más o menos de su edad, vestida con una bata gris y un delantal blanco hizo su entrada, preguntando a la anciana religiosa qué se le ofrecía.

Al momento regresó con una bandeja que portaba una cafetera de porcelana con dos tazas. Y una vez que estuvieron servidas, la profesora le preguntó a qué se debía su visita.

Después de enseñarle las fotos y la fecha, estuvieron hablando más de dos horas. Adelina se levantaba de vez en cuando y estiraba las piernas, bien para paliar su nerviosismo, o porque las notaba doloridas de estar tanto tiempo sentada. La hermana seguía hablando y contando a la muchacha todo lo que deseaba saber, incluso afianzando su declaración con documentos de esos años que Adelina tuvo a bien guardar sin el reparo de la monja. Después de dos horas y dos cafés más, Adelina se marchó de allí agradeciendo a la religiosa su paciencia y llevándose dentro todas las pruebas que andaba buscando y que sabía que en algún momento tendría que dar a conocer.

Bajó las escalinatas de la entrada de dos en dos peldaños y, cuando pisó la acera, observó que en uno de los árboles que delineaban la calle, el cábrabo la miraba fijamente balanceándose a modo de columpio, incluso en su pico logró

atisbar una posible sonrisa, las rapaces no sonreían, sólo esta. Ese maldito cáرابو que parecía alegrarse de su desdicha ¡Canta de una vez maldito! Y el ave al escucharla, giró la cabeza y echó a volar hasta desaparecer de su vista.

Esa misma tarde Marisa Lente entró en el café Maravillas, situado en la glorieta de Iglesia, donde sentada en una de las mesas pegadas a la cristalera, le esperaba Adelina. La policía llevaba con ella las rosquillas que Graciana le había dado para que entregara a su hija.

—Qué alegría verte de nuevo Adelina. Ya me contó el inspector Villar que te estuvo interrogando, ya sabes, peticiones del comisario que nos trae de cabeza.

—Entiendo su trabajo señorita, no sé cómo agradecerle la molestia.

—No es molestia, y deja de llamarme señorita, por favor, me llamo Marisa y vamos a tutearnos, creo que ha llegado la hora de que lo hagamos.

—Está bien, como digas.

Pidieron dos chocolates que fueron saboreando mientras charlaban.

Marisa le puso al tanto de sus conjeturas, tanto las relacionadas con el asesinato del doctor Piedrahita, de cuyo interrogatorio habían sacado pruebas para inculpar a doña Mercedes, como de los datos hallados en el viaje que había realizado con Julián París. Le fue poniendo al tanto, una a una, de todas las dudas, así como las pesquisas que les habían hecho pensar que sus padres les habían mentado, al igual que don Ramón y don Ambrosio, y no calló nada sobre las dudas que tenían al descubrir la casualidad de que las pruebas les hubieran llevado, precisamente, al pueblo donde ella había nacido y pasado su niñez.

Adelina con cara de asombro, se quedó pensando unos minutos, hasta que otro chocolate con una ración de churros la hizo reaccionar.

—Me dejas descolocada Marisa. Mis padres son muy pobres, quizá ahora han mejorado algo por el dinero que mensualmente les envío, me lo quito de cosas que serían necesarias, cómo ropa, y quizá libros que me encantaría leer, ellos lo necesitan más que yo. En cuanto a lo de las cartillas, quizá sea verdad, y con ese dinero les hayan abierto a mis hermanos, repartiendo entre ellos de forma equitativa lo que les mando y la reacción de mi madre ante la mirada de

mi padre sería de vergüenza, les daría sonrojo que pensaras que tenían algo de dinero. Y es cierto que mi padre hace trabajos para don Ramón, pero te puedo asegurar que nada ilegal, mi padre no se prestaría a nada de eso. Le cuida las herramientas, los herrajes de los caballos, el ganado, y no solo las gallinas, el cura tiene ovejas, cabras y vacas, y es dueño de varios terrenos que dedica a huertas, que mi padre cuida, y por todo eso le pagará un pequeño salario, ya sabes cómo son los curas, más agarrados que un chotis. En cuanto a la fortuna del curita, no le viene precisamente de herencias, ese sí que hace trabajitos ilegales. Seguramente la señora trajinaría con algo ilegítimo que no podría entregar en propia mano. Se las ingenió para que fuera pasando de unos a otros y así la información se iría perdiendo por el camino, hasta la última entrega, que la haría don Ramón, y por eso se llevó sus buenos cuartos, y me figuro que habría más veces, más trabajos, y más ilegalidades que le han ido llenando el bolsillo, tanto a él, al cura de Ojós, como a los intermediarios, y qué decir de la propia señora, se comenta que es una de las mayores fortunas de Madrid. Desde luego, te puedo asegurar que en esa casa no se carece de nada. Además de un chalet en el Escorial, otro cerca de la playa de la Magdalena en Santander, el ático de San Sebastián, y dos cortijos en Andalucía, eso que yo sepa, que seguramente tendrán más patrimonio. Y en cada vivienda, guardeses. Todos los víveres son de primera calidad, sin mirar para nada el precio, al igual que los muebles y los adornos. Las joyas de la señora y de las señoritas son un auténtico lujo, y qué decir de su vestuario, de los mejores modistos. Desde la muerte del pobre doctor Vela, ya no se ha hecho ninguna fiesta, pero según contaba la señora Josefa que en gloria esté, eran apoteósicas y famosas en todo Madrid, por su opulencia y magnitud. Creo que contrataban dos cocineros, pinches y seis o siete criadas, además de las fijas de la casa. La clínica dará mucho dinero, pero también tendrá muchos gastos, vamos digo yo, solamente en sueldos se llevará un dineral. Y sé de buena tinta, que hubo una época en la que vinieron las vacas flacas y estuvieron a punto de cerrar. Ahí debieron comenzar los negocios ilegales de la señora.

—¿Qué clase de negocios se traería entre manos?

—La escuché una vez hablando de eso con su madre, pero no dejaron claro a lo que se dedicaban.

No se lo contaría —pensó Adelina— ese era un as en la manga que tendría que utilizar en su momento, cuando le dijera a la cara la clase de persona que

era, lo que pensaba de su maldad y de la crueldad que llevaba dentro. Era una carta de la baraja con la que se iba a jugar el futuro.

CAPÍTULO XXVIII.

“Bicho malo, nunca muere.”

Santiaguito acababa de comentarle que ya tenía fecha para el examen de sexto. Si lo aprobaba, al año siguiente haría el preuniversitario, siempre de forma particular y bajo la enseñanza de profesores privados en una academia, acudiendo solo a los exámenes. Santiaguito corría con todos los gastos, se había empeñado, y cuando quiso negarse, le mostró el recibo con el pago del curso completo por adelantado ¿Qué podía hacer contra eso? Sabía que se estaba enamorando de ella, y tenía que impedirlo. Sin embargo no podía enfadarle, con todo lo que estaba haciendo desinteresadamente. Le había dejado las cosas muy claras aunque no las entendía, seguía en su afán de que entre ellos hubiera algo más que una simple amistad, no una relación como la que deberían tener una criada con el señorito, o una alumna con su profesor. Era un ser maravilloso, repleto de grandes sentimientos hacia los demás, luchaba contra el mal y sabía perfectamente que se la estaba jugando. En España comenzaba a nacer una época de rebeldía entre los más jóvenes que se preguntaban muchas cosas a las que nadie les daba respuestas. Las reuniones clandestinas, los panfletos prohibidos que iban pasando de mano en mano y que se elaboraban en la parte trasera de las imprentas y papeletas repletas de palabras prohibidas, como democracia o libertad. La universidad era un hormiguero de protestas y algunos profesores habían sido cesados por sus enseñanzas subversivas. Todas aquellas cosas angustiaban a Adelina cuando Santiaguito se las explicaba. Temía por él, por ese espíritu rebelde que llevaba dentro y que no correspondía al modo de vida de la familia en la que había nacido. Si todas sus actividades llegaran a oídos de su madre, se escucharían los gritos hasta en la Puerta del Sol.

No podía dormir, la conversación mantenida con Marisa la había puesto en alerta, y la visita a sor Luz, le había terminado de aclarar las dudas que tenía, si es que aún le quedaba alguna. No tenía más remedio que esperar, les daría tiempo, aunque la paciencia se le estaba agotando. Había estado pendiente desde el primer momento y les había proporcionado las pruebas que necesitaban, les había guiado hasta el camino a seguir y les había conducido hasta la puerta de la culpabilidad de doña Mercedes Frago, esa mujer infame que jugaba a su antojo con la vida de las personas, que las utilizaba

para sus caprichos y sus ganancias, que jamás la había visto derramar una lágrima por su madre, ni por su esposo, ni tan siquiera por su amante.

Volvía a nevar, la luz de la farola, dejaba entrever los copos que se iban apilando en los bancos de piedra, sobre la fuente y en el alfeizar de la ventana. ¿Cómo era posible que sus padres hubieran abierto cartillas a nombre de sus hermanos? Todo se le hacía una incógnita, aunque ahora, el camino era más llano. Conocía de sobra los tejemanajes de don Ramón con doña Mercedes, sin embargo ¿sus padres? ¿También estaban encadenados a ella? ¿los había comprado? Su vida en el pueblo había sido más bien mísera, no pasaban hambre gracias a los alimentos que daba la tierra, a los huevos de las gallinas y las sobras de las matanzas que les daban las vecinas, agradeciéndoles la ayuda prestada, pero los recuerdos de su madre siempre le llegaban con el mismo vestido gris en forma de bata, un par de delantales blancos, y un atuendo negro con un velo para la misa de los domingos, al igual que ella. Dos vestidos que su madre iba remendando y alargando el bajo, según iba creciendo. Ella no pudo nacer en una familia como la de doña Mercedes, no tuvo esa suerte, ni tuvo la fortuna de estudiar piano de niña, ni conocer el mar, ni tener vacaciones, ni amigas con las jugar, ni aprender francés. Su suerte se echó en aquel pequeño pueblo abandonado de la mano de Dios, donde los ricos eran muy ricos y los pobres muy pobres, donde había que hacer reverencias a los dueños de los campos para los que trabajaba su padre y lavaba las sábanas su madre, dónde el aire era limpio como una patena, volaban las águilas y silbaban los cárabos, donde pastaban las ovejas en las lomas del monte, donde lloraba Saturnina la Puerca y podía sentir cómo la brisa limpiaba su cara de las lágrimas vertidas por el sufrimiento de no saberse en su lugar. Donde las mujeres eran duras como el pedernal y los hombres hoscos y huraños. Eran muchos, y no había caricias para todos, ni besos cuando se golpeaba las rodillas jugando en el monte, ni buenos consejos, ni labores de punto de cruz, tan solo cogía la aguja para echar piezas a las sábanas y a los pantalones de sus hermanos. Era la paleta de pueblo que había llegado a la capital para recorrer mundo, para saber expresarse, para conocer las letras y los libros, para deshacer el nudo de las matemáticas y para poder estudiar una carrera en la universidad como siempre había soñado. Lo que debía haber sido y no fue, lo que le correspondía y no se le dio.

Siguió observando la oscuridad de la noche a través de la única luz que la farola proyectaba hacia su ventana, y así, con los ojos abiertos como cántaros

vio como amanecía.

Cuando subió a colocar la vajilla del desayuno, se extrañó al encontrar a Ignacio sentado ya tan de mañana, ojeando un libro. Le saludó. Él, al verla, cerró el volumen de medicina que tenía entre las manos y le preguntó por sus estudios. Adelina se acercó, le estuvo informando y aprovechó para agradecerle la ayuda prestada con respecto a la señora, que tanta pega había puesto para que pudiera estudiar. Ignacio le solicitó café antes de que colocara el bufé, y en unos minutos volvió con una bandeja, tal y como sabía que a él le gustaba. Todavía llegaban a su memoria las veces que lo había hecho Joaquina, la forma en la que colocaba la taza grande, y las tostadas con mantequilla y mermelada de naranja ¡Cuánto disfrutaba haciéndolo! Y como sonreía, cuando el señorito la miraba agradecido. Pobre muchacha, que mal habría causado para abandonar este mundo de la forma en que lo hizo. La mató, fue ella, valiéndose de ese sinvergüenza que conducía el camión. No era la primera vez que le hacía trabajitos a la señora y salía impune de ellos. El dinero todo lo puede, hasta salvar de la justicia a un asesino, a la mano de la que se sirvió para quitar de en medio a la pobre Joaquina, incluso dudaba si no había tenido algo que ver en la muerte de sus padres. Si se habían oído algo, los había quitado de en medio, como hizo con su hija. Nada le importaba, salvo sí misma y su hijo Ignacio, ni tan siquiera prestaba la mínima atención a Santiaguito y las niñas. Tan solo una vez la había mandado echar una carta al correo para ellas, sabiendo lo preocupadas que se debían encontrar.

No fue difícil dar con el conductor del camión. Marisa le dio la dirección de su casa. Al principio se negó a verla, no tenía intención de escuchar todo lo que tenía que decirle. Después de unas cuantas visitas, y haciéndole saber que su misión no era perjudicarlo, la dejó entrar. Eso, y dos mil pesetas que tenía guardadas para su educación. Solo tuvo que contarle lo que vio en el momento del atropello. Él no conducía distraído, ni Joaquina se le echó encima como decían las revistas. Era cierto que no prestó demasiada atención al cruzar la calle, pero la atravesó sabiendo lo que hacía. Doña Mercedes vigilaba la escena desde la ventana del dormitorio de Doña Carmen, su madre, que da a la parte delantera, y es el único que dispone de la vista suficiente a la calle Abascal, sin que el impedimento de la fuente o de algún árbol le quitara la vista ¿Qué hacía ella en ese momento mirando precisamente desde esa ventana? ¿Por qué lo hacía protegiéndose con el visillo? Cuando la pobre muchacha tuvo el infortunio de caer debajo de las ruedas del camión que

conducía aquel infame, pudo ver su sonrisa, la sonrisa de complicidad con el atropello. Su odiosa cara lo decía todo, dejaba reflejar sus malignos sentimientos. En ese momento lo supo, en ese instante tuvo la certeza de que aquella mujer era una asesina despiadada, que había sido capaz de matar a su propio nieto. Mataba a niños, no solo por dinero, sino que sería capaz de hacerlo si alguien se entrometía en cualquiera de los planes que tenía trazados. Después de revelar a Emérito, ese hombre sin moral y la mano que llevaba a cabo los malos instintos de la señora, todo lo que sabía, no fue capaz de negarlo. Tenía en su mano todas las pruebas para que la policía comenzara a investigar los crímenes cometidos en el pasado, aunque le aseguró que no lo haría, solo quería que le confirmara la orden de asesinato por parte de ella. Lo necesitaba, necesitaba comprobar si su instinto y las pruebas que había recolectado no la engañaban. Necesitaba saber si se estaba dejando llevar por su odio ciego hacia ella, o si en realidad las pesquisas estaban fundadas por la razón. Y así fue, Emérito le confesó que al principio no quiso hacerlo. Después de verla, después de conocer a aquella persona que parecía un ángel, dudó, comenzó a remorderle la conciencia, y sabía que después podría arrepentirse, como así había sido. Sin embargo le pudo la codicia, ella le envenenó ofreciéndole una cantidad de dinero que no se veía capaz de rechazar, con ello podría vivir tranquilo el resto de su vida, aunque no era así como se encontraba. Esa tranquilidad que tanto añoraba no había sido capaz de conseguirla, los remordimientos le comían por dentro. Había tenido que recurrir a medicamentos para poder rendirse al sueño. Sabía que era un mal hombre, su vida había estado marcada por las malas acciones, robos, alguna estafa, y recados que él creía sin importancia para la señora, pero aquello... Aquello fue cruel. Había destrozado a una familia. Él no era una persona creyente, pero incluso, si supiera que no correría peligro, hubiera sido capaz de confesarse, de hablar con un sacerdote y conseguir el perdón de Dios.

Desde aquel día, Adelina siguió todas las pistas de la señora, la vigilaba y escuchaba todas sus conversaciones, incluso a veces la había seguido.

La entrada de la señora y Santiaguito al comedor la sacó de sus pensamientos.

—¿Le sirvo café señora?

—No hacía falta que hubieras puesto el bufé Adelina, para lo tres no hacía falta. Esta casa está tan vacía ahora...

—Sí, quedamos pocos, el asesino lo tendrá más fácil, menos gente que pueda estar alerta, contestó Adelina.

—¿Quién te ha pedido tu opinión, boba? ¿Es que quieres amargarnos el desayuno?

—Mamá, por favor, baja el tono —replicó Santiaguito— No ha dicho nada fuera de lugar, y nada que no estemos todos pensando.

—Otro igual ¿es que tampoco vas a comportarte? ¿No puedes aprender de tu hermano? Solo con mirarle, nos da la serenidad que necesitamos.

—Te la da a ti mamá, siempre te la ha dado. Debe de ser el único en la casa que reúne las suficientes cualidades, ya que los demás no existimos.

—Si vas a seguir diciendo tonterías, será mejor que te vayas.

—Mamá, por favor ¡basta ya! —replicó Ignacio, y tu Santiago, no eches más leña al fuego. Adelina, disculpa a mi madre, está nerviosa, no estamos viviendo una buena situación que digamos.

—No es nada, señorito, lo comprendo.

Santiago le hizo un guiño, del que no se percató el resto de la familia, y a continuación se levantó, cogió el abrigo del armario de la entrada y se fue camino de la universidad. Una vez solos la madre y el hijo mayor, la señora la mandó retirarse.

Adelina, quedó detrás de la puerta, si la había mandado marchar, seguro que tenían que hablar algo importante.

—¿Qué te pasa hijo? ¿Esa cara? Te conozco de sobra, estoy segura de que te ocurre algo.

—¿Te parece poco lo que está ocurriendo?

—No me refiero al panorama que tenemos encima, sé que algo te ronda por dentro, eres mi hijo y te conozco a la perfección, se cuándo lo pasas mal, y tu cara lo dice todo.

—He discutido con Mario.

—¿Y eso es para tanto? Con los amigos se discute, y después las cosas se

aclaran y ya está.

—¡Mamá! No te hagas la tonta.

—¿No vas a aprender de tus propios errores? ¿Es que nunca vas a hacerme caso? ¡Déjalo pasar Ignacio! ¡Déjalo pasar de una vez! Eres un hombre hecho y derecho ¡Tienes que pensar en tu futuro! ¿Crees que estás a salvo de habladurías? ¿Piensas que no te habrá visto alguien? ¡Por Dios bendito hijo! Vas a acabar con tu vida y con la nuestra, y sobre todo con la mía ¿Es que no ves lo que estoy pasando? ¿Por qué te empeñas en hacerme sufrir? ¿Qué les voy a decir a mis amigas si me cuentan algo? ¿Qué les diré si me vienen con algún chisme? ¿Qué mi hijo es un maricón redomado? ¿Eso es lo que quieres ser el resto de tu vida? ¿Un invertido? ¿No vas a darme nietos? ¿Te vas a conformar con ser un enfermo? ¿De qué te sirve ser médico si no sabes curarte a ti mismo?

Ignacio se levantó de la silla, de malas maneras, dejando que ésta cayera al suelo. Adelina al darse cuenta de que Ignacio se marchaba, entró en la salita. Le vio coger su abrigo, al igual que había hecho su hermano, abrió la puerta y salió a la calle, no sin antes limpiarse con el dorso de la mano las lágrimas que le rodaban por las mejillas.

Adelina, entró en el salón y preguntó:

—¿Puedo recoger la mesa señora?

—¡Márchate! Tengo que hacer una llamada.

Adelina salió del salón y volvió a retomar la misma postura detrás de la puerta a modo de escucha, aunque brevemente solo la oyó decir:

—¿Emérito? Tenemos que hablar. Mañana a las 5 donde siempre.

Se quitó de en medio por si a la señora le daba por salir de repente. Entró en su dormitorio, echó el pestillo y se dejó caer sobre la cama. Doña Mercedes estaba planeando su siguiente asesinato. Si ella no lo impedía, Mario acabaría como la pobre Joaquina.

CAPÍTULO XXIX.

“Cada loco con su tema, y cada lobo por su senda.”

Marisa Lente y Julián París, acababan de hacer su entrada en la comisaría. El comisario Membrano esperaba en su despacho.

—Tío, se ha levantado usted muy pronto, cuando le he llevado el café, he visto que ya había marchado.

—No están las cosas para andar remoloneando en la cama. A ver, ya estáis soltando las averiguaciones del viaje, que si me descuido os valen de vacaciones ¡Hay que ver lo que habéis tardado! ¿Qué, os habéis divertido? ¿Habéis hecho turismo? Y tú habrás tenido tiempo para mirarle el culo a mi sobrina ¿No? ¿Qué tal? ¿Era muy bonito todo aquello? Los paisajes, los murcianos, las verduras de la huerta ¿Os pensáis que voy a cargar con todos los gastos que habéis tenido?

—Tío por favor, dejó usted bien claro que durmiéramos en habitaciones separadas, por eso han subido los gastos.

—¡No, si estaría bueno! ¡Que todavía me dijeras que has dormido con este inepto! Notitas de aperitivos, bebidas para el dormitorio, meriendas, unos desayunos que no se los comería ni Paulino Uzkudun después de una sesión de boxeo, y mira que mono, Marisa ¡Ay que tierno, me voy a desmayar! ¡Hasta una muñequita vestida de huertana! ¡Qué detalle! ¿Os pensáis que soy imbécil? ¡Hostias! Todo esto te lo voy a sacar de las costillas París, ya lo creo que te lo voy a sacar. A partir de mañana te quiero aquí el primero y te vas a marchar el último, y como no hayáis sacado conclusiones que nos sirvan para el caso, a ti te degrado y te hago policía raso, y a ti Marisa te mando con tu madre a Colombia, a ver si allí encuentras novio y te casas de una vez.

—Por Dios tío, cálmese, que le va a dar algo, si todavía no nos ha dejado explicarnos.

—Pues ya lo estáis haciendo, que somos el hazme reír de todo Madrid. Hasta han sacado una caricatura mía con cara de idiota en uno de los diarios

de más tirada.

—Ya le contamos todo lo averiguado, ahora lo que tendríamos que hacer es juntar las pruebas y completar el puzle.

—El puzle ya estaba completo si no fuera por el asesinato de Piedrahita, eso se me escapa, no veo motivo suficiente.

—¿Cómo qué no tío? La declaración de Adelina es importante, tuvieron una fuerte discusión la noche antes, eso es una prueba fehaciente, además no me queda ninguna duda de que es una asesina despiadada, seguro que hay algo que no sabemos, se le ha quitado de en medio por que ya no le sirve para sus planes, o quien sabe, lo mismo ha encontrado a otro. Y hablando de otra cosa tío, he invitado a comer a París el domingo.

—¿Y eso a que se debe? ¿Tengo que aguantarle también en mi día libre?

—Es que tenemos que contarle algo señor.

—Pues contármelo ahora y así nos ahorramos la comida.

—Tío, por favor ¿Es que no puede ser un poco amable por una sola vez?

—Está bien, voy a sonreír, mira como sonrío ¿Esta bien así? Vamos suéltalo, aunque algo me estoy imaginando. Si os habéis creído que soy tonto, no lo soy, que uno ha sido cocinero antes que fraile.

—Verá señor... Marisa y yo nos queremos, me gustaría pedirle su mano, queremos casarnos lo antes posible.

— ¿La has preñado? ¡Te voy a matar, te juro que te mato!

—¡Por Dios tío, cálmese, que no es eso!

—¿Entonces a que viene tanta prisa?

—Prisa, ninguna ¿Pero para que vamos a esperar?

—Porque todos los novios tienen que conocerse ¿no? Hala, aquí te pillo y aquí te mato. Pensará todo el mundo que te casas de penalti, y eso no va a pasar. Un año de novios cómo mandan los cánones, y a la boda con la tripa lisa. Y date por contenta, que no haya puesto pegasa a que te cases con este negado ¿Es que no has podido encontrar a otro? No sé qué le ves hija, si es

más corto que la manga de un chaleco.

—Por Dios tío, no diga esas cosas de mi novio.

El pobre París agachó la cabeza, mientras se frotaba las manos, aguantando el sermón que ya había intuido le caería. Conocía de sobra al comisario, se le iba la fuerza por la boca, aunque sabía que en el fondo estaba contento de que fuera él el elegido por su sobrina.

—Mira Julián, si te has pensado que porque le vayas a tocar el culo por fin a mi sobrina, vas a tener alguna ayuda por mi parte, o si en esa cabeza hueca que tienes, ha entrado la posibilidad de que te suba de categoría, vas listo. Hala, ya os podéis marchar, concedida la mano de mi sobrina, si queréis podéis comprar unos pastelitos y convidar a los de la comisaría. Me figuro que estaréis deseando contarlo a diestro y siniestro, hala, fuera de mi vista que bastantes vacaciones habéis tenido, ahora a trabajar, sobre todo tú, París, que te voy a sacar los gastos de las costillas. No me esperes Marisa, he quedado con el fiscal a comer, a ver si por fin con las pruebas que tenemos soy capaz de sacarle una orden de detención ¿Estáis seguros de que la muchacha esa, Adelina, o como se llame, estaría dispuesta a declarar?

—Por supuesto, diría que hasta lo está deseando.

—Está bien, ya os contaré.

Eugenio Casas, el fiscal al que habían adjudicado el caso de la casa de los horrores, acudió al restaurante la Bola, que cogía nombre de la calle donde estaba ubicado, con el deseo de saborear un buen cocido madrileño y unos buñuelos de manzana. Ya tenía ganas de terminar con el caso que le traía por la calle de la amargura. O en la policía eran unos ineptos, o la asesina era demasiado lista, o el juez demasiado estricto, el caso es que se habían convertido en el hazme reír de todas las instituciones policiales de España. Sus caras en las revistas del corazón y en los diarios nacionales formaban parte de las portadas un día sí y otro no. Los periodistas estaba haciendo el agosto y las tertulias que se escuchaban en las cadenas de radio habían encontrado un tesoro en el caso. Con el beneplácito de unos y la negativa de otros, comenzaban los coloquios para los radioyentes, y hacía las delicias de los pocos televidentes que, a la hora de comer, miraban el telediario que

emitía el único canal con el que contaba la televisión española.

El fiscal era un hombre alto y delgado, demasiado quizá. De su cara huesuda resaltaban unos pómulos marcados que le daban un aspecto algo tétrico al igual que sus ojos oscuros, que se hundían en las órbitas creando una cara fantasmagórica, y todo eso unido a su traje clásico negro, hacían de él una estampa de tebeos de terror.

Sentado en una mesa al fondo del restaurante, esperaba tomando un vermut y unos cacahuetes. Enseguida vio entrar al comisario. Un hombre alto y fuerte, aunque con algunos kilos de más que hacían que la panza le sobresaliera sobre el cinturón con el que sujetaba los pantalones, algo arrugados, por cierto. Su aspecto bonachón desdecía por completo de su carácter en cuanto abría la boca, y soltaba la retahíla de palabras malsonantes que, para él, eran como el pan de cada día.

Después de saludar al fiscal, solicitar otro vermut y una ración de gambas a la plancha para ir abriendo boca, comenzaron a sacar los datos del caso que les había llevado a reunirse en el conocido restaurante.

—Verás Membrano, todo esto que me has presentado son asuntos del pasado. Mercedes Fragoso ha estado metida en temas totalmente ilegales ¿Qué asuntos? Tendremos que averiguarlo, está bien ir conociéndolos, pero lo que nos es absolutamente prioritario es solicitar su detención al juez.

Sé que me vas a decir que ya la ha denegado una vez, pero siguen apareciendo muertos como si se trataran del premio de la lotería.

—¡Me cago en la puta leche, Eugenio! Cartas en las que dice que le sobra el marido, sus huellas en los vasos del veneno, las huellas del novio muerto en el cuchillo que le rebanó el cuello al doctor Vela mientras ella dormía como si no pasara nada, el barro de sus zapatos junto a la mesilla de noche en uno de los envenenamientos. Discusiones la noche antes de la muerte de los fallecidos, y con Piedrahita, creo que fue fuerte. Y lo mejor de todo, contamos con la declaración de una de las criadas, que nos está ayudando de una forma absoluta.

—¿Has pensado que en el juicio tendré que preguntarle a la criada, si siente odio hacia su señora? ¿Y qué pasa si contesta que sí? El juez pensará que es el odio hacia ella, lo que la hace ser tan colaboradora.

—Ya se lo advertiremos, la chica no parece tonta.

—Necesitaríamos la colaboración de la otra.

—¿De qué otra?

—La otra criada, si una escuchó fuertes discusiones, la otra tuvo que escuchar algo en alguna ocasión, vamos, digo yo.

—Cierto, hasta ahora permanece callada, alude solamente al carácter de su señora, aunque en varias ocasiones nos ha soltado que no la cree capaz de matar a nadie. La volveremos a interrogar.

—Hazlo, y si está dispuesta a colaborar, le pediré a la juez la detención de la mosquita muerta. Y ahora vamos a probar este cocidito, que me muero de hambre.

Adelina, después de hablar con Marisa Lente y enterarse del acuerdo al que habían llegado con el fiscal, pensó que su colaboración era totalmente necesaria, no le quedaba más remedio que hablar con Luciana antes de que cualquiera de los inspectores la interrogara. Sabía que dormía como una marmota, y que la mayoría de las veces estaba en otra galaxia y más ahora, desde que daba clases con Santiaguito, parecía tener la mente en otra parte. Colocaba la vajilla cantando la tabla de multiplicar y se pasaba la vida preguntándole por donde pasaba tal o cual río.

En cuanto acabaran las labores del día y se retiraran, tendría una conversación con ella.

Cuando la señora estuviera en la cárcel acusada de los asesinatos, se marcharía de la casa. Contaba con suficientes ahorros para mantenerse durante un año. Podría hacer el preuniversitario en algún instituto, no necesitaría de clases particulares y sin trabajar podría dedicarse completamente a los estudios, además contaba con la ayuda incondicional de Santiaguito. Después, para la universidad, lo podría compaginar, acudiría a clases nocturnas y realizaría su sueño. De una manera u otra, doña Mercedes acabaría en la trena, si no era prueba suficiente su declaración y las cartas encontradas, entonces les daría a la policía las pruebas que la condenarían por vender niños judíos a los alemanes, de eso no podría librarse. Era un peligro, esa mujer no podía

seguir suelta, tarde o temprano le llegaría su momento.

Después de un día ajetreado, convenció a Luciana para que marcharan pronto a la cama. Ignacio no dormía en casa, y Santiaguito llegaba tarde como todas las noches. Tan solo cenó la señora, que se conformó con una bandeja en su dormitorio, y les permitió retirarse temprano.

Después de un buen baño caliente, entró en el dormitorio, donde observó cómo Luciana seguía absorta en la enciclopedia tal y como la había dejado antes de ir al cuarto de baño.

—Luciana.

—Dime.

—¿Te has planteado que la señora podría acabar en la cárcel?

—Sé que la policía sospecha y que no es una mujer digamos...amable, tiene sus cosas y a veces resulta rematadamente rabiosa, pero de ahí a considerarla una asesina... No sé Adelina, la verdad, esto es demasiado grave como para tomarse las cosas tan a la ligera.

—¿Me vas a decir que no has escuchado ninguna noche altercados con la señora Josefa, y con su madre?

—Sí, las he escuchado varias veces, no me tengas por boba, pero como cualquier hija con su madre, y con la pobre señora Josefa, que Dios la tenga en su gloria, es verdad que discutían a veces, pero era porque se tenían mucha confianza, fijate si la tendrían que cuando se encontraban a solas, se hablaban de tú. Aunque no te lo parezca, doña Mercedes quería mucho a la cocinera.

—¡Escucha de una vez Luciana! ¡No sabes de la misa la mitad!

—¿A qué te refieres?

Durante las siguientes dos horas Adelina le fue contando paso a paso todo lo que había averiguado sobre doña Mercedes, incluso la conexión que tenía con su madre y con la cocinera en el asunto de los niños judíos. Le contó cómo desde que lo averiguó comenzó a espiarla y a escuchar detrás de las puertas, y de qué forma y poco a poco había atado cabos, formando un entramado completo, llegando a la conclusión de que la señora era la autora de los crímenes perpetrados en la casa, incluso del de la pobre Joaquina, de la que le

puso al tanto de todos lo que había pasado, de la confirmación de su embarazo y de la forma en la que el conductor del camión le había confesado su crimen.

—Tienes que ayudar a la policía Luciana, estamos en peligro ¿No te das cuenta de que convivimos diariamente con una asesina?

—¿Y de que les va a servir mi declaración?

—Ven más cuatro ojos que dos, tendrás que contar las discusiones frecuentes con su madre y con la señora Josefa.

—Sigo sin verla capaz de cometer los crímenes Adelina, sé que tiene un genio del demonio, que es fría como un témpano, pero de ahí a matar a la gente que quería, no la veo.

—¿Que quería? Esa mujer no quiere a nadie, salvo a su hijo mayor y ni tan siquiera eso, le está haciendo un hombre desdichado, negándole diariamente su verdadera condición, ya sabes a lo que me refiero.

—Adelina, es que el señorito Ignacio es un invertido, eso no está bien, si yo fuera su madre, actuaría exactamente igual.

—No me puedo creer lo que estás diciendo ¿Qué más te da a ti con quien se acueste? ¿Es que eso varía su calidad como persona?

—No sé qué decirte Adelina, desde que estudias tanto te has vuelto distinta, además hablas de una manera que a veces no te comprendo.

—Trato de decirte que la vida sexual de cada persona, es suya ¿Me entiendes? Y nadie debe de meterse en la vida privada de nadie.

—¿Ni tan siquiera su madre?

—Ni tan siquiera su madre.

—No vas a convencerme.

—No trato de hacerlo Luciana, allá tú con tus ideas retrógradas, pero ¿No te conmueve, ni una pizca que por su culpa hayan muerto tantos niños?

—Mira Adelina, eso lo has descubierto tú, y si crees que deberías decírselo a la policía pues hazlo, pero no me metas a mí en tus cosas. Aunque no lo creas desde que esta casa se ha convertido en un cementerio, la señora

ha cambiado, no parece la misma ¿O no te has dado cuenta de ya no se exalta por cualquier cosa? Está hundida, triste, no parece ella, no es la misma. Ha perdido a las personas que quería. No tienes más que ver que ni tan siquiera sale de su dormitorio.

—Está bien Luciana, no voy a discutir contigo, no voy a convencerte, puedes pensar lo que quieras, voy a ver si duermo, estoy cansada. Hasta mañana.

—Hasta mañana Adelina, yo voy a seguir un rato más con la enciclopedia.

CAPÍTULO XXX.

“Al saber o llaman suerte.”

El frío de Madrid creaba un ambiente tétrico, los madrileños comentaban que no recordaban un tiempo así. La nieve se había congelado, y las urgencias de los hospitales estaban repletas de las caídas frecuentes de los transeúntes y de los constantes accidentes de tráfico. El cielo seguía plomizo, aunque las nubes cargadas pasaban de largo, como si no quisieran soltar de una vez el agua que hacía falta para templar algo el ambiente que ayudara a derretir aquellos bloques, que seguían impasibles en las zonas oscuras.

Parecía que el tiempo hubiera contagiado a los funcionarios que llevaban el caso. Por más vueltas que le daban no le veían salida. Después de un interrogatorio de más de dos horas por parte de Villar y París a Luciana, no habían sido capaces de sacar nada en claro. Afirmaba haber escuchado frecuentes desavenencias entre la señora y las personas fallecidas, sin embargo, cabía la posibilidad de que cuando el abogado defensor le preguntara si creía en la culpabilidad de doña Mercedes, ella contestara que estaba convencida de que era inocente. El comisario Membrano estaba cada vez más insoportable y se veía con la jubilación anticipada por parte de sus superiores al considerarlo un perfecto inepto. Volvió a interrogar personalmente a todos los que habían tenido contacto con los asesinados. Registró sus viviendas y puso patas arriba las cuentas del conductor del camión, sin embargo por más que cambiara las piezas, al juntarlas, le llevaban al mismo sitio: “Mercedes Fragoso”. La inquietud se respiraba en el ambiente de la comisaría, el silencio era perenne, hasta la radio había dejado de sonar, la única que la ponía en funcionamiento era Marisa, y se le habían quitado las ganas. Se miraban unos a otros, cavilando quien sería el que pagara los platos rotos, a quien le costaría el cargo, o quien sería el elegido para bajar de categoría.

En la siguiente reunión con el fiscal, después de una larga deliberación, llegaron a la conclusión de reunir todas las pruebas con las que contaban y solicitar al juez la detención de Mercedes Fragoso.

Mientras ésta llegaba, puso a su sobrina y a París a investigar el pasado de la asesina, les recomendó rebuscar en los rincones más recónditos, en sus

cuentas bancarias, remontándose hasta la fecha de su matrimonio. Les mando indagar sobre la legalidad de los hospicios creados por ella, enterarse de sus frecuentes viajes, con quien habló, quien le aconsejó sobre la apertura de los mismos. Quiso también que indagaran en las cuentas de la cocinera y de la madre de la señora. Si no podía lograr condenarla por una cosa, lo harían por otra, pero aquella mujer infernal acabaría de por vida en la cárcel, como él se llamaba Rogelio Membrano.

Adelina efectuó una segunda visita a la casa de Emérito, advirtiéndole de lo que pasaría si accedía a las pretensiones de la señora, poniéndole al tanto de sus intenciones. Sabía perfectamente que le había encomendado eliminar a Mario, el amante de Ignacio, indicándole que si lo hacía, ella acudiría inmediatamente a la policía. Emérito le confirmó la petición de doña Mercedes, y su negativa a la solicitud. No estaba dispuesto a volver a jugarse el cuello, ni por ella, ni por el dinero que volvería a engordar su cuenta corriente.

La vida en la casa seguía siendo gris, tan solo Santiaguito, con sus bromas, o la visita de Ignacio hacía que el ambiente cambiara y el blanco y negro se tornara en color.

Adelina seguía entusiasmada con sus estudios, acudiendo tres días a la semana a la academia que la ayudaría a aprobar la reválida y tirando de Santiaguito que la ayudaba a esclarecer sus dudas. Se dedicó a visitar los museos más importantes de la capital, la biblioteca, la casa de fieras, las distintas exposiciones de fotografía, y acudió a las presentaciones de nuevos pintores en las múltiples galerías de arte de Madrid. Iba al cine, y al teatro, algo, que jamás se le hubiese pasado por la imaginación, y aprendió a amar el arte de la interpretación. Todo se le hacía poco en sus ansias de aprender, parecía como si el tiempo perdido hasta ahora le estuviera pasando factura, y cada cosa nueva que aprendía, cada acto al que acudía, incluso cada libro que leía, se le hiciera pequeño comparado con todo lo que quedaba por descubrir. Los nervios que la poseían hasta conocer la respuesta del juez a la detención de la señora, los aplacaba llenando su cerebro de caracteres nuevos, de estrenos de películas, de poesía, de contemplar la belleza de las esculturas, incluso al ver los pases de moda, para satisfacer la curiosidad por el buen gusto. Santiaguito la seguía entusiasmado, jamás había conocido una persona

como ella y corría detrás como lo hiciera un perrillo faldero al que de vez en cuando acarician, pero que no terminan de querer. Cuando la miraba y sus ojos atravesaban aquel color violeta incierto, solo veía en su mirada un cariño de amigo, ternura y amabilidad. Sin embargo no era eso lo que él esperaba de ella. Se había enamorado como un colegial, le impactaba cualquier frase que saliera de su boca, su entusiasmo al descubrir cosas nuevas, le fascinaba su voz y le contagiaba la forma de interpretar sus lecturas cuando hacían juntos los comentarios de texto que le imponían en la academia a la que acudía. La miraba embobado cuando las lágrimas afloraban a sus ojos al contemplar el final de una película o su risa sonora cuando él le contaba algún chiste o le sacaba una sonrisa con sus constantes bobadas. Alguna vez le dejaba que cogiera su mano, cuando paseaban por el parque del Retiro o le daba algún beso fugaz al despedirse o al darle las buenas noches, acompañándolo con un “hasta mañana”. Sabía que su madre había notado algo, no tardaría en recibir alguna charla por su parte, últimamente se había acostumbrado a recibir sus malos humores. Sus hermanas seguían en Santander, y sería incomprensible que se enfadara con Ignacio, así que recibía resignado su mal encarado gesto mañanero, o sus perniciosas respuestas a cualquier pregunta, y hasta sus ignoradas contestaciones a sus “buenas noches”.

La policía llevaba días sin visitarles, parecían más calmados, quizá se olvidaran de una vez del caso y terminaran por dejarles en paz, aunque sería impensable que desistieran de buscar a un asesino suelto. Por otra parte, a él también le consumía la duda ¿Quién querría matar a su abuela? La persona más buena de este mundo ¿Y a la señora Josefa? ¿Qué pecado había cometido? Siempre se había portado como una segunda madre, o quizá como la primera, él, había recibido más cariño de ella que de su madre que siempre había estado liada con sus negocios y sus viajes. No se imaginaba a nadie en el mundo que quisiera hacerles daño. Incluso alguna vez, le había surgido la duda de si aquello habría sido alguna venganza por sus locuras políticas, aunque enseguida se le habían ido de la cabeza aquellos pensamientos. Él no era un personaje relevante en el partido, y tampoco su participación era visible. Lo había comentado con sus camaradas y le habían respondido que sus dudas estaban fuera de toda lógica. En ningún momento se había planteado la culpabilidad de su madre, como había hecho la policía o su querida Adelina, aunque pronto los acontecimientos venideros, le harían cambiar de opinión sobre las personas que más quería.

Pasadas un par de semanas, la respuesta del juez Mario Escobar, fue tajante: No encontraba pruebas suficientes para llevar a cabo la detención de Mercedes Fragoso.

La caída de ánimos en la comisaría fue unánime. Si aquello ya parecía una funeraria, la respuesta del magistrado fue lo que colmó el vaso. Todos se prepararon para sufrir las consecuencias y ser las víctimas del mal humor del comisario. Al abrir la carta de la sentencia del juez, Membrano, le dio una patada a su silla, que fue a caer sobre la mesita auxiliar que sostenía la máquina de escribir, que acabó en el suelo con varias teclas desprendidas. La lámpara de mesa, que casi siempre permanecía encendida acabó su vida al partirse en dos por el puñetazo con el que el comisario amartilló la mesa. Los bolígrafos, lapiceros, gomas de borrar y demás utensilios de oficina, acabaron en el suelo y fueron pateados por los lustrosos zapatos que Membrano había escogido esa mañana.

Nadie sabía cómo reaccionar y todo se inundó de un macabro silencio, solo desintegrado por las voces repletas de tacos innombrables, quejidos varios, patadas a la silla que reposaba en el suelo e insultos reiterados hacia la persona del juez Escobar y del fiscal Eugenio Casas.

Marisa Lente sabía de sobra que el genio que gastaba su tío era temible, como también sabía que en un par de minutos, se le pasaría y todo volvería a la normalidad, aunque aquello había alcanzado un punto del que estaban seguros que no había salida. No quedaba nada ni nadie de dónde tirar, la ventana de sus mentes se había cerrado hasta formar círculos que siempre llegaban al mismo sitio: el cura de Ojós mentía, al igual que el de Riópar, el conductor del camión mentía, la familia de Adelina mentía, y aunque había sentido empatía con ella nada más conocerla, quizá también ella estuviera callando algo. Aquello era un laberinto sin salida, y no solamente se trataba de un caso sin cerrar, sino que la comisaría se había convertido en una especie de funeraria siniestra donde cada uno de ellos se encontraba permanentemente sumido en sus propios pensamientos, donde la autoestima ya no existía y donde el temor a los periódicos y revistas eran perennes. Estaba segura de que si los curas hubieran sido personas normales y no servidores de Dios, su tío se habría encargado de sacarles la verdad con otro tipo de métodos, pero el temor al Altísimo era superior al hazme reír del que estaba siendo víctima, tanto en las revistas como en las demás comisarías.

El día seguía siendo oscuro, y por las ventanas no entraba la claridad suficiente. Las luces de las mesas estaban encendidas, y cada uno estaba concentrado en lo suyo ¡Que extraño era todo! ¿Hasta dónde podía llegar aquella maldita mujer? Tan solo pudo sonreír cuando vio una rosa sobre su mesa. Miró a París y éste le correspondió con una sonrisa y un guiño. Eso fue lo único que pudo alegrarle la mañana.

CAPÍTULO XXXI.

“A cada cerdo le llega su san martín.”

Luciana notó a Adelina aquella mañana más nerviosa que de costumbre. Al preguntarle qué era lo que le ocurría, ella la miró con una sonrisa, le acarició la cara y le contestó que estuviera tranquila, que no le pasaba nada, tan solo estaba un poco cansada, se había quedado estudiando parte de la noche. A Luciana no le pareció descabalada la contestación, era mucho lo que se jugaba con el examen de sexto.

Remedios y Cecilia ya trajinaban en la cocina. Se las notaba contentas, el trabajo había bajado. Tan solo unos cuantos bollos en el horno y unos cruasanes que una de ellas se había acercado a comprar a la pastelería de la esquina. Total, Ignacio no había dormido en la casa y Santiaguito había marchado muy de mañana. Luciana le subiría una bandeja a la señora, que seguramente desayunaría en la cama. Después, todas ellas junto con el chofer, se sentarían tranquilamente en la mesa de la cocina a disfrutar de un apetitoso almuerzo.

Cuando Luciana intentó subir la bandeja con el desayuno de la señora, Adelina, se ofreció para hacerlo ella misma, y les aconsejó que se sentaran a la mesa, ella había tomado café y no le apetecía nada más. Les comentó que aprovecharía para hablar con la señora. Tenía que sacarle algo más de sueldo, lo necesitaba para completar sus estudios. Las demás la miraron con una sonrisa, sabiendo de antemano que su petición caería en saco roto.

Adelina subió la escalera con paso lento y firme portando la bandeja en sus manos. Sus ojos violeta despedían unos destellos nuevos en ella y en su boca se podía contemplar una sonrisa. La tenue y sombría luz traspasaba los visillos de las cristaleras del pasillo donde se encontraban los dormitorios. La madera crujía bajo sus pies en algunas zonas y dejaba oír un sonido parecido al de una bisagra oxidada.

Se paró ante la puerta de la señora y ni tan siquiera llamó. Abrió ayudándose con el codo. Estaba oscuro, la señora dormía, lo hacía de lado, dejando que uno de sus brazos descansara bajo su cabeza, permaneciendo con los ojos cerrados sobre la almohada enfundada en seda blanca.

Casi a tientas, depositó la bandeja en la mesita camilla y se dirigió hacia la ventana más cercana, la que sabía que llevaría la luz de plano a los ojos de la señora. Corrió las cortinas y los visillos, y miró a doña Mercedes, ésta abrió repentinamente los ojos como si hubiera despertado de una pesadilla y la miró con cara de desprecio.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no ha subido Luciana?

Adelina no contestó, se limitó a mirar a su señora con la misma sonrisa que la había acompañado toda la mañana. Se acercó y colocó uno de los mullidos almohadones debajo de la espalda de doña Mercedes, sostuvo la bandeja y la depositó sobre sus rodillas. Una vez se cercioró de que se encontraba perfectamente situada en la cama para que la batea no cayera y se derramara todo su contenido, se sintió tranquila.

Café, chocolate, el azucarero con la cucharilla de plata, zumo de naranja, dos bollos recién sacados del horno, un cruasán y una tostada de pan, con mantequilla y mermelada de frambuesa.

—¿Te ha comido la lengua el gato muchacha?

Adelina permaneció firme, mirándola fijamente sin contestar a sus preguntas. Tomó uno de las sillas que rodeaban la mesa camilla, y la depositó lo más cerca posible de la cama y, situándose frente a la señora, se sentó y se limitó a decir:

—Buenos días madre.

—¿Se puede saber que mosca te ha picado esta mañana? ¿Es que te has vuelto loca?

—¿No te gusta verdad? ¿No te gusta que te llame madre? Nunca te ha gustado mucho esa palabra, jamás has sabido demostrar lo que significa, ni has sentido dentro de ti el amor que deberías tener por tus hijos. Te voy a ayudar a recordar, pues, a pesar de lo que creas, lo eres. Eres mi madre.

Y a continuación sacó dos o tres fotografías del bolsillo de su delantal, y se las tiró con desprecio sobre la cama.

Doña Mercedes retiró la bandeja que depositó en la mesilla y, cambiando el gesto, miró las fotos. Era ella, mucho más joven, y sostenía a un bebé en los

brazos sentada en una cama. En otra, con la misma ropa, posaba con el bebé en las escaleras de una maternidad ¡No podía ser! ¿Qué broma era aquella? El destino no le podía estar jugando esa mala pasada. Aquello había quedado borrado en su memoria. Su madre se había encargado ¿Cómo se había enterado? Le habría robado las fotos, lo había investigado y ahora quería hacerla chantaje ¿Sería verdad que aquella muchacha extraña fuera la hija que abandonó nada más nacer?

—Mira Adelina, no sé quién te habrá metido pájaros en la cabeza que no te corresponden, y tampoco sé lo que pretendes, pero si es sacarme dinero, ya te digo que vas errada, todo lo que te hayan contado sobre mí, es falso.

—No madre, no tiene nada de falso. Sé que fui una molestia para ti, que llegué en el momento más inoportuno de tu vida, te estorbaba, y no era hija de quien debía. Habría estropeado tus planes, esos que maquinabas constantemente para salvar la clínica. Quizá hubiera sido mejor que te hubieras deshecho de mí, como hiciste con la pobre Joaquina, pero aquí estoy, sigo viva madre.

—¡Haz el favor de salir de aquí, o llamo a la policía!

—No vas a hacerlo madre, ya no vas a hacer nada más en tu vida. Si lo que buscas es el timbre, ya me he encargado de arrancarlo.

¡Haz memoria! Te quedaste embarazada de tu amante, y eso desbarató tus planes, aquello se podría descubrir y terminar con todos tus negocios. No podías hacerme pasar por hija de tu marido, él llevaba fuera varios meses. Cuando se lo contaste a mi padre, el bueno del doctor Piedrahita, él se hundió, seguro que lo hizo. No podía permitirse tener un hijo fuera del matrimonio, eso acabaría con su carrera, y con las transacciones que os traíais entre manos. Os podía costar mucho dinero, había mucha ganancia de por medio, era mucho mejor deshacerse de mí. En un principio, conociéndote, se te pasaría por la imaginación someterte a una pequeña intervención, al fin y al cabo, lo podría hacer mi propio padre y nadie se enteraría, pero tu temor de Dios era más fuerte. Mandar al crematorio a niños judíos para ti no era pecado, pero matar a tu propia hija, a esa que llevabas dentro de tu seno, era otra cosa. Por eso decidiste pedir ayuda a tu madre ¡Pobre doña Carmen! ¡Tan buena persona! ¡Cómo iba a negarte aquello! ¡Eras su única hija! Además tenía participación en el negocio.

Doña Mercedes no podía abrir la boca, ni tan siquiera decir una sola palabra, allí estaba su hija! ¿Cómo no había recordado aquellos ojos? Solo la miró un segundo, un solo segundo, para darse cuenta de aquel color violáceo que pensó era el color que tenían todos los niños al nacer, o que quizá fuera algún defecto en la vista. Enseguida se la dio a su madre, ella se haría cargo, y lo hizo. Pidió ayuda a don Ramón y se la prestó, no sin antes desembolsar una buena cantidad de dinero. Podría haberla mandado con el lote de niños judíos, pero era su hija, no podía hacer eso, no podía.

—Te has quedado muda madre, parece que vas recordando. Recibiste ayuda y cuidados, muchos cuidados, los que yo no tuve, cuidados de los que carecí toda mi vida. Te ayudó la señora Josefa, ella era conocedora de todo a lo que te dedicabas, y te protegía, te protegía de cualquier cosa en todos tus juegos ilícitos, porque te quería, eras como una hija para ella, y no me equivocaré al decir que tú también sentías lo mismo por ella. Era la única amiga de verdad que has tenido en la vida.

Cuando llegó el momento, tu madre pidió algunos favores y me mandasteis como si fuera un fardo hasta la iglesia de Ojós, allí me cuidó un cura llamado Ambrosio, al que tuvisteis que pagar para mantenerle callado, y éste a su vez, me llevó hasta Riópar, donde don Ramón me entregó a la que ha sido mi madre y que tuvo que percibir una buena cantidad de dinero para que no me faltara de nada. Sin embargo no fue así, el cura les dio a mis padres una cantidad insignificante para que abrieran unas cartillas a mis hermanos y para que compraran algo de ganado ¿Y sabes por qué madre? Porque el resto se lo quedó él. Ni tan siquiera os cerciorasteis de que con aquel dinero mi vida se convirtiera en algo bueno, pero no fue así madre... No lo fue. Mi vida fue insípida e insignificante, quitándoles los mocos a mis hermanos y ayudando a mi madre a lavar las sábanas de los ricos... De los ricos como tú, de los que podían dar estudios a sus hijos, esos estudios a los que jamás he tenido derecho, ese derecho del que han disfrutado mis hermanos, y que yo nunca he tenido.

Lo descubrí bastante mayor, en uno de los altillos del corral, allí estaban guardados los papeles, revueltos y manchados en una caja de lata oxidada, y me picó la curiosidad. Mi partida de nacimiento en Madrid en una maternidad, el 11 de Junio, el día que según mi madre, ella me había parido, esa maternidad que sale en las fotos que acabas de ver, y que una estupenda

monjita llamada Sor Luz, me confirmó lo que quería saber. Recibos con el dinero que percibieron mis padres, y de lo que mandaba tu madre mes a mes a don Ramón, y que por supuesto jamás entregó a mi familia, y que ellos jamás reclamaron por un absurdo temor de Dios. Y se me iluminó la mente ¿Por qué no podía tener lo que era mío? Aquello que me correspondía. Quería estudiar, saber cosas, quería dejar de ser la paleta del pueblo y convertirme en alguien como tus otras hijas. Era mi derecho, todo esto también tenía que ser mío, y fue fácil madre, lo fue. Le conté a don Ramón que lo sabía todo, y que si no me ayudaba se lo contaría a todo el pueblo. Él se puso en contacto con tu madre y le pidió el favor de que me contratara de criada, aunque nunca supo que estaba albergando en su casa a su propia nieta.

Llegué a esta casa con la única intención de enterarme madre, el porqué de mi abandono, y lo fui descubriendo poco a poco, y no solo eso, sino que descubrí muchas más cosas, aquellas cosas que no podía creer que hubieras hecho ¿Cómo esa persona que era mi madre podía mandar niños judíos a los crematorios? Y enviarles a que hicieran experimentos con ellos ¿Qué clase de persona eras? ¿Qué clase de monstruo me había traído al mundo? Y poco a poco fui atando cabos.

Averigüé con facilidad, quien era mi padre, y también fue fácil enterarme de que la señora Josefa y tu madre habían estado metidas en el ajo. Todos vosotros habíais matado niños, incluso el doctor Vela, tu marido. Y juntos habéis hecho de mi vida un sin sentido, me habíais castigado a un pueblo pequeño, donde a las niñas no se les manda a la escuela, ni se les dan caramelos, ni se les ofrece una caricia de vez en cuando, ni un beso cuando lo necesitan. Ni tan siquiera se merendaba pan y chocolate, si no el pan duro del día anterior con aceite frito ¿Yo merecía eso, madre? ¿Lo pensaste alguna vez? ¿Pensaste en algún momento lo que fue de mí? ¿Si estaba viva o muerta? No, no lo pensaste, madre, me quitaste de en medio como se quita a cualquier piedra del camino, o como al perro que se abandona en la calle. Pero fue viviendo en esta casa, cuando me enteré de que no lo habías hecho tú sola, todos habíais sido partícipes, no solo de mi abandono, sino que erais unos malditos asesinos y pensé que lo teníais que pagar.

Las lágrimas resbalaban por las mejillas de doña Mercedes, lloraba como jamás lo había hecho, ni tan siquiera al enterarse de la muerte de su marido, o la de su madre ¿Qué había hecho de su vida? ¿En que se estaba convirtiendo

todo a su alrededor? Tendría que arrepentirse de tantas cosas...De tantas ¿Por qué no conseguía sentir algo de amor por aquella criatura que tenía delante? ¿Qué la hacía ser tan distinta a las demás personas? Tenían razón los que la consideraban un monstruo...Eso era, una mujer sin ninguna clase de sentimientos ¿Hasta dónde había llegado? ¿Sería Dios capaz de perdonarla?

—Deshacerme de tu marido fue lo más difícil, tenía que ser con un cuchillo, y con mucha precisión, para que pudieran culpar a tu amante. No fue difícil plasmar sus huellas. La dificultad radicaba en que no despertaras, por eso te puse en la leche otras dos pastillas. Pobre hombre, su única culpa fue no dar con la mujer adecuada. Matar a tu madre y a la señora Josefa fue bastante más fácil, y dejar tus huellas también. Poco a poco iban cayendo los culpables, sin embargo, les parecía poco a esos negados, a esos policías a los que puse en el camino correcto. Todo les llevaba hasta ti, pero no era suficiente para ellos. Sin embargo, todavía me faltaba vengarme de mi padre, eso será el remate que la lleve hasta el garrote, pensé. Lo tuve complicado, tuve que cambiar el modus operandi. No sabía cómo conseguir un arma, me llevó mucho tiempo estudiar cómo hacerme con una, hasta que me acordé de uno de los tuyos: Emérito García, la mano que dirigiste contra la pobre Joaquina. Él sabía que estaba enterada de su secreto, y fue fácil, le cambié mi discreción por una 38, y aquí la tengo madre ¿Qué te parece? ¿Cuánto le gustaría al comisario tenerla en sus manos verdad? ¿O quizá sería mejor que ponga tus huellas en ella? Eso les llevaría directamente a tu culpabilidad, sin embargo no puedo arriesgarme madre, ya no puedo confiar en esos ineptos.

—¡Te voy a matar madre! Voy a deshacerme de ti, como tu hiciste conmigo, me mataste en vida, madre. Eso hiciste, al igual que mataste a los niños, y a Joaquina, y a sus padres. Si, madre, a ellos también los mataste, no pudieron resistir la pena que les habías causado.

Voy a poner la pistola en tu boca y dispararé, después lo pondré todo de manera que parezca que te has suicidado. “No podías aguantar más, tu conciencia te lo impedía y decidiste matarte”. Leer tantas novelas de misterio tiene su compensación. No voy a hacerte más larga la espera.

Adelina se acercó a la cama, mientras su madre la miraba fijamente. Las lágrimas seguían derramándose por sus mejillas. Ya ni siquiera su cara reflejaba aquella expresión de asombro, ni del miedo que le producía su inmediata muerte, ni el estupor de hacerlo a manos de su propia hija, tan solo

le vino a la mente una especie de silbido, algo que jamás había escuchado. Por un momento pensó que era el sonido de la parca que había venido a buscarla, pero se equivocaba.

Adelina volvió la cabeza sin soltar el arma y escucho aquel sonido que tantas veces había esperado percibir. Aquellas notas llenaron la habitación de un dulce trino que pareciese venir del mismísimo universo. El cárabo la miraba desde el alfeizar de la ventana que permanecía abierta, dejando entrar el frío de la mañana y el canto melodioso de aquella rapaz que por fin dejaba escuchar su voz, llenando su cabeza de dudas, y metiendo su cerebro en una especie de torbellino gigante, que giraba y giraba, introduciendo una y otra vez sus ideas en otra dimensión, que conseguían distorsionar sus deseos, esos deseos de los que ahora dudaba y la estaban llevando hasta el momento en que visitó a aquella adivina, que por un momento supo sus intenciones y sus pensamientos y que le había hecho martillear su cerebro con una sola frase: ¡Tendrás que parar! ¡Hasta que el cárabo cante! No lo olvides ¡¡¡Hasta que el cárabo cante!!!

Bajó el arma y le miró ¡Ahora cantas maldito pájaro! ¡Quieres que me vaya! ¡Que abandone! ¡Quieres que la deje, que no pague lo que hizo!

La pequeña rapaz seguía mirándola, mientras que aquella música que elaboraban sus cuerdas vocales, seguían inundando la habitación.

Su madre se tapó la cara con las manos, como si con ese gesto quisiera eliminar los momentos que acababa de vivir, como si quisiera borrar su vida de un plumazo, y morir de una maldita vez.

Adelina dejó caer el arma nuevamente hasta su delantal y la guardó en su bolsillo.

—He mandado por correo a la policía todas las pruebas que tenía en mi poder, y si no te condenan por una cosa lo harán por otra, te convertirás ante el mundo en una asesina de niños. Los principales periódicos del país recibirán las mismas pruebas de la policía. No sé si podrás con ello, ni sé si tu conciencia te dejará vivir. Quizá yo tampoco pueda vivir con esta carga. Abrió la puerta de la habitación de su madre y desapareció escaleras abajo mientras el cárabo se perdía en el horizonte.

FIN.

Agradecimientos.

En primer lugar, quiero agradecer a mis lectores la confianza depositada en mí, sin vosotros hubiera sido imposible llegar hasta aquí.

A los administradores y colaboradores de los grupos literarios de Facebook, que tanto me ayudan.

A Gemma Olmos, Eguzkiñe Urkiaga y Eloísa Miralles, por su inestimable colaboración en este libro.

A las brujis, mis queridas amigas, que siempre están conmigo.

A las Fantásticas, amigas de tantos años.

A mis lectores beta, por su colaboración y paciencia.

A toda mi familia, por darme el sosiego y la tranquilidad que necesito, por ser tan maravillosos, y estar siempre cuando los necesito.

A mi marido, por estar siempre conmigo.

A Alexia Jorques por esta maravillosa portada.

A Ainhoa Arpide por su versión digital.

A Gloria Males por su maravillosa fotografía.

A Antonio Andújar y a Jordi Hortelano, grandes escritores, a los que tanto admiro, por sus maravillosos prólogos.

A Jesús y Cristina, impresores, por tener siempre a punto mis libros.

Y a Luis Manuel Zorrilla, director de Impulso literario, por su guía certera,

su impulso y su ayuda.